



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

LICENCIATURA EN LITERATURA INTERCULTURAL

Escuela Nacional de Estudios Superiores,
Unidad Morelia

EPISODIOS SOBRENATURALES EN LAS
HAGIOGRAFÍAS SOBRE JERÓNIMA DE
LA ASUNCIÓN: *PERFECTA RELIGIOSA*
(1662) y *EXEMPLO DE TODAS LAS*
VIRTUDES Y VIDA MILAGROSA DE
GERONYMA DE LA ASSUMPCION (1713)

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADO EN LITERATURA INTERCULTURAL

P R E S E N T A

ABRAHAM AGUILAR GÓMEZ

DIRECTORA DE TESIS: DRA. ANASTASIA KRUTITSKAYA

MORELIA, MICHOACÁN

ENERO, 2022



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS SUPERIORES, UNIDAD MORELIA
SECRETARÍA GENERAL
SERVICIOS ESCOLARES

MTRA. IVONNE RAMÍREZ WENCE

DIRECTORA
DIRECCIÓN GENERAL DE ADMINISTRACIÓN ESCOLAR
PRESENTE

Por medio de la presente me permito informar a usted que en la **sesión ordinaria 07** del **H. Consejo Técnico** de la Escuela Nacional de Estudios Superiores (ENES) Unidad Morelia celebrada el día **13 de agosto del 2021**, acordó poner a su consideración el siguiente jurado para la presentación del Trabajo Profesional del alumno **Abraham Aguilar Gómez** adscrito a la Licenciatura en Literatura Intercultural, con número de cuenta **417106614**, quien presenta la tesis titulada: "Episodios sobrenaturales en las hagiografías sobre Jerónima de la Asunción: *Perfecta religiosa* (1662) y *Exemplo de todas las virtudes y vida milagrosa de Geronyma de la Assumpcion* (1713)" bajo la dirección como **tutora** de la Dra. Anastasia Krutitskaya.

El jurado queda integrado de la siguiente manera:

Presidente: Dr. Santiago Cortés Hernández
Vocal: Dra. Cecilia López Ridaura
Secretario: Dra. Anastasia Krutitskaya
Suplente 1: Dra. Robin Ann Rice Carlsson
Suplente 2: Dra. Claudia Verónica Carranza Vera

Sin otro particular, quedo de usted.

Atentamente
"POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU"
Morelia, Michoacán a 12 de noviembre del 2021.

DRA. YESENIA ARREDONDO LEÓN
SECRETARIA GENERAL

CAMPUS MORELIA

Antigua Carretera a Pátzcuaro N° 8701, Col. Ex Hacienda de San José de la Huerta
58190, Morelia, Michoacán, México. Tel: (443)689.3500 y (55)56.23.73.00, Extensión Red UNAM: 80614
www.enesmorelia.unam.mx

Agradecimientos institucionales

Antes que nada, quiero otorgar mi entero reconocimiento a la Universidad Nacional Autónoma de México, a la Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad Morelia, y a la Licenciatura en Literatura Intercultural por ser pieza fundamental en mi formación como profesionista.

Es importante mencionar que este trabajo pudo ser posible gracias a dos becas de licenciatura que me fueron otorgadas mediante los proyectos CONACYT “Edición de fuentes poético-musicales hispanoamericanas (Siglos XVI-XVIII)”, con clave 284407, y PAPIIT “Investigación interdisciplinaria sobre fuentes poético-musicales virreinales” (IN404417) cuya responsable de ambos es la Dra. Anastasia Krutitskaya.

Un reconocimiento especial a mi asesora la Dra. Anastasia Krutitskaya por su invaluable enseñanza, paciencia y dedicación; sin todo esto, la presente investigación hubiese tomado un rumbo distinto. También agradezco a cada uno de los profesores que integran el cuerpo docente de la licenciatura por todos los conocimientos adquiridos a lo largo de estos años: Anastasia, Santiago, Cecilia, Antón, Sue, Caterina, Berenice, Neri, Julieta, Marco, Cristian, Ana, Mariana, Rodolfo y Jaime.

Agradecimiento especial a los miembros de mi jurado: Dr. Santiago Cortés Hernández, Dra. Cecilia López Ridaura, Dra. Anastasia Krutitskaya, Dra. Robin Ann Rice Carlssohn y Dra. Claudia Verónica Carranza Vera por su valiosa retroalimentación.

Agradecimientos personales

A mi mamá, Gloria, quien siempre me impulsó a lograr mi objetivo de ser profesionista a pesar de las adversidades. Este trabajo no se equipara a su esfuerzo diario, su amor y apoyo incondicional. Mi admiración y agradecimiento eterno para ella.

A mi hermano, Salvador, por su paciencia y aprecio.

A mis amigas, Sofi, Cristian, Lupita, Frida y Grecia, por todos los momentos compartidos que hicieron de mi etapa universitaria una de las mejores.

A Luis Eduardo, por ser mi compañero a lo largo de este proceso brindándome su apoyo y amor; por todas las aventuras, aprendizajes, logros y recuerdos que aún debemos construir juntos.

A mi asesora, Anastasia, por aquellos entrañables viajes a archivos y bibliotecas en diferentes ciudades que inspiraron mi propia investigación.

Resumen

Sor Jerónima de la Asunción fue una monja clarisa nacida en mayo de 1555 en Toledo, España. En el año de 1620, a la edad de 65 años, partió rumbo a Manila con la encomienda de fundar el primer convento femenino en Asia, dedicado a la Purísima Concepción, hecho que ocurrió en 1621 y que generó una serie de conflictos con las autoridades filipinas. Sobre la vida de sor Jerónima se escribieron dos hagiografías: *Perfecta religiosa* por Bartolomé de Letona, impresa en Puebla en 1662, y *Ejemplo de todas las virtudes y vida milagrosa de sor Jerónima de la Asunción*, escrita en 1630 por fray Ginés de Quesada, aunque editada por fray Agustín de Madrid e impresa en México hasta 1713. La hagiografía de Letona se contextualiza en el primer proceso de beatificación iniciado por las autoridades civiles filipinas en 1630, mismo año de la muerte de sor Jerónima. La segunda hagiografía de Quesada está inmersa en el segundo intento de beatificación de sor Jerónima, promovido por el propio fray Agustín de Madrid en 1710 y finalizado en 1740, sin lograr la beatificación de la monja, según lo atestiguan los documentos conservados en el Archivo General de Indias sobre ambos procesos.

Sin embargo, a lo largo de las dos hagiografías sobresale la construcción de sor Jerónima como una monja mística y milagrosa. Ambas facetas se alimentan de dos tradiciones distintas: por un lado, están las visiones con influencia de la literatura mística femenina y, por el otro, los milagros, cuyo origen proviene de textos devocionales de otras vírgenes, como la propia Virgen María. El estudio tipifica tanto los sucesos sobrenaturales (visiones místicas y apariciones de seres del imaginario religioso) como los milagros, y los coloca, normalizados, en un apéndice, cuya clasificación responde a los seres con los que sor Jerónima entra en contacto durante sus visiones y a las acciones milagrosas que hizo en vida y después de muerta. Además, identifica los tópicos principales para dilucidar la influencia de las dos tradiciones: la mística femenina y la devocional. Lo anterior permite exponer las herramientas retóricas que usan los hagiógrafos para difundir la fama de santidad de sor Jerónima, no solo en Manila, donde ya era venerada por algunas personas, sino en otros territorios españoles para, quizás, promoverla como la santa filipina en un contexto histórico en el que las ciudades, bajo la administración española, buscaban impulsar santos propios, mismos que ayudaban a la cohesión social y fomentaban un sentido de pertenencia hacia determinado territorio.

Abstract

Sor Jerónima de la Asunción was a Poor Clare nun, born in may 1555 in Toledo, Spain. In 1620, at 65 years old, she traveled to Manila with the mission of founding the first female convent in Asia, it was dedicated to the Immaculate Conception in 1621; that foundation caused conflicts with the Philippine authorities. Two hagiographies were written about sor Jeronima: *Perfecta religiosa* (1662) by Bartolomé de Letona, printed in Puebla, and *Ejemplo de todas las virtudes y vida milagrosa de sor Jerónima de la Asunción* written by fray Ginés de Quesada in 1630, although edited by fray Agustín de Madrid and printed in Mexico in 1713. The hagiography written by Letona agrees with the first process of beatification of the nun, initiated by the Philippine civil authorities in 1630, the same year as sor Jerónima's death. The second text, written by Quesada agrees with the second process of beatification, promoted by fray Agustín de Madrid in 1710 and ended in without success in 1740, according to some preserved documents in the Archivo General de Indias.

However, both hagiographies highlight the character of sor Jerónima as a mystical and miraculous nun. Both facets come from two different literary traditions: on the one hand, visions influenced by feminine mystical literature, and on the other hand, miracles whose origin is the devotional texts of other virgins. The present study identifies the main literary topics to elucidate the influence of the two traditions: female mysticism and devotional literature. In addition, the study classifies both: the mystical and the miraculous passages, and places them in an appendix that is based on the characters of the religious imagery with whom sor Jerónima comes into contact, and on the miraculous actions she did in life and after death.

The above allows to expose the rhetorical tools that hagiographers used to spread the fame of sor Jerónima's sanctity, not only in Manila, where she was venerated by some people, but also in other Spanish territories, perhaps with the initiative to promote Jerónima as a Philippine virgin in a historical context in which Spanish cities pretended to have their own saints and virgins, which contributed to social cohesion and fostered the sense of belonging to a certain territory.

Contenido

Introducción	17
Filipinas, el objetivo de sor Jerónima	17
La santidad y la hagiografía	19
El presente estudio	25
La selección y edición del corpus estudiado	30
Capítulo I: Vida de sor Jerónima, hagiografías y procesos de beatificación	33
Familia y primeros años de vida	33
Su vida en el Convento de Santa Isabel de los Reyes	36
El viaje a Manila	39
Los problemas de la fundación y la muerte de sor Jerónima	41
Primer intento de beatificación	47
Segundo intento de beatificación	53
Capítulo II: Sor Jerónima de la Asunción, mística	61
La mística	61
Sentidos exteriores y sentidos interiores	65
Visiones, éxtasis, raptos, revelaciones	69
Sor Jerónima y sus encuentros místicos	73
Encuentros con Dios Padre	73
Encuentros con Jesucristo	78
Encuentros con el Espíritu Santo	87
Encuentros con la Virgen María	88
Encuentros con otras vírgenes y santos	94
Encuentros con arcángeles y ángeles	99
Encuentros con el Demonio	102
Encuentros con ánimas del Purgatorio	111
Profecías de sor Jerónima de la Asunción	115
Visiones de otros personajes	120
Capítulo III: Sor Jerónima de la Asunción, milagrosa	125
Milagros de sor Jerónima de la Asunción en vida	127
Milagros <i>post mortem</i> de sor Jerónima de la Asunción	133
Milagros con las reliquias de sor Jerónima de la Asunción	133
Milagros sin las reliquias de sor Jerónima de la Asunción	141
Apariciones de sor Jerónima para realizar milagros	143
Conclusiones	146
Apéndice	155
Visiones de sor Jerónima	155
1. Encuentros con Dios Padre	155
Sor Jerónima trasladada al Apocalipsis y hecha trono de Dios	155
1.1 a [Hecha trono de Dios]	155
1.1 b [Hecha trono de Dios]	155

Sor Jerónima trasladada al Apocalipsis y como misionera.....	155
1.2 [Relámpagos de claridad].....	155
1.3 [Volar a Manila].....	156
Sor Jerónima como misionera	156
1.4 [Baja un ministro del cielo]	156
1.5 [Conversiones de China y Japón].....	157
Sor Jerónima trasladada al monte Tabor.....	157
1.6 a [Esta es mi hija]	157
1.6 b [Esta es mi hija].....	157
Sor Jerónima en la Inmaculada Concepción.....	158
1.7 [Claridad de Dios]	158
Sor Jerónima ayudada por Dios Padre en problemas con la fundación.....	158
1.8 [El Señor consolándole].....	158
Otros encuentros	158
1.9 [Herejes].....	158
1.10 [Rostro resplandeciente]	159
1.11 [Saetas en el pecho]	159
1.12 [Dios le muestra a su padre, Pedro García Yáñez]	159
1.13 [Visitada de Nuestro Señor].....	159
2. Encuentros con Jesucristo	161
2.1 [Santa Encarnación].....	161
2.2 [Natividad].....	161
Encuentros con el Niño Jesús.....	161
2.3 [Niño desnudo].....	161
2.4 [El Niño en el pesebre].....	162
2.5 [El Niño en brazos de sor Jerónima]	162
2.6 [Niño reluciente]	162
2.7 [Niño siendo adorado].....	163
2.8 a [Sor Jerónima iba transportada en la procesión]	163
2.8 b [Sor Jerónima iba transportada en la procesión].....	163
2.9 [Vino el Niño Jesús].....	163
2.10 [El Niño Jesús al cuello de sor Jerónima].....	164
2.11 [Día de reyes].....	164
2.12 [El Niño Jesús celoso]	164
2.13 [El Niño Jesús sentado en dinero]	164
Encuentros con Jesús adulto.....	165
2.14 [Bautizo de Jesús].....	165
2.15 [Procesión de ramos].....	165
2.16 [Entrada a Jerusalén].....	165
Visiones con la crucifixión de Jesús.....	166
2.17 [Jesús en la columna]	166
2.18 [Sor Jerónima al pie de la cruz]	166
Sepulcro de Jesús	166
2.19 [Sepulcro de Jesús].....	166
2.20 [Divino difunto]	167

2.21 [Entró Jesús en ella].....	167
Dolores de Cristo en sor Jerónima	167
2.22 [Sor Jerónima herida de la lanza].....	167
2.23 [Clavos traspasados].....	167
2.24 [Dolores celestiales].....	168
2.25 [Crucificada].....	168
2.26 [Desmenuzando su cuerpo con dolores].....	168
2.27 [Dolores de las ligaduras].....	169
2.28 [Dolores de las ataduras].....	169
Otros dolores.....	169
2.29 [Tormentos del otro mundo].....	169
Resurrección de Jesucristo	169
2.30 [Resurrección]	169
El cuerpo físico de sor Jerónima durante los encuentros con Jesús	170
2.31 a [El rostro como un ángel]	170
2.31 b [El rostro como un ángel].....	170
3. Encuentros con el Espíritu Santo.....	171
3.1 [Hermosa paloma].....	171
3.2 [Entierro de la madre de sor Jerónima].....	171
3.3 [Espíritu Santo apremiando].....	171
4. Encuentros con la virgen María	172
4.1 [Nacimiento de la Virgen María].....	172
La virgen María actuando como madre de sor Jerónima.....	172
4.2 a [La Virgen en un corredor]	172
4.2 b [La Virgen en un corredor].....	172
4.3 [Sor Jerónima reengendrada en el vientre de la Virgen].....	173
4.4 [Hija de la Virgen]	173
4.5 [El alma de sor Jerónima tomada por la Virgen]	173
La Virgen lactando a sor Jerónima	174
4.6 [Leche suavísima].....	174
4.7 [Divinos pechos].....	174
4.8 [Santísimo pecho].....	175
La Virgen compañera y consejera de sor Jerónima	175
4.9 [Apadrinada por la Virgen].....	175
4.10 [Consejo de la Virgen].....	175
4.11 [La Virgen anuncia el viaje a Oriente].....	175
4.12 a [Sor Jerónima como sepulcro de la Virgen]	176
4.12 b [Sor Jerónima como sepulcro de la Virgen].....	176
Figura de la Virgen moviéndose.....	176
4.13 [Las palmas despegadas en una imagen de la Concepción].....	176
5. Encuentros con otras vírgenes y santos.....	178
Encuentros con santa Clara de Asís	178
5.1 [Tocas no consentidas por santa Clara].....	178
5.2 [Caricias de santa Clara].....	178

5.3 [Sor Jerónima abrazada por santa Clara]	178
5.4 [Santa Clara dándole un báculo de obispo]	179
Encuentros con san Francisco de Asís	179
5.5 a [Piojos de san Francisco en sor Jerónima]	179
5.5 b [Piojos de san Francisco en sor Jerónima]	179
5.6 a [Llagas de san Francisco en sor Jerónima]	180
5.6 b [Llagas de san Francisco en sor Jerónima]	180
5.7 [Sor Jerónima en el tránsito de san Francisco]	180
Encuentros con san Juan Bautista	181
5.8 [Cabeza de san Juan Bautista]	181
5.9 [Sor Jerónima degollada]	181
5.10 [Arroyos de sangre]	181
5.11 [Licor celestial]	182
5.12 [Retablo de san Juan Bautista]	182
Encuentros con san Juan Evangelista	182
5.13 [Comulgada por san Juan Evangelista]	182
5.14 [Visita de san Andrés y san Juan Evangelista a Manila]	183
Encuentro con santa Juana de la Cruz	183
5.15 [Abraza de santa Juana de la Cruz]	183
6. Encuentros con ángeles y arcángeles	184
Apariciones de ángeles	184
6.1 [Ángel dando la regla de santa Clara]	184
6.2 [Ángel encendiendo un candil]	184
6.3 [Procesión de ángeles]	184
Apariciones de arcángeles	185
6.4 [Arcángel Miguel dando paz a sor Jerónima]	185
6.5 [Arcángel Miguel luchando contra demonios]	185
7. Encuentros con el Demonio	186
Tentaciones del Demonio	186
7.1 a [El Demonio representándole manjares]	186
7.1 b [El Demonio representándole manjares]	186
7.2 a [El Demonio en la imaginación de sor Jerónima]	186
7.2 b [El Demonio en la imaginación de sor Jerónima]	186
7.3 [El Demonio intentando derrocar su castidad]	187
El Demonio moviendo a las religiosas en contra de sor Jerónima	187
7.4 [El Demonio haciendo guerra]	187
7.5 a [Sor Jerónima acosada por las religiosas]	188
7.5 b [Sor Jerónima acosada por las religiosas]	188
7.6 a [Sor Jerónima acusada por sus compañeras]	188
7.6 b [Sor Jerónima acusada por sus compañeras]	188
7.7 [Religiosas en contra de que sor Jerónima fuese la fundadora]	189
El Demonio moviendo a las autoridades filipinas en contra de sor Jerónima	189
7.8 a [Persecución del Demonio]	189
7.8 b [Persecución del Demonio]	189

7.9 [El Demonio persuadiendo a las autoridades].....	190
7.10 [Supuesta carta del Demonio].....	190
Dolores provocados por el Demonio.....	190
7.11 [El Demonio le aprieta con terribles tormentos].....	190
7.12 [Recísima batalla].....	191
Oración contra el Demonio.....	191
7.13 a [Invocación de san Francisco contra el Demonio].....	191
7.13 b [Invocación de san Francisco contra el Demonio].....	192
Accidentes provocados por el Demonio.....	192
7.14 [Coche volcado].....	192
7.15 [El Demonio revestido en las mulas].....	192
El Demonio negro.....	193
7.16 [Demonio en el mar].....	193
Lucha contra el Demonio.....	193
7.17 [Pelea con el demonio por tres horas].....	193
8. Encuentros con ánimas del Purgatorio.....	195
8.3 [Ánima del sacerdote Palomares].....	195
8.4 [Ánima de un clérigo de Cartagena de Indias].....	196
8.5 [Ánima de fray Joseph de Santa María].....	196
8.6 [Ánimas de Anna de Vera y Melchor de Murzaval].....	197
8.7 [Penitencias de sor Jerónima para ayudar a las ánimas].....	197
9. Profecías de sor Jerónima de la Asunción.....	198
Profecías sobre profesiones.....	198
9.1 a [Leonor de San Francisco toma el hábito].....	198
9.1 b [Leonor de San Francisco toma el hábito].....	198
9.2 a [Juan Pereyra entra al sacerdocio].....	198
9.2 b [Juan Pereyra entra al sacerdocio].....	199
Predicción sobre la fundación del convento manileño.....	199
9.3 a [Felipe III despachará a las religiosas].....	199
9.3 b [Felipe III despachará a las religiosas].....	199
Llegada del nuevo gobernador.....	200
9.4 [Predicción del nuevo gobernador de las islas].....	200
Predicciones sobre buen o mal tiempo en el mar.....	200
9.5 a [Calmas en el mar].....	200
9.5 b [Calmas en el mar].....	200
9.6 [Recios temporales en el mar].....	201
Predicción de muertes.....	201
9.7 [Muerte de la hija de Feliciano del Castillo].....	201
9.8 a [Muerte de un clérigo].....	201
9.8 b [Muerte de un clérigo].....	201
9.9 a [Muerte de un ladrón].....	202
9.9 b [Muerte de un ladrón].....	202
Predicciones sobre su propia muerte.....	202
9.10 [Le mostró Dios su cuerpo difunto].....	202
9.11 [Su última comunión].....	203

Otras.....	203
9.12 [Gabriel Díaz de Mendoza llega a Manila].....	203
9.13 [Invasión de piratas]	203
9.14 a [Predice la caída de una roca].....	204
9.14 b [Predice la caída de una roca].....	204
10. Visiones de otros personajes.....	205
Visiones de sor María Ana de Jesús.....	205
10.1 [Sor Jerónima en manos de Dios].....	205
10.2 [Sor Jerónima como columna de la religión en Manila].....	205
10.3 [Sor Jerónima como árbol].....	206
10.4 [Sor Jerónima en el corazón de Dios]	206
10.5 [Sor Jerónima en una llaga de Dios].....	206
10.6 [Sor Jerónima en procesión celestial]	206
10.7 [Sor Jerónima como habitante celestial]	207
Visiones de Cristina de la Cruz.....	207
10.8 [Sor Jerónima coronada].....	207
10.9 [Sor Jerónima en un carro de fuego].....	208
10.10 [Sor Jerónima como Sol].....	208
Visión de sor Ana de la Concepción.....	208
10.11 [Sor Jerónima con una escalera en el pecho]	208
Visiones de otras religiosas cuyo nombre no se menciona.....	208
10.12 [Sor Jerónima con llagas].....	208
10.13 [Sor Jerónima como majestad].....	209
Milagros de sor Jerónima	210
11. Milagros de sor Jerónima de la Asunción en vida.....	210
Sor Jerónima curando	210
11.1 [Curando el estómago].....	210
11.2 a [Curando gota coral].....	210
11.2 b [Curando gota coral].....	210
11.3 a [Curando hidropesía]	211
11.3 b [Curando hidropesía].....	211
11.4 [Curando lepra].....	211
11.5 a [Curando fracturas].....	211
11.5 b [Curando fracturas].....	212
11.6 [Curando niño que no quería comer]	212
11.7 [Curando otros achaques].....	212
11.8 [Curando una penosa enfermedad].....	213
11.9 [Curando a un matrimonio]	213
Sor Jerónima ayudando a librar accidentes	213
11.10 [Atropellado].....	213
11.11 [La roca se detuvo en el aire].....	214
Sor Jerónima ayudando en nacimientos.....	214
11.12 a [Embarazo de la reina].....	214
11.12 b [Embarazo de la reina].....	214

11.13 [Embarazo de dos mujeres toledanas].....	215
Sor Jerónima resucitando difuntos	215
11.14 a [Resucita a tres hombres ahogados].....	215
11.14 b [Resucita a tres hombres ahogados].....	216
Sor Jerónima ayudando a aparecer agua	216
11.15 [Agua en un pozo].....	216
Sor Jerónima alejando demonios.....	217
11.16 [Diabólica obstinación].....	217
Sor Jerónima ayudando a vencer el pecado.....	218
11.17 [Pecador arrepentido]	218
12. Milagros <i>post mortem</i> de sor Jerónima de la Asunción.....	219
Milagros con las reliquias de sor Jerónima	219
Curaciones de calenturas.....	219
12.1 [Fuego en el cuerpo de Juan Manaba].....	219
12.2 [Calenturas y fríos de Inés Sira].....	219
12.3 [Calenturas de cinco semanas de Ana Belocan].....	219
12.4 [Calenturas de quince días de Juan Sanco].....	220
12.5 [Calenturas y descomposición de vientre de Maña Panguisnaguan].....	220
Curaciones del estómago y vientre	220
12.6 [Peste de Isabel Guillén].....	220
12.7 [Descompostura de estómago de Alonso Sánchez].....	221
12.8 [Cólica de Alonso Pahico].....	221
12.9 [Ana María con dolor de vientre y jaqueca].....	222
Curaciones de locura.....	222
12.10 [Alonso Pacio estaba loco, furioso].....	222
12.11 [Clemente Soay hacía pedazos cruces y rosarios].....	222
Curaciones de los ojos.....	223
12.12 [Nubes en un ojo de Vicente Vico].....	223
12.13 [Ojos podridos de un niño de María Bilang]	223
Otras curaciones	223
12.14 [Enfermedad en los dientes de Isabel Pangisnavanan].....	223
12.15 [Enfermedad de cámaras de María Sanayén]	224
12.16 [Enfermedad gravísima de un esclavo].....	224
12.17 [Enfermedad de tabardillo de un criado].....	224
12.18 [Enfermedad de humor gálico de Julián de Mesinas].....	224
12.19 [Caída de un niño de Mateo de Mendoza].....	225
12.20 [Dolor de vientre y pecho de Petronila]	225
12.21 [Varias enfermedades de Catalina Manaugan]	225
12.22 [Boca torcida de Miguel Ilaya].....	226
12.23 [Frío terrible de Ventura Gatopolintan]	226
Resucitados con las reliquias de sor Jerónima	226
12.24 [Tuvieron por muerta a Agustina de Todos los Santos].....	226
12.25 [Quedó como muerta la hija de Catalina Salingano]	226
12.26 [Infante de Martina Pita nacido muerto]	227
Milagro marítimo	227

12.27 a [Una luz sobrenatural en el mar].....	227
12.27 b [Una luz sobrenatural en el mar]	228
Hombre arrepentido	228
12.28 a [Un sangley condenado a morir].....	228
12.28 b [Un sangley condenado a morir]	229
Plagas.....	229
12.29 a [Langostas en sembradíos de Andrés Duarte].....	229
12.29 b [Langostas en sembradíos de Andrés Duarte]	229
Retiro de fantasmas.....	230
12.30 [Hombre perseguido de fantasmas].....	230
Milagros sin las reliquias de sor Jerónima de la Asunción	231
Curaciones milagrosas.....	231
12.31 [Recias calenturas de Miguel Rodríguez]	231
12.32 [Dolor de estómago y vientre de Alonso Bohong]	231
12.33 [Descomposición de vientre de Juan de Sandoval].....	231
12.34 [Catalina Mihingan estuvo siete años sin dar paso].....	232
12.35 [Pedro Salansan estuvo ocho meses impedido de pies y manos].....	232
12.36 [Luisa Yoso imposibilitada a caminar].....	232
12.37 [Una niña enferma de ahíto].....	233
12.38 [María de Nongin con una espina atravesada]	233
12.39 [Francisca Sadia con calamayo]	233
12.40 [Dolores y achaques de Sebastiana Toanio].....	234
Resucitados.....	234
12.41 [Hija de Luisa Tanaguit resucitada tras nacer muerta].....	234
12.42 a [Catalina Esguerra resucitada tras morir en derrumbe]	234
12.42 b [Catalina Esguerra resucitada tras morir en derrumbe]	235
12.43 [Hijo de una india resucitado tras nacer muerto]	235
12.44 [Una gallina resucitada].....	236
12.45 [Dos niños y una gallina resucitados]	236
Milagro marítimo	237
12.46 a [Falta de agua en el navío]	237
12.46 b [Falta de agua en el navío].....	237
Apariciones del ánima de sor Jerónima de la Asunción para curar.....	238
12.47 [Felipe librado de enfermedad de tabardillo]	238
12.48 a [Enfermedad de tabardete de Catalina Muñoz].....	238
12.48 b [Enfermedad de tabardete de Catalina Muñoz]	239
12.49 [Calentura continua de una india].....	239
12.50 [Mal de vientre de Elvira Montes].....	240
12.51 [Enfermedad de un sacerdote]	240
Fuentes.....	241
Bibliografía	243

¡Válgame Dios, en lo que me he metido!
Santa Teresa de Jesús, *Las Moradas* (1577)



“La venerable madre Jerónima de la Fuente”, Diego Velázquez (1620), óleo sobre lienzo.

Museo del Prado.

Introducción

En un contexto histórico en el que la religión católica ocupaba el eje central de la sociedad de la Monarquía Ibérica, se imprimen dos hagiografías escritas sobre sor Jerónima de la Asunción: monja clarisa nacida en mayo de 1555 en Toledo, España, quien fundó en 1621, a la edad de 65 años, el primer convento femenino en Asia dedicado a la Purísima Concepción. La primera de sus hagiografías titulada *Ejemplo de todas las virtudes y vida milagrosa de sor Jerónima de la Asunción* fue escrita en 1630 por fray Ginés de Quesada, cuyo manuscrito estuvo sin ver la luz hasta que fray Agustín de Madrid lo encontró en la primera década del siglo XVIII y, mediante él, en 1713 se imprimió el texto en México. La segunda hagiografía fue escrita por fray Bartolomé de Letona e impresa en Puebla en 1662; es importante mencionar que Letona se basó en gran medida en el manuscrito de Quesada.

Mientras que fray Ginés de Quesada conoció a sor Jerónima en vida, dado que fue su confesor, fray Bartolomé de Letona solo tuvo acercamiento a ella una vez muerta, cuando su fama de santidad crecía en Manila, donde su sepulcro era venerado y su cuerpo considerado una reliquia milagrosa. En las dos hagiografías, entre otras cosas, se remarca la labor fundacional y evangelizadora de sor Jerónima en Filipinas así como su vida mística y sus actos milagrosos en vida y *post mortem*.

Filipinas, el objetivo de sor Jerónima

Las Filipinas fueron, desde el siglo XVI hasta finales del siglo XIX, la parte más alejada del imperio español. En 1534, según Francisca Perujo (2007: 13), la isla de Leyte fue llamada Filipina por Ruy López de Villalobos, mismo nombre que se extendió para denominar al archipiélago completo. Se trataba, entonces, de un territorio fragmentado en islas, cuyos relieves montañosos y fauna hostil pudieron dificultar las acciones de conquista por parte de los españoles. Además, era una zona habitada por una diversidad de grupos indígenas que no hablaban los mismos idiomas. Sin embargo, como lo relata el cronista del siglo XVI Antonio de Morga, en 1571 Miguel López de Legazpi conquistó la localidad de Manila,

que concentraba el mayor número de habitantes, con ayuda de otros indígenas de las islas. A partir de este momento, López de Legazpi convirtió esta ciudad en la morada del gobernador por su ubicación central dentro de la isla de Luzón, la más grande del archipiélago y desde la que, según pensaba el conquistador, se podía tener un mejor control del territorio que poco a poco empezó a poblarse de españoles, “conquistándola con las armas y con la industria de los religiosos que han sembrado por ellas el Santo Evangelio” (Morga, 2007: 19).

Desde la incorporación de estas islas a la Corona, el territorio español con el que más tenían contacto las Filipinas era la Nueva España, lugar desde el cual “llegaban los recursos económicos y humanos necesarios para mantener la soberanía hispana” (Artaza Montero, 2011: 271). También era la Nueva España el sitio desde el cual partían las misiones evangelizadoras rumbo a las islas con el afán de repetir la conquista espiritual que estaba realizándose en América. De hecho, según María Dolores Elizalde y Xavier Huetz de Lemp, una de las instrucciones del rey Felipe II a Legazpi fue extender la religión y la conversión de los infieles filipinos (2015: 191). Es por ello que frailes agustinos acompañaron a Legazpi en su conquista, volviendo, desde ese momento, a las órdenes religiosas “un elemento esencial de la empresa colonizadora filipina” (Elizalde y Huetz de Lemp, 2015: 191); pues creían que, una vez evangelizados los indígenas, estos obedecerían a la Corona con mayor facilidad y ello favorecería a la hispanización de las islas, en una zona geográfica en la que otras potencias europeas ya tenían presencia.

Elizalde y Huetz de Lemp señalan que las órdenes religiosas que llegaron a las islas fueron los agustinos, los franciscanos, los jesuitas, los dominicos y los recoletos de San Agustín; todas se repartieron por diferentes áreas geográficas con el propósito de evangelizar y administrar los territorios, aunque se respetaron algunas principalías en las que los mismos indígenas se gobernaban. Los frailes funcionaban, también, como interlocutores entre las autoridades coloniales y la población; conocían los problemas de la sociedad y llegaban a ser sus defensores en diferentes causas. En 1595 se formó el arzobispado de Manila, “del cual dependerían tres nuevos obispados creados ese mismo año en Cebú, Nueva Segovia (Cagayán) y Nueva Cáceres (Camarines)” (Elizalde y Huetz de Lemp, 2015: 192), colocando a Filipinas a la par de otras colonias en cuanto a instituciones eclesiásticas. Inclusive, para las órdenes religiosas asegurar el catolicismo en Filipinas fortalecía la idea de expandir la religión al Asia continental. En todo caso, las

labores evangelizadoras hasta ese momento incluían únicamente actividades realizadas por varones. No sería hasta la llegada a Manila de sor Jerónima de la Asunción, de la Orden de Santa Clara, cuando las monjas entraron al terreno de la evangelización en Asia, aunque sin una participación tan activa como la de los varones.

El Convento de la Purísima Concepción de Santa Clara de Manila pronto adquirió popularidad entre la población filipina, pues no solo mujeres peninsulares deseaban formar parte de él, también mujeres indígenas y mestizas. Sor Jerónima, como abadesa, quería aceptar a cualquier mujer sin distinción, pero sus deseos le propiciaron conflictos con las autoridades y tuvo que acatar las normas que le impusieron para solo aceptar pocas mujeres y que estas fueran españolas de nacimiento. Tras la muerte de sor Jerónima en 1630, sor Ana de Cristo ocupó el cargo de abadesa hasta su muerte en 1636; durante el lapso de la abadía de sor Ana, específicamente en 1633, una comitiva de monjas de Manila partió hacia Macao donde fundaron el segundo convento femenino en todo el continente asiático. La fundación de este segundo convento coincide en tiempo con las intenciones de las autoridades filipinas por beatificar a la venerable sor Jerónima y difundir su vida mística y milagrosa.

La santidad y la hagiografía

Para Antonio Rubial (1999) los santos adquirieron una fuerte presencia entre la población europea desde los siglos IV y V: eran patronos, protectores y amigos de los fieles quienes establecían vínculos e intercambiaban cosas (cirios, limosnas, novenas, peregrinaciones) por milagros de diversos tipos: curaciones, salvación de peligros y protección de cosechas y animales. El santo, “personaje de vida imitable por el común de los mortales, se volvió un intercesor más que un modelo” (Rubial, 1999: 22). En el siglo XVI, como una reacción al protestantismo, la Iglesia propuso una mayor difusión de los santos a partir del Concilio de Trento, que además regulaba las manifestaciones populares hacia estos por medio de confesores e inquisidores. A la larga, según Antonio Rubial, solo aquellos individuos reconocidos como santos o beatos podían recibir veneración pública (2004b: 130).

En América los santos tuvieron un papel fundamental para la conquista espiritual, se “requerían para la formación de sus conciencias colectivas y para demostrar que las iglesias americanas tenían los mismos derechos que las europeas, pues solo una tierra que producía santos se podía considerar madura espiritualmente” (Rubial, 1998: 17); por ello, la

búsqueda de santos propios en cada ciudad americana fue algo que tuvieron en mente las órdenes religiosas. Lo anterior, además, ponía a los territorios conquistados como productores de santidad. En este sentido, no faltaron las historias de personas con fama santa, llamados “venerables”, difundidas mediante hagiografías. No obstante, existía una serie de procesos que debían cumplirse para que la Iglesia oficialmente considerara santo a alguien. Doris Bieñko expone que ya no solo bastaba la veneración pública para ello, sino que era indispensable la solicitud de los obispos ante la Santa Sede para iniciar el proceso en el que la Iglesia elevara a la categoría de santo a alguien (2018). La Santa Sede, por su lado, tenía la responsabilidad de pedir informaciones sobre la vida y milagros del supuesto santo, de esta forma se comprobaría su modo de vida (que no saliera de la ortodoxia católica), los posibles encuentros místicos y hasta testimonios sobre milagros. En 1588 se creó la Sagrada Congregación de los Ritos que desde ese momento “fue la única instancia competente y autorizada para proclamar la santidad; esta congregación estaba constituida por los cardenales elegidos por el Papa” (Bieñko, 2018: 236); más tarde, como parte del proceso de canonización, entró el de beatificación que otorgaba “un indulto particular para la veneración popular del candidato a santo” (236); es decir, la beatificación era una etapa anterior a la canonización.

A partir de la Contrarreforma, los reglamentos de beatificación y canonización se fueron definiendo hasta volverse procesos legales, con un defensor (procurador de la causa) y un fiscal (promotor de la fe). El proceso iniciaba cuando el ordinario recopilaba ciertos testimonios en el lugar de fallecido del candidato, a partir de un cuestionario previamente elaborado.

Había que investigar si no se rendía el culto popular público ni secreto al candidato; se recopilaba información sobre los milagros realizados *post mortem*, información que tenía que ser acompañada de los pareceres médicos; la documentación se enviaba a Roma, donde se traducían y era analizada por peritos, quienes además escuchaban las argumentaciones del postulador de la causa y del procurador fiscal, y quienes, en caso de ser necesario, podían solicitar nuevas informaciones (Bieñko, 2018: 237).

En la primera mitad del siglo XVII, el papa Urbano VIII publicó decretos que establecían que para el inicio del proceso debían transcurrir cuarenta años a partir de la muerte del candidato. Asimismo, se censuraban textos que mostrasen santidad, milagros o visiones de individuos no reconocidos por la Iglesia como santos, pues se podía caer en la

herejía. Más tarde, en 1738 Prospero Lambertini instituyó que deberían comprobarse al menos cuatro milagros *post mortem* (dos para lograr la beatificación y dos para la canonización) y de ese modo llegar a la santidad. Como informa Bieñko (2018), en el caso de santa Rosa de Lima beatificada en 1668 se comprobaron solo cinco de sus milagros. Incluso si el proceso de beatificación culminase con resultados no satisfactorios, las hagiografías funcionaban como propaganda de los santos al convertirlos en modelos ideales de virtud para los fieles quienes, además, podían alcanzar favores gracias a ellos.

La literatura hagiográfica, cuyos primeros textos Antonio Rubial (1999) ubica en el siglo IV, retratan las virtudes humanas que, a su vez, muestran la gloria de Dios y su poder sobre la Tierra. Entre los siglos XI y XV, “la hagiografía recibió una gran influencia formal de los otros géneros narrativos, sobre todo de la crónica histórica y de la literatura caballerescas” (Rubial, 2008: 18). Jacobo de la Vorágine escribió en el siglo XIII una de las compilaciones hagiográficas más difundidas: la *Leyenda Dorada*, con vidas de diversos santos y mártires. Rubial considera que con este texto se introducen en el género hagiográfico referencias con respecto a la Sagrada Escritura y, al mismo tiempo, la reelaboración de ciertos pasajes bíblicos con el propósito de mostrar al protagonista imitando a Jesucristo o a otros personajes (1999: 31). En esta época se escribieron, también, las vidas de fundadores de órdenes religiosas y, después, las experiencias de santos místicos como san Juan de la Cruz o santa Teresa de Jesús. Según Rubial, la hagiografía se alimentó de las novelas de caballería con elementos como:

División de la obra en libros, protagonismo del biografado, progresión en el tiempo y el espacio; cambios marcados por los tonos de fortuna y las vicisitudes; lo que le da a la narración suspenso y un tono de aventura; convenciones físicas (belleza igual a bondad) y familiares (linaje ilustre, familia piadosa, niñez ejemplar), y sentido de la fama y la permanencia en la memoria de los hombres (1999: 31).

Por su parte, Gisela Von Wobeser señala que fue común que los hagiógrafos insertaran en sus textos *exempla*: historias ejemplares de tradición medieval de manera que parecieran experiencias vividas por el protagonista (2016b: 24). La hagiografía también se enriqueció de “recopilaciones de historias de milagros realizados por las reliquias, que los clérigos guardianes de los santuarios hicieron públicos” (Rubial, 1999: 31), para argumentar, a través de los milagros, los aires de santidad.

Durante los siglos XVI y XVII, las hagiografías tuvieron gran difusión en Nueva España. Se imprimieron, sobre todo en México y Puebla, las vidas de santos ya canonizados y aquellas que narraban el florecimiento de virtudes y experiencias místicas en mujeres y hombres desconocidos, “de preferencia españoles o criollos” (Rice, 2010: 564), muchos de ellos frailes o monjas que eran nombrados “venerables”.

La fórmula estructural de la hagiografía es fija. Primero, relata una infancia prodigiosa con sendos ejemplos de santidad precoz. El desarrollo de la historia narra una larga serie de milagros, virtudes, tentaciones y triunfos. El final consiste en una buena muerte y la fama del personaje que es reclamado y glorificado por el pueblo alto y llano (Rice, 2014: 129).

Las hagiografías, según Rubial y Bieñko (2011), fueron recurrentes en la vida religiosa femenina con el propósito de elevar a una monja a la categoría de santa. Para Antonio Rubial estos textos tenían tres principales objetivos:

1. Promovían valores y formas de comportamiento; incluso acercaban ciertos dogmas católicos a los lectores como la existencia del Purgatorio, por ejemplo.
2. Ocuparon el sitio de lecturas destinadas a la distracción, leídas de manera “silenciosa u oral durante la doctrina, en los refectorios de los conventos y en las casas de las personas letradas” (Von Wobeser, 2017: 39).
3. Promovían cierta emotividad; despertaban admiración por las virtudes de los personajes retratados; también reforzaban el odio al pecado y hasta sembraban un sentimiento de pertenencia hacia determinada ciudad o territorio (Rubial, 2004b: 129).

Para cumplir con estos propósitos, el protagonista se construía como un individuo idealizado cuyas acciones y sacrificios eran llevados a la exageración. En este sentido, “el personaje hagiográfico es un héroe épico que libra hazañas contra diversos enemigos” (Rice, 2014: 126); entre ellos el Demonio y el pecado. Los hagiógrafos reforzaban esta idealización de las monjas añadiendo interacciones místicas con personajes del imaginario religioso (Dios, Jesús, vírgenes, santos, ángeles, ánimas y demonios), siguiendo antiguos modelos hagiográficos como los textos de Santa Teresa de Jesús o Gertrudis la Magna.

De hecho, Santa Teresa de Jesús era la principal inspiración para las religiosas que deseaban tener una vida mística como ella, “gracias a la temprana publicación de sus obras (1588), aunada a la creciente popularidad a la causa rauda de su canonización (1622)” (Von Wobeser, 2016a: 104). Sus textos también influyeron en los hagiógrafos, quienes,

interesados en impulsar la vida de otras “santas”, insistían en seguir algunos elementos de santa Teresa “con el fin de equiparar virtudes y justificar el halo de santidad que enaltecía a su confesada” (Von Wobeser, 2016a: 104). Muchas veces estos textos también se veían influenciados por las lecturas que los confesores les sugerían a las religiosas: vidas de santos, meditaciones, diálogos y ejercicios espirituales como los de san Ignacio de Loyola.

Algunos hagiógrafos eran los propios confesores de las religiosas quienes, una vez fallecida la monja, plasmaban las vivencias basándose en sus encuentros en el confesionario y, a veces, en textos autobiográficos o notas de la propia monja. Este es el caso de sor Jerónima de la Asunción y su primer hagiógrafo fray Ginés de Quesada, quien fue su guía espiritual en Manila y quien, de hecho, consultó la obra que sor Jerónima escribió sobre su propia vida titulada *Carta de marear en el mar del mundo*, de la que no se tienen detalles sobre su conservación.

En este sentido, los confesores jugaban un papel relevante en la difusión de las vidas santas de estas mujeres. Cuando las religiosas relataban sus experiencias sobrenaturales, la interpretación era exclusiva para los confesores; en tanto que ellas se limitaban a la narración de la visión o revelación. Rubial considera que gracias a los hagiógrafos como escritores es que se pueden descubrir ciertos prejuicios, expectativas, sentimientos y formación de conciencias (2004b: 132). Es necesario mencionar la importancia de las monjas visionarias en la sociedad novohispana que les otorga Bieñko (2009), pues estas religiosas eran vistas como las intermediarias entre Dios y los hombres (entre el mundo terrenal y el mundo divino), mediante las que se podía pedir favores a Dios. En la construcción de las religiosas como santas, los hagiógrafos se valían de ciertos tópicos presentes en la literatura mística y en textos de carácter devocional, estos últimos son los encargados de transmitir una tradición literaria en torno al milagro como género discursivo, cuyos tópicos también servían para la construcción de las acciones milagrosas en las hagiografías.

Antonio Rubial menciona que el término hagiografía nació en el siglo XVII: “Aunque es un concepto construido tardíamente, [...] la temática relacionada con la narración sobre virtudes y milagros de los hombres y mujeres excepcionales por su santidad tiene una larga tradición en la cristiandad” (2008: 15). En todo caso, al referirnos a hagiografías estamos hablando de un grupo específico de biografías que exponen las vidas de los santos. A diferencia del término “hagiografía”, la biografía es un género cultivado desde el Imperio

Romano cuya principal característica era “una exaltación del individualismo, [...] que, bajo los dictados de la retórica ciceroniana, insistía más en los rasgos individuales” (Rubial, 2008: 21). En ese momento histórico, sin embargo, para Anna Caballé (2012) el término utilizado para hacer referencia a estos textos era vida y no biografía.

Estas “vidas” retrataban a individuos admirables, usualmente eran escritas por un tercero que consideraba a ese personaje un ser humano digno de exponer frente a los demás. En la antigüedad solían pasar “cientos de años entre la vida de un personaje y la escritura de su biografía” (Caballé, 2012: 43); tal es el caso de Plutarco quien escribió sobre griegos célebres que vivieron tres siglos antes que él. Para Leonor Arfuch, el término “biografía” tal y como se concibe actualmente fue conceptualizado hasta el siglo XVII. Según Arfuch, la biografía crea una “tensión entre la indagación del mundo privado [del sujeto] y su relación con el espacio de lo social” (2007: 33). Hermione Lee (2009), por su parte, considera que la biografía debe construirse sobre personajes reales, no mitológicos o ficticios; y que debe mencionar, en la medida de lo posible, la vida completa de un individuo sin crear ficción a su alrededor.

La diferencia más notable entre una hagiografía y una biografía es que la primera expone de manera explícita algunas características santas del individuo: ascetismo, visiones, predicciones, penitencias, apego a la religión, milagros hechos en vida o post mortem; además, suelen finalizar con “la agonía, la muerte y el destino de las reliquias” (Rubial, 2008: 23) y la alusión a los fieles del santo. Rubial avisa que la diferencia entre biografía y hagiografía radica en que en la primera “la virtud acompañaba al hombre para la gloria del hombre; en las vidas de los santos, en cambio, las virtudes humanas servían para mostrar la gloria de Dios” (1999: 22).

Como el nombre “hagiografía” es tardío, los autores de textos que actualmente se consideran dentro del género hagiográfico utilizaban otros términos para referirse a sus obras. Los propios hagiógrafos de sor Jerónima de la Asunción no se refieren en ningún punto a sus textos como “hagiografías”. Fray Ginés de Quesada nombra a su texto como “vida”: “la vida de la venerable madre Jerónima de la Asunción [...] sale al mundo” (1713: 98v). Por otro lado, fray Agustín de Madrid, quien se interesó en sacar a la luz el manuscrito de fray Ginés de Quesada e impulsó el segundo proceso de beatificación de la monja, también nombra al texto como “vida”: “el blanco de mis deseos es sacar a la luz la vida de la venerable madre Jerónima de la Asunción escrita por fray Ginés de Quesada”

(1713: 2v). Fray Bartolomé de Letona, autor que se basó en gran medida en Quesada, nombra su texto como “historia”: “el sujeto de esta historia es una mujer fuerte” (1662: 1r); “los originales de esta información están en su archivo eclesiástico, [...] que ha sido la luz principal de esta historia” (1662: 1v).

Ante la pluralidad de términos, este trabajo se refiere a los dos textos acerca de sor Jerónima como “hagiografías”, pues cumplen la función principal del género: retratar a un individuo con las características propias de un santo. Otros autores que han estudiado los textos de Quesada y Letona también los nombran “hagiografías”; por ejemplo, Mojarro dice: “[los escritos de Quesada y Letona] se trataban, en fin, de hagiografías apologéticas: obras literarias edificantes con unas estrategias bastante predecibles de persuasión” (2018: 60); lo mismo encontramos en Sarah Owens, quien asegura que las dos obras “follow the standard pattern of other hagiographical texts”¹ (2017: 119). Para esta autora “hagiography means writing about the life of a saint”² (2017: 119) y contrapone el término al de la “biografía”, pues considera que la hagiografía no recrea de manera realista la vida de un individuo, sino que mezcla eventos sobrenaturales que configuran al protagonista como un santo.

El presente estudio

Existen múltiples estudios dedicados a las hagiografías hispánicas de monjas de los siglos XVI y XVII a partir de diversos enfoques históricos, literarios y sociales (Alarcón Sánchez, 2006; Bienko Peralta, 2004a, 2009, 2014; Cortés Hernández, 2002; Figueroa Pérez, 2006; Franco, 2006; Lavrin, 2016; Rice, 2010, 2014, 2019; Rubial, 1998, 1999, 2002, 2004a, 2004b, 2006; Von Wobeser, 2016a, 2016b, 2017); de hecho, Rubial (1999: 86) mencionó a sor Jerónima de la Asunción como parte del selecto grupo de nueve individuos novohispanos considerados “venerables”, cuyo proceso de beatificación fue llevado hasta la Santa Sede. Sin embargo, sobre sor Jerónima, su labor como pionera en la evangelización de Asia y sus hagiografías, se ha escrito poco. El artículo de González Zymła (2013) y el libro de Ruano (1991) rastrearon su vida desde su nacimiento hasta la muerte con un interés principalmente biográfico, sin indagar en aquellos elementos de sus hagiografías que la colocaban a la altura de otras santas. Cárdenas (2013) dedicó un artículo a exponer los

¹ “[Las obras] siguen el patrón estándar de otros textos hagiográficos” (traducción propia).

² “Hagiografía significa escribir sobre la vida de un santo” (traducción propia).

posibles padecimientos mentales de sor Jerónima que le pudieron haber provocado las visiones con seres del imaginario religioso, a partir de la hagiografía de Letona; por su parte, Mojarro (2018) expuso la travesía marítima de la monja desde España hasta Filipinas y la importancia social que las mujeres, incluidas las misioneras españolas, tuvieron en el pasado hispánico de dichas islas. Owens (2014, 2017) estudió la narración del viaje de sor Jerónima a Filipinas a partir del texto que sor Ana de Cristo, compañera de Jerónima, escribió acerca de ella y sobre las vivencias que experimentaron a lo largo del trayecto. Por otro lado, existe un vacío bibliográfico en cuanto a los procesos de beatificación de sor Jerónima de la Asunción, mismos que coinciden, cada uno, con las impresiones de las hagiografías que poseen una gran variedad de episodios sobrenaturales (visiones y milagros).

El ámbito de lo sobrenatural en textos hagiográficos de los siglos XVI y XVII ha sido trabajado por diversos autores: Alarcón Sánchez (2006) expuso en una tesis doctoral dieciocho textos hagiográficos en los cuales lo sobrenatural tiene una fuerte presencia para la construcción de personajes santos; Ayala Calderón (2005, 2019) se centró en las ánimas del Purgatorio y en los demonios presentes en documentos novohispanos de los siglos XVI y XVII; Bieñko (2004a, 2004b, 2009), rastreó la importancia de lo sobrenatural en la cotidianidad de Nueva España, las teorías teológicas en torno a los encuentros sobrenaturales, los tipos de visiones mencionados en la literatura mística y los personajes del imaginario religioso más recurrentes en dichos encuentros. Von Wobeser (2016b) estudió la hagiografía de Catarina de San Juan y los múltiples encuentros que tuvo con santos, ángeles, demonios y ánimas, y el paralelismo que esta obra tiene con otras hagiografías de la época, de las que retoma tópicos y motivos que enuncian una tradición discursiva.

Los trabajos mencionados destacan la importancia que lo sobrenatural tiene dentro de las hagiografías: ayudar a la construcción de un personaje con características místicas y difundir los milagros para sustentar la santidad y posiblemente los intentos de beatificación. En este sentido, el objetivo del presente estudio es analizar los pasajes místicos y milagrosos en ambas hagiografías de sor Jerónima de la Asunción para exponer cómo se construye su personaje a partir de ciertos tópicos y acciones propias de tradiciones literarias como la mística y la devocional. Los episodios sobrenaturales en las hagiografías de fray Ginés de Quesada y Bartolomé de Letona son base importante para el proceso de

beatificación de sor Jerónima. En ambos textos se encuentran episodios semejantes, pues ambos provienen tanto de las notas que sor Jerónima hizo sobre su vida como de las notas hechas por sor Ana de Cristo. No obstante, las dos hagiografías no tienen la misma cantidad de episodios sobrenaturales: en la de Quesada abunda una mayor cantidad de experiencias místicas y milagros con respecto a la de Letona. Todos estos episodios se nutren de dos grandes tradiciones literarias. Por un lado, están los acontecimientos sobrenaturales relacionados con la literatura mística: aquellos encuentros con seres del imaginario religioso que atestiguan su faceta mística y su preparación para la santidad. Estos pasajes se ven influidos por las Sagradas Escrituras, *El libro de la vida* de santa Teresa de Jesús y las vidas de otros santos a los que era devota sor Jerónima (san Francisco y santa Clara). Por otra parte, se encuentran los relatos de sus milagros que retoman tópicos de la literatura devocional: aquellos textos encargados de propagar los milagros de ciertos santos y vírgenes para formar cultos en torno a ellos, difundidos en formatos como pliegos sueltos o compendios de milagros. Ambas tradiciones juegan un papel importante en el caso de sor Jerónima, no solo en la formación de un personaje con fama de santidad, como lo demanda el género de la hagiografía, también en su proceso de beatificación, pues los milagros y visiones coadyuvan en la difusión de su fama como santa entre la población.

Ante ello, el propósito de este trabajo es evidenciar la importancia que tienen los episodios sobrenaturales de ambas hagiografías para la construcción del personaje de sor Jerónima a partir de estas dos tradiciones literarias: la mística y la devocional; tradiciones de las que se valen los hagiógrafos para retomar tópicos, motivos y personajes, con el afán de sustentar el lado místico de sor Jerónima y, luego, su faceta milagrosa. Para ello, el presente estudio propone una clasificación de los episodios místicos, encontrados en las dos hagiografías sobre sor Jerónima, a partir de los personajes del imaginario religioso que entran en contacto con la monja, y una clasificación de los episodios milagrosos basada en los motivos presentes en dichas narraciones.

El primero de los capítulos del estudio rastrea los datos relevantes sobre la vida de sor Jerónima extraídos de las hagiografías: su familia, su ingreso y estadía en el Convento de Santa Isabel de los Reyes de Toledo; el viaje a Manila, las distintas peripecias que vivió con las autoridades filipinas tras la fundación del convento asiático y su muerte. Este capítulo aborda, incluso, los datos sobre ambas hagiografías: los autores y las fuentes que usaron para reconstruir la vida de sor Jerónima, los motivos por los cuales se imprimieron y

los involucrados en la publicación; así como la estructura interna de los textos y los sitios en los que se pueden consultar. Además, y tras un minucioso rastreo en fondos antiguos digitalizados, el capítulo expone la información sacada de los documentos sobre ambos procesos de beatificación: el primero iniciado en 1630 tras la muerte de sor Jerónima y finalizado en 1640, y el segundo iniciado en 1710 y finalizado en 1740, sin buenos resultados. Es importante destacar que no hay ninguna investigación previa sobre tales procesos, ni siquiera la mención a documentos que los atestigüen, incluso tratándose de una figura tan significativa para la evangelización en Filipinas como lo es sor Jerónima de la Asunción; es por ello que el rastreo de estos documentos, la paleografía y su posterior lectura, fueron pieza clave del presente estudio para dilucidar quiénes fueron los individuos interesados en la beatificación de sor Jerónima, cuáles eran las acciones que se remarcaban de su vida y mediante qué milagros se buscaba llevar el caso de esta religiosa a la Santa Sede. Todos los documentos se conservan actualmente en el Archivo General de Indias y algunos de ellos, los más relevantes, se encuentran digitalizados en su portal. Lo anterior también permite recuperar el personaje histórico de sor Jerónima de la Asunción, como una mujer pionera en la evangelización de Asia, y su importancia dentro de la religiosidad de Filipinas en los siglos XVII y XVIII.

El segundo capítulo expone los encuentros místicos de la religiosa no solo con Dios Padre o Jesucristo, también con otras entidades del imaginario religioso –la Virgen María, vírgenes y santos, ángeles, arcángeles, ánimas del Purgatorio y demonios–, además de las profecías, que también se relacionaban con los dones de una monja mística, a partir de un corpus de 130 episodios, extraídos de ambas hagiografías. El interior del capítulo se organiza de tal modo que se analizan los episodios por grupos partiendo del personaje con el que la monja entra en contacto; asimismo, se mencionan los tópicos más significativos y se comparan con otros pasajes similares en textos de literatura mística como los de la propia santa Teresa o santa Gertrudis. Aparte de ello, se aborda otro tipo de revelaciones experimentadas por personas cercanas a sor Jerónima, pero que la involucran de manera directa como un personaje dentro de las visiones. El objetivo no solamente es exponer la variedad de seres con los que sor Jerónima entró en contacto, sino demostrar la influencia de la literatura mística femenina en la construcción de las experiencias místicas de la religiosa.

El tercer capítulo se centra en los milagros hechos por la monja tanto en vida como después de muerta; la mayoría de ellos fueron curaciones hacia diversos padecimientos y unos cuantos milagros marítimos o en accidentes. El total de episodios que componen esta sección es de 17 milagros hechos en vida de sor Jerónima y 51 milagros *post mortem*. Este apartado no solo expone las acciones milagrosas que realizó la venerable sor Jerónima, sino que las compara con otras semejantes relatadas en compendios milagrosos que circularon en la época por Nueva España sobre otras vírgenes como la propia Virgen María, santa Teresa o la Virgen de Guadalupe. Además, el capítulo remarca la importancia que estos milagros tienen retóricamente dentro de las dos hagiografías de sor Jerónima, puesto que son el eje central desde el que parte la fama de santidad de sor Jerónima y en el que se basan los documentos que impulsaron su beatificación para corroborar su santidad frente a las autoridades eclesiásticas. Además, el capítulo aporta información médica de los siglos XVI y XVII sobre los padecimientos que sor Jerónima curó milagrosamente, lo que permite un acercamiento a los conocimientos médicos de la época y sus remedios, en contraste a lo que hacían los fieles de la monja para encontrar solución a sus males.

El apartado de las conclusiones reúne aquellos descubrimientos en torno a la construcción textual de sor Jerónima como una figura importante para Filipinas, al ser la primera mujer misionera en Asia; además, el apartado menciona los tópicos retomados de la tradición literaria mística femenina que la hacen una monja de virtudes y aquellos tópicos que provienen de la literatura devocional y su relación en la configuración de una protagonista con aires de santidad. También, expone las diferencias sustanciales entre ambas hagiografías, con el propósito de dilucidar los objetivos por los que fueron escritas las obras.

Todo este proceso ayuda a exponer las herramientas retóricas que usan los hagiógrafos para construir a una sor Jerónima mística y milagrosa, sustentando, además, su fama de santidad entre habitantes de Toledo y de Manila. Al mismo tiempo, estas hagiografías permiten un acercamiento a las prácticas religiosas y veneración en torno a sor Jerónima, lo que da acceso a la cultura y las prácticas devocionales hispánicas de los siglos XVI y XVII, cuando los santos y la religión desempeñaban un papel fundamental en la vida diaria de las personas.

La selección y edición del corpus estudiado

La elección del presente tema responde a un interés propio por indagar en el imaginario sobrenatural de la época virreinal en torno a las religiosas con fama de santidad. Al conocer la existencia de sor Jerónima de la Asunción, la tarea fue encontrar las hagiografías disponibles que abordasen su vida y obra: el texto de fray Ginés de Quesada y el de fray Bartolomé de Letona, cuyos episodios sobrenaturales construyen a una sor Jerónima con las características propias de una santa.

Con el propósito de evitar la inserción del corpus completo de episodios místicos y milagrosos al interior de los capítulos, se creó un apéndice con los 198 episodios transcritos de las hagiografías. Todos los pasajes que componen el corpus se presentan normalizados, puntuados y acentuados según el uso actual de la RAE. Cada uno de ellos, además, se encuentra numerado y con un pequeño título entre corchetes que remite a la acción central del suceso; este número es utilizado a lo largo de los capítulos 2 y 3 para hacer referencia al pasaje citado. En el caso de los encuentros místicos con seres del imaginario religioso, se le otorgó un número a cada entidad con la que sor Jerónima tiene contacto; de tal modo que el 1 es la sección para los encuentros con Dios Padre, 2 para los encuentros con Jesús, 3 para los episodios con el Espíritu Santo, 4 para las visiones con la Virgen María, 5 con otras vírgenes y santos, 6 con ángeles y arcángeles, 7 con el Diablo, 8 para las ánimas del Purgatorio, 9 es la sección de las profecías y 10 para las visiones de otros individuos que involucran a sor Jerónima de manera directa. En el caso de los milagros, la 11 es la sección para los milagros en vida de la monja y la 12 para los *post mortem*. De igual forma, cada uno de los episodios al interior de las secciones mencionadas tiene un número particular que inicia con el 1. En este sentido, los encuentros con Dios padre iniciarán en 1.1 y terminarán en 1.13, siendo 13 la totalidad de las visiones con Dios Padre que experimentó sor Jerónima, y así sucesivamente en las otras secciones. Solo cuando el mismo episodio es narrado en ambas hagiografías, además del número del grupo y del número particular, se le asignó una letra para identificar la hagiografía a la cual pertenece: mientras que la letra “a” pertenece a la hagiografía de fray Ginés de Quesada, primera en escribirse, la letra “b” es de la hagiografía de fray Bartolomé de Letona. Por ejemplo, el episodio es 1.1a es el primero en la sección de las visiones con Dios Padre y pertenece al texto de Quesada, mientras que el episodio 1.1b es la misma experiencia aunque registrada por Letona.

Para este trabajo, y aunque el concepto es amplio y complejo, se entiende como “sobrenatural” aquello “que se sitúa en un espacio o dimensión ajena a la nuestra, pero que pertenece al mundo en el que vivimos” (Carranza, 2014: 53); también se retoma el concepto del teólogo Miguel Godínez (1682) que define lo sobrenatural como aquello que se aparta de la naturaleza y flaqueza humana; es decir, elementos infundidos solo por Dios a algunos de sus devotos más privilegiados, como los místicos, que acceden a conocimientos a través de eventos sobrenaturales como las visiones.

En este sentido, lo que se consideró como una “visión” para el corpus estudiado fue todo episodio dentro de las hagiografías en el que la propia sor Jerónima, o alguno de sus hagiógrafos, narrasen un encuentro con algún ser del imaginario religioso: Dios Padre, Jesús, la Virgen María, otras vírgenes y santos, ángeles, el Demonio y las ánimas del Purgatorio. Usualmente, en las hagiografías analizadas, la visión tiene alguna fórmula que determina el encuentro y da paso a una narración detallada de él: “me arrebató el Señor”, “vine” o “me vi”, “le parecía que”, “me cogió Nuestro Señor”, “Dios me comunicó”, “me hallaba”, “fui llevada en espíritu”, entre otras. Por esto, para seleccionar el episodio que entraría en el corpus del estudio, debía haber mención explícita al personaje del imaginario religioso con el que sor Jerónima entra en contacto, así como características de su apariencia; el lugar del convento donde sucedía, la hora del día y/o la festividad religiosa. La narración de una “visión” termina, en los textos sobre sor Jerónima, cuando surge un nuevo tema u otra visión con alguna otra entidad del imaginario religioso.

En el caso de los milagros, y a diferencia de las visiones que fueron extraídas de diferentes secciones de las dos hagiografías, estos fueron transcritos mayormente del libro sexto³ de la hagiografía *Exemplo de todas las virtudes y vida milagrosa de sor Geronyma de la Assumpcion* (1713) de fray Ginés de Quesada; y de los capítulos 30 “De sus maravillas” y 31 “De sus favores” del texto de fray Bartolomé de Letona (1662), *Perfecta Religiosa*. En el corpus analizado hay dos secciones con respecto a los milagros que se le adjudican a sor Jerónima: los realizados por la monja en vida y aquellos que hizo *post mortem*; estos últimos se dividen en dos, los que involucran sus reliquias y los que solo utilizan la invocación verbal de sor Jerónima. Al igual que en las visiones, en los milagros

³ Libro sexto: “De muchos favores que otras personas viviendo la venerable madre Jerónima de la Asunción recibieron por su intercesión; de muchos santos consejos que dio a sus hijas, de su glorioso tránsito, y milagros que después de él ha obrado el Señor por los merecimientos de su sierva”.

destacan algunas fórmulas narrativas que introducen el pasaje, por ejemplo: “un día”, “en otra ocasión”, “acaeció”. La narración de los milagros inicia con información del fiel al que sor Jerónima auxilia (nombre, ocupación, residencia), luego la acción que el devoto realiza para solicitar el milagro (pedir y/o invocar a sor Jerónima, y/o utilizar sus reliquias) y concluyen con la mención del milagro cumplido. Cada milagro fue delimitado, dentro del presente corpus, cuando la voz narrativa pasa a describir otro suceso milagroso del mismo o de otro devoto de sor Jerónima.

Capítulo I

Vida de sor Jerónima, hagiografías y procesos de beatificación

Las dos hagiografías sobre sor Jerónima de la Asunción son de las pocas fuentes que proveen datos acerca de su vida. La primera de ellas fue escrita en 1632 por fray Ginés de Quesada, aunque publicada hasta 1713, en México, gracias al interés de fray Agustín de Madrid; la segunda fue escrita por fray Bartolomé de Letona e impresa en 1662 en Puebla. Ambos textos abordan la vida de sor Jerónima desde su nacimiento hasta su muerte en Manila; explican la fundación del convento filipino y los problemas que suscitó tal labor, pasando por la vida de la religiosa en el Convento de Santa Isabel de los Reyes de Toledo y el largo viaje que hizo de España a Filipinas. El presente capítulo no solamente rastrea los detalles importantes sobre la vida de la monja, sus hagiografías y hagiógrafos, también expone detalles relevantes acerca de los procesos de beatificación, y el desenlace que estos tuvieron gracias a información expuesta en algunos documentos conservados actualmente en el Archivo General de Indias.

Familia y primeros años de vida

Sor Jerónima de la Asunción nació el 9 de mayo de 1555 en Toledo, España, bajo el nombre de Jerónima Yáñez García de la Fuente. Fue la tercera de las cuatro hijas que tuvo Catalina de la Fuente con Pedro García Yáñez, un importante jurista de la ciudad. Quesada (1713) y Letona (1662) concuerdan que tanto Catalina como Pedro eran estimados en la comunidad y su abundancia en propiedades materiales superaba a la de muchos habitantes de Toledo. Según Letona, el “padre era tan caritativo que la mayor parte de su hacienda (que era mucha) la gastaba en limosnas de pobres, hospitales y obras pías” (Letona, 1662: 2v); Quesada también resalta la excelente figura de esposo que era Pedro García y narra

ocasiones en las cuales, milagrosamente, fue salvado de accidentes gracias a su apego a la religión, por ejemplo, la vez que “cayó un tiesto por delante de su cara y se hizo pedazos junto a sus pies, que si le diera cuatro dedos más cerca le mataba” (Quesada, 1713: 52). Sobre Catalina de la Fuente, Letona afirma que era igual de bondadosa que su marido y tan “consumada al ejercicio de la oración mental que, casi desde que tuvo uso de razón, [...] tuvo siempre continua presencia de Dios” (Letona, 1662: 3r). Ambos hagiógrafos coinciden en que, muchos años después de la muerte de Catalina, su cuerpo fue exhumado y encontrado entero e incorrupto, producto de su vida piadosa y religiosa.

El apego a la religión fue inculcado por Catalina y Pedro a sus cuatro hijas de las cuales los mismos hagiógrafos proveen algunos datos. La hija mayor María Yáñez, según Quesada (1713: 17), hizo voto de castidad y estuvo encargada del cuidado de sus hermanas menores y de sus padres hasta que estos fallecieron; la segunda de ellas, Petronila Yáñez, se casó con Pedro Lazo Cuello de la Vega, obligada por sus padres. Años más tarde, Petronila enviudó y heredó una fortuna que fue destinada a “muchas limosnas” (Quesada, 1713: 2). La cuarta hija fue María Anna Yáñez de la Fuente y enfermó gravemente a los cuatro años. Su padecimiento le provocó postillas en el rostro y vómitos recurrentes. La familia hizo todo lo posible por encontrar una cura sin lograr éxito pues, más tarde, María Anna murió a los seis años a causa de esta enfermedad. Sor Jerónima en el texto de Quesada narra que su hermana, habiendo comulgado por primera vez y con un crucifijo en los brazos, “decía divinas cosas muy pasito y era como que estaba mentalmente hablando con Dios. Y así perseveró hasta que hubo espirado: que fue como a las dos de la noche” (Quesada, 1713: 35). Años después del fallecimiento, tras exhumar el cuerpo de María Anna, este fue encontrado “entero, con toda su cabellera, el rostro hermoso, y los ojos vivos, y la sentaban y ponían en pie como si estuviera viva, y casi todo Toledo concurrió a ver esta maravilla” (Letona, 1662: 3v).

Antes del nacimiento de María Anna, la tercera hija fue Jerónima de la Asunción. Fray Ginés de Quesada (1713) relata que Pedro García Yáñez dejó caer al suelo a la recién nacida Jerónima Yáñez, debido a su molestia por haber tenido una mujer más en su familia y no a un varón, como él deseaba. La abuela paterna, enojada ante tal acto, recogió a la recién nacida y, temiendo lo peor, descubrió que la niña se encontraba bien después del golpe interpretando esto como un milagro: el primero en la vida de Jerónima.

Desde temprana edad, Jerónima Yáñez mostró gran interés por la vida conventual, según lo describe Letona (1662): “a la edad de seis años leyó en nuestras crónicas la primera regla de nuestra madre santa Clara; quedosele tan impresa en su corazón que, juntando las niñas del barrio, procuraba imitar la vida monástica que enseñaba aquella regla” (1662: 43r). Quesada (1713), por su parte, no menciona este evento pero sí expone la habilidad de Jerónima para entrar en contacto con la Virgen María desde su corta infancia: “desde tan pequeña que aún no me había quitado mi madre el pecho cruzaba yo las manecillas y, mirando al cielo, hablaba con Nuestra Señora” (1713: 57). Luego de repetidas ocasiones en que se le apareciera la Virgen María en un pasillo de su casa, Jerónima consideró aquellos encuentros como un llamado a la religión. Ante ello, no dudó en externar su interés de ser hombre “para ser sacerdote y decir cada día misa e irme a disponerme para esta ocasión” (Quesada, 1713: 58). Pocos años después, Jerónima descubrió que la madre Teresa de Jesús fundaría un convento en Toledo de monjas descalzas, al que acudieron algunas de sus conocidas. En ese punto de su vida, el interés por ser monja creció: “Señor, yo tengo grande deseo de ser monja descalza y quiero hacer lo que mis padres algunas veces dicen que hacen ahora las que tienen deseo, que es irse allá sin licencia de sus padres, porque no quieren los míos tratar de que yo sea monja” (Quesada, 1713: 59).

Tras la constante negativa de sus padres, quienes no querían que fuese monja, sus únicas armas fueron la oración y las súplicas a Dios con el objetivo de que ablandara los ánimos de ellos. Tiempo después su vida se pondría en peligro cuando árabes, venidos desde Granada, esparcieron por Toledo la enfermedad que en ese momento se conocía como ‘tabardillo’⁴. Los médicos le daban a Jerónima muy pocas esperanzas de vivir aunque, según Quesada (1713), de manera milagrosa fue curada por las peticiones que hacía todos los días a Dios. Sus padres agradecieron dicho milagro y, como retribución, prometieron no oponerse nuevamente a los deseos de su hija de ser monja que cada vez eran mayores.

Dos de sus tías paternas, sor Francisca de Belén y sor Inés de Santa María, profesaban en el Convento de Santa Isabel de los Reyes y fueron ellas quienes, en una visita que Jerónima les hizo, le informaron las reglas que debía seguir como parte de la Orden de Santa Clara. Habiendo estado de acuerdo con cumplir cada una de ellas, Jerónima les comunicó a sus padres su decisión de ingresar a dicho convento el día de la Asunción de la

Nuestra Señora de 1570. Sin más obstáculos por parte de su familia, Jerónima regaló sus pertenencias a las criadas y los vecinos. Jerónima narra el sufrimiento de su madre la noche anterior a su ingreso al convento:

Lloraba con tan grande extremo que parecía estaba vertiendo jarros de agua por los ojos. A mí se me hizo harto larga la noche oyendo tal música, no porque aunque viera que allí se deshacía retrocediera yo ni moviera mi voluntad, sino porque había de ser aquel el día en que había de dormir verdaderamente al mundo y comenzar a vivir para Dios (Quesada, 1713: 65).

Catalina de la Fuente, la madre, al día siguiente le advirtió que, en dado caso que Jerónima enfermase, la sacaría del convento para curarla en casa, a lo que Jerónima respondió que eso no ocurriría porque de ningún modo saldría del convento, pues su decisión era quedarse siempre en clausura. Fue en 1570, a la edad de quince años, cuando Jerónima oficialmente ingresó al convento franciscano de Santa Isabel de los Reyes, en Toledo. Nunca volvió a ver a su familia, aunque sí tenía información sobre ellos; como ella misma confiesa: murió en el mundo terrenal pero resucitó en la vida del servicio a Dios.

Su vida en el Convento de Santa Isabel de los Reyes

El convento de Santa Isabel de los Reyes de Toledo fue fundado por sor María la Pobre en 1477 bajo la advocación de santa Isabel de Hungría. Quesada (1713) dedica un capítulo entero a hablar sobre la vida y obra de María la Pobre y cómo fue que Dios le solicitó la fundación de dicho espacio.

Jerónima de la Asunción, al profesar en este convento, se convirtió en una monja clarisa, de la Segunda Orden de san Francisco, fundada por este santo y por santa Clara de Asís en 1212 para mujeres. Los votos que demanda esta orden son los de castidad, pobreza, obediencia y clausura. Algo que diferencia a esta orden monástica de otras es el permitir mujeres de cualquier condición social; es decir, aceptaban mujeres que no proviniesen de familias nobles. Otra regla importante para la orden es disolver cualquier relación con la familia; incluso, aquellas mujeres de linaje noble debían renunciar a su poder político para lograr la aceptación dentro de la comunidad de las clarisas.

⁴ “*Tabardillo*. Enfermedad peligrosa, que consiste en una fiebre maligna que arroja al exterior unas manchas pequeñas, como picaduras de pulga, y a veces granillos de diferentes colores como morados” (*Autoridades*).

Cayetano Sánchez (1994) expone que cuando Jerónima de la Asunción ingresó al Convento de Santa Isabel de los Reyes, había alrededor de 250 monasterios de clarisas en España. Algunos de esos conventos se regían por la Regla de Urbano IV, en la cual los votos de pobreza tenían ciertas modificaciones para admitir determinados bienes materiales como viviendas, terrenos, criados o esclavos; este era el caso del Convento de Santa Isabel de los Reyes que tenía algunas propiedades y múltiples criadas, aunque sor Jerónima siempre aspiró al voto de pobreza y nunca estuvo de acuerdo con estas posesiones del convento toledano. Gracias a sus hagiografías, se sabe que sor Jerónima desempeñó diversos cargos en el Convento de Santa Isabel de los Reyes: enfermera, sacristana, vicaria del coro, provisor y maestra de novicias. A los pocos meses de su ingreso al convento, Jerónima hizo voto de silencio con ayuda de sus tías paternas, pero fue aquí cuando aparecieron los primeros de los obstáculos en su vida conventual, pues de manera constante se veía acosada por fuerzas demoníacas que intentaban disuadirla de su camino hacia la perfección. Dentro de su vida mística destacan los encuentros que tenía con Jesucristo y con la virgen María, así como las penitencias y sacrificios corporales que practicaba. En Quesada (1713), por ejemplo, se encuentra la descripción de rigurosos azotes, silicios, ayunos, oraciones a pleno sol y actos en imitación a Jesucristo como cuando cargaba una cruz: “Tenía una cruz bien pesada, hecha de intento con unos gonces, para cogerla, y guardarla con más secreto: y estas se ponía muchas veces sobre los hombros y con ella a cuestas iba por la huerta de Santa Isabel, subiendo la cuesta de ella con los pies descalzos” (1713: 112).

Las anteriores acciones complementaban su vida mística con meditaciones y oraciones, actos por los que sobresalía de entre todas las religiosas del convento. En este sentido, sor Jerónima poco a poco fue adquiriendo admiración no solo de las religiosas de Santa Isabel, sino también de la familia real, particularmente tras el milagro que le hizo a la reina Margarita de Austria, esposa de Felipe III, al interceder ante ella para que tuviese un hijo. El nacimiento ocurrió el 8 de abril de 1605 en el que Margarita dio a luz al que luego se convertiría en el rey Felipe IV:

Iba ya para seis años que estaba Margarita casada con la católica majestad del rey Felipe III, sin haber tenido en ellos hijo varón, que lo deseaba la santa reina para bien de la cristiandad. Manifestó su deseo a Jerónima, a quien dijo con mucha fe y devoción que le pusiese sus manos en el vientre, como lo hizo. Y luego le encargó con mucha instancia que pidiese a Dios

la diese hijos y que fuesen buenos. La fe y devoción de la reina a la madre Jerónima y a sus méritos y oraciones se logró admirablemente, porque dentro de breves días se sintió preñada la reina, y su vientre real como tocado y bendito de las manos santas de la madre Jerónima, cuya humildad era tan grande que con haber sido común esta opinión y voz en España, entonces, siempre lo procuró ocultar sintiendo mucho que hubiese quien hiciese caso de ella y que la tuviesen por santa (Letona, 1662: 27r-27v).

Luego de eso, las visitas que hacían Margarita y Felipe III al convento de las descalzas de Toledo fueron mucho más constantes. Como explica Sarah Owens, la fama de santidad de sor Jerónima ya había empezado a circular en la corte y entre otros miembros de la familia real al punto de recibir, en una ocasión, un donativo de 500 ducados por parte de la infanta Isabel al Convento de Santa Isabel. “Otros miembros de la élite española donaron joyas, oro, coronas de plata [...] esculturas, reliquias y otros objetos devocionales al convento” (Owens, 2017: 25). Al ser el voto de pobreza parte de la vida de sor Jerónima, muchas de estas pertenencias fueron destinadas a obras de caridad. Owens informa la relevancia que sor Jerónima tuvo dentro del movimiento franciscano en el culto a la Inmaculada Concepción, pues en cierta ocasión pidió un donativo a la duquesa Ana de Mendoza para adornar la escultura de la Inmaculada que se encontraba en el Convento de Santa Isabel.

Jerónima de la Asunción tenía treinta años de edad cuando, en Toledo, las autoridades estaban discutiendo la fundación de un convento de religiosas descalzas en las islas Filipinas. Entre las monjas de Santa Isabel de los Reyes corrió el rumor de que alguna de las monjas de mayor edad sería la fundadora; cuando a sor Jerónima llegó este rumor, ella de inmediato le comunicó su inquietud de ser la fundadora a su confesor fray Luis de Castro, quien le predijo que ella sería la fundadora de un convento en Asia. Gracias a esta predicción por parte de su confesor, y tras su interés misionero y evangelizador, el deseo de sor Jerónima por ser la fundadora de un convento en tierras orientales fue creciendo del mismo modo que había deseado, en su infancia, ser monja.

Según la hagiografía de fray Ginés de Quesada, los planes de la fundación fueron tomando forma entre 1598 y 1599 a raíz de un encuentro que tuvo sor Jerónima con fray Diego de Soria, quién había sido misionero en Filipinas; a su paso por Toledo en su trayecto hasta Roma, Soria visitó el Convento de Santa Isabel de los Reyes para saludar a una prima suya con quien mantuvo una conversación. Habiendo estado presente sor Jerónima de la Asunción en ese encuentro, escuchó los relatos de Diego de Soria acerca de

sus acciones misioneras en Extremo Oriente y el deseo de fundar un convento femenino en Filipinas, tras peticiones de los propios habitantes de Manila por tener un espacio así en la ciudad. Letona explica que los deseos de Jerónima por ser la fundadora eran tan fervientes que oraba a Dios ser la encargada de dicha empresa: “Aquí estoy, enviadme a mí. Esclava vuestra soy, aquí me tenéis, Señor, a la disposición de vuestra divina voluntad” (1662: 37v).

En 1606 sor Jerónima conoció a fray Pedro Matías de Andrade, definidor y procurador de la provincia de San Gregorio Magno en Filipinas, a fray Francisco de Sosa y a fray Luis Sotelo; este último, al igual que Diego de Soria en años anteriores, le relató a sor Jerónima sus experiencias en Asia y le externó el interés de expandir la religión hacia aquel sitio. Aunque en Filipinas ya había religiosos, el territorio no contaba con ningún convento femenino en esa época; solo existía el colegio de Santa Potenciana establecido en 1589 como “una institución para huérfanas pobres de descendientes españoles, algunos de ellos conquistadores” (Owens, 2017: 22). Fray Pedro Matías de Andrade incentivó aún más el deseo de Jerónima al comentarle que dicha fundación era petición de Dios “para gloria suya y bien de muchas almas” (Quesada, 1713: 281).

Letona cuenta que sor Jerónima le mencionó su deseo al rey Felipe III, sin embargo, por motivos económicos la fundación estuvo postergándose: sin patronazgo que apoyase monetariamente al proyecto, este se mantuvo en pausa algunos años. A lo largo de este tiempo, sor Jerónima de la Asunción lo único que podía hacer era oración para que dicha empresa pudiera llevarse a cabo.

El viaje a Manila

Según lo cuenta fray Bartolomé de Letona, en 1619 Jerónima cayó enferma de gravedad, sin esperanzas de vivir; se curó milagrosamente habiendo recibido, en octubre de ese mismo año, una carta del licenciado Hernando de los Ríos Coronel en representación de las autoridades de Manila para llevar a Manila a la madre Jerónima “con poderes especiales de la ciudad, y escrituras del patronazgo del maese de campo Pedro de Chaves y de doña Ana de Vera, su mujer, que se obligaban a fundar en Manila un monasterio de monjas de santa Clara” (1662: 38v). Pedro de Chaves y Ana de Vera donaron tres casas en Manila para que se estableciera el nuevo convento; además de ganado para la subsistencia de las religiosas. A pesar de la muerte de Pedro de Chaves ocurrida meses después, el patronazgo continuó con Ana de Vera, quien mantuvo el apoyo hacia sor Jerónima como la fundadora.

Mientras tanto, Hernando de los Ríos Coronel consiguió los permisos necesarios ante la orden franciscana y el Consejo de Indias para el reclutamiento de monjas del Convento de Santa Isabel de los Reyes. Fray Juan Venido, comisario general de las Indias, dio sus patentes para que la madre Jerónima fuese abadesa de dicha fundación y para que viajase a Filipinas con ocho religiosas de su elección. Cabe destacar que la madre Jerónima en ese momento ya contaba con 65 años de edad, lo cual podría dificultar el viaje; pero ni esto mermó el deseo de sor Jerónima por llegar a Filipinas, incluso sabiendo las vicisitudes que podrían ocurrir en el trayecto. Hasta el 19 de abril de 1620 fue notificada la prelada del Convento de Santa Isabel, sor Estefanía Manrique, sobre la misión de sor Jerónima. Pronto la noticia llegó a oídos no solo de las habitantes del convento, sino de la población toledana, entre la que sor Jerónima ya tenía fama de santidad tras ciertas acciones milagrosas⁵ que realizó. Letona describe este episodio con “llantos, desmedidas voces, sollozos y lágrimas de todas las religiosas que sentían, con extremo, el perder la santa y admirable compañía de la madre Jerónima” (1662: 39r). En tanto, Fray Joseph de Santa María fue nombrado el vicario de las religiosas para el viaje.

El 26 abril de 1620 llegaron a Toledo dos monjas del Convento de la Cruz de Cubas de la Sagrada Madrid –sor Magdalena de la Cruz y sor Magdalena de Cristo–, quienes se unieron a las monjas de Santa Isabel de los Reyes: sor Jerónima de la Asunción, sor Leonor de San Francisco y sor Ana de Cristo. Del convento cordobés de Santa Clara de Belalcázar se reclutó a sor María de la Trinidad; más tarde, se unieron otras dos monjas: sor Juana Jiménez y una llamada Luisa, cuyo apellido no aparece referenciado en ninguno de los textos.

Estas religiosas partieron de Toledo rumbo a Sevilla el 28 de abril de 1620. El 22 de junio de ese mismo año salieron de Sevilla hacia Cádiz; el 5 de julio de 1620 se embarcaron en Cádiz un total de ocho mujeres (entre monjas y novicias) junto a dos frailes y dos criados para asistirles en el viaje hacia Nueva España. A finales de septiembre llegaron a las Islas de Guadalupe, en el Caribe, donde los nativos les ofrecieron regalos;⁶ más tarde, en

⁵ La acción milagrosa que destacan los documentos sobre su proceso de beatificación es la resucitación de tres hombres que se habían ahogado mientras trabajaban en un pozo de agua en el convento toledano de Santa Isabel. Datos de este y otros sucesos milagrosos se analizan en el tercer capítulo.

⁶ “Salieron los naturales con sus canoas, que son unas embarcaciones pequeñas de una pieza, y fueron a las naos, como suelen, llevando algunas frutas, gallinas y otras cosas de fresco, que truecan por cuchillos y hierro” (Quesada, 1713: 335).

Veracruz también les dieron la bienvenida algunos indígenas danzantes.⁷ En este puerto estuvieron tres días antes de avanzar en mulas hasta la ciudad de México donde fueron recibidas “con real y magnífico aparato y acompañamiento de virrey, y virreina y arzobispo” (Letona, 1662: 40v). Fueron hospedadas en el Convento de Santa Clara de la ciudad de México donde estuvieron hasta 1621. De este convento se les unieron otras dos religiosas: sor Leonor de San Buenaventura y sor María de los Ángeles. El grupo compuesto de catorce personas salió de ciudad de México rumbo a Acapulco el miércoles de ceniza de 1621; allí estuvieron diez días en los cuales sor Jerónima enfermó gravemente por causa del trayecto y el clima de la región. Sus compañeras estaban asustadas de que una mujer tan mayor no pudiese sobrevivir al viaje; no obstante, sor Jerónima se curó de manera milagrosa antes de que zarpara su barco a Filipinas el primero de abril de 1621. Durante el viaje por el Océano Pacífico falleció sor María de la Trinidad, quien había enfermado a la par que la madre Jerónima de la Asunción, “siendo la primera monja profesa de clausura que haya muerto en el mar. Fue sepultada en sus aguas con la solemnidad mayor que en las navegaciones se acostumbra con los capitanes generales” (Letona, 1662: 41v). El resto del viaje ocurrió en calma: Letona expresa que los piratas holandeses eran comunes en la región y que no osaron atacar el barco de sor Jerónima dadas las oraciones que ella hacía a Dios para que el viaje fuese seguro.

El 24 de julio de 1621 llegaron a Banilao, Filipinas, donde las recibió el secretario de fray Pedro de San Pablo, de la provincia de San Gregorio, con quien avanzaron a pie hasta Manila. Antes de llegar a dicha ciudad, el 5 de agosto de 1621, fray Pedro de San Pablo y el obispo Luis Sotelo salieron a recibirlas “con mucho aparato de músicas e instrumentos, y otras demostraciones festivas” (Letona, 1662: 42). De manera sorprendente, sor Jerónima de la Asunción había sobrevivido al largo viaje a pesar de su avanzada edad; sin embargo, con la llegada de las religiosas a Manila y sus aspiraciones fundacionales, sor Jerónima pronto se enfrentaría a otros conflictos que desafiarían su entereza y sus intenciones misioneras.

Los problemas de la fundación y la muerte de sor Jerónima

⁷ Quesada informa que, por mandato del comisario general de Nueva España, fray Diego de Otalora, “salían los indios con muchas danzas y hacían en los caminos arcos triunfales” (1662: 336) en honor a la comitiva de monjas.

“Según los cosmógrafos antiguos y modernos, la parte del mundo llamada Asia tiene adyacentes grandísima copia de islas mayores y menores, habitadas por diversas naciones y gentes” (Morga, 2007: 13). Por estas razones, el territorio filipino era adverso para los misioneros católicos dadas las múltiples islas,⁸ en su mayoría, con relieves montañosos, fauna hostil y una diversidad de culturas originarias poco conocidas por los españoles. Letona declara que los indígenas eran “medianos de cuerpo y pálidos en la color, bien agestados y de buenos ingenios. Viven en casas altas de madera y se sustentan de sus labores, pesquerías y otras granjerías” (1662: 20v). Por otro lado, los desastres naturales propios de la zona: tifones, huracanes y terremotos hacían del territorio un lugar difícil de manejar por los evangelizadores. La ciudad de Manila fue fundada el 19 de mayo de 1571, Letona la describe como una ciudad rodeada de agua con calles “hermosas sacadas a nivel como las de México y Puebla” (1662: 20v), cercada “de una muralla de cantera alta y fuerte, tan ancha que en partes tiene más de tres varas” (1662: 20v). Según Tomás Mantecón Movellán (2018) en los primeros años del siglo XVII las comunicaciones entre Manila y otros territorios del Asia insular y continental eran fluidas. Gracias a esto Manila era una ciudad que, aunque pequeña, vivía del comercio con mercancías de origen chino, motivo por el cual se veía acosada por los corsarios ingleses, holandeses y por piratas. Cuando sor Jerónima llegó a Manila, “los españoles eran aproximadamente tres mil, pero muy pronto su número fue descendiendo” (Manchado López, 2018).

El primer problema que enfrentó sor Jerónima fue la falta de un edificio con las condiciones adecuadas que funcionase como convento. A su llegada, sor Jerónima y las religiosas se alojaron en la casa manileña de doña Ana de Vera, patrona de la fundación, donde pensaban establecer el convento. Sin embargo, al día siguiente de su arribo tuvieron que trasladarse a la casa de campo de Ana de Vera en Sampaloc, al norte de Manila, por su cercanía con los terrenos que también les habían sido donados. Ante las precariedades que presentaba esta última estancia, el 13 de septiembre de 1621 Jerónimo de Legazpi, oidor de la Audiencia, ordenó que las religiosas regresaran a la casa que habían abandonado semanas antes. En este sitio, finalmente se estableció el Monasterio de la Purísima Concepción de Monjas Descalzas de Santa Clara de Manila. Para 1644, Letona asegura que el convento era “muy capaz de edificios, dormitorios, claustros y demás oficinas necesarias

⁸ El cronista del siglo XVI, Antonio de Morga, menciona que “las que son del nombre y gobierno de las

a la vida religiosa” (1662: 46v); la iglesia del convento era “de bóveda alta, larga y ancha en porción, al modo y forma de la iglesia de Nuestra Madre Santa Clara de la Puebla de los Ángeles” (1662: 46v); el mismo hagiógrafo declara que estas modificaciones se hicieron a lo largo del tiempo “con particulares limosnas de bienhechores, sin patrón, que ya no le tiene” (1662: 46v).

Según lo registra Bartolomé de Letona, el 31 de octubre de 1621 se unieron a la orden las tres primeras mujeres manileñas de las cuales solo se conoce el nombre de dos: sor Ana de Jesús y sor María de San José. Este fue el inicio de los problemas que enfrentó la fundadora sor Jerónima de la Asunción con la sociedad manileña, puesto que los hombres en edad casadera se quejaron de que su convento les quitaría las mujeres españolas disponibles para el matrimonio, e instaban a sor Jerónima para “que no recibiese a la religión las doncellas más principales, más hermosas y nobles (como las iba recibiendo), porque no quedarían mujeres de calidad con quien casarse los hombres de porte” (1662: 45v). El mismo gobernador de Filipinas, Alonso Fajardo, solicitó a sor Jerónima que no aceptase mujeres manileñas y deseaba poner un límite en el número de novicias del convento; Quesada narra que una de las monjas filipinas, de las recién llegadas, convenció a Alonso Fajardo de no insistir más en este aspecto dado que “el Señor tenía escogidas las que había de traer [al convento] contra cuyo poder no hay fuerzas” (1713: 379).

Cesaron estas presiones por parte de las autoridades, pero luego acusaron a sor Jerónima de no recibir mujeres nobles y que recibiese, en cambio, mujeres que no venían de familias ricas; es decir, aceptaba mestizas e indígenas que no podían aportarle nada al convento en materia económica. Tiempo después, en 1622 el provincial Juan Bautista Fernández aconsejó a la madre Jerónima la inserción de esclavas y la adquisición de nuevos terrenos para el convento, contrariando el voto de pobreza que fielmente seguía sor Jerónima de la Asunción y que ya promulgaba entre sus compañeras: “la ciudad iba contradiciéndonos como los padres y quería que recibiésemos dotes” (Quesada, 1713: 372). Ante estas peticiones incumplidas por sor Jerónima, el provisor del arzobispado declaró nula la toma de hábitos de las primeras tres monjas y excomulgó a sor Jerónima; muchos frailes “e incluso compañeras de la fundadora acusaban a la madre Jerónima de terca y utópica y se reían de ella diciendo que lo quería todo a milagritos” (Sánchez, 1994: 6). Todo lo anterior,

Filipinas serán cuarenta grandes islas, sin otras menores, todas continuadas” (Morga, 2015: 217).

además, causó que el provincial Bautista, apoyado en los estatutos generales de la orden, el 10 de mayo de 1623 relegara a Jerónima de la Asunción de abadesa a maestra de novicias; en su lugar puso a sor Leonor de San Francisco, quien lamentó la decisión de sus superiores. Este acto fue tomado con tranquilidad por parte de Jerónima, sin embargo, recurrió al rey, al comisario general de Indias y al comisario de Nueva España, a quienes envió cartas exponiendo tal acto por parte del provincial Juan Bautista Fernández.

Más tarde, y ya sin Juan Bautista como provincial, las correspondencias del comisario general de Indias y el de Nueva España apoyaron la restitución de Jerónima de la Asunción como abadesa del convento manileño. El nuevo provincial, “Miguel Soriano restituyó a la madre Jerónima en su cargo de abadesa pero, al mismo tiempo, se permitió interferir indebidamente en los asuntos internos del monasterio” (Sánchez, 1994: 7). El fin de estos enfrentamientos llegó con el nuevo gobernador de las islas, Juan Niño de Tabora, en 1626. Sor Jerónima de la Asunción siempre se mantuvo firme al voto de pobreza que demandaba la orden de las clarisas, por lo que muchos de los terrenos y bienes materiales que poseía el convento nunca fueron usados mientras ella fue abadesa de nueva cuenta a partir de 1626.

En sus últimos años de vida, sor Jerónima fue una prolífica escritora de cartas que exploraban temas místicos pero que ahora se encuentran perdidas, según Owens (2014). Fue también en esta etapa que sor Jerónima escribió, quizá, su obra más importante y que Bartolomé de Letona comenta haber leído: se trata de una obra mística titulada *Carta de marear en el mar del mundo*, dedicada a la Purísima Concepción, de más de sesenta pliegos “al modo con que santa Teresa escribió el camino de la perfección” (1662: 50v). Al no conservar un manuscrito de la obra, el único acercamiento a ella es lo que Letona expresa en el capítulo 28 de su hagiografía. En esa parte del texto, luego que Letona comparó a sor Jerónima a la altura de místicas como santa Teresa de Jesús y santa Catalina de Siena, el hagiógrafo hace una breve mención a las seis partes y capítulos que conforman la obra de sor Jerónima. En este texto, la monja abordó temas como el cultivo de las virtudes para ser una perfecta religiosa; recomendó ejercicios y meditaciones para la contemplación divina; remarcó la importancia de las penitencias, la obediencia, el recogimiento, la humildad, la pobreza; además, contenía un apartado autobiográfico en tercera persona que abarcaba su infancia, su paso por el convento toledano, el viaje hasta Manila y las vicisitudes que enfrentó con las autoridades tras la fundación.

Al parecer, este texto circuló entre las habitantes del convento manileño hasta convertirse en la fuente de inspiración de sor Ana de Cristo, una de las compañeras de viaje y abadesa luego del fallecimiento de sor Jerónima, quien escribió, entre 1623 y 1626, la *Vida de sor Jerónima de la Asunción*, aunque el último apartado del texto data de 1629, como lo expone Sarah Owens (2014: 23), quien tuvo acceso al manuscrito en el archivo del monasterio de Santa Isabel de los Reyes, en Toledo. El texto de sor Ana consta de 450 folios, escritos en papel de arroz, en el que alude a los preparativos del viaje desde Toledo; el trayecto por el Caribe y sus habitantes; la descripción del recorrido dentro de Nueva España y los obstáculos climáticos rumbo a Filipinas,⁹ siendo sor Jerónima el personaje central. En las partes finales, el texto construye la santidad de sor Jerónima a través de sus milagros realizados mientras vivía, y menciona su relación con unos rosarios milagrosos de Juana de la Cruz, mística franciscana del Convento de Cubas en Madrid. Según lo informa Owens, la obra tiene una narrativa en presente y en primera persona desde el punto de vista de sor Ana, aunque hay episodios narrados en pasado que demuestran que la monja lo escribió estando en Manila; las últimas secciones del manuscrito contienen diversas cartas de fray Alonso de Montemayor, comisionado general de los franciscanos, dirigidas a las monjas de Manila; también cartas de sor Jerónima a la audiencia de esta ciudad y a diversos clérigos, así como información sobre las novicias profesas de Manila (Owens, 2014: 23). Aparentemente, sor Ana de Cristo pretendía que su manuscrito circulara solo entre sus compañeras para que sor Jerónima fuera recordada como una santa luego de su muerte.

Cabe destacar que sor Jerónima presintió su muerte, como lo informa Letona: “estas sospechas, que la madre Jerónima concibió de su cercana muerte se las aclaró más el Señor en la oración, mostrándole su cuerpo difunto puesto en un túmulo alto” (1662: 59r). Inclusive, Letona cuenta que sor Jerónima pidió una última confesión con fray Ginés de Quesada horas antes de su deceso y solicitó a sus compañeras de convento la colocación de una cruz de ceniza en el suelo, donde la pusieron aún con vida y la dejaron allí hasta el momento de su expiración el martes 22 de octubre de 1630 a las 4 de la mañana (1713: 607). Sus exequias, según lo cuentan ambos hagiógrafos, fueron muy concurridas no solo por la población española de las islas, sino por algunos indígenas evangelizados. Horas

⁹ Antonio de Morga (2015) explica que “los tiempos del año, de invierno y verano, son al contrario que en Europa, porque las lluvias comúnmente son en todas estas Islas desde el mes de junio hasta el de septiembre,

después de su muerte “por toda la ciudad de Manila se divulgó luego la dichosa muerte de la sierva de Dios, en todas sus calles, plazas y barrios no se oyó otra cosa sino: ya murió la santa” (Letona, 1662: 60v). Los dos cabildos, el civil y el eclesiástico, pidieron que su cuerpo inerte fuese trasladado a las ocho de la noche del Convento de la Purísima Concepción de Monjas Descalzas de Santa Clara de Manila a la iglesia de San Francisco, donde le erigieron el túmulo funerario correspondiente. Aquí le dedicaron una misa y luego dejaron su cuerpo hasta la tarde del día siguiente. “Todo aquel día fue tan grande el concurso de la gente que hubo en aquella iglesia, que otro tal no se ha visto en Manila. [Una multitud llegaba] a besar sus pies y quitarle las reliquias del manto, velo y hábito, y los que de esto no alcanzaban llevaban las flores del túmulo por las reliquias” (Letona, 1662: 61r). Al mismo tiempo, el obispo sacó algunos retratos de sor Jerónima que se repartieron entre las ciudades de Manila, México y Puebla; según Letona, en esta última ciudad se encuentra uno de aquellos retratos en la iglesia de Santa Clara.

El 23 de octubre por la tarde, fray Ginés de Quesada predicó un sermón fúnebre antes de que el cuerpo de sor Jerónima fuese llevado en procesión por las calles de Manila. Al final del día, su cuerpo fue sepultado en un nicho de la iglesia de san Francisco de Manila; “la devoción de los ciudadanos adornó luego aquel lugar con muchas lámparas de plata, con un dosel de brocatel carmesí con su cielo y cortinas, con muchas presentallas de plata y cera que ofrecían las personas que milagrosamente recibían salud y otros sobrenaturales socorros” (Letona, 1662: 61v). Tiempo después, las autoridades tuvieron que quitar los ostentosos adornos y trasladar el cuerpo hasta el coro de la iglesia, donde fue depositado en una caja de plata maciza, lugar que Letona afirma haber visitado en 1653.

El 31 de octubre de 1630 se celebraron las honras fúnebres a sor Jerónima “con sermón y misa pontifical del obispo gobernador” (Letona, 162: 61v); la esposa del gobernador de Filipinas, Magdalena de Zaldívar Zapata, patrocinó otras honras fúnebres el 8 de noviembre en la iglesia de Santa Clara; el 9 de noviembre el cabildo eclesiástico celebró otras; el 18 de noviembre se celebraron las honras que organizó el convento de la Purísima Concepción de Monjas Descalzas de Santa Clara de Manila que fundó sor Jerónima. Sin embargo, las que fueron las más opulentas y solemnes fueron las honras que celebró el cabildo civil en la catedral de Manila el 23 de noviembre, con un gasto de 300 pesos, de los que una parte fue

con muchos aguacero, torbellinos y tempestades por mar y por tierra; [...] aunque en algunas provincias el

destinada para comprar 400 candelas y 50 hachas. El sermón de esas exequias lo predicó fray Martín de San Bernardino, provincial de los franciscanos. En la catedral se levantaron túmulos con jeroglíficos y pinturas que representaban pasajes de la vida de Jerónima, sus virtudes como religiosa, algunos de los milagros que le dieron la fama de santa, sus encuentros sobrenaturales con la Virgen y otros seres y, por supuesto, su entereza para vencer los obstáculos que generó la fundación del convento manileño.

Ese mismo día, el cabildo eclesiástico oficialmente presentó a dos de sus capitulares como procuradores en la causa de beatificación de sor Jerónima: Gabriel Díaz de Mendoza y Joseph de Naveda Alvarado, dando comienzo al primer intento de beatificación.

Primer intento de beatificación

Mediante una serie de documentos conservados en el Archivo General de Indias se puede extraer información sobre los procedimientos que iniciaron el mismo año del fallecimiento de sor Jerónima para intentar beatificarla. El primero de ellos es una carta del 8 de noviembre de 1630 del cabildo civil al obispo de Cebú para que otorgase información sobre la vida y muerte de la religiosa y así se pudiese dar comienzo con su proceso de beatificación (Filipinas, 27, N.144). En esta primera carta se remarcan dos elementos por los cuales el cabildo civil se siente con la responsabilidad de iniciar e impulsar el proceso. El primero de ellos es porque conservan el cuerpo incorrupto de sor Jerónima, haciendo énfasis en que las ciudades europeas tienen reliquias de santos que probablemente no tuvieron acción misionera en ellas, en cambio, sor Jerónima sí la tuvo en Manila; quizá se hace mención a esto con el interés de poner a Manila a la altura de las ciudades europeas con un santo propio. El segundo punto que sobresale en la carta es que sor Jerónima fue muy querida en Filipinas no solo por fundar el convento y aceptar mujeres sin importar su nivel económico, sino porque, al venir desde España, “se desnaturalizó de su tierra, parientes y conocidos; y vino de tan lejos a hermanarse con nosotros” (Madrid, 1719: 10v). Un documento del siglo XVIII afirma que en 1630 el cabildo civil, además, se sentía con la obligación “de mostrar la veneración en que tiene a este santo cuerpo de hija y vecina suya a quien conoce, habló, trató y comunicó en vida y muerte” (Madrid, 1719: 10r).

Las informaciones que otorgase el obispo de Cebú sobre la vida y muerte de sor Jerónima serían enviadas al papa y a diversos cardenales para que conociesen las maravillas

invierno y las lluvias comienzan primero que en otras” (219).

de la vida de la monja y, de ser necesario, examinen a las compañeras del convento de Purísima Concepción de Monjas Descalzas de Santa Clara de Manila como testigos de la vida milagrosa de la fundadora. Para esto, también se consideró enviar la obra de sor Ana de Cristo *Vida de sor Jerónima de la Asunción*. En caso de que una de estas monjas muriese antes de ser entrevistada, dejaría por escrito su testimonio sobre las maravillas de sor Jerónima, haciendo énfasis en los milagros que se dieron por su intercesión. Para ello, el cabildo civil mandaría a dos de sus capitulares, Joseph de Naveda y Gabriel Díaz de Mendoza, con la información de vida y milagros de sor Jerónima hasta Roma, desde donde traerían los rótulos necesarios que precedían a la beatificación. Además, en esta primera carta se pide la autorización de 300 pesos al gobernador de Filipinas Juan Niño de Tavora para las honras fúnebres que el cabildo hizo días después, el 23 de noviembre. Para estas celebraciones, la carta deja estipulado que el cabildo civil elegiría tanto un predicador para el sermón fúnebre, como la iglesia donde se llevarían a cabo las honras. El 19 de noviembre de 1630 el gobernador Juan Niño de Tavora dio autorización del gasto para las honras y las informaciones sobre la vida y muerte de sor Jerónima. El 22 de noviembre partieron barcos rumbo a Nueva España, anunciando el deceso de la fundadora y solicitando que se les apoye para conseguir los rótulos del papa.

Hasta el 4 de febrero de 1631 fray Pedro de Arce, obispo de Cebú y gobernador del arzobispado de Madrid, con un interrogatorio de 28 preguntas a las monjas del convento comprueba la milagrosa resurrección de cinco muertos por intervención de sor Jerónima. Tres de estas resucitaciones fueron realizadas antes de su muerte y dos más, *post mortem*.

Según un documento de 1719 (Filipinas, 297, N. 45: 16r), el 26 de marzo de 1631, el rey Felipe IV donó 300 pesos para adornar la tumba de sor Jerónima y continuar con los gastos de las informaciones por escrito que serían llevadas hasta Roma. El 15 de julio de 1631 se entregó el texto al cabildo civil con las informaciones de la vida de sor Jerónima, aparentemente escrito por fray Pedro de Arce. El 26 de noviembre de 1631 Gabriel Díaz del Castillo, procurador de la causa de beatificación, pidió 400 pesos al rey Felipe IV para el viaje hasta Roma con las informaciones sobre sor Jerónima, pero fue hasta el 26 de marzo de 1632 cuando el rey otorgó el monto pedido.

Gabriel Díaz del Castillo, como encargado de comparecer ante el papa Urbano VIII y ante el Consejo de Indias para la causa de la beatificación, se embarcó en Manila en junio de 1633 en un trayecto por el Asia Oriental rumbo a Europa. Desafortunadamente, en la

ciudad de Goa, al oeste de la India, Gabriel Díaz de Mendoza murió y, al parecer, se perdieron todos los documentos que llevaba y nadie supo más de ellos (Filipinas, 297, N. 45: 7r). El 10 de agosto de 1633 el rey Felipe IV se enteró del deceso de Gabriel Díaz de Mendoza, mediante una carta solicitó al cabildo civil de Manila una copia del texto sobre la vida y obra de sor Jerónima, pero esta nunca le llegó; tal era su interés en tenerla que vuelve a pedirla el 9 de septiembre de 1634 en una cédula real, mismo día en que pide al papa una bula de rótulo para la beatificación, sin tener éxito.

Tres años más tarde, en 1636, sor Ana de Cristo, abadesa del Convento de la Purísima Concepción de Monjas Descalzas de Santa Clara de Manila, manda una carta en la cual, entre otras cosas, agradece al rey haber tomado la causa de beatificación e informa sobre el culto a sor Jerónima que va creciendo entre los pobladores manileños (Filipinas, 85, N. 86). Ocurrió otro periodo de tres años entre los cuales no hay registro de nuevos documentos, sino hasta el 2 de agosto de 1639 con una petición más por parte del rey Felipe IV al papa Urbano VIII para que despache las bulas de rótulo en favor de la beatificación (Filipinas, 297, N. 45: 18v). El 3 de diciembre de 1639 las monjas del convento manileño escribieron nueva correspondencia al rey, solicitándole que insistiera al papa para el despacho de los rótulos, haciendo énfasis en el cuerpo incorrupto de sor Jerónima y en otras reliquias que tienen en su poder y que han curado milagrosamente a mucha gente, pero por falta de recaudos estas cartas no fueron enviadas y se quedaron en el archivo del convento (Filipinas, 5, N. 494).

Ellas mismas el 24 de julio de 1640 donaron una cantidad de dinero (no se explicita cuánto) para los gastos del proceso (Filipinas, 297, N. 45: 18v-19r); aunque parece que ni esos recursos pudieron lograr tal objetivo, pues hasta el 20 de agosto de 1644 el cabildo civil continuaba pidiendo los rótulos al papa, a través de correspondencias, sin tener respuestas satisfactorias (Filipinas, 297, N. 45: 19r-19v). Este es el último documento del siglo XVII que aborda el tema de la beatificación de sor Jerónima de la Asunción, habiéndose abandonado en ese momento por falta de dinero y de personas que continuasen con él, aunque hubiese interés por parte de las religiosas del convento manileño.

En tal contexto, fray Bartolomé de Letona escribe su hagiografía sobre sor Jerónima de la Asunción. Fray Bartolomé de Letona fue un franciscano nacido en Durango, España, a principios del siglo XVII; a lo largo de su vida desempeñó distintos cargos en Nueva España: fue calificador del Santo Oficio, examinador del obispado de Puebla de los

Ángeles y lector de teología en el convento de san Francisco de Puebla. Además, fue nombrado en 1628 procurador de la causa de beatificación de fray Sebastián de Aparición, de quien se imprimió una hagiografía escrita por Letona en 1662. Letona vivió entre 1644 y 1654 en Filipinas y, según Medina (1991: 37), se le atribuye una obra titulada *Descripción de las Islas Filipinas*, pero esta no es más que uno de los apartados de su hagiografía sobre Jerónima de la Asunción titulada *Perfecta religiosa*, impresa en 1662 en Puebla por la Viuda de Borja. Según Cárdenas (2013: 34) fray Bartolomé de Letona escribió *Perfecta religiosa* a petición de las clarisas poblanas para difundir la vida santa de sor Jerónima y para que las religiosas que la leyesen se alentaran a imitar sus virtudes.

En su mayor parte, *Perfecta religiosa* se basó en el texto manuscrito de sor Ana de Cristo titulado *Vida de sor Jerónima de la Asunción*. Sin embargo, esta no fue la única fuente a la que recurrió Letona; al inicio del primer libro el autor declara haber tenido acceso a la hagiografía de fray Ginés de Quesada escrita en 1632, aunque publicada casi un siglo más tarde: “los originales de esta información están en su archivo eclesiástico [de las monjas de Santa Clara de Manila] de que el insigne mártir fray Ginés de Quesada [...] recuperó una erudita y dilatada relación manuscrita en ciento y sesenta y seis pliegos que ha sido la luz principal de esta historia” (1662: 1r). Otras de sus fuentes fueron la obra mística y autobiográfica de sor Jerónima *Carta de marear en el mar del mundo*, y una biografía sobre sor Jerónima escrita por fray Agustín de la Llave quien “en más de cuarenta años íntimamente asistió a la madre Jerónima, notando todas sus acciones” (1v), de la cual no se tienen más datos. Letona también tuvo oportunidad de entrevistar a algunas de las religiosas que conocieron de primera mano a sor Jerónima, que le proporcionaron información sobre ella.

Perfecta religiosa se compone de 397 folios, con texto a una columna. La obra contiene una dedicatoria a sor Dorotea de Austria, hija del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Rodolfo II y monja del monasterio de las Descalzas Reales de Madrid, porque “el libro que dibuja a una perfecta religiosa y es bien dedicarle a quien lo es” (Letona, 1662: 3r), y para que la vida y obra de sor Jerónima fuese conocida por las religiosas en España. En este paratexto hay una breve petición para que sor Dorotea de Austria interceda a favor de la causa de beatificación del fraile Sebastián de Aparicio, en la que Letona era procurador en el momento de la publicación del texto, por ello, Letona aprovecha para

mandar, junto a un ejemplar de *Perfecta religiosa*, un escrito con memoriales de la vida y milagros del mencionado fraile.

El prólogo de *Perfecta religiosa* está dedicado a fray Diego de Zapata, calificador del Santo Oficio y comisario general de Nueva España y Filipinas. Es una descripción de las islas que componen al territorio filipino, los puertos, las ciudades; así como las actividades económicas y las culturas indígenas que habitaban las islas en el siglo XVII. Este prólogo hace también un recorrido por la distribución geográfica de la ciudad de Manila; los distintos gobernadores de Filipinas –desde el fundador Miguel López de Legaspi, en 1571, hasta Sabiniano Manrique de Lara, quien fue gobernador mientras Letona escribía *Perfecta religiosa*–. El apartado incluye un listado de los arzobispos de Manila y de los obispos de distintas ciudades filipinas, además de las órdenes religiosas que se encontraban en las islas, remarcando a la orden de san Francisco sobre otras.

El contenido de *Perfecta religiosa* se divide en tres libros, el primero de ellos, titulado “De la vida de la madre Jerónima de la Asunción de la Orden de nuestra madre santa Clara, fundadora y primera abadesa de las descalzas de Manila en Filipinas, dechado perfecto de religiosas y espejo admirable de todas las virtudes”, consta de 83 folios y, básicamente, hace un recorrido a lo largo de la vida de sor Jerónima: su infancia, su familia, su ingreso al convento; sus votos de silencio, clausura y castidad; sus meditaciones y penitencias; remarca su devoción a la virgen de santa Clara, san Miguel, san Francisco, además la veneración que sor Jerónima tenía a las ánimas del purgatorio quienes, en ocasiones, se le aparecían para pedirle favores. Este libro construye a sor Jerónima como una religiosa con virtudes como la pobreza, la obediencia, la lealtad; remarca sus sacrificios, penitencias y empatía con los pobres, además de su entereza para enfrentar múltiples enfermedades que terminaban siendo curadas por gracia de Dios. La segunda mitad del libro aborda el viaje desde Toledo hasta Filipinas, centrándose en el recibimiento que tenía la comitiva de religiosas por las autoridades de cada ciudad por las que pasaban. Sor Jerónima de la Asunción era una religiosa letrada, pues Letona en este apartado también expone sus lecturas y fuente de inspiración en cuanto a la vida mística: los escritos de santa Teresa y la vida de santos como santa Clara y san Francisco, además de su propio texto *Carta de marear en el mar del mundo* y los temas que se abordaban en él, habiendo tomado como inspiración a santa Teresa. A partir del capítulo 29 inician los temas sobrenaturales al referir las múltiples profecías que hizo sor Jerónima en Toledo y en Manila, los milagros

hechos por su intercesión antes de morir, las visiones que experimentaba con Jesucristo, con la Virgen María y con otros seres del imaginario religioso (ángeles y demonios); inclusive sus sacrificios corporales: azotes y ayunos, así como las llagas que le aparecían tras imitar la vida de san Francisco o del propio Jesucristo. El capítulo 33 describe las últimas horas antes de su muerte y, en los dos siguientes, se relatan los funerales y las exequias que las distintas autoridades e instituciones le dedicaron. A partir del capítulo 36 se exponen los milagros *post mortem* que tuvieron lugar por intercesión de sor Jerónima, muchos de ellos gracias a sus reliquias, mayoritariamente a pobladores de Manila, quienes acrecentaron su fama de santa. La mayoría de estos milagros son curaciones y personas libradas de accidentes, aunque destacan las resucitaciones, por intercesión de sor Jerónima, de dos niños que nacieron muertos en el pueblo de Maolat. El capítulo 37, que finaliza este primer libro, informa sobre las compañeras de sor Jerónima en el Convento de la Purísima Concepción de Monjas Descalzas de Santa Clara de Manila y de sus virtudes.

El segundo de los libros consta de 160 folios, siendo el más extenso de todos, cuyo título adelanta mucho de su contenido: “De la oración y ejercicios que con ejemplo y doctrina enseñó la madre Jerónima de la Asunción”. En este segmento de la obra, Letona incluye un resumen de los ejercicios de oración, textos de teología mística, libros de meditaciones y textos de ejercicios de san Ignacio de Loyola que tenía sor Jerónima en su poder y con los cuales instruía a las religiosas del convento. Este capítulo es didáctico para las religiosas, como lo refiere el mismo Letona en su dedicatoria a sor Dorotea de Austria y la aprobación de Diego de Osorio: “[Letona pone] a la vista la regla primera de la mejor flor de la Iglesia, santa Clara, hizo de todo un artificioso panal lleno de dulzuras y suavidad para todos, particularmente para las esposas de Cristo [...] para que se alienten a la imitación de sus virtudes” (1662: 13r). A lo largo de este libro, Letona remarca la importancia de los votos de castidad, clausura, pobreza; virtudes como la obediencia, las penitencias y ejercicios de oración para cada hora del día; informa sobre temas teológicos como la comunión y sus misterios, la oración mental o verbal y sus objetivos, expone también los tres caminos de la oración mental: purgativo, iluminativo y unitivo. Del mismo modo, instruye acerca de las devociones a la Virgen María y a las ánimas del purgatorio, así como las indulgencias adecuadas para poder librar a estas ánimas del tormento, como lo hizo sor Jerónima en repetidas ocasiones.

El tercero de los libros que componen la obra de Letona (1662) se titula “De la explicación de la regla y constituciones de la orden de nuestra madre santa Clara, que con ejemplo y doctrina perfectísimamente guardó y enseñó la madre Jerónima de la Asunción”, con una extensión de 122 folios. En este apartado, Letona hace un breve recorrido por la historia de la orden, habiendo sido fundada por el propio san Francisco en 1212 para las monjas, siendo nombrada oficialmente como segunda orden de san Francisco en 1236 por el papa Urbano IV. Este libro, al igual que el anterior, tiene un objetivo didáctico para las monjas que leyesen *Perfecta religiosa*, pues reúne las reglas básicas de la orden de santa Clara como los votos de obediencia, pobreza, castidad; la clausura, el hábito; la dinámica, distribución y jerarquía conventual; el ayuno y la abstinencia; y los tipos de bienes materiales que debe tener cualquier convento, incluidas las criadas. A cada cláusula le sigue una breve explicación del propio Letona para que no se pueda malinterpretar por parte del lector y “para que las religiosas tengan a mano recopilado en un capítulo todo lo perteneciente a una materia y sepan las preladas lo que han de mandar y todas las religiosas lo que han de hacer” (Letona, 1662: 266).

De esta hagiografía se conserva una copia en la Biblioteca Palafoxiana, una en la Biblioteca Lafragua, otra en la Biblioteca Nacional de México y dos más en la Biblioteca Nacional de España, todas ellas de 1662. No hay datos sobre reimpresiones de esta obra que se enmarca en el contexto del primer intento de beatificar a sor Jerónima de la Asunción.

Segundo intento de beatificación

En la primera década del siglo XVIII, fray Agustín de Madrid, comisario y procurador general de la Provincia de San Gregorio en Filipinas, se encontraba en Manila, donde descubrió el culto a sor Jerónima de la Asunción. Interesado en retomar el proceso de beatificación, el 9 de marzo de 1709 solicitó a la abadesa del Convento de la Purísima Concepción de Monjas Descalzas de Santa Clara de Manila, sor Micaela de Santa Catalina, acceso al archivo del convento para leer los documentos provenientes del Consejo de Indias que iniciaron el proceso en el siglo XVII. En este archivo, junto a fray Miguel de Allanegui, encontró una real cédula de 1620 que permitía fundar el convento en Manila; otro documento del 9 de septiembre de 1634, en el cual el rey Felipe IV pedía al papa una bula de rótulo para la beatificación de sor Jerónima, y una carta de julio de 1658, no

enviada, en la que la abadesa pedía al rey apoyo para la beatificación. En total estos documentos eran 14 hojas que fray Miguel de Allanegui copió por triplicado (Filipinas, 297, N. 45: 20r); además, pidió conocer si había más documentos de este proceso conservados en algún otro archivo de la ciudad.

Fray Agustín de Madrid reunió los documentos anteriores con la intención de llevarlos ante el papa y ante el rey Felipe V, y así retomar el proceso de beatificación. Junto a estos papeles se anexaron otros documentos de 1709. Primero una carta de las religiosas del convento de Manila, dirigida al rey, en la cual muestran su inconformidad por el periodo de 70 años en que el proceso se detuvo; destacan, además, la figura santa de sor Jerónima gracias a su entereza para viajar anciana desde Toledo hasta Filipinas solo con la encomienda de fundar un convento, así como los milagros que ya habían sido comprobados por el obispo de Cebú en 1630. En esta carta las religiosas le ruegan al rey retomar la causa, “no dudando que el señor concurra (en premio de este obsequio suyo) a dilatar sus dominios y a enriquecer, superabundantemente, con tesoros divinos de la gran su alma, lo cual ha pedido, pide, y pedirá incesantemente esta religiosa comunidad” (Filipinas, 297, N. 45: 29r).

También se añadió una petición del 29 de junio de 1709 del cabildo eclesiástico dirigida al rey Felipe V para que insistiese al papa Clemente XI en la beatificación de sor Jerónima en favor de “que gocen estos remotos dominios de la católica corona la felicidad de adorarla en los altares con la gloriosa laureola de santa que no promoverá poco la fe de estos naturales” (1719: 30v). El cabildo eclesiástico en este documento remarca los milagros *post mortem* que tuvieron lugar por intercesión de sor Jerónima y el interés para que los indígenas la adoren como una santa.

También se añadió una carta del gobernador de Filipinas, Domingo de Zabalburu, del 11 de enero de 1709, en la que solicitó se prosiguiese la causa de beatificación tanto en Roma como en el Consejo de Indias. En este documento nombró a fray Agustín de Madrid como el encargado de la beatificación y mandó que fray Vicente Inglés, custodio de la provincia de Filipinas, lo acompañara a Roma y a Madrid para promover la causa y continuar con las diligencias que dejó inconclusas Gabriel Díaz. En esta carta, Domingo de Zabalburu destaca la entereza que tuvo sor Jerónima en vida para viajar desde Toledo a pesar de su avanzada edad; así mismo, reconoce la fama de santidad que tenía en aquella ciudad y que se incrementó en Manila:

[Sor Jerónima pasó] el curso de su carrera con tan acreditados loores de santidad que hasta el último instante de su vida (penitente y austera) se aumentó su veneración, y privado de este consuelo por su muerte, prorrumpieron en demostraciones afectuosos de su virtud, no solo los particulares, sino también los tribunales eclesiásticos, y seculares con las comunidades de religiosos (Filipinas, 297, N. 45: 29r: 32v).

A este compendio de documentos se anexó una petición más del arzobispo de Manila, Francisco de la Cuesta, del 3 de julio de 1709, para que el rey se sirviese de patrocinar la causa de nuevo. Él destaca en su carta los multitudinarios funerales que se le hicieron a sor Jerónima, su entierro y la veneración de su cuerpo en la sepultura (Filipinas, 290, N. 29).

Fray Agustín de Madrid en 1719 reunió todos los documentos anteriores, y una carta suya del 29 de julio de 1716, pidiendo el patrocinio del rey en la causa de beatificación. Además, aparentemente incorporó la hagiografía sobre sor Jerónima escrita en 1632 por su confesor fray Ginés de Quesada, misma que se había mantenido oculta en algún archivo franciscano (no se explicita cuál), a la que tuvo acceso Agustín de Madrid. La hagiografía titulada *Exemplo de todas las virtudes y vida milagrosa de la venerable madre Geronyma de la Assumpcion, abadesa, y fundadora del Convento de la Concepción de la Virgen Nuestra Señora de Monjas Descalças de Nuestra Madre Santa Clara, de la ciudad de Manila* fue impresa en México en 1713 en la imprenta de la Viuda de Ribera. Actualmente se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional de México. Además, tres ejemplares en la Biblioteca Nacional de España de una redición madrileña de 1717.

Para escribir la hagiografía, fray Ginés de Quesada recurrió en 1632 al manuscrito de sor Ana de Cristo *Vida de sor Jerónima de la Asunción*; además al texto místico y autobiográfico de la propia sor Jerónima y a su experiencia como confesor de la religiosa. Sin embargo, Quesada no vio su texto impreso pues murió mártir en Japón en 1636. 77 años después de la muerte de Quesada, fray Agustín de Madrid fue el interesado en sacar a la luz la vida y obra de sor Jerónima a través de la pluma de Quesada.

El texto impreso hasta 1713, resguardado en la Biblioteca Nacional de México, tiene una dedicatoria de Agustín de Madrid a las madres capuchinas del Convento de San Felipe en la ciudad de México, dada su semejanza con las religiosas de santa Clara por su voto de pobreza: “tienen entre sí las madres capuchinas de México gran semejanza con las descalzas de Manila, una es la regla de su profesión, uno el estudio de su pobreza” (De

Madrid, 1713: 2r). La aprobación que le sigue es de Rodrigo García Flores, capellán de las capuchinas, quién remarca el interés para que la vida de sor Jerónima sea conocida por estas religiosas para que la imiten. García Flores resalta la figura de fray Ginés de Quesada como un mártir en Japón y alaba la intención de fray Agustín de Madrid por dar a conocer este texto, habiéndolo hallado perdido y respetando el contenido original, aunque “pudiendo corregir algunos vocablos antiguos, no lo hace por su mucha modestia y veneración al autor” (1713: 9v). En este paratexto se informa que fray Manuel de Cruz, comisario general, le dio la hagiografía a fray Agustín de Madrid para imprimirla en Nueva España. Dicha aprobación también interpreta algunos de los episodios sobrenaturales de la vida de sor Jerónima y los compara con otros semejantes en textos de vidas de santos como san Francisco y santa Clara; también inserta citas bíblicas para argumentar que los episodios sobrenaturales fueron provocados por la gracia de Dios y por la vida mística de sor Jerónima, y que no se trata de herejías. En medio de estos análisis sobre determinados pasajes de la hagiografía, García Flores aborda temas teológicos como las clases de oración y sus respectivas partes; la existencia de las ánimas del Purgatorio y algunas indulgencias para librarlas de su castigo; define lo que son los raptos y las visiones, apoyándose en el teólogo novohispano Miguel Godínez; y explica las virtudes que toda religiosa debe tener si desea comunicarse con Dios: la obediencia, la práctica de penitencias, los ayunos, los ejercicios de meditación y oraciones.

La siguiente aprobación de Juan Antonio Lobato, padre de la Real Orden de la Merced, resalta el valor religioso del texto de Quesada (1713) para la difusión de la fe católica a través de una figura santa como la de sor Jerónima. Mientras que la censura que le continúa de fray Julián Pérez, predicador del Santo Oficio y guardián del Convento de Santa Bárbara de Puebla, destaca la fama de santidad que sor Jerónima tenía en vida. Casi al final de estos preliminares se encuentra la declaración de Agustín de Madrid, en la que advierte que los episodios sobrenaturales son reales, no herejías, y que “las visiones, revelaciones y favores que la venerable madre refiere son palabras suyas” (Madrid, 1713: 95r). Finalmente viene un mensaje del mismo fray Agustín de Madrid a los lectores, demostrando la importancia que tiene la vida de sor Jerónima en la evangelización de las Filipinas y alentándolos a imitar la vida que tuvo la religiosa.

El contenido de esta la hagiografía se divide en seis libros que comprenden, en total, 167 capítulos con una voz narrativa en tercera persona, aunque en ciertas ocasiones interviene la

voz de sor Jerónima para relatar algunos pasajes de su vida, sobre todo los episodios sobrenaturales (encuentros místicos, acosos del demonio, apariciones de ánimas, profecías):

1. Libro primero: “Del ejemplo de todas la virtudes en que la venerable madre Jerónima de la Asunción trata quien fueron sus padres y hermanas, y de su dichoso nacimiento y crianza hasta que entró en la religión”. Este libro tiene 17 capítulos, en los que, además de exponer información sobre la familia de sor Jerónima, se remarcan los deseos que tuvo desde su infancia por entrar al convento; sus primeros encuentros con la Virgen y sus primeras visiones con Jesucristo, producto de una infancia virtuosa.
2. Libro segundo: “En que se trata cómo la sierva del señor doña Jerónima Yáñez tomó el hábito en el Convento Real de Santa Isabel de Toledo, donde profesó, y del aprovechamiento en todas las virtudes”. Se compone de 23 capítulos. En el primero de ellos, Quesada expone la historia del convento de Toledo y la entrada de Jerónima Yáñez a él, así como las primeras tentaciones producidas por el Demonio y las múltiples enfermedades que enfrentó sor Jerónima. El autor destaca las rigurosas penitencias que hacía la religiosa intentando imitar a Jesucristo y a diversos santos, inspirada en las lecturas de las vidas de san Francisco, san Antonio, san Pablo y san Juan Bautista; y continua con episodios místicos.
3. Libro tercero: “De la fidelidad con que la venerable madre Jerónima de la Asunción guardó los cuatro votos de la profesión, y de su grande y encendida caridad”. Los votos que sor Jerónima llevó a la práctica, y que explica detalladamente este libro compuesto de 22 capítulos, son la pobreza, la obediencia, la castidad y la clausura, así como diversas pruebas que Dios le enviaba para desafiar su entereza. Quesada continúa remarcando las constantes imitaciones de la religiosa a santos mártires como santa Catarina; y destaca la caridad de sor Jerónima con los pobres y los encarcelados. En este libro aparece por primera vez la mención del interés de sor Jerónima por convertir a los infieles filipinos al cristianismo, con la fundación de un convento. En los últimos dos capítulos se explican ciertos encuentros de sor Jerónima con ánimas del Purgatorio, a las cuales ayudó mediante indulgencias.
4. Libro cuarto: “De la perfectísima fundación que hizo la venerable madre Jerónima de la Asunción de monjas descalzas de la primera regla de nuestra madre santa Clara de la ciudad de Manila”. Sus 39 capítulos lo vuelven el libro más extenso de la hagiografía. En los primeros dos capítulos Quesada informa sobre el descubrimiento

de Filipinas, la geografía de las islas y la distribución geográfica de Manila. Además, se presentan datos referentes a los planes de fundación del convento manileño: las personas involucradas y las revelaciones sobrenaturales (visiones y predicciones) que Dios le comunicó a sor Jerónima, y a otras religiosas, sobre esta fundación. Así mismo, este libro explica cómo se fue reuniendo la comitiva de monjas y, finalmente, el viaje que hicieron desde España: las ciudades y puertos por los que pasaban, su recibimiento y las peripecias del trayecto. Expone también los desafíos que enfrentó sor Jerónima en los primeros años de la fundación del Convento de la Purísima Concepción de Monjas Descalzas de Santa Clara de Manila con las autoridades filipinas. Concluye con ciertos encuentros demoníacos que experimentaron algunas monjas en el convento manileño y la manera en que sor Jerónima ayudaba a combatirlos.

5. Libro quinto: “De las particulares devociones y ejercicios que tenía la venerable madre Jerónima de la Asunción, y de algunos de los muchos favores que recibió de Nuestra Señora, la Virgen santísima, y de algunos santos”. A lo largo de sus 30 capítulos, se abordan las penitencias, llagas y meditaciones. El libro, en su mayor parte, reúne una gran cantidad de episodios sobrenaturales: raptos, revelaciones y visiones que tenía con seres del imaginario religioso; episodios narrados mayoritariamente en primera persona por sor Jerónima. La voz narrativa de Quesada interviene, a veces, solo para explicar estas experiencias y compararlas con la vida de Jesucristo o con el libro de Job. Entre los contactos sobrenaturales descritos en este libro destacan los del Niño Jesús y los de la Virgen María, producto de la vida mística y piadosa de sor Jerónima.
6. Libro sexto: “De muchos favores que otras personas viviendo la venerable madre Jerónima de la Asunción recibieron por su intercesión; de muchos santos consejos que dio a sus hijas, de su glorioso tránsito, y milagros que después de él ha obrado el Señor por los merecimientos de su sierva”. El último libro que compone la hagiografía tiene 26 capítulos; en los primeros trata los últimos años de vida de sor Jerónima, su deceso, sus exequias y, a partir del capítulo 20, refiere una gran cantidad de milagros por intercesión de sor Jerónima después de su muerte. Muchos de estos milagros son de enfermedades curadas con sus reliquias, muertos que vuelven a la vida y personas libradas de accidentes.

Letona (1662) externa haber usado la hagiografía de fray Ginés de Quesada como base para su *Perfecta religiosa*: “el insigne mártir fray Ginés de Quesada, [...] recopiló una muy erudita y dilatada relación manuscrita en ciento y sesenta y seis pliegos, que ha sido la luz principal de esta historia” (1v). Aunque las dos hagiografías tratan, en gran medida, la vida y milagros de sor Jerónima, tienen claras diferencias entre sí. Para empezar, en Quesada no se encuentran pasajes que remitan a la información sobre las cláusulas de la orden de santa Clara, o a los ejercicios de meditación y oración con objetivo didáctico para las religiosas, como sí se encuentran en Letona. Si bien ambos describen la geografía de Filipinas y la distribución geográfica de Manila, el que provee con mayor información sobre el territorio es Letona. Lo contrario ocurre cuando se abordan penitencias que hacía sor Jerónima, pues Quesada es mucho más detallado que Letona. Lo mismo ocurre con respecto a los pasajes sobrenaturales que sustentan a sor Jerónima como una mística y, luego, como una santa con los diversos milagros hechos por su intercesión (estando viva o después de muerta), pues Quesada reúne una mayor cantidad de estos episodios que Letona.

Todos los episodios sobrenaturales que se encuentran en ambas hagiografías provienen de dos tradiciones distintas. Por un lado la tradición mística, influenciada ampliamente por los textos de santa Teresa de Jesús, mismos que sor Jerónima conocía y que, al practicar algunos de los temas expuestos por santa Teresa, le dan el sustento de una mística. Sor Jerónima al igual que santa Teresa cometía penitencias, meditaba y entraba en contacto con Jesucristo, con la virgen María, con ángeles; y además se veía acosada por entidades demoniacas quienes intentaban disuadirla de su camino hacia la perfección. Y, por otro lado, se encuentran los pasajes de milagros *ante mortem* y *post mortem*, inspirados en la literatura devocional, que pretendían darle sustento al culto de sor Jerónima en Manila y mediante ellos impulsar la beatificación.

Esta causa fue promovida por el virrey de Nueva España, el duque de Linares, quien el 5 de mayo de 1722 otorgó 400 pesos a don Rodrigo Flores Valdés para ayudar al proceso de beatificación y para que los documentos sobre sor Jerónima fuesen remitidos a Roma (Filipinas, 297, N. 65). Sin embargo, Flores Valdés murió antes de entregar el dinero al convento manileño y el monto se perdió. El 28 de septiembre de 1723 fray Agustín de Madrid pedía una nueva limosna al rey, pero no obtuvo respuesta en ese momento (Filipinas, 333, L. 12, F. 308r-310r). Hasta el 21 de junio de 1725 fray Agustín de Madrid hizo una nueva petición, esta vez solicitando que se envíen desde Nueva España 1.725

pesos, que pertenecen al convento de Manila; al parecer, este dinero sí fue enviado pero el barco naufragó y no pudieron recuperar el monto. El último documento conservado en el Archivo General de Indias sobre este proceso data del 23 de junio de 1732, en el que fray Agustín de Madrid pide al rey, una vez más, que presione al papa con la causa de beatificación (Filipinas, 95, N. 83). Aunque Mojarro (2018) expresa que sor Jerónima fue beatificada finalmente en 1734, no hay algún documento oficial que confirme esta información.

En todo caso, los episodios sobrenaturales presentes en ambas hagiografías sobre la vida y obra de sor Jerónima de la Asunción ayudan a construir dos facetas de ella: la mística, con todos sus encuentros sobrenaturales; y la milagrosa, mediante la cual se intenta impulsar la beatificación. Analizar y comparar los episodios sobrenaturales que insertan Letona y Quesada en la vida de sor Jerónima permite, por un lado, exponer la variedad de personajes del imaginario religioso que aparecen en ellos y, por otro, reconocer los tópicos provenientes de la tradición mística y hagiográfica en dichos episodios; lo anterior con el fin de evidenciar la importancia que tienen estos encuentros sobrenaturales en la construcción del personaje santo de sor Jerónima de la Asunción.

Capítulo II

Sor Jerónima de la Asunción, mística

En ambas hagiografías sobre sor Jerónima de la Asunción abundan representaciones de sus encuentros sobrenaturales con diversos seres del imaginario religioso como producto de su vida mística y de su interés por imitar a Jesucristo y a otros santos, de quienes era devota. La vida mística de sor Jerónima es expuesta en los textos no solo mediante sus visiones y raptos, también por medio de sus martirios, disciplinas y horas constantes de oración mental.

La mística

El *Diccionario de Autoridades* de 1734 define lo místico, de manera muy general, como aquello que pertenece a la contemplación de las perfecciones divinas. Según Rubial y Bieñko (2011: 145), desde el siglo XII la mística occidental se feminizó como consecuencia de la difusión escrita de experiencias de monjas y beatas. “Las mujeres encontraron en esta vía de perfección una posibilidad de participar activamente en el ámbito religioso del cual estaban excluidas por razones de condición genérica” (Rubial y Bieñko, 2011: 145). Ambos autores señalan que a partir del siglo XVI se generó en el imperio español y sus virreinos una actividad literaria que relataba las experiencias místicas de ciertas religiosas. Bieñko (2014: 177), además, informa que las religiosas se abstenían de interpretar sus experiencias místicas y se limitaban a narrar o escribir las visiones que retomaban o reelaboraban a partir de tópicos propios de la tradición literaria mística. De esta tradición literaria mística femenina sobresalen Santa Gertrudis y Santa Teresa; ambas santas, para Bieñko (2014), fueron leídas ampliamente por religiosas novohispanas quienes, inspiradas en las dos santas, siguieron una vida mística y relataron sus encuentros con la divinidad retomando ciertos tópicos provenientes de esta tradición literaria.

Santa Gertrudis fue una de las primeras mujeres consideradas místicas, según Ana Laura Forastieri (2014); la santa escribió en el siglo XIII un texto titulado *Heraldo del Amor Divino* que expone una gran cantidad de visiones producto de su vida mística. Para esta santa lo místico involucra la íntima unión del alma con Jesús, su Esposo, y una vida de penitencias. Santa Gertrudis avisa que la oración es pieza clave para los encuentros; informa que en la experiencia mística, según sus propias palabras, sentía “que en lo interior de mi corazón y, por así decirlo, en los lugares determinados, se imprimían los estigmas, dignos de respeto y de adoración” (Gertrudis de Helfta, 1999: 49).

Santa Teresa, apoyada en una larga tradición mística, también advierte que lo más relevante para ella es la unión del alma con Dios. Esta unión puede desencadenarse tras una profunda oración, habiéndose logrado ciertos desapegos materiales, sacrificios corporales y otros martirios. Esta unión es nombrada por Santa Teresa como “unión mística” o “matrimonio con Dios”, y la describe en *Las Moradas* como “un recogimiento que también me parece sobrenatural, porque no es estar en oscuro ni cerrar los ojos, ni consiste en cosa exterior” (2015: 44). Durante esta unión, Santa Teresa afirma que todos los sentidos están muertos y el alma se encuentra “despierta para las cosas de Dios” (2015: 87). Cuando el alma está en tal estado, “el Señor tiene por bien de mostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias [...] y de tal manera queda impreso en la memoria que nunca jamás se olvida” (Teresa de Jesús, 2015: 87). En su *Vida*, Santa Teresa ofrece una característica más de la mística: “en la mística teología que comencé a decir, pierde obrar el entendimiento porque le suspende Dios” (2015: 214); para ella, “el alma sale de sí misma a manera de fuego” (2015: 245) y se encuentra con Dios quien le ofrece obsequios como las visiones.

En el caso de sor Jerónima de la Asunción, ninguno de sus hagiógrafos la cataloga explícitamente como una religiosa “mística”; sin embargo, ambos autores remarcan ciertas características en sor Jerónima que poseían las dos santas antes mencionadas. Quesada privilegia en todo momento las oraciones y meditaciones de sor Jerónima, al tiempo que menciona el “matrimonio” entre la religiosa y Dios como producto de su vida rigurosa (ayunos, silicios, penitencias). Este matrimonio tenía lugar, sobre todo, cuando sor Jerónima se entregaba a la oración o al experimentar encuentros con Jesús. La propia voz narrativa de sor Jerónima menciona la importancia que en su vida tenían estas prácticas: “Estaba tan cuidadosa con pensar que había de ser esposa de tan gran Rey, una tan indigna

esclava como yo soy, que con el ansia de aderezarme con las virtudes, que su Majestad quiere que tengan sus esposas, no reposaba la noche y el día” (Quesada, 1713: 76).

Es importante mencionar que, una vez consumada la unión con Dios, esta le permitía a sor Jerónima tener las visiones no solo con Jesucristo, sino con otros seres del imaginario religioso. Por su lado, fray Bartolomé de Letona subraya que dichas virtudes, principalmente la oración, le desencadenaban a sor Jerónima las uniones con Dios y otro tipo de visiones. Asimismo, Letona menciona que la vida rigurosa de sor Jerónima, con sus múltiples ayunos y silicios, le permitía mejorar sus contemplaciones y encuentros divinos. Este hagiógrafo informa que sor Jerónima “desde edad de cuatro años se consagró al ejercicio de las virtudes, comuniones y mortificaciones, teniendo por blanco único de todas sus acciones el sujetar perfectamente su cuerpo a su espíritu” (Letona, 1662: 32v), con el propósito de agradar a Dios.

La rama de la teología encargada de estudiar los encuentros místicos se denominó “teología mística”. Esta disciplina surgió a finales del siglo XVI, tras la preocupación de los confesores en un procedimiento “llamado el discernimiento, o la discreción de los espíritus, el cual consistía en establecer la distinción entre la mística genuina, la ilusión demoniaca y el embuste” (Bieñko, 2004b: 125). En Nueva España la teología mística fue cultivada por teólogos como Alonso Ramos, Juan de Jesús María o Miguel Godínez. Para Godínez la teología mística es diferente a la teología escolástica, pues esta última no se centra en la unión del alma con Dios, no así la teología mística que sí interviene directamente en “los extraordinarios favores, visiones raptos y revelaciones con que Dios se comunica a sus almas” (Von Wobeser, 2016a: 106). Este teólogo elaboró en 1682 un amplio tratado titulado *Práctica de la teología mística*, escrito en imitación a los textos de santa Teresa (como lo afirma en su prólogo al lector), en el que explica las características de una persona mística y los tipos de encuentros sobrenaturales que pueden suscitarse, al tiempo que pretende ilustrar a los místicos y sus guías espirituales en sus prácticas y la interpretación de las visiones. A grandes rasgos, Godínez expone que la mística privilegia la unión con Dios a través de medios sobrenaturales. A diferencia de otros tratados, el de Godínez, según Bieñko (2004b), fue de los más difundidos y leídos por los guías espirituales novohispanos, por lo que resultó de gran utilidad en el discernimiento de los espíritus, es decir, en la distinción entre la mística genuina y las ilusiones demoníacas. Es importante mencionar que Godínez se desempeñó como “director espiritual de las monjas poblanas María de

Jesús (1597-1637), Isabel de la Encarnación (1596-1633) y Francisca de la Natividad (?-1658)” (Bieńko, 2014: 162), quienes le confiaban sus experiencias.

Para tener una vida mística, según Godínez, es necesario cultivar ciertas virtudes como llevar a cabo oración mental, cumplir los sacramentos al pie de la letra, realizar obras piadosas y utilizar silicios y otras asperezas corporales; además, aconseja que el místico acuda a un lugar adecuado para realizar sus meditaciones: un huerto o el campo, lejos de las distracciones que puedan entorpecer las experiencias. Es decir, “el misticismo se concebía como un proceso unitivo con Dios que requería un desapego gradual del mundo” (Lavrin, 2016: 149). Para santa Teresa, por ejemplo, la oración era de suma importancia en la experiencia mística: “porque a los que tratan la oración, el mismo Señor les hace la costa. [...] Solo digo que a estas grandes mercedes que me ha hecho el Señor, la puerta es la oración” (Teresa de Jesús, 2012: 195).

Godínez explica tres etapas dentro de la experiencia mística: purgativa, iluminativa y unitiva. Incluso en *Las Moradas*, Santa Teresa expone que el alma “en su progreso a la unión mística pasa a través de tres mansiones durante la vía purgativa, tres durante la iluminativa hasta que alcanza la unión en la séptima mansión” (Jones, 2000: 136). Los antecedentes de estos conceptos se encuentran en el texto *Tratado espiritual de las tres vías, purgativa, iluminativa y unitiva* de Bernardo de Fontova (1390-1460), que luego fueron retomados por Juan de Palafox y Mendoza en 1652 con *Varón de deseos en que se declaran las tres vías de la vida espiritual: purgativa, iluminativa y unitiva*; así como por Godínez en 1682. Este último teólogo explica que en la vía purgativa la monja mística debía purificar sus pasiones y apegos terrenales; en la iluminativa se revelaban conocimientos infundidos por Dios y, finalmente, en la unitiva se experimentaba la unión plena del alma con el Creador. Es decir, “la experiencia mística permitía acceder directamente al conocimiento divino sin necesidad de intermediarios” (Von Wobeser, 2016a: 108); para acceder a tal conocimiento divino, Godínez advierte que la vida mística tiene dos grandes partes que se complementan y que son insolubles: lo suave de la oración con los favores y regalos que trae, y lo amargo de las penalidades con los dolores y las tentaciones.

En este sentido, para el teólogo no todas las personas están dispuestas a llevar a cabo una vida mística perfecta, y esto puede generar en ellos padecimientos como la melancolía, que son riesgosos para la salud y para el alma. En tanto, aquellos individuos que lograsen una

perfección en su quehacer místico obtendrían regalos, cuyo objetivo es el acercamiento a Dios, pero también adquirirían tentaciones propiciadas por el Demonio, que deben ser vencidas sin importar su complejidad: esto último permitirá una perfección aún mayor. Una vez vencido el Demonio y sus múltiples tentaciones, la contemplación divina es mucho más eficaz.

Ambas experiencias, la contemplación y las tentaciones, parecen ser también indisolubles e indispensables para un místico a quien se le revelan ciertos conocimientos divinos a través de visiones, raptos, éxtasis y suspensiones. Afhit Hernández Villalba (2011) considera que un místico no puede justificar de manera lógica el conocimiento que le llega en sus meditaciones; no obstante, el místico interioriza esta información con dos fines que ya Godínez había referido: unir el alma con Dios y mejorar la vida cristiana del individuo.

Para fines del presente trabajo, lo místico se toma como algo *sobrenatural*, categoría que ya utiliza el teólogo Miguel Godínez en 1682, quien explica lo sobrenatural como todo aquel elemento que está fuera de lo natural de la flaqueza humana y que, al mismo tiempo, proviene de la divinidad y se presenta únicamente a ciertas personas con grandes virtudes, como consecuencia de la disciplina de la oración y de las rigurosas penitencias. Retomando esta idea, lo místico tiene una fuerte carga sobrenatural, puesto que representa aquellos encuentros con la divinidad que sor Jerónima experimentó gracias a su vida como perfecta religiosa.

Sentidos exteriores y sentidos interiores

Para la vida mística los sentidos interiores (sentido común, fantasía, imaginación, estimativa y memoria) y los sentidos exteriores (vista, oído, gusto, tacto y olfato) juegan un papel de suma importancia, pues es mediante ellos que las visiones, raptos y éxtasis se le manifiestan al místico, después de un largo proceso que Santa Teresa ya refería en sus Moradas. Según Godínez (1682), mediante los sentidos internos se accede a los conocimientos que las visiones producen, “y este es el modo ordinario de entender del alma” (238).

En 1657 se publicó el tratado de Jerónimo Becerra titulado *Estudio discurso filosófica anatomía y teatro del ingenioso de los órganos y sentidos interiores y exteriores del hombre*. Tomando de Aristóteles gran parte de sus reflexiones, el autor informa sobre los

dos grupos de sentidos del cuerpo, exteriores e interiores. Becerra privilegia la vista como el principal sentido exterior pues es el que “más utilidades le comunica [al cuerpo] así en lo que toca al conocimiento de los objetos como en lo deleitable de su sensación” (Becerra, 1657: 1v). Por su lado, el escritor Diego Calleja en su texto *Talentos logrados en el buen uso de los sentidos* (1700) expone que lo mejor que se puede hacer con este sentido es llorar las culpas y los pecados cometidos. Rubial y Bieñko (2011) aclaran que la vista era el sentido más privilegiado en el ambiente católico de los siglos XVI y XVII, puesto que la cultura de la imagen era fundamental y la luz, percibida mediante la vista, tenía una carga relacionada con el conocimiento, la razón y la fe, contrapuesta a las tinieblas y la oscuridad que representaban al Demonio y sus tormentos.

El segundo sentido más importante para Becerra era el oído, que “hace entender al alma todo aquello que no puede alcanzar la vista” (Becerra, 1657: 5v); por él entran “las verdades de la fe, las narraciones sobre las virtudes de los santos y mártires, los sermones y consejos de personas espirituales” (Rubial y Bieñko, 2011: 150). No obstante, el oído también puede sucumbir ante situaciones como los chismes, las murmuraciones, las mentiras y palabras deshonestas; incluso ante los sonidos de origen demoniaco como gritos, blasfemias, rugidos... El olfato es el tercer sentido que aborda Becerra; para él es el único sentido que necesita una herramienta, la nariz, por la cual una corriente de aire “inspirada de la materia, sube a comunicarse” (Becerra, 1657: 7v) al cerebro y a los nervios papilares. Según Calleja (1700: 178) este es el más inocente de todos los sentidos, pues no inquieta al individuo como los demás, ni propicia el pecado; aunque esto no es del todo cierto, ya que en la hagiografía de Quesada el Demonio ataca a sor Jerónima a través de su olfato, presentándole aromas deliciosos mientras ella se encontraba en un riguroso ayuno. “Después de la vista y el oído, el olfato fue el sentido más utilizado en los rituales católicos” (Rubial y Bieñko, 2011: 151), dados los aromas ofrecidos a la divinidad en las festividades. Rubial y Bieñko comentan que los olores desagradables eran relacionados con la enfermedad, la muerte y el pecado.

El gusto, por su lado, es “de más certidumbre que el olfato” (Becerra, 1657: 7v) porque no necesita una herramienta; para Becerra es el sentido más perfecto porque “la cosa gustable depende de la materia que es tangible, de aquí se dice ser más cierto alternándose con lo húmedo que es lo más apetecible para este sentido” (Becerra, 1657: 8r). Además, Becerra define ocho géneros de sabores que van desde lo desagradable hasta lo insípido,

pasando por lo amargo, lo dulce y lo empalagoso. Rubial y Bieñko (2011) exponen que el gusto está relacionado con la gula, y que este sentido debe ser controlado con el cultivo de virtudes como la templanza, y prácticas como el ayuno o la abstinencia para no caer en este pecado.

Finalmente, el último de los sentidos exteriores es el tacto que “obra en virtud de los nervios que están esparcidos por todo el cuerpo y que tienen su principio en el cerebro” (Becerra, 1657: 8v). Becerra lo divide en dos porciones: la superior que corresponde a todo lo intelectual y las potencias del alma, y la inferior que conlleva lo sensitivo y lo vegetativo; también informa que el tacto tiene por objeto reconocer las cualidades de áspero, grande, blando, grave y pequeño en los objetos. Asegura que hay seres vivos que carecen de alguno de los otros cuatro sentidos, e incluso así siguen viviendo, pero que el tacto es indispensable para la vida y carecer de ello solo ocurre con la muerte. Rubial y Bieñko explican que el tacto es el más susceptible de inducir al pecado, pues se relaciona con la sexualidad: no solo con la copulación, sino también con otras muestras de afecto como los abrazos o los besos “y todas aquellas acciones en las que el individuo le daba placer a su propio cuerpo” (2011: 154). Todos los sentidos exteriores “empleados adecuadamente se convierten en aliados en el camino de la salvación” (Rubial y Bieñko, 2011: 156), pero también pueden ser utilizados por el Demonio para alejar a los individuos del camino de la perfección e inducir tentaciones y pecados.

Además de los sentidos externos ya mencionados, se creía que existían otros cinco sentidos internos ubicados en los ventrículos del cerebro, estos son: sentido común, fantasía, imaginación, estimativa y memoria, comunes al hombre y a los animales. Jerónimo Becerra define a los sentidos internos y describe ampliamente el proceso que ocurre en ellos. El sentido común es el primero de ellos y “recibe de los [sentidos] exteriores, entre diversos accidentes, la multitud de imágenes que sin mostrarse avariento de ellas hace común obsequio a los otros sentidos interiores” (Becerra, 1657: 11v); es decir, el sentido común es el mediador y se encarga de discriminar las cualidades sensibles de los sentidos exteriores. El segundo sentido es la fantasía, albergada en la mitad del primer ventrículo del cerebro que es el depósito del conocimiento de todos los demás sentidos; la fantasía entra en contacto con el sentido común con la finalidad de retener las imágenes “para producir en ellas otro acto de más utilidad; [...] deja las imágenes de sus objetos bosquejadas para que, ausentes ellos, se estén sus noticias con aquella precisión que gozan”

(Becerra, 1657: 12r). El tercer sentido es la imaginación, que se encuentra albergada en el tercer ventrículo del cerebro; esta recupera los objetos de los dos sentidos anteriores y los “abraza como posibles (si ya no es que implican contradicción) formando sus entes racionales o quiméricos con variedad de especies y figuras, hasta igualar el poderío de su actividad, de cuyo efecto resultan algunas demostraciones que se atienden por verídicas” (Becerra, 1657: 12v). Retomando a Aristóteles, Becerra afirma que uno de los efectos de la imaginación es, por ejemplo, soñar con animales, puesto que este sentido está ligado directamente a los sueños y allí puede manifestarse. A su vez, Becerra comenta que a veces la imaginación forma entidades imposibles o quiméricas que no pueden nacer del entendimiento verdadero; asimismo, este sentido es el origen de las cuatro pasiones internas: gozo, tristeza, esperanza y temor. Becerra declara que los monstruos con virtudes sobrenaturales, como una excesiva fuerza, nacen de la imaginación. El autor también advierte que una persona sin templanza provocará que la imaginación produzca delirios que lo conducirán al desvarío.

El cuarto sentido interno es la estimativa que “califica todas las especies que están en los otros tres sentidos depositadas, excitando el apetito sensitivo para obrar, porque mediante ella se hace el juicio y elección de lo atraído allí” (Becerra, 1657: 16r). Fuentes (2013) relaciona la estimativa con la inteligencia y la toma de decisiones, algo que Becerra ya había enunciado cuando refiere que mediante este sentido se “busca lo apetecible de la naturaleza y el huir de lo dañoso” (Becerra, 1657: 16r). Finalmente, la memoria es el último de los sentidos internos y es la encargada de recuperar toda la información de los sentidos anteriores para hacer “lo ausente, presente; lo lejos, cerca; lo muerto, vivo” (Becerra, 1657: 16v). La memoria conserva los objetos que le llegan y se encarga de reproducirlos después. Esta no se relaciona con la inteligencia sensitiva ubicada por naturaleza en el cerebro, que es común a todos los animales, sino que la memoria es una virtud “o fuerza del alma con que guarda las imágenes y especies” (Becerra, 1657: 18r). Regresando a Aristóteles, Becerra anuncia que otra característica de la memoria es la reminiscencia de cosas aprendidas que habían sido parcialmente olvidadas, pero que pueden recuperarse por medio de un resquicio de información guardado en la memoria. Todos estos sentidos jugaban un papel importante para las experiencias místicas que luego eran plasmadas en las hagiografías, y que además se insertan dentro de la tradición de la literatura mística, al retomar ciertos tópicos o temas como los encuentros amorosos con Dios, por ejemplo,

donde el alma es cortejada. En tanto, los teólogos definieron algunos tipos de experiencias místicas con ciertas características propias.

Visiones, éxtasis, raptos, revelaciones...

Godínez (1682) en su obra *Práctica de la teología mística* conceptualizó los “regalos” divinos mediante los cuales se puede suscitar la experiencia mística, los cuales catalogó como subordinados a la contemplación divina. Según Godínez, una visión es un “conocimiento indebido que se hace con representación de objetos” (Godínez, 1682: 357), en el cual Dios se hace presente sin emitir palabra alguna. Por un lado, se encuentran las visiones con elementos abstractivos, que es cuando se muestra, en la contemplación, una imagen de un modo diferente a lo que es y que no tienen una realidad presente, por ejemplo, Jesús siendo niño, las ánimas del Purgatorio o ángeles en forma humana; y, por el otro, están las visiones con elementos intuitivos que suceden cuando se muestra el objeto como tal, por ejemplo, Cristo como Majestad. Además de estos elementos, el teólogo identificó tres tipos de visiones en la experiencia mística: las intelectuales, las imaginarias y las sensitivas.

1. **Intelectuales:** son meramente espirituales e infunden conocimiento proveniente de Dios al entendimiento humano; son seguras y provechosas, mejoran la vida y las costumbres de las personas que las experimentan, así como inclinar a la humildad. Godínez expresa que no cualquiera puede recibir esta clase de visiones y, para conseguirlas, se necesita una vida virtuosa. Cabe mencionar que el Demonio no puede provocar visiones intelectuales.
2. **Interiores o imaginarias:** resultan ambiguas en la interpretación y en ellas se ven involucrados los sentidos interiores. Pueden representar un medio para los encuentros con demonios, aunque cuando son de origen divino generan “compostura en el cuerpo, suavidad en el alma, humildad en las costumbres, devoción, lágrimas...” (Godínez, 1682: 364).
3. **Corporales o sensitivas:** son tan ambiguas como las interiores y pueden ser suscitadas por fenómenos ópticos o auditivos; producidas por ángeles o por demonios. Aquí entran en juego los sentidos exteriores, principalmente vista, oído y olfato. En ellas el místico puede oler aromas agradables, ver ángeles en determinados espacios u oír alguna música celestial; aunque también este tipo de

visiones son el vehículo más común para las ilusiones demoníacas, dado que los sentidos exteriores son imperfectos y pueden sufrir la intromisión del demonio con mayor facilidad que los sentidos internos. Cuando son visiones corporales provocadas por Dios, “al principio traen alguna turbación, o miedo, o espanto, pero luego ellas mismas pacifican el alma, confortan el corazón” (Godínez, 1682: 364).

Rubial y Bieñko consideran que en las autobiografías femeninas predominan las visiones interiores, aunque hay breves menciones de las corporales y muy pocas veces suceden las intelectuales en mujeres por ser un “campo reservado a los varones” (2011: 170). Godínez también distingue tres tipos de posibles orígenes de las visiones: las sobrenaturales (provocadas por Dios), las preternaturales (ilusiones demoníacas) y las naturales que “nacieron de la malicia melancólica o la flaqueza humana” (Godínez, 1682: 336). Juan de Jesús María, otro teólogo dedicado a la mística, analizado por Bieñko (2004b), advierte que son mayoría aquellas visiones provocadas por la flaqueza humana y poco frecuentes las que en realidad tienen origen divino.

Por último, Godínez vuelve a clasificar las visiones en dos categorías: enigmáticas o simples. En primer lugar, las visiones enigmáticas, también llamadas simbólicas, surgen cuando Dios revela símbolos que necesitan interpretación de un guía espiritual y que pueden ser las más factibles para ilusiones por parte del Demonio; en segundo lugar, las visiones simples, que carecen de simbolismos que deban interpretarse, suelen ser visiones llanas y fáciles de comprender para la persona que las experimenta. Godínez anuncia que todas las visiones, de cualquiera de sus categorías, pueden ser muy parecidas entre sí y que se puede caer en el error de interpretar como una revelación divina aquello que en realidad es un embuste demoníaco. En el discernimiento de saber si se trata de visiones divinas o no, entrará en juego el cultivo de ciertas virtudes en el individuo, “que reflejará también el grado de santidad” (Bieñko, 2004b: 137), así como la habilidad de un guía espiritual que conozca a profundidad la teología mística propuesta por Godínez. Rubial señala que las visiones presentes en textos de carácter místico y hagiografías funcionan como una vía “que tenía la mujer para liberarse de su condición de inferior” (1999: 176), buscando ser protagonistas y realzando su capacidad de entrar en contacto con la divinidad y, por lo tanto, con el conocimiento que les llegaba mediante estas experiencias.

Aunadas a las visiones se encuentran las “revelaciones” que son “un conocimiento de verdades ocultas por vía de infusión de especies, siendo las más peligrosas las llamadas

doctrinales y proféticas, pues en ellas se puede filtrar la herejía” (Godínez, 1682: 420). Otro tipo de experiencias es el raptó, “un exceso del alma en la parte intelectual” (Godínez, 1682: 4), en el que los sentidos externos quedan pausados momentáneamente. El éxtasis, por otro lado, es un “exceso de amor en la parte afectiva” (Godínez, 1682: 4) cuando no solo se pausan los sentidos externos, sino también los sentidos internos. Para Godínez la experiencia más perfecta de todas las que enuncia, partiendo del propósito de unir el alma con Dios, es la llamada “unión de ilapso”, en la cual la contemplación alcanza su cumbre. Esta serie de conceptos y clasificaciones propuestos por Godínez permitían “resguardar los límites de la ortodoxia” (Rubial, 1999: 179), a la par que pretendían instruir a los guías espirituales para que supiesen identificar en qué momento los límites de esta ortodoxia eran violentados con supuestas visiones y revelaciones que terminaban siendo falsas.

Godínez advierte que las visiones, sueños y raptos “no están en nuestro poder y así son libres” (Godínez, 1682: 263). Además, la experiencia mística no solo va acompañada de las diferentes clases de visiones, pues los regalos divinos pueden involucrar dones como la profecía y las curaciones milagrosas. Asunción Lavrin comenta que las visiones no se experimentaban con los ojos corporales, sino en “vislumbres intelectuales como símbolos de una realidad divina” (2016: 150); aunque desde la Edad Media estas visiones se han expresado narrativamente en términos propios de los sentidos exteriores: vista, oído y olfato, principalmente. Para Lavrin en las descripciones de las visiones predominan los verbos relacionados con la vista, y pareciese que los otros sentidos quedan suspendidos.

Sin embargo, las clasificaciones de Godínez no son las únicas dentro de la mística. Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, en el *Libro de su vida* clasificaba estas experiencias místicas como favores, mercedes, raptos y visiones, en los que el Señor levanta el alma de santa Teresa hacia él, remarcando que estas experiencias únicamente eran posibles si Dios lo permitía. Las visiones eran expuestas por santa Teresa como regalos otorgados por Dios a sus esposas en recompensa a su amor y sus virtudes como perfectas religiosas. A partir de que las obras de santa Teresa fueron difundidas, los textos que plasmaban las visiones y arrobos místicos de otras religiosas florecieron en España, según Bilinkoff (1989).

Otra santa muy importante para la literatura mística conventual y hagiográfica fue santa Gertrudis. De hecho, el propio hagiógrafo fray Ginés de Quesada, en el prólogo al lector, afirma que:

El sacar a la luz, en lengua vulgar, los grandes favores que la Majestad de Dios hizo [a sor Jerónima], y las revelaciones que tuvo, califica su conveniencia en el provecho que han hecho las que han salido de las gloriosas santa Gertrudis y santa Teresa de Jesús (Quesada, 1713: 101r).

Según Bieñko, santa Gertrudis fue ampliamente leída en Nueva España y en sus textos refería sus experiencias como revelaciones o visiones; la narración de estas experiencias se relacionaba con “el día según el calendario litúrgico, los momentos en que se producían e incluso el estado emocional de la visionaria” (2014: 169), siendo una diferencia notable con santa Teresa, quien solo en determinadas fiestas vivenciaba estas revelaciones. Forastieri (2014) comenta que, en el caso de las visiones de santa Gertrudis, estas corresponden solamente a la recreación y relectura de pasajes determinados de las Sagradas Escrituras.

Otra religiosa importante para la literatura hagiográfica fue sor María de Jesús de Ágreda, quien en el texto *Mística ciudad de Dios, milagros de su omnipotencia y abismo de la gracia, historia divina y vida de la virgen madre de Dios* manifestaba las visiones que Dios le producía con respecto a la vida de la Virgen María y de Jesús. Desde su publicación en 1670, la obra gozó de gran difusión en los territorios hispánicos, y en otras regiones europeas, que sirvió de influencia para las visiones de muchas religiosas.

El Vaticano, según Lavrin, tenía “la obligación de gobernar este caudal de visiones sometiendo a investigaciones rigurosas todos los casos de signos peculiares de comunicación con Dios” (2016: 148), para evitar posibles embustes por parte de gente que asegurara experimentar visiones cuando en realidad no era así. En tanto, las hagiografías donde se registraban estos casos también eran sometidas a rigurosas investigaciones que determinaban si las experiencias eran verdaderas o no.

Todos los dones y las experiencias mencionadas por Miguel Godínez o santa Teresa, fueron vivenciadas por sor Jerónima de la Asunción hasta su muerte, según lo plasman sus hagiógrafos. Tanto fray Bartolomé de Letona como fray Ginés de Quesada nombran a estos episodios como raptos, revelaciones o visiones, sin insertar nuevos conceptos aunque sí tratando de aportar información sobre las situaciones cuando a sor Jerónima se le presentaban tales experiencias. Letona, por ejemplo, expone que:

[Sor Jerónima] muchas veces llegaba a suspender sus operaciones vitales, pero era de modo que la privaba de la advertencia de todo lo que se ofrecía, respondiendo, satisfaciendo o advirtiendo todo lo necesario. Y luego se quedaba tan recogida como si fuera un ángel. En estos raptos

suaves despedía de su rostro muy claros resplandores de luz, reduciéndose su aspecto al parecer de mucho menos edad que tenía, unas veces más, otras menos (Letona, 1662: 19v).

Ella misma declara, en algunos pasajes, ser “llevada” o “trasladada” a diferentes sitios por obra de Dios, quien le presentaba escenas o personajes del imaginario religioso; en este sentido, casi siempre se ven involucrados los verbos de movimiento; pero también son frecuentes verbos relacionados con los sentidos exteriores (“ví”, “vime”, “escuché”, “sentí”, “me dijo”...) a lo largo de la descripción de sus experiencias místicas.

Sor Jerónima y sus encuentros místicos

En las hagiografías sobre sor Jerónima de la Asunción, enmarcadas en sus procesos de beatificación, son importantes los encuentros místicos que la sustentan como una mujer de vida santa y virtuosa. En estas visiones, sor Jerónima se relaciona con diferentes seres del imaginario religioso, por obra de Dios y gracias a su perfección espiritual. El corpus de episodios sobrenaturales relacionados con las visiones, extraído de ambas hagiografías, puede tipificarse en pequeños grupos que parten del personaje con el cuál sor Jerónima entra en contacto; lo anterior como una propuesta de clasificación que no se contrapone a las categorías de las visiones expuestas por Godínez, pues básicamente todas las visiones de la religiosa son imaginarias, mientras que las pocas excepciones serán mencionadas cuando se requiera.

Encuentros con Dios Padre

El propósito de toda vida mística es el encuentro pleno del alma con Dios; la “unión momentánea de una persona con Dios, la entrega absoluta a Él y el abandono de todas las necesidades y deseos terrenales” (Von Wobeser, 2016b: 19). Esta unión produce una comunicación directa del alma con Dios, quien infunde ciertos conocimientos a través de “revelaciones”, “raptos” y “visiones”. Para lograr esta unión, Miguel Godínez ya adelantaba la necesidad de tener una vida virtuosa, practicar silicios y otros tormentos, así como vencer diversas adversidades y tentaciones.

Santa Teresa, por ejemplo, experimentó diversos encuentros con Dios mientras se encontraba en oración, siendo esta actividad la idónea para que dicha unión se llevase a cabo. Ella declara que en sus encuentros Dios le hablaba directamente a su alma; sin embargo, las palabras de Dios “con los oídos corporales no se oyen. [...] En esta plática

que hace Dios al alma, no hay remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar” (Teresa de Jesús, 2015: 290). En ocasiones, Dios hablaba con santa Teresa igual a como lo declara en la anterior cita, mientras que otras solo se limitaba a presentarle visiones en determinados espacios, como cuando la llevó a mostrarle el infierno. Lo mismo ocurre con sor Jerónima de la Asunción, quien experimentó a lo largo de su vida algunos encuentros íntimos con Dios, quien no se le mostraba en imagen corporal, más bien al “entendimiento”.

Sor Jerónima de la Asunción define estos eventos como “raptos”, “representaciones imaginarias”, “visiones” y “conocimientos”. Al suceder estos acontecimientos, sor Jerónima declara ser “arrebataada” o “visitada de nuestro Señor”, siempre demostrando que esto ocurría “en el modo intelectual” y no por medio de los sentidos exteriores. Cuando los encuentros son narrados en primera persona, sor Jerónima usa verbos como “vime”, “me hallaba”, “me hallé”; mientras que cuando el hagiógrafo narra los pasajes, en tercera persona, los verbos que utiliza son: “se le arrebatava”, “se le comunicava”, “se le daba”, “le parecía”, “le fue dada”... En ambos casos, sor Jerónima de la Asunción tiene una posición meramente pasiva, a merced de Dios Padre quien es el encargado de suministrar el encuentro místico.

En uno de los pasajes expuestos en el escrito de Quesada (núm. 1.7), sor Jerónima explica que sus encuentros son por “el modo intelectual”, mismo que una de sus compañeras relaciona con el modo por el cual “en el cielo se entienden los bienaventurados”. Además, en este mismo episodio, sor Jerónima parece definir la naturaleza de Dios como un ser con “claridad infinita”, siendo esta la única vez en ambas hagiografías que se menciona la incorporeidad y apariencia de Dios Padre: “Representoseme el ser de Dios y su claridad infinita *ab aeterno*, y tenía en aquella inmensa claridad de la misma luz, que es Dios, una partecita que es la claridad de ese mismo Dios en sí misma de un tamaño pequeño como un real” (Quesada, 1713: 464).

Tras sus encuentros con Dios, sor Jerónima declara haber tenido una gran sensación de paz al finalizar la unión aunque, mientras ocurrían, su cuerpo se encontraba en un estado de semejante arrebataamiento que parecía el cuerpo de una difunta; muchas veces, se manifestaban en ella rayos de luz mientras su cuerpo se encontraba en este “arrebato” como lo expuesto en el episodio 1.10: “otras veces tenía en estos raptos tan claro y

resplandeciente rostro que parecía despedir rayos de luz de él y de mucho menos edad que la que tenía” (Quesada, 1713: 160).

Sin embargo, Dios en sus encuentros no solamente le otorgaba tranquilidad y paz; en otro suceso sor Jerónima declara haber sido herida por voluntad de Dios (núm. 1.11): tópico frecuente sobre todo en los encuentros con Jesucristo. Aunque estas heridas fuesen únicamente en sus visiones, resultan signos de gozo para sor Jerónima, pues las interpreta como voluntad de la divinidad a quien no está dispuesta a contrariar: “pues si tú, Señor mío, gustas que yo esté delante de su divina presencia así, y que toda me asaetén y corra esta sangre, ese mismo es mi gusto y deseo” (Quesada, 1713: 543-544).

En algunas de sus uniones, sor Jerónima lograba oír la voz de Dios Padre a través de sus sentidos internos y nunca declara haberla oído por los externos. En el episodio 1.13, por ejemplo, reitera que se veía envuelta en las uniones con Dios quien, tras una serie de interrogantes de sor Jerónima por sentirse indigna, le responde que todo lo que provoca en ella es porque Él así lo decidió; de alguna forma, Dios eligió a sor Jerónima. Esta idea queda más evidente en un episodio registrado por ambos hagiógrafos (núms. 1.6a, 1.6b), en el cual sor Jerónima es trasladada imaginariamente al monte Tabor donde, según los Evangelios de Mateo (17:1-6), Marcos (9:1-8) y Lucas (9:28-36), Jesús asiste con tres de sus apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, para orar. En ese lugar, el aspecto de Jesús “cambió completamente: su cara brillaba como el sol y su ropa se volvió blanca como la luz” (Mateo 17:2); luego de eso, surgió la voz de Dios de una nube diciendo: “este es mi Hijo, el Amado, este es mi Elegido, escúchenlo” (Mateo 17:5). Sor Jerónima recupera este pasaje bíblico y lo reelabora en una de sus visiones, ahora no es Dios quien presenta a Jesús, sino que es Dios quien presenta a sor Jerónima como su hija: “esta es mi hija querida en quien me estoy complaciendo” (Letona, 1662: 56v).

Habiendo elegido Dios a sor Jerónima como una de sus hijas predilectas, en otro encuentro (núm. 1.9) le habla para pedirle que eleve sus oraciones en favor de los herejes de otros territorios, actuando como una divinidad preocupada por los que no se han convertido al catolicismo: “pídeme también por Inglaterra y por los herejes holandeses y los demás” (Quesada, 1713: 531). También la voz de Dios Padre aparece para consolar a sor Jerónima en sus momentos de persecución (núm. 1.8), aquellos que vivió tras la fundación del convento por parte de las autoridades de las islas, mostrándose como una

divinidad protectora y defensora de su hija elegida: “no te dé pena todo eso, que aquí estoy y que lo remediaré” (Quesada, 1713: 369).

En gran parte de sus visiones, que involucran directamente a Dios Padre como uno de los personajes del encuentro, sor Jerónima es llevada al Apocalipsis, específicamente al momento cuando san Juan sube a los cielos y admira el trono de Dios rodeado por veinticuatro ancianos y cuatro seres con alas (Apocalipsis 4:1). En uno de estos arrebatos registrado por ambos hagiógrafos (núms. 1.1a, 1.1b), sor Jerónima interviene en la escena bíblica y se ve a sí misma hecha trono de Dios: “estaba hecha trono de Dios y en él asentado el Cordero, y alrededor de aquellos veinte y cuatro ancianos en toda admiración y los cuatro animales cantando: *Santus, Santus, Santus*” (Quesada, 1713: 520).

Sor Jerónima, además de verse hecha trono de Dios en el Apocalipsis, presencia el flujo del río que sale de dicho trono y que es rodeado por “árboles de la vida que dan fruto doce veces, una vez cada mes, y sus hojas sirven de medicina para las naciones” (Apocalipsis: 22:2). En este punto del Apocalipsis, san Juan relata que se le rinde culto al trono de Dios: elemento que reelabora sor Jerónima en otra visión, en la que se le rinde culto a ella, pues se ve hecha trono. Que sor Jerónima remita a este pasaje del Apocalipsis en sus visiones adquiere relevancia al saber que dicha visión ocurrió cuando su misión evangelizadora rumbo a oriente estaba gestándose. De algún modo, ella se siente digna de involucrarse en este pasaje apocalíptico y ver que le rinden culto, dado que sería la fundadora del primer convento femenino en Asia: “de mi cabeza salían relámpagos de claridad que daban por todo el Japón y son rayos que van abrasando aquellas provincias en la luz de la verdad del santo Evangelio y son señales del bautismo” (Quesada, 1713: 520-521).

En este sentido, un rasgo característico de las visiones de sor Jerónima es que en muchas de ellas actúa como misionera en Asia. Esto se repite en otra de sus visiones con el Apocalipsis (núm. 1.3). El pasaje apocalíptico (12:1-6) describe a una mujer vestida de sol, con la luna a los pies, coronada de doce estrellas y embarazada; aparece también un dragón que intenta devorar al hijo de esta mujer en cuanto nazca. El niño, cuenta san Juan, es llevado al cielo y la mujer huye al desierto a refugiarse. En la visión de sor Jerónima, ella se ve como la mujer vestida de sol, con la luna a sus pies y con alas; y aunque no se ve embarazada, sí huye al desierto, en esta ocasión al desierto de Manila a fundar un convento: “Bien entendió la sierva del Señor que todo esto era decirle que había de volar al desierto de Manila a fundar, porque, aunque estaba poblado de muchos varones apostólicos, era

desierto de mujeres que en religión ofreciesen a Dios en sacrificio su voluntad y la cándida azucena de la virginidad” (Quesada, 1713: 284-285).

Su actividad misionera, en las visiones, no se limita a reelaborar escenas del Apocalipsis; en otro caso (núm. 1.4), únicamente mencionado en Letona y no en Quesada, un “ministro del cielo” enviado por Dios baja para darle la comunión y, tras esto, sor Jerónima se ve a sí misma irradiando luz que llega hasta Oriente: “Y le parecía que sus cabellos eran rayos de claridad que daban luz por los reinos de Japón, como significando que sus hijas del convento de Manila representadas en los caballeros, en tiempos venideros, harán de ayudar a la conversión de aquel imperio fundado en él conventos de esposas del Señor” (Letona, 1662: 56v-57r).

Si bien en estas visiones aparece la mención de Japón, los planes de sor Jerónima eran establecerse en Manila y que, muy probablemente, de allí partieran nuevas fundaciones a Japón y China, pero ya no con ella, sino con religiosas del propio convento manileño. Independiente de estos planes, es clara la intención misionera de sor Jerónima a través de sus visiones antes presentadas. Esta actividad misionera en tierras lejanas por medio de las visiones es una idea recurrente que Bieñko (2014: 188) identificó en textos de otras religiosas; puesto que, como el papel evangelizador físicamente muchas veces era exclusivo de los varones, las religiosas encontraban en sus visiones un medio por el cuál podían ser partícipes de la evangelización. En otro encuentro (núm. 1.5), Dios le otorga la cabeza de san Pablo, considerado el predicador de las gentes en territorios como el actual Líbano y Siria y, por tanto, relacionado a la evangelización en aquellos territorios. Esta escena no tiene una interpretación por parte del hagiógrafo Quesada, aunque sor Jerónima la descifra como un mensaje de la divinidad para que ella ore por dicho apóstol y por la conversión de personas en Asia, causa que ella va a fomentar con la fundación del convento: “y así me da en gran creciente que le pida a Nuestro Señor por ambas cabezas las conversiones de China y Japón” (Quesada, 1713: 550). Con esta visión, Dios le informa a sor Jerónima sobre su papel evangelizador en Filipinas.

La mayoría de los encuentros anteriores suceden en el coro o en otros espacios del Convento de Santa Isabel de los Reyes, en Toledo, mientras ella estaba orando o presente en los maitines. En realidad, pocas son las visiones que sor Jerónima tiene con Dios Padre en su estancia en Manila y, como se mencionó, una de ellas involucra el cobijo que Dios le otorgó ante las persecuciones por parte de las autoridades filipinas, quienes la presionaban

para aceptar religiosas con dotes. En todo caso, los anteriores encuentros con Dios privilegian y preñan, en gran medida, la actividad fundacional de sor Jerónima de la Asunción en tierras orientales, utilizando una herramienta que proviene de la literatura mística: las visiones donde actúa como misionera.

Encuentros con Jesucristo

Jesucristo en los encuentros actúa como el esposo de aquellas religiosas que han seguido una vida mística. Las uniones con Jesucristo representaban, entonces, la unión de amor entre ambos: el alma de la religiosa y Dios encarnado en hombre cuyo vínculo se asemeja al de marido y mujer. El amor profesado entre la religiosa y Cristo, informa Asunción Lavrin (2016: 127), se reflejaba en los escritos de las monjas. Las raíces bíblicas de este tipo de uniones se encuentran en el *Cantar de los Cantares*, texto que podía servir de inspiración para los encuentros amorosos de las religiosas y el Dios Hijo: el alma y su esposo. En su séptima morada, santa Teresa hace referencia al matrimonio entre el alma y Jesucristo:

Pues cuando su Majestad es servido de hacerle la merced dicha de este divino matrimonio, primero la mete en su Morada, [...] que yo bien creo que la une consigo entonces, y en la oración que queda dicha de unión, aunque no le parece al alma que es tanta llamada para entrar en su centro, sino a la parte superior, [...] el Señor la junta consigo; más es haciéndole ciega y muda (Teresa de Jesús, 2015: 126).

En dichas uniones amorosas, expone santa Teresa, el cuerpo pierde todos sus sentidos y ocurre una entrega total de él al momento de la unión. Antes de que ocurran estas uniones, santa Teresa declara que las visiones imaginarias con Jesucristo son indispensables. Él se le aparecía “así resucitado y en la hostia lo mismo; si no eran algunas veces para esforzarme, [...] algunas veces en la cruz y en el huerto, y con la corona de espinas, pocas; llevando la cruz también algunas veces” (Teresa de Jesús, 2015: 317), otras veces se le podía presentar resucitado y como majestad de los cielos.

Santa Gertrudis, por ejemplo, presentaba visiones en las que Jesús le dedicaba canciones de amor “y le cubría todo el cuerpo con tiernos besos, utilizando mucho el lenguaje nupcial influido por las imágenes del *Cantar de los Cantares*” (Rubial, 2006: 87). Sor María de Jesús Agreda es otra religiosa que presencié varias escenas de la vida de Jesucristo en visiones imaginarias, aunque ella no tiene comunicación directa con Él como su esposa. En

otros casos de religiosas novohispanas, Lavrin expone que el cortejo de Jesucristo al alma de la monja iniciaba desde la niñez, cuando surgía el interés por la vida conventual; al llegar la profesión de la novicia, “ese amor había librado ya una batalla para derrotar a las tentaciones terrenales” (Lavrin, 2016: 127).

No obstante, las visiones imaginarias no eran las únicas por las cuales se manifestaba Jesucristo en los encuentros con las religiosas. Von Wobeser informa que también podía presentarse de forma corpórea “en tanto que había encarnado como hombre” (2016b: 37) y que, de ese modo, resultaba más accesible para los creyentes que Dios Padre y que el Espíritu Santo. Las representaciones de Jesús, en las visiones imaginarias o corpóreas, podían aludir a su nacimiento, su niñez, su pasión, su muerte y su resurrección. La descripción de los encuentros, según Von Wobeser, coincidía con las imágenes de devoción que las místicas poseían y correspondía a las advocaciones por las que se adoraba a Jesús. “Habitualmente se presentaba solo como lo hizo cuando se presentó por primera vez ante sus discípulos después de su resurrección” (Von Wobeser, 2016b: 37), aunque también podía aparecer acompañado, sobre todo de la Virgen María como en el caso de algunos encuentros de sor Jerónima registrados en sus hagiografías.

Sor Jerónima de la Asunción presenció una gran cantidad de veces a Jesucristo, a quien consideraba su Esposo. Los encuentros que tuvo con Él van, incluso, desde el momento de su concepción hasta su resurrección, pasando por diversos pasajes de su vida como la niñez, la pasión y la muerte. Las fórmulas que utiliza para narrar sus experiencias (“fui llevada”, “me hallé”, “me robaron”, “me ví”...) denotan la frecuencia del uso de verbos de movimiento, informando el traslado que hace su alma hacia la unión con Dios Hijo y las diferentes escenas que este le muestra.

Durante las visiones de sor Jerónima con Jesús, los dos hagiógrafos llegan a mencionar el estado físico de la religiosa mientras experimentaba sus raptos (núms. 2.31a, 2.31b). Por ejemplo, Letona afirma que sor Jerónima “llegaba a suspender sus operaciones vitales” (Letona, 1662: 19v) para dar paso a Jesús quien le infundía las revelaciones. Asimismo, ambos coinciden en que el rostro de la religiosa quedaba iluminado, “como un ángel, todo inflamado, que al parecer despedía rayos de luz” (Quesada, 1713: 448); de tal modo que incluso sus compañeras se admiraban por esa iluminación sobrenatural.

En este lugar me parece adecuado recorrer la vida de Jesucristo a través de las visiones de sor Jerónima de la Asunción; para ello, el primer suceso que la religiosa presencia es el

de la encarnación en María, que es narrado brevemente en primera persona por sor Jerónima, en el relato 2.1: “y cuando fui llevada en espíritu a la casa de Loreto, donde fue la santa encarnación, así se me descubrió aquel inefable misterio y aquel Dios que estaba en el vientre de su madre” (Quesada, 1713: 520). Sor Jerónima, además, fue testigo el nacimiento del Niño Jesús en Belén, sitio en el que se “halló” por voluntad de Dios (núm. 2.2). En dicho encuentro no actúa como simple espectadora del nacimiento, pues se involucra tanto en la escena que ella misma narra haber parido al Niño Jesús desde su alma; en este pasaje, sor Jerónima toma el papel de la Madre de Dios:

Y estando muy junta al pesebre nació de mi alma el Niño Jesús por un modo inefable. Admirada yo y sumida en mí, me fue dicho: esta merced no se ha concedido a otra criatura ninguna en la grandeza que a ti, después de su santísima Madre. Y en aquel punto se halló el alma con el santo niño en los brazos, y a los pechos, y atónita de tan gran favor decía: ¿cómo, Señor, a mí que tan indigna soy hacéis tan desmedidas mercedes? Y entonces dijo la santísima Virgen: cuando la reina da un vestido suyo a una criada que quiere mucho, huélgase que le venga bien (Quesada, 1713: 511-512).

Esta no es la única ocasión en que tuvo encuentros con el Niño Jesús. Las visiones de las religiosas con Jesús como infante se vieron reforzadas, según Rubial (2006) con la presencia del tema de la Sagrada Familia en el imaginario religioso. Von Wobeser comenta que los encuentros con el Niño Jesús despertaban ternura en los visionarios, especialmente en las mujeres quienes “canalizaron sus instintos maternales hacia su figura” (2016b: 37); como en los relatos de las visiones de sor Jerónima. La actitud maternal también se reflejaba en acciones como cargarlo, arrullarlo y vestirlo, si se lo encontraban desnudo; en este último estado declara haberlo encontrado sor Jerónima en dos visiones escritas por ambos hagiógrafos, respectivamente (núms. 2.3, 2.4). Por un lado, Letona afirma que sor Jerónima observaba al Niño desnudo mientras este se encontraba en el pesebre de Belén (núm. 2.4): “solía la gran Jerónima coger un Niño Jesús y con él andaba por las mesas, pidiendo para el Hijo de Dios que estaba desnudo en el pesebre, representaba las necesidades de su santísima Madre que estaba recién parida” (Letona, 1662: 34r). Mientras tanto Quesada informa sobre la aparición de una mujer pobre en el Convento de Santa Isabel de los Reyes que le dio a sor Jerónima a un niño pequeño, desnudo. En esta última visión, sor Jerónima se conmovió tanto por la desnudez de los personajes de su visión que “buscó entre las religiosas algunas cosillas para vestir al niño y a la madre” (Quesada,

1713: 236). Para sor María Ana de Jesús, compañera del convento que también tenía visiones, los personajes de esta visión de sor Jerónima son la propia Virgen María y el Niño Jesús: “bien te ha ido, Jerónima, con Nuestra Señora y el Niño Jesús, a quien entraste por el torno y le diste muchos besos y abrazos; y vestiste al hijo y a la madre” (Quesada, 1713: 235-236).

Esta imagen en la que la Virgen María le da al Niño Jesús en brazos a sor Jerónima se repite tres veces más en diferentes visiones (núms. 2.5, 2.6, 2.7). La característica primordial en estos últimos tres encuentros es que ocurren en festividades religiosas: vigilia de Navidad, día de la Purificación y la Pascua de 1628. En la visión de la vigilia de Navidad (núm. 2.5) sor Jerónima participa como la madre del Niño: “yo asentada de la manera que ponen a Nuestra Señora con su hijo en los brazos, en el nacimiento” (Quesada, 1713: 501); en la ocurrida en el día de la Purificación (núm. 2.6), la monja considera al Niño como una “lumbre que alumbra las gentes” (Quesada, 1713: 501); mientras que en la visión de Pascua sor Jerónima atestigua cómo una multitud de gente adora al Niño: “quería la sacratísima Virgen María que en tal poder le viesen y adorasen las naciones, y en esto veía muchedumbre infinita de gentes extrañas y conocidas que le adoraban” (Quesada, 1713: 502).

Las fiestas religiosas toledanas, ante esto, son tiempos idóneos para que sor Jerónima experimente las visiones con el Niño Jesús; también lo son las procesiones de distinta índole. Ambos hagiógrafos mencionan un mismo encuentro sin diferencias sustanciales mientras se realizaba una procesión el día del corpus de 1620 en el Convento de Santa Clara de Sevilla, a la que asistió sor Jerónima (núms. 2.8a, 2.8b). Coinciden en que, al momento de que sor Jerónima entró en contacto con una figura del Niño Jesús, a ella se le iluminó tanto el rostro que parecía despedir rayos de luz y, al instante, se sintió “arrobada”; además, “iba en la procesión tan transportada que no asentaba los pies en el suelo andando a un lado y al otro al modo que el viento suele mover una paja” (Quesada, 1713: 161); las religiosas estaban tan admiradas de verla así que consideraron aquello un regalo de Dios.

Otras actitudes maternas de sor Jerónima con el Niño Jesús ocurren nuevamente en visiones imaginarias (núms. 2.9, 2.10), en estos episodios declara que “vino el Niño Jesús y de largo a largo se me tendió en los brazos” (Quesada, 1713: 506); pero no solo se le tiende en los brazos o se le cuelga del cuello, sino que este le mama los pechos: “tengo el Niño Jesús al cuello con grandísima hermosura, y está mamando a mis pechos ahora en este

punto reclinado como los demás niños al pecho de sus madres” (Quesada, 1713: 512). Además, sor Jerónima declara en otra visión haber sido testigo del momento de la adoración de los reyes mientras ella estaba sentada con el Niño Jesús en sus brazos, como su madre (núm. 2.11): “En el día de los reyes fue lo mismo, y así cuando los reyes le adoraron y ofrecieron sus ofrendas, estaba yo atajadísima y tan confundida en tal ocasión como se puede entender. [...] Estando yo asentada, los reyes le adoraban como a Rey universal de cielo y tierra” (Quesada, 1713: 501). Tradicionalmente, en las representaciones de la Virgen María suele aparecer con el Niño en brazos, tal y como la monja en estos últimos relatos de sus visiones. Con la narración de estos episodios, sor Jerónima se pone a la par de la propia Virgen María, es decir, como la madre de Dios.

El Niño Jesús, además, es expuesto por la religiosa como un infante celoso que no permite el contacto de su madre, en este caso sor Jerónima, con otros niños; esto sucede en una visión en la cual el Niño Juan la abraza para luego ser quitado por el Niño Jesús (núm. 2.12): “vino el Niño Jesús muy benigno y colgoseme al cuello, apartándose el Niño Juan porque como el Niño Dios es poderoso y supremo señor, hizo lugar” (Quesada, 1713: 531).

Es importante mencionar que todos los encuentros con el Niño Jesús ocurren en Toledo. En el último de ellos, el Niño se le aparece intelectualmente tras las peticiones de sor Jerónima para que la fundación del convento manileño tuviese patrocinadores y, de ese modo, se obtuviera dinero para dicha causa. En tal visión, sor Jerónima “ve intelectualmente” al Niño sentado en una caja llena de reales de oro (núm. 2.13): “vi intelectualmente al Niño Jesús asentado en una caja de madera cuadrada, llena de reales de a ocho” (Quesada, 1713: 299). El episodio es interpretado por sor Jerónima como el anuncio de que pronto se encontrarán patrocinadores para la fundación. Tras este episodio, es perceptible que algunos de sus encuentros se relacionan con los problemas que está enfrentando sor Jerónima, a quien, tras su vida virtuosa y mística, se le ofrecen dichas visiones como anuncio de que sus preocupaciones se solucionarán en corto tiempo.

Las citas anteriores son los únicos encuentros con el Niño Jesús registrados en ambas hagiografías, siendo mayoría aquellas que tuvo con Jesús adulto. Según Von Wobeser, las apariciones de Jesucristo adulto eran diferentes a sus apariciones siendo Niño; “como amante, los videntes canalizaban hacia él sus impulsos amorosos [...] las monjas y las beatas, de acuerdo con el imaginario de la época se creían sus esposas, orientaban hacia él sus necesidades afectivas y sexuales” (2016b: 38). Para esta historiadora, dichos encuentros

están narrados de modo que puede percibirse una carga de amor conyugal y hasta erotismo. No obstante, sor Jerónima no utiliza un lenguaje que refleje un contenido erótico en sus encuentros, por su lado, muchos de los episodios que tuvo con Jesucristo están ligados a la pasión, la crucifixión y su muerte. Incluso, sor Jerónima asegura ser testigo del bautismo del Señor (núm. 2.14), quien en ese momento parece otorgarle trabajos y dificultades para la perfección de su vida religiosa mediante tres gotas de sangre que salen del pecho de Jesús y llegan al pecho de la religiosa: “que eran tres gotas de sangre las que del divino pecho salieron y dieron en el mío que me causaron aquel estremecimiento tan grande, y que significaba algunos trabajos que nuestro Señor quería que yo pasase” (Quesada, 1713: 532-533).

Sor Jerónima declara haber estado presente en el Domingo de Ramos: hecho narrado en los Evangelios de Mateo (21:1-11), Marcos (11:1-11), Lucas (19:28-40) y Juan (12:12-16), cuando Jesús, montado en un burro, entra triunfante a Jerusalén, siendo aclamado por la gente quienes habían cortado ramas de los árboles para cubrir su camino. Quesada registra una visión de sor Jerónima en la que declara “hallarse” en la procesión de ramos junto a Jesús (núm. 2.16): “me hallé en aquella procesión de los ramos entrada de Jerusalén como si en aquel tiempo fuera” (Quesada, 1713: 439-440); mientras que Letona, por su parte, hace un breve resumen de todas las visiones que sor Jerónima tenía en relación con los últimos momentos de la vida de Jesús, sin entrar en muchos detalles sobre dichos encuentros (núm. 2.15). Es importante mencionar que estas visiones las experimentaba sor Jerónima en temporada de Cuaresma, que también eran los momentos cuando ella más se esforzaba en sus penitencias y silicios:

Las semanas santas y otros algunos días de misterios particulares del año solía frecuentemente Jerónima, en visión imaginaria, acompañar al Señor en la procesión de ramos, en la cena, lavatorio e institución de la sagrada eucaristía del jueves santo; en la oración del huerto, en el prendimiento, en todas las estaciones del viernes santo; en los azotes, en la coronación de espinas, y en el viaje del calvario donde le parecía ser crucificada con el Señor (Letona, 1662: 56r).

En tanto, Quesada suele extenderse más en detalles sobre las visiones que se relacionan a la pasión de Jesús, en la que sor Jerónima fue testigo y partícipe. Para iniciar, sor Jerónima manifiesta haber visto el momento de la aprehensión de Jesús: evento mencionado en los evangelios, en el cual Jesús, después de la última cena, va con sus

discípulos al huerto de Getsemaní a orar, allí “llegó Judas, uno de los doce, acompañado de un contingente armado con espadas y garrotes” (Mateo, 26:47) para tomarlo preso. Sor Jerónima reelabora el citado pasaje evangélico en una visión presentada luego de comulgar (núm. 2.17), siendo después de la comunión otro de los momentos idóneos para experimentar visiones. En dicha visión sor Jerónima actúa como compañera de Jesús “en todo aquel tropel hasta la columna”, para luego verlo azotado y sentir profundo dolor a causa de esto. En la narración de este pasaje sobresale el amor explícito que sor Jerónima declara sentir por Jesús, a quien luego llamará “esposo” en otros encuentros: “Con esto estuvo aquel viernes como elevada, sin hablar; tenía los ojos cerrados, y de cuando en cuando los abría un poco, y como enclavijadas las manos daba lastimosos gemidos y amorosos suspiros diciendo: ¡oh, qué amor tan fuerte!” (Quesada, 1713: 457).

Sor Jerónima de la Asunción “estando en espíritu” afirma haber contemplado a Jesús crucificado, siendo ella un personaje más dentro de la escena bíblica (núm. 2.18); al mismo tiempo, ella se nombra a sí misma como “esposa” de Dios, quien, al sentir dolor por ver a su amado crucificado, busca el consuelo de la Virgen María: “Y como yo estaba sobre mí faz, orando arrojada en aquel suelo, volvía la cabeza a Nuestra Señora y le pedía misericordia y gracia para todas las esposas tuyas que somos, y serán hasta el último día en estas fundaciones y en todos los reinos” (Quesada, 1713: 535).

Era común que en estas visiones, en las que veía la crucifixión, sor Jerónima sintiese que su alma estuviera hecha sepulcro de Jesús. Inclusive, el mismo Jesús le pidió en un trance que fuera su sepulcro (núm. 2.19). Que Jesús haga esta petición fue interpretado por el hagiógrafo Quesada como un regalo de Dios a la vida virtuosa de sor Jerónima: “llevome al pie de la cruz donde, estando clavado, me dijo: has de ser mi sepulcro” (Quesada, 1713: 457).

Este tópico, cuando sor Jerónima se siente el sepulcro de Jesús, se repite sobre todo en las visiones que tienen relación con la pasión. En otro encuentro es la Virgen María quien le pide, “hablándole al alma”, es decir, sin participación de los sentidos exteriores, ser sepulcro de su Hijo (núm. 2.20): “el Viernes Santo en esta cuaresma estando, dice, cantando en tinieblas me hallé espiritualmente en el monte Calvario y hablando Nuestra Señora al alma me dijo: tú has de ser sepulcro de mi hijo” (Quesada, 12713: 455). Asimismo, sor Jerónima declara que cuando ella se encontraba siendo sepulcro de Jesús,

este la llenaba de “infinitos tesoros” al momento que el Señor se comunicaba con su alma (núm. 2.21).

Otro de los tópicos recurrentes en las visiones de sor Jerónima relacionadas con la pasión de Jesús es la narración de la religiosa sintiendo dolores propios de este suceso, como si ella hubiera recibido azotes y hubiera sido crucificada a la par que su esposo. En uno de estos pasajes (núm. 2.22), afirma haber sentido la lanza que hirió a Jesús “y aquel dolor que su majestad no sintió por estar ya muerto me ha dado a mí” (Quesada, 1713: 447-448). Sor Jerónima también llega a sentir los clavos de Cristo (núm. 2.23): “me hallé muy transformada en los dolores de su majestad espiritualmente, y tanto que me parecía que de los pies y manos me arrastraban llevando los clavos traspasados por ellos sin dolor corporal” (Quesada, 1713: 439); queda explícito en la anterior cita que los dolores no eran corporales. Letona también afirma que los dolores experimentados por sor Jerónima muchas veces eran “dolores celestiales, mezclados con divinos y suavísimos regalos” (Letona, 1662: 58r), y que estos no tenían una manifestación en el cuerpo físico, pues solo el espíritu era quien los sufría. Dichos padecimientos ayudaban a fortalecer el temple de sor Jerónima como religiosa virtuosa y nunca renegaba de ellos, al contrario, se sentía agradecida y los aceptaba como regalos divinos. En tanto, era común que durante las semanas santas estos padecimientos se incrementaran; además, es relevante que ambos hagiógrafos se preocupasen por dar testimonio de ellos en sus textos como una de las características más remarcables en la vida mística de sor Jerónima. Estos dolores, además, pueden corresponder al interés de sor Jerónima por imitar a Jesucristo incluso en los dolores de su pasión, como lo atestiguan otros pasajes narrados por Letona, (núms. 2.24, 2.25, 2.26, 2.27), en los que sor Jerónima “se ponía a orar en cruz y parecía verdaderamente un Cristo crucificado. [...] Tres horas solía estar así, dando algunos suspiros tan tiernos que parecía arrancarse el alma. Los viernes santos eran todos estos dolores y sentimientos redoblados” (Letona, 1662: 58r).

En Quesada se encuentra un episodio en el que sor Jerónima, en lugar de reflejar dolores espirituales, menciona dolores corporales manifestados en estigmas: tormentos del sentido exterior del tacto, infundidos por la divinidad, cuyo objetivo es imitar a Jesús y padecer sus mismos dolores en las mismas partes del cuerpo. En el pasaje de los estigmas (núm. 2.28), sor Jerónima siente dolores en sus muñecas, similares a los dolores de Jesús atado a la columna, mismos que la monja manifiesta con “los dedos tan hinchados que al parecer

querían reventar la sangre por entre las yemas de ellos y las uñas. Y así el rostro como las manos las tenía a veces muy moreteadas y a veces tan pálidas que parecían de cuerpo de difunto” (Quesada, 1713: 449-450). En Letona, incluso, se encuentra la mención a otro tipo de dolores que no tenían relación directa con la pasión de Jesús, más bien eran tormentos interpretados por sor Jerónima como penalidades que Dios le mandaba y que tenía que sobrellevar en su camino de la perfección (núm. 2.29): “Fuera de estos dolores de la sagrada pasión, padecía Jerónima otros extraordinarios de enfermedades gravísimas y calenturas muy ardientes, unos fríos intolerables que todos mezclados parecían tormentos del otro mundo que, como dijo el santo Job, los atormentados continuamente se mudan del fuego a la nieve al fuego” (Letona, 1662: 58r-58v).

Los dolores que experimentaba sor Jerónima en las semanas santas concluían el sábado santo, en vísperas de la resurrección de Jesucristo, evento que presencié no con una visión imaginaria sino con la sensación de que Dios entraba en su alma por un costado (núm. 2.30). Este es el único encuentro de sor Jerónima con Jesucristo que ella no experimentó sola, pues una de sus compañeras la acompañaba orando; ambas religiosas, según Quesada, tuvieron la misma experiencia:

Pusímonos encima de unos peñascos que allí había, donde estaba una cruz fijada en ellos y considerando yo que estaba a la puerta de la llaga del costado, suplicaba a nuestro Señor que me entrase dentro y por su misericordia me lo concedió. Mi compañera estaba en la misma petición y sola una palabra me habló en todo este tiempo (Quesada, 1713: 458).

Todos los pasajes anteriores demuestran la cercanía que Jesús tenía con su esposa sor Jerónima, quien se le presentaba de diferentes maneras y provocaba en ella distintos dolores espirituales y estigmas corporales, elementos que según Paz (2020: 414) responden a evidencias claras de intervenciones divinas en los cuerpos de las religiosas; es decir, como marcas que Jesús deja en sus esposas amadas. Von Wobeser comenta que “muchas monjas buscaban el vínculo con seres sobrenaturales para dar sentido a sus vidas y escapar de la soledad interior, tristeza y desesperanza que afrontaban” (2016b: 35); de este modo, Jesús era el compañero preferido de las monjas y la entidad que más les placía en sus encuentros. Por otro lado, es innegable la dualidad presente en las visiones de sor Jerónima de la Asunción con Jesús: el amor y el dolor como elementos inseparables que, según Lavrin (2016), eran usuales y propios de las experiencias con Jesús. Para comprender esta dualidad

las religiosas tenían toda su vida; además de que los dolores eran importantes, pues ayudaban en su búsqueda de perfección religiosa. En todo caso, algunos de los pasajes expuestos anteriormente exhiben el interés de sor Jerónima por, de inicio, ser la madre de Jesús y, luego, imitar su vida y sufrir diversas penalidades intentando alcanzar la gracia de su amado esposo.

Encuentros con el Espíritu Santo

El Espíritu Santo, considerado la tercera persona de la Santísima Trinidad, no faltó en las experiencias sobrenaturales a lo largo de la vida de sor Jerónima de la Asunción. Únicamente hay tres menciones a las apariciones del Espíritu Santo en ambas hagiografías; en todas parece haber sido percibido mediante la vista, el sentido exterior, y no por medio de los sentidos interiores, como sí era el caso de todos los encuentros con las otras dos personas de la Santísima Trinidad. Letona indica que sor Jerónima tenía los encuentros con el Espíritu Santo durante sus festividades; en ellas, solía aparecerse en “forma de hermosa paloma” llenando a sor Jerónima del fuego “de su divino amor” (núm. 3.1).

La primera vez que se menciona al Espíritu Santo en la hagiografía de Quesada es durante el sepelio de la madre de sor Jerónima de la Asunción, aunque quienes la vieron fueron otras religiosas y no la propia sor Jerónima (núm. 3.2). En ese momento, el Espíritu Santo se apareció sobre la iglesia como “una paloma blanquísima y muy grande”: la apariencia usual de esta entidad en las apariciones. Como la madre de sor Jerónima era muy devota al Espíritu Santo, este le permitió que su cuerpo estuviese incorrupto en su tumba pues, al sacarlo algunos años después, “hallose entero”:

Cuando estábamos haciendo el oficio del entierro estuvo una paloma blanquísima y muy grande sobre el tejado de la iglesia, en la parte donde estaba y correspondía a la sepultura. Y holgábanse las monjas de verla, y procuraban con cebo y cómo podían cogerla. Y la paloma, según dijeron, que yo no la vi, no se movió de aquel lugar hasta que el cuerpo fue enterrado. Dijeron que era demostración que el Espíritu Santo había hecho como tan infinito en bondad y benevolencia, por la gran devoción con que mi madre celebraba cada año la fiesta del Espíritu Santo (Quesada, 1713: 29-30).

La última aparición del Espíritu Santo ocurrió en una temporada de Pascua (núm. 3.3); en esta ocasión la religiosa sí presenció a la “hermosísima paloma”, al igual que una de sus compañeras de convento, sor María Ana, quien define la apariencia del Espíritu Santo

como una “belleza de paloma” con variedad de plumas y fuego. Sor Jerónima expresa que “aquella noche, [...] cuando acababa la disciplina, sentí la divina paloma encima de mi cabeza y que toda me embecía en sí y me cubría con tan inmensos efectos de amor” (Quesada, 1713: 516).

En este mismo encuentro, sor Jerónima aprovecha para reflexionar acerca del misterio de la Trinidad: “el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es una sustancia que quiere decir un mismo ser, saber, querer y poder, es el del Padre todopoderoso y del Hijo y del Espíritu Santo” (Quesada, 1713: 517). La monja interpreta este evento como una bendición para el convento de Toledo y sus futuros planes misioneros; cabe mencionar que todos sus encuentros son en Toledo y ninguno en Filipinas. Al igual que los encuentros con Dios Padre, los que suceden con el Espíritu Santo son inesperados, aunque más breves. En los últimos dos encuentros citados, el Espíritu Santo aparece para premiar a sus devotos y, en el caso de sor Jerónima, para darle “efectos de amor” como recompensa por su vida mística y virtuosa.

Encuentros con la Virgen María

Desde finales de la Edad Media, expone Lavrin, la Virgen María ha sido considerada la protectora de la humanidad; “respondía a las oraciones y aparecía a las visionarias no solo como mediadora sino como centro de devoción” (2016: 144). La Virgen María ha sido el centro de innumerables textos de carácter devocional a lo largo del tiempo: sermones predicados en conmemoración de fechas importantes de su vida, novenas, villancicos y otras obras de carácter literario. La Virgen también era considerada la mediadora entre la humanidad y Dios, era la entidad a quien más se elevaban las plegarias para cumplir milagros. Era invocada, al igual que Jesucristo y que Dios Padre, a través de la oración. Carranza (2014: 126) considera que en las relaciones de sucesos, por ejemplo, la Virgen María llegaba a actuar como una mujer celosa, madre misericordiosa y figura de autoridad; se le puede considerar una mujer protectora y, en ocasiones, alcahueta de sus devotos.

Si en los encuentros místicos de las religiosas con Jesús se mostraba una relación marital, y aquellos con Dios Padre una relación paternal, la relación entre la Virgen María y las monjas era de madre e hija. Además, las religiosas visionarias utilizaban la figura de María como ejemplo para alcanzar la perfección espiritual y para adorar debidamente a Jesucristo. De hecho, Von Wobeser comenta que después de Jesucristo los encuentros

sobrenaturales con la Virgen María eran los más comunes en las místicas; “se aparecía sola, en compañía de su hijo Jesús, de su esposo José, de sus padres Joaquín y Ana, de ángeles y de la corte celestial” (2016b: 43).

Otra representación de la Virgen en las visiones era coronada como reina del cielo y de la tierra; también las apariciones de la Virgen se relacionaban con sus diferentes advocaciones, las concepciones que los fieles tenían de ella y la iconografía de la época; por ejemplo, algunas veces solía verse “con la lujosa vestimenta de las soberanas terrenales, adornada de múltiples joyas” (Von Wobeser, 2016b: 45). Otras tantas representaciones podían provenir de textos que las religiosas leían sobre la Virgen María. Sor María de Jesús Ágreda, por ejemplo, refiere en el texto *Ciudad de Dios* la vida y obra de la Virgen María, desde su concepción en santa Ana, su infancia, su juventud, llena de favores que Dios le hacía (visiones, sobre todo), dolores y padecimientos; su matrimonio con san José, la anunciación y el parto de Jesús; hasta la pasión, muerte y resurrección de su Hijo, y su ascensión al cielo como soberana.

Santa Teresa de Jesús constantemente alude a su devoción a la Virgen María, que le fue inculcada desde la infancia; en un pasaje de su *Vida* deja entrever el interés que tiene por mantener una la relación filial con María:

Afligida me fui a una imagen de Nuestra Señora, y le supliqué fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella, y, en fin, me ha tornado a sí” (Teresa de Jesús, 2012: 160).

En las *Moradas*, por otro lado, santa Teresa pone a la Virgen como la intercesora de los pecadores y madre misericordiosa. Tras su gran devoción a la Virgen María, santa Teresa en *Camino de la perfección* propone a otras religiosas imitar algunas características de la Virgen como la lealtad a Cristo y la humildad: “parezcámonos, hijas mías, en algo a la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito traemos” (Teresa de Jesús, 2019). En este mismo texto, santa Teresa presencia momentos de la vida de la Virgen tales como la encarnación de Jesús y el dolor que experimentó la Madre de Dios al verlo crucificado. Al final del capítulo XXXIII de su *Vida*, santa Teresa menciona que un día de la Asunción de la virgen presencia en un “arrobamiento tan grande que casi me sacó de mí” (Teresa de

Jesús, 2012: 352) a la Virgen María y a san José vistiéndola, para luego ver que los dos subían “al cielo con una multitud de ángeles” (Teresa de Jesús, 2012: 352).

Sor Jerónima de la Asunción también presencia este evento en las festividades de la Asunción de la Virgen, en Toledo, mediante una “visión imaginaria”. Esta visión es expuesta por ambos hagiógrafos (núms. 4.12a, 4.12b), aunque la de Quesada está narrada en primera persona por la propia sor Jerónima, mientras que el otro texto es el propio Letona quien relata el suceso en tercera persona, manteniendo algunos detalles como el de la procesión de ángeles que acompañaba a la Virgen hacia los cielos y de la que fue partícipe sor Jerónima: “y subía con grande majestad y acompañamiento de ángeles que la levaban con cánticos y músicas los serafines, y todos los cortesanos del cielo le decían maravillosos motetes. Yo también iba entre ellos” (Quesada, 1713: 499); “algunas veces, en visión imaginaria, se le representaba este misterio de la asunción y acompañaba a la Virgen en espíritu festejando su triunfo en compañía de los ángeles y de todos los cortesanos del cielo” (Letona, 1662: 55v-56r).

De los dos hagiógrafos solo Quesada comenta lo que sucedía con el cuerpo de sor Jerónima mientras tenía visiones con la virgen María. El hagiógrafo describe que sor Jerónima “se quedaba elevada con el rostro encendido y tan alegre que causaba alegría y consuelo el mirarla porque despedía de él rayos de luz” (Quesada, 1713: 161-162); nuevamente tenemos la presencia de los rayos de luz saliendo de sor Jerónima cuando era “arrobada” por alguna entidad divina. En realidad, no difiere mucho su estado corporal con respecto al que presentaba en los encuentros con Dios Padre o Jesucristo.

Quesada informa sobre otra visión que sor Jerónima de la Asunción tuvo en la cual presenció a la Virgen María siendo niña. Un pasaje similar se encuentra en el capítulo 21 del primer libro de *Mística ciudad de Dios* de sor María de Jesús Ágreda, en el que detalladamente sor María describe el nacimiento de la Virgen María “a las doce horas de la noche” (De Jesús, 1695: 213); luego narra el recibimiento que le dieron los ángeles “en forma visible” antes de llevar a la propia María recién nacida, corporalmente, hasta el cielo para ser bendecida por Dios Padre y, luego, regresarla a los brazos de su madre santa Ana. En este pasaje de sor María de Jesús Ágreda resaltan las interacciones de la Virgen María con los ángeles y los detalles sobre los elogios que estos le hacen. En la visión de sor Jerónima (núm. 4.1), por su lado, no existe ni siquiera la presencia de los ángeles; de hecho, es mucho más sintética, probablemente por estar narrada en tercera persona por Quesada,

quien no fue testigo ocular de este evento; en la visión, a sor Jerónima “se le había comunicado la madre de Dios, como niña hermosísima del modo que nació, cuya hermosura, decía, no cabía en merecimiento humano” (Quesada, 1713: 509), como señal de que las enfermedades que padecía en ese momento acabarían pronto.

Otro episodio que ambos hagiógrafos relatan es la primera vez que sor Jerónima entró en contacto con la Virgen, en su infancia, en uno de los corredores de su casa (núms. 4.2a, 4.2b). Es importante mencionar que esta es la primera visión que Jerónima Yáñez tuvo en su vida, mediante los sentidos internos; dicho episodio remite a la relación madre-hija que sor Jerónima buscaba con la Virgen, dado que Letona expresa que la Virgen se le ofreció “por madre”:

Siendo aún de pecho, [Jerónima Yáñez] cruzaba sus manecillas y miraba frecuente y devotamente al cielo por habersele manifestado entonces la Reina de los Ángeles, ofreciéndosele por madre y mereciendo de sus sacratísimos brazos y labios cariñosos y favores de hija, a que ella correspondía con rezar el Ave María con lengua balbuciente (Letona, 1662: 54r).

La actitud maternal de la Virgen María se repite en un par de encuentros más (núms. 4.3, 4.4). En uno de ellos (núm. 4.3), sor Jerónima expresa haber estado en el monte Calvario acompañando a su “madre” y experimentando los dolores de la pasión, propios de esas fechas para sor Jerónima. Además, en esta misma visión sor Jerónima siente haber sido reengendrada en el vientre de la Virgen, “donde estaba el verbo encarnado”:

Y en un imprevisto me pareció que su Majestad me reengendraba de suerte, puesta mi cabeza sobre aquel divino vientre, que podía yo llamar el vientre de mi madre y que me era dicho que dijese por mí el introito de aquel día diciendo: del vientre de mi madre me llamó el señor por mi nombre y me puso como cuchillo agudo, con su mano me defendió y me puso como saeta escogida (Quesada, 1713: 527).

En una visión más de sor Jerónima con la Virgen, aparece la presencia de Jesús adulto mientras la religiosa admiraba “la memoria de la pasión”. En dicha visión (núm. 4.5), la Virgen puso el alma de sor Jerónima “entre sí y su sacratísimo hijo” como testimonio de su relación maternal con la monja. En realidad, según Von Wobeser (2016b: 43), era muy común que en las visiones la Virgen apareciera acompañada de otros individuos como santos, Jesús adulto o el Niño Jesús. Este último compañero se manifiesta en diversas visiones en las que sor Jerónima expresa ser amamantada por la Virgen María “por el modo intelectual”, describiendo aquella leche como “suavísima que no hay licor a que comparar

aquel dulzor”. Esto se relaciona directamente con la advocación de María *Virgo lactans* o *Maria lactans*: imagen que empezó a ser difundida desde el siglo II, según Rodríguez Peinado (2013), en pinturas que retratan a la Virgen ofreciendo directamente su pecho al Niño Dios, usualmente sentada en un trono como soberana, con la cabeza cubierta y rodeada de ángeles; aunque las representaciones iconográficas cambiaban dependiendo la época. El tema de la lactación de María estaba muy presente en los textos de carácter hagiográfico, revela Rubial (2006); tal actividad era una escena recurrente que confirmaba la relación madre e hija que las religiosas buscaban con la Virgen. En las visiones de lactación “imaginaria” que presencia sor Jerónima, ella es compañera de lactancia del Niño Jesús quien parece complacido con la presencia de la religiosa (núm. 4.6): “y la muy benigna Madre puso mi boca a su pecho y yo mamaba lindamente de aquella leche suavísima que no hay licor a que comparar aquel dulzor; y el santísimo Niño no hacía sino reírse conmigo” (Quesada, 1713: 504-505).

En otra visión de este tipo, la lactancia ayuda a sor Jerónima a sobrellevar sus rigurosos ayunos (núm. 4.7):

Quando ayunaba, no comiendo sino los martes y el jueves, y algunas semanas el jueves solamente, como me veía tan flaca y descaecida, decíale a Nuestra Señora: “madre de Dios, vos me recread y esforzad con la leche de vuestros sagrados pechos. Y después algunas horas me sentía con disposición y esfuerzo para ir adelante (Quesada, 1713: 503).

En el último de los episodios encontrados en Quesada relacionado con la lactancia (núm. 4.8), el Niño Jesús mantiene un encuentro mucho más íntimo con sor Jerónima que en la cita anterior, pues sor Jerónima refiere que este “llega su mano a mi rostro por debajo de la barba con gran benevolencia y me traga, y no sé cómo me deja toda en sí que en sí mismo me desaparece” (Quesada, 1713: 508).

Aunque el otro hagiógrafo, Letona, no registra la lactancia de sor Jerónima por parte de la Virgen, sí menciona que es la Virgen María quien se encarga de amadrinar a la religiosa en el momento que toma el hábito en el Convento de Santa Isabel de los Reyes, en Toledo, el 17 de agosto de 1571, habiendo sentido aquel acompañamiento en su espíritu (núm. 4.9): “hincose de rodillas ante la prelada y sintió en su espíritu que la Reina de los ángeles personalmente la asistía y apadrinaba, juntando sus manos con las de Cristo en las de la prelada” (Letona, 1662: 7v). Incluso, la relación maternal entre la Virgen y sor Jerónima, en

Letona, puede verse reflejada con la mención a un consejo que sor Jerónima de la Asunción “oyó en su interior” por parte de la Virgen para que no llegase a “malograr los divinos favores” que Dios le ofrecía (núm. 4.10).

En un “sueño leve” se le manifestó la Virgen, en Toledo, a sor Jerónima (núm. 4.11). En este evento mantuvo un breve intercambio de palabras con Ella, que traía a su Hijo en brazos, pidiéndole alguna merced; la respuesta de la Virgen fue escribirle la palabra “Japón” en los dedos, dándole una pista sobre su futura travesía hasta Asia: “y la Reina del cielo le hizo unas letras de Japón en los dedos con que desapareció” (Quesada, 1713: 419). Ante ello, es notorio que la Virgen también actúa como anunciante de hechos futuros en los encuentros con sor Jerónima.

Otro tipo de episodio sobrenatural con la Virgen María no es propiamente una visión imaginaria o un sueño, como los anteriores; más bien se trata del movimiento de una figura de la Purísima Concepción. Quesada registra que una vez las religiosas del Convento de Santa Isabel de los Reyes de Toledo mandaron hacer una imagen para la celebración de la Purísima Concepción (núm. 4.13); habiéndoles llegado la imagen terminada, sor Jerónima se da cuenta que la Virgen tiene las manos juntas, lo cual no le convence; a la mañana siguiente es testigo de un cambio inesperado, dado que las manos de la Virgen aparecieron despegadas: “y a la mañana cuando vinieron a verla se vieron despegadas suficientemente las palmas, con admiración de todos, lo cual se tomó por fe y testimonio y la fama se divulgó a otras provincias y conventos” (Quesada, 1713: 490).

La cita anterior es la única que describe una experiencia de este tipo con imágenes religiosas. Es importante mencionar, sin embargo, que algunas de las visiones de sor Jerónima sucedían cuando ella oraba frente a una imagen de la Virgen: nuevamente demostrando que la oración es parte importante dentro de sus experiencias místicas.

En definitiva, que las monjas expusieran sus experiencias con la Virgen, según Lavrin (2016), ayudaban a perfeccionar la conexión maternal que tenían con María; algo que es perceptible en los encuentros que sor Jerónima tuvo con ella, puesto que la Virgen actúa como su madre y su compañera en situaciones importantes de la vida de la monja, como su ingreso al convento o sus planes fundacionales. La Virgen también se representa en las hagiografías de sor Jerónima como una figura benevolente y caritativa, fuente de favores y conocimientos a los que la monja accede solo en visiones imaginarias que luego relata a su confesor Quesada, quien las plasma valiéndose de elementos de la tradición mística como

la representación filial entre sor Jerónima y la Virgen, que ya era perceptible desde los escritos místicos de santa Teresa. Con todo, María no es la única virgen con quien entra en contacto la monja; a lo largo de su vida, otros encuentros con vírgenes y santos dan cuenta de la vida mística de sor Jerónima de la Asunción.

Encuentros con otras vírgenes y santos

Las visiones que las religiosas tenían con diferentes santos y vírgenes estaban influenciadas ampliamente por las imágenes religiosas que veneraban, según Rubial (2004b). Por lo tanto, al igual que en el caso de la Virgen María, muchas veces las descripciones de las visiones con otros santos se relacionaban con la iconografía de estas entidades, de tal modo que se compartían escenarios o tópicos entre las experiencias místicas y las pinturas e imágenes. Así mismo, la lectura de las vidas de los santos determinaba ciertas características de las visiones de las monjas. La mayoría de estas lecturas eran recomendadas por los confesores para inspirar a las religiosas a seguir determinados modelos de conducta. Esto no es ajeno a sor Jerónima de la Asunción, pues su confesor en Toledo, fray Melchor de Yebra, le invitaba no solo a hacer penitencias, sino a seguir la vida de algunos santos como san Juan Bautista; además, le recomendaba lecturas sobre la vida de santa Clara y san Francisco: los fundadores de su orden religiosa. Letona declara que sor Jerónima “hizo todas las penitencias de los santos que había oído o leído” (24r). Sin embargo, la monja a quienes imitaba con mayor disciplina era al propio Jesucristo –con azotes, ayunos y con la imitación del camino al Calvario, pues sor Jerónima solía cargar una cruz por todo el huerto del convento toledano– y a santa Clara.

Luego de la devoción a la Virgen María, la segunda virgen más importante en la vida de sor Jerónima era santa Clara de Asís, de quien conocía su vida y obra. Aunque en las hagiografías no se mencionan las obras específicas que había leído sobre santa Clara, es evidente que conocía la regla de las clarisas escrita por la propia santa: un texto compuesto por doce capítulos que insta a vivir en pobreza, castidad, obediencia al Papa; aborda el recibimiento de las religiosas en el convento; el ayuno y la comunión; expone las instrucciones para elección de abadesa; recomienda el silencio y los modos de hablar en el locutorio, a carecer de propiedades, al cuidado de las enfermas; propone las penitencias que deben hacer las monjas; instruye a la abadesa sobre cómo dirigir a las religiosas de su

convento, así como estipula que los frailes franciscanos son los únicos encargados de visitarlas en el claustro (Asís, 2011).

Sor Jerónima no solo seguía cabalmente las reglas de su orden, sino que intentaba imitar a la propia santa Clara en sus penitencias: “cuando [a sor Jerónima] le sobraba algún tiempo de sus ejercicios se ponía a considerar qué penitencia hicieran ahora nuestro padre san Francisco, o nuestra madre santa Clara para dar gloria al Señor” (Letona, 1662: 24r). El interés por seguir la vida de los santos de su orden y la devoción que les tenía, provocaron que sor Jerónima tuviese revelaciones y visiones que involucraban a santa Clara y a san Francisco que luego relató a Quesada, quien es el único de los dos hagiógrafos que los registra. Por ejemplo, una vez se le apareció santa Clara en el convento toledano de Santa Isabel de los Reyes para reclamarle por unas tocas¹⁰ que la santa no permitía por ser demasiado opulentas para el voto de humildad y pobreza que las religiosas promulgaban (núm. 5.1). En otro episodio (núm. 5.2), sor Jerónima informa que las experiencias con santa Clara eran tan vívidas que, en cierta ocasión, escuchó “su voz más claramente” que la suya al momento de cantar: “nuestra madre santa Clara también me hace mil favores y caricias, y con un singular extremo de amor la siento a mi lado y me ayuda a decir a dos coros y oigo su voz más claramente que la mía” (Quesada, 1713: 539).

Santa Clara también actúa como madre de sor Jerónima en otra visión (núm. 5.3); sin embargo, la relación filial es mucho menos marcada que aquella mantenida con la Virgen María. Sor Jerónima, en este encuentro, le pide a santa Clara la bendición y que le deje sus virtudes de santa; como respuesta, “la piadosa madre con grande amor extendió los brazos y me dio un amoroso abrazo del cual favor me resultaron aquellos efectos, y fue tanto el gozo que no cabiendo en el corazón salía resuelto en lágrimas por los ojos” (Quesada, 1713: 537-538). Santa Clara, además, le da la bendición a sor Jerónima en favor de la fundación del convento manileño, tal y como sucede en otra visión en la que la religiosa declara haber recibido “un báculo, como de obispo” (núm. 5.4); ante este último acto de santa Clara, sor Jerónima pide ayuda a su padre espiritual para la correcta interpretación, a lo que el hombre responde que “era por la venida a estos reinos, [a Filipinas], para fundar su primera regla” (Quesada, 1713: 286).

¹⁰ “*Tocas*. Adorno para cubrir la cabeza que se forma de velillo u otra tela delgada en varias figuras, según los terrenos o fines para que se usan” (*Autoridades*).

San Francisco de Asís era otro santo a quien imitaba sor Jerónima y del que conocía su vida a la perfección, según Quesada (1713: 239). Sus imitaciones a san Francisco consistían, básicamente, en pedirle a Dios que le mandase los mismos padecimientos y martirios que había experimentado el santo, quien, según Octaviano Schmucki (1987: 403), soportó grandes enfermedades a lo largo de su vida. Sobrellevando estas penalidades, sor Jerónima se consideraría igual de favorecida por Dios que san Francisco, al pensar que dichas enfermedades eran un privilegio que solo experimentaban los más cercanos a Dios. Para ello, en un episodio narrado por ambos hagiógrafos (núms. 5.5a, 5.5b), sor Jerónima suplica a Dios que le otorgue la plaga de piojos que el santo tuvo; cuando finalmente los “animalillos inmundos” invadieron su cabeza, Quesada expone el relato en palabras de sor Jerónima: “comed despacio, porque si os arrojó por ahí se pegarán a otras y no será bueno hacer mal a nadie” (Quesada, 1713: 582); además, “si alguna vez sacaba algunos con la mano los volvía a meter en su seno diciendo: cinco más o menos, poco importan, estáos allá” (Letona, 1662: 58v).

Otros padecimientos que recibió sor Jerónima en imitación a san Francisco fueron sus llagas, cinco estigmas similares a las heridas de Cristo: cuatro en las extremidades debido a los clavos y una más en el costado provocada por una lanza. Tales estigmas fueron concedidos a san Francisco por Dios en el monte Alvernia; tras ello es considerado el “primer santo en ser marcado por estigmas visibles” (Rodríguez López, 2018), similares a las heridas de la crucifixión. Este episodio “tuvo su repercusión en la liturgia con la fiesta de *la impresión de las llagas de Nuestro Seráfico Padre San Francisco* el 17 de septiembre” (Labarga García, 1999: 382). Sor Jerónima de la Asunción, en esta celebración del año 1604 en Toledo, declara que “se halló en espíritu en el monte Alverna” al lado de san Francisco en donde le fueron otorgadas, por obra de Dios, las mismas llagas que al santo; nuevamente, y al igual que con los piojos, poniéndose a la par de él en cuanto a favores otorgados por Dios. Ambos hagiógrafos exponen este pasaje de la vida de sor Jerónima, aunque Quesada es más extenso en detalles que Letona (núms. 5.6a, 5.6b); Quesada informa sobre la reacción de sor Jerónima cuando le fueron impresas las llagas: “no sintió por entonces dolor alguno, sino unos tan excesivos ardores en los lugares de las llagas que parecía querían reventar arroyos de sangre por ellas” (Quesada, 1713: 444-445); Letona añade que este ardor “le duró algunos años en que le parecía que su corazón ardía en vivas llamas de divino amor” (Letona, 1662: 57v-58r).

El último evento que presencia sor Jerónima sobre la vida de san Francisco, solo encontrado en el texto de Quesada, es la muerte del santo en un episodio donde “arrebato Dios” su alma para llevarla junto a san Francisco quien yacía “en una camita” desde la cual sor Jerónima declara haberle besado la llaga del costado; tras su contacto con la llaga, tiene un encuentro con Jesucristo donde este le lanza a su corazón (núm. 5.7).

Sor Jerónima de la Asunción era también devota a san Juan Bautista. Quesada comenta que sor Jerónima lo tomó como guía debido a la fidelidad que este santo le tuvo a Jesús, para que “la adiestrase y la enseñase” (Quesada, 1713: 97) en el correcto modo de adorar a Dios. Tal era su devoción a san Juan Bautista que sor Jerónima, “a imitación suya, no comía sino unas malvas por ser hierbas silvestres que no necesitaban de hortelano que las cultive” (Quesada, 1713: 97); también procuraba imitarle “en el retiro y vestido [...] porque este santo la favorecía en sus penitencias” (Letona, 1662: 24r). Dos visiones de sor Jerónima con san Juan Bautista se relacionan con su degollación narrada en los evangelios de Mateo (14:1-12), Marcos (6:14-29) y Lucas (9:7-9). Los evangelios de san Mateo y san Marcos narran que san Juan Bautista fue apresado por Herodes, pues el santo reprobaba el matrimonio entre Herodes y Herodías. Según el Evangelio de san Mateo (13:6-11), en una fiesta la hija de Herodías le pidió a Herodes la cabeza de san Juan Bautista en una bandeja; Herodes no pudo negarse y mandó decapitar al santo. El Evangelio de san Lucas reduce este pasaje y evita los detalles sobre aquella celebración en la cual la hija de Herodías pide la cabeza de san Juan y la posterior decapitación del santo. En una visión que se repetía anualmente para sor Jerónima (núm. 5.8), relacionada con este evento, revela que le “llevó” san Juan Evangelista a la cárcel de san Juan Bautista y le “pareció” que fue testigo de la decapitación para luego sostener la cabeza en sus manos. Tras lo anterior, sor Jerónima se muestra confundida con lo que aquella visión significaba; entonces acude a una de sus compañeras, sor María Ana, quien le ayuda a interpretar el ofrecimiento de la cabeza como un regalo divino por procurar la gloria de Dios entre los fieles. Este evento desencadena otra visión de sor Jerónima en la cual declara que se sintió degollada (núm. 5.8); una vez más intentando imitar, en las visiones, los castigos de sus santos predilectos: “y no sabré decir cómo fui degollada y me vi, Dios lo sabe, y sentí dentro de mi alma el cuerpo con la cabeza del glorioso Bautista” (Quesada, 1713: 532).

Otra visión sobre este acto involucra a sor Jerónima tomando la cabeza de san Juan Bautista, habiéndola recibido por san Juan Evangelista, mencionando una supuesta relación

familiar entre ambos santos (núm. 5.10). En este episodio es el propio san Juan Evangelista quien afirma que la cabeza es un regalo para que sor Jerónima pida a Dios lo que desee, puesto que todo le será concedido gracias a su fervorosa devoción y vida mística. “Dijo también la venerable madre que cuando recibió aquella sagrada cabeza, salían muy apriesa grandes arroyos de sangre a borbotones como si en aquel mismo punto se la acabaran de cortar” (Quesada, 1713: 532).

Un “rpto” de sor Jerónima incluye a san Juan Bautista dándole unas “espigas de licor celestial” que la religiosa mamaba (núm. 5.11). El mismo san Juan Bautista le explica que este licor es un remedio para sus enfermedades. Como sucedió con la lactancia de la Virgen María, este tipo de leche celestial funciona para reconfortar a la religiosa de sus padecimientos: “Y viéndome el glorioso san Juan Bautista, que me tiene debajo de su piel como niña pequeña, cómo yo estaba tan necesitada, me dio estas espigas diciéndome: – Pues, estás tan enferma y pequeñita [que] te quiero recrear con este licor celestial” (Quesada, 1713: 505-506).

El último encuentro con san Juan Bautista no involucra una visión o un rpto, más bien una “revelación” que hizo Dios a sor Jerónima (núm. 5.12). En este caso, las religiosas del Convento de Santa Isabel de los Reyes deseaban poner un retablo de san Juan Bautista; para ello, sor Jerónima se encomendó a este santo quien le dio “a entender donde se había de poner el retablo, y que allí había otra imagen del mismo santo” (Quesada, 1713: 533). Es decir, al momento de poner el nuevo retablo en el lugar revelado a sor Jerónima, descubrieron uno ya existente, por lo que fue tomado aquello como una “revelación que el Señor hizo a su sierva” (Quesada, 1713: 533).

Con san Juan Evangelista sor Jerónima tiene dos encuentros: en el primero de ellos (núm. 5.13), san Juan Evangelista es el encargado de darle la comunión, hecho que otra religiosa del Convento de Santa Isabel de los Reyes, sor María Anna, presencia en una visión. “¡Jerónima! ¿Qué ha sido esto? Que dos veces he visto que te ha comulgado san Juan Evangelista. ¿Haslo pedido al Señor?” (Quesada, 1713: 477). El otro encuentro con san Juan Evangelista ocurre en Manila (núm. 5.14), lugar hasta donde visita a sor Jerónima junto a san Andrés para poner su alma en “infinitas riquezas” como premio por su vida de perfecta religiosa y por haber ido hasta oriente para difundir la religión: “Y no sé decir más de que me mostraron lo que no sabía, como si estuviesen en un aposento muchas joyas y

riquezas encerradas y abriesen la puerta para que las gozase la vista; y así pusieron mi alma en aquel piélagos de infinitas riquezas” (Quesada, 1713: 533-534).

Santa Juana de la Cruz, mística franciscana de Madrid, fue otra santa con la que sor Jerónima tuvo contacto. A lo largo de su viaje hasta Manila, sor Jerónima de la Asunción y su grupo de religiosas constantemente se encomendaban a las cuentas milagrosas de un rosario de santa Juana que llevaban y que las salvó de algunos peligros propios del viaje. Sarah Owens (2014) analiza con detenimiento la relación que las religiosas tenían con dichas cuentas milagrosas, mismas a las que se les atribuyen curaciones de enfermedades durante el viaje y en el Convento de la Purísima Concepción en Manila. El único encuentro que sor Jerónima tuvo con esta santa fue justamente tras una enfermedad que padeció la religiosa a su llegada a Veracruz (núm. 5.15). Luego de que sor Jerónima le pidiera a santa Juana que intercediera por ella para recuperar su salud, sor Jerónima declara haber sentido “un amoroso abrazo” de la santa, quien, además, la acompañaba en el viaje para socorrer las necesidades que presentasen las fundadoras: “Y junto a la grada del altar mayor, estando oyendo misa y pidiéndole yo a la gloriosa santa me alcanzase de Dios el buen suceso de esta fundación, me dio un abrazo muy grande y allí pasaron otras cosas que no sabré decir” (Quesada, 1713: 545).

En suma, los múltiples encuentros de sor Jerónima de la Asunción con diversos santos demuestran no solo su interés por venerarlos, sino la relación que mantiene con ellos, pues la acompañan en los momentos de su vida para otorgarle regalos y bendiciones. A pesar de que con ninguno mantiene una relación filial tan marcada como la experimentada con la Virgen María (ni siquiera con santa Clara, aunque hubiese breves menciones de ello), las vírgenes y santos son sus compañeros y confidentes: seres a los que sor Jerónima deseaba imitar para estar a su altura en el tema de la perfección religiosa. En el caso de santa Juana, por ejemplo, ella funciona como la protectora a raíz de la partida de religiosas de España rumbo a Filipinas. Sin embargo, no son los únicos seres que actúan como protectores de sor Jerónima; este puesto también lo cumplen los ángeles y arcángeles con quienes la monja tuvo breves encuentros.

Encuentros con arcángeles y ángeles

Los ángeles, se creía, estaban al servicio de Dios “y ejecutaban funciones tan importantes para el universo como mover las esferas celestiales, de las que pendían el sol, la luna, los

planetas y las estrellas” (Von Wobeser, 2016b: 46). Los ángeles no representaban un bloque homogéneo, más bien, eran un conjunto de diferentes seres regidos por una rigurosa jerarquía. En la carta de san Pablo a los Colosenses, por ejemplo, se hace referencia a los múltiples grupos de seres angélicos: “porque en él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, el universo visible y el invisible, Tronos, Gobiernos, Autoridades, Poderes... todo fue creado por medio de Él y para Él” (1:16).

González Hernando (2009) refiere un tratado del siglo VI atribuido a Dionisio Areopagita titulado *De coelesti hierachia* que define y codifica las jerarquías angélicas. Este texto expone nueve coros angélicos distribuidos en tres órdenes; en la primera se sitúan los Serafines, Querubines y Tronos; la segunda orden está compuesta por Dominaciones, Principados y Potestades; la tercera por las Virtudes, Arcángeles y Ángeles. Cada uno de estos grupos tiene atributos iconográficos distintos; seis alas, en el caso de los serafines, o ruedas llenas de ojos, en el caso de los tronos por mencionar algunos ejemplos. Los arcángeles son, a menudo, representados “como jefes de la milicia celeste, con indumentaria militar, nimbados y alados” (González Hernando, 2009: 2). A pesar de que tradicionalmente se concibe la existencia de siete arcángeles, en el año 746 el Concilio de Letrán limitó el culto a únicamente tres: Miguel, Gabriel y Rafael. Miguel, por ejemplo, en el Apocalipsis (12:7-9) comanda al ejército de ángeles contra Satanás y sus ángeles rebeldes. Quizá la acción más representativa del arcángel Gabriel, referida en el evangelio de Lucas (1:26-38), es la anunciación de María donde le informa que será la madre de Dios por obra del Espíritu Santo. Por su lado, Rafael aparece en el Antiguo Testamento, en el libro de Tobías (5), para curar al padre de Tobías de una ceguera, utilizando la hiel de un pescado.

Finalmente, los ángeles son las entidades celestes con menor jerarquía, “son mensajeros privilegiados que intermedian en la relación de la divinidad con los hombres” (González Hernando, 2009: 3), pero también adoran a Dios desde su situación privilegiada de cercanía a la divinidad, como lo refiere el Salmo 148 (1-2): “alabad al Señor desde los cielos, alabadlo vosotros sus ángeles todos, alabadlo vosotros todos sus ejércitos”. Los ángeles también eran los encargados de tocar instrumentos y transmitir música celestial que llegaba a oídos de las personas y de místicas novohispanas como la beata Catarina de San Juan (Von Wobeser y Villavicencio, 2011).

A partir del siglo V, expone González Hernando (2009: 4), los ángeles comenzaron a representarse como seres alados, tal y como aparecen en las visiones proféticas de Ezequiel: “en medio del fuego había cuatro seres vivos. Tenían la misma forma: cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas. Sus piernas eran rectas, con pezuñas como las de buey, brillaban como bronce pulido. Bajo sus alas (en los cuatro costados) tenían manos de hombre” (1:1-24). La iconografía de estos seres influenciaba, en gran medida, sus representaciones en las visiones de las religiosas: usualmente eran entidades jóvenes, con cuerpos tonificados, rostros bellos, alas de distintos colores y ropajes lujosos. Von Wobeser indica que los ángeles que con mayor frecuencia se aparecían eran los de la guarda, “de los cuales cada humano tenía asignado uno para que lo acompañara durante toda la vida” (2016b: 47); luego de estos, los que se aparecían con más periodicidad eran los arcángeles, especialmente Miguel.

Un pasaje que solía repetirse y reelaborarse en los relatos de experiencias sobrenaturales de algunas religiosas, para Rubial (2006: 160), era el referido por santa Teresa en el cual un ángel le atraviesa el corazón: “veía un ángel cerca de mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. [...] No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos” (Teresa de Jesús, 2012: 320). Sor Jerónima de la Asunción no informa haber experimentado algo como lo que describe santa Teresa; en realidad, las apariciones de ángeles en las hagiografías de sor Jerónima son muy escasas: una en Letona y tres en Quesada. En la aparición de Letona (núm. 6.1), aparentemente un ángel le ofreció a sor Jerónima un pergamino con la primera regla de santa Clara escrita en él: “Siendo sacristana, halló en un rincón de la sacristía un pergamino grande y escrita en él la dicha primera regla que tuvo por divino hallazgo, y que quizá algún ángel se la deparó porque luego se le desapareció sin saber cómo ni a dónde” (Letona, 1662: 43r).

En una de las apariciones expuestas por Quesada ni siquiera participa sor Jerónima de manera directa, sino sor María Ana de Jesús, religiosa del convento toledano (núm. 6.2). Sor María Ana se encontraba en oración cuando repentinamente se apagó un candil; enseguida, le pide a Dios que si milagrosamente se encendiese el candil, ella tomaría aquel acontecimiento como un mensaje de que todos los deseos de sor Jerónima se cumplirían, “y apenas lo hubo dicho, cuando vino un ángel y le encendió” (Quesada, 1713: 287-288).

En este episodio, el ángel es un mensajero de Dios, sin embargo, en otra visión de la propia sor María Ana ya no ve a solo un ángel, ahora presencia una procesión completa de “ángeles, serafines y cortesanos del cielo”. Dentro de esta procesión, sor María Ana ve a la misma sor Jerónima de la Asunción; tal acontecimiento es interpretado por sor María como una prueba de la santidad de sor Jerónima y su cercanía con la divinidad (núm. 6.3). La descripción de las criaturas celestiales que observó sor María Ana como seres “resplandecientes”, cuyos ropajes estaban “llenos de rubíes y topacios”, responde a la “perfección generalizada que se creía reinaba en el cielo” (Von Wobeser, 2016b: 48), y de la que en ese momento era partícipe sor Jerónima de la Asunción como cortesana celestial.

En ocasiones, sor Jerónima solía sentir la presencia del arcángel Miguel quien actuaba como su protector ante los demonios. En dos encuentros expuestos por Quesada (núms. 6.4, 6.5), sor Jerónima manifiesta sentirse “apretada interiormente de sequedades” porque “el enemigo antiguo” incitaba a sus compañeras religiosas a vituperarla, pero el propio arcángel Miguel llegó para librarla de “aquellas tribulaciones”, poniéndola en una paz celestial. En otra lucha interior con los demonios, sor Jerónima confiesa que siente el auxilio del arcángel Miguel: “se me dio a conocer clarísimamente y desbarató aquella máquina y tropel de trabajos, dejando el alma dispuesta para padecer por Dios y ganosa de emprender grandes cosas” (Quesada, 1713: 580-581).

En los episodios aquí presentados, los ángeles y arcángeles son expuestos como seres bondadosos y al servicio de la divinidad. En el caso de sor Jerónima, los arcángeles, sobre todo, se presentan para otorgarle protección contra las fuerzas demoníacas de las que no estuvo exenta.

Encuentros con el Demonio

Según el Apocalipsis (12:9-17), Lucifer fue expulsado del cielo con sus ángeles rebeldes tras una batalla contra los ángeles leales a Dios. “Durante su caída, los ángeles se transformaron en Demonios. Su alma se corrompió y se volvieron feos y malignos y se precipitaron hasta el sitio más profundo del universo, situado debajo de la superficie terrestre: el infierno” (Von Wobeser, 2016b: 53). Según Umberto Eco, el Apocalipsis permitió la inserción del infierno y sus habitantes demoníacos en el imaginario religioso católico; aunque, considera, la idea de un lugar “subterráneo por donde vagan las sombras de los muertos” (2007: 82) ya existía en otras culturas y tiempos. Santa Teresa describe el

infierno como un sitio cuya entrada era un “callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto. El suelo me parecía de una agua como lodo muy sucio y de olor pestilente, y muchas sabandijas malas en él” (Teresa de Jesús, 2012: 340); en este lugar prevalecía una sensación de “apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento” (340), además de una quemazón tortuosa.

En el infierno, Lucifer, o Satanás, es el regente y tiene a su mando huestes demoníacas que al igual que los ángeles están en jerarquías bien establecidas. Uno de los objetivos de estas entidades demoniacas, además de ser enemigos de Dios, es atormentar a los habitantes terrestres y a las almas condenadas. El teólogo Miguel Godínez expone que Satanás es el mayor enemigo de los hombres que cometen oración y que siempre procurará molestarlos. Al Diablo, además, en el libro de la Sabiduría (2:24), se le atribuye la entrada de la muerte al mundo: “la envidia del Diablo introdujo a la muerte en el mundo y la experimentan los que toman su partido”.

Sin embargo, el Diablo en el imaginario católico no podía salirse del dominio de Dios; es decir, la Iglesia consideraba que el Demonio actuaba bajo las órdenes de la divinidad. Esta misma idea impactó su hábitat: el infierno; pues se creía que funcionaba con castigos ejecutados por el Demonio bajo el mandato de Dios a las almas condenadas; del mismo modo funcionaban las tentaciones y las desgracias que caían sobre los fieles vivos. Miguel Godínez consideraba que el Diablo, con permiso de Dios, podía mover la imaginación y tergiversarla; podía infundir dudas sobre la existencia de Dios, curiosidades y vanidades. En el libro de Job se encuentran pistas sobre tales consideraciones; en dicho texto, Dios ordena al Diablo atormentar a Job y de ese modo probar su fidelidad: “entonces dijo Yahvé a Satán: te doy poder sobre todo cuanto tiene pero a él no lo toques” (Job 1:12).

Sin embargo, la anterior no es la única aparición del Diablo en las Sagradas Escrituras. En el Evangelio de Marcos, Satanás tienta a Jesús (1:13), aunque Marcos no se extiende en detalles sobre este episodio como sí lo hace el Evangelio de Lucas (4:1-13) en el cual se narra que Jesús estuvo cuarenta días en el desierto siendo tentado por el Demonio de diversas formas, desde dejarlo sin comer –“entonces el Diablo le dijo: si eres el hijo de Dios, manda a esta piedra que se convierta en pan” (Lucas 4:3)– hasta prometerle poder sobre las naciones si Jesús se arrodillaba frente a él –“si te arrodillas y me adoras, todo será tuyo” (Lucas 4:7)–, aunque Jesús no cedió a las tentaciones y el Demonio terminó vencido.

No obstante, según Von Wobeser, en general prevalecía la idea de que el Demonio podía actuar por cuenta propia; muchos teólogos como Martín de Castañeda consideraban que el Diablo tenía un “rango equiparable al de Dios, pero en la esfera del mal” (Von Wobeser, 2016b: 54). En tanto, el Demonio estaba capacitado para causar visiones y revelaciones que muchas veces eran confundidas con visiones provocadas por Dios. En ese sentido, Godínez expone que el Demonio podía otorgar raptos que producían una sensación de confusión cuando el místico los experimentaba, a diferencia de la sensación de amor y tranquilidad que otorgaba una verdadera experiencia mística con Dios.

Al Demonio se le atribuían facultades como gobernar la naturaleza, causar enfermedades, ocasionar plagas y maltratar de forma física a las personas. Expone Von Wobeser (2016b: 55) que aunque había un consenso entre los teólogos de que el Diablo era un ser incorpóreo, muchas de sus descripciones son corpóreas; por ello, el Demonio podía aparecerse a las visionarias en formas propias de sus representaciones iconográficas. Además, los atributos del Demonio solían ser antagónicos a los que se le otorgaban tradicionalmente a Dios; como resultado, al Demonio se le percibía feo, oscuro, mentiroso, burlón y vanidoso; “era gran ilusionista que aparecía y desaparecía objetos” (Von Wobeser, 2016b: 53). Umberto Eco afirma que esta representación de fealdad en el Demonio no tiene un sustento bíblico; en realidad, proviene de la iconografía que empezó a difundirse en el siglo VI sobre el Diablo y los relatos “de las tentaciones sufridas por los eremitas” (2006: 92). En estos textos el Diablo adoptaba características como cabellos erizados y desgreñados, dentadura canina, cráneo alargado, joroba y, en general, una apariencia sucia o putrefacta. El Demonio también podía presentarse como anciano o niño para engañar con mayor facilidad a las personas; aunque, según Carranza (2014: 208), también podía aparecer en forma de distintos animales: cerdo, mula, gato, sapo; su atuendo más provechoso era el de la serpiente, haciendo referencia al animal que tentó a Eva en el *Génesis*.

Para el siglo XVII, María Cruz García de Enterría (1998: 64) explica que el Demonio se veía como parte de la cotidianidad novohispana. Era, en efecto, una entidad que podía actuar prácticamente en cualquier sitio y, aunque tenía “predilección por lugares ocultos, como bosques y desiertos” (Von Wobeser, 2016b: 55), donde se reunía con parte de su ejército de Demonios, podía aparecerse en conventos y casas para atormentar a las personas.

Miguel Godínez nombró los encuentros con el Demonio como *preternaturales*, además distinguió dos tipos de individuos acosados por el Demonio: posesos y obsesos. Es importante mencionar que ambas categorías no existían en la teología novohispana hasta ese momento. Según el teólogo, los posesos eran individuos cuyos cuerpos se encontraban invadidos interiormente por los Demonios. Los más vulnerables a la posesión demoníaca eran las mujeres, los pecadores y personas de ordinaria virtud. El remedio para la posesión era un exorcismo, pero no cualquiera podía llevarlo a cabo y para ello se necesitaba una fuerte preparación. Esta práctica de expulsión de Demonios puede tener su origen en el Evangelio de Marcos (8:26-39), donde aparece un individuo poseído por múltiples Demonios que es liberado por el propio Jesús. Los posesos son descritos por Godínez como individuos delgados y pálidos, cuyas voces no corresponden a las que tenían antes de la posesión. Por otro lado se encuentran los obsesos, quienes eran personas ejemplares y virtuosas, asediadas desde afuera por las fuerzas demoniacas con permiso de Dios para poner a prueba su vida virtuosa, como Job o las religiosas místicas. En estos casos el exorcismo no era practicado puesto que podía agravar los ataques.

En la antigüedad se pensaba que las mujeres, en general, podían ser tentadas por el Demonio con mayor facilidad que los hombres, pues se creía que tenían inclinación natural al mal heredada de Eva tras el pecado original. En el ambiente conventual, el Demonio y sus tentaciones eran los mayores enemigos de las monjas que querían alcanzar un grado supremo de perfección religiosa. Estamos hablando de un contexto donde el Demonio formaba parte importante del “imaginario visual que se manifestaba en las diferentes experiencias místicas” (Rubial y Bieñko, 2011: 167), y donde “el convento actuaba como un imán para los Demonios quienes intentaban desafiar la santidad de sus habitantes” (Bieñko, 2004a: 91).

Los embates del Diablo a las religiosas podían ir hacia los sentidos exteriores: atacaba la vista, al presentarse como un individuo horrible o, en contraposición, hermoso; en cuanto al gusto, incitaba a algunas monjas a pecar de gula; en el caso del olfato, podía presentar aromas deliciosos (sobre todo de comida) mientras se hacían rigurosos ayunos, o aromas fétidos, de putrefacción. El oído era atacado mediante ruidos molestos, ofensas o palabras de desaliento; en el tacto, por otro lado, el Demonio podía corromperlo mediante dos opciones: dolores en el cuerpo y tentaciones carnales, cuyo fin era violentar el voto de castidad. Los sentidos interiores básicamente eran violentados mediante visiones que solían

asemejarse a las visiones divinas; por lo tanto, teólogos como Godínez ofrecían lineamientos para identificar si las visiones se trataban de embustes demoníacos o hechos divinos. A grandes rasgos, el discernimiento de las visiones se sabía al conocer la vida de la visionaria (si llevaba una vida virtuosa y no una de vicios y pecados), y al analizar que los sucesos ocurridos en las visiones y raptos respondieran a la ortodoxia católica.

Santa Teresa de Jesús, en el capítulo XXXI de su *Vida*, aborda los encuentros que tuvo con el Demonio en el ambiente conventual: mayormente fueron perturbaciones en momentos de oración e incitaciones al pecado. Sin embargo, ella refiere haber vencido al mal con oración y agua bendita. Otras religiosas estudiadas por Von Wobeser (2016b) y Rubial (2006), Isabel de la Encarnación y Catalina de San Juan, tuvieron encuentros con esta entidad básicamente en el mismo sentido: ser desviadas del camino de la perfección.

Siguiendo esta línea, no fueron pocos los encuentros que tuvo sor Jerónima de la Asunción con el Diablo; muchos de ellos responden a las tentaciones que esta entidad le infundía para alejarla del camino del bien “mediante la palabra, obra o pensamiento” (Von Wobeser, 2016b: 58). No eran visiones o raptos provocados por el Diablo que se confundiesen con revelaciones divinas; eran tentaciones y persecuciones de diversos tipos. Por ejemplo, en una tentación que ambos hagiógrafos registran, en cierta ocasión cuando la monja se encontraba en un riguroso ayuno, el Diablo le representaba “manjares” al traerle “el suave olor de ellos al olfato” (núms. 7.1a, 7.1b). Este suceso no presenta grandes variaciones entre los dos hagiógrafos, pues ambos coinciden en que las virtudes de sor Jerónima de la Asunción la impulsaron a vencer ese obstáculo comiendo salvado de las gallinas del convento toledano.

El Demonio también aprovechaba para llevarle a la imaginación escenas donde ella se veía en peligro de muerte, provocado por sus múltiples penitencias y martirios en el cuerpo. Para vencer estas imaginaciones, sor Jerónima se iba saltando desnuda “en la nieve” a imitación de san Francisco para que el dolor la librara de aquella escena (núms. 7.2a, 7.2b).

Un suceso particular en la vida de sor Jerónima ocurrió en el convento toledano donde, alguna vez, se vio orillada por sus compañeras religiosas a mantener conversaciones con un sacerdote, pues la veían “con tanto silencio” que les parecía necesitaba hablar con alguien (núm. 7.3). Sin embargo, las actitudes que el sacerdote tenía con sor Jerónima le advertían que él deseaba algo más que simples pláticas. A la larga, y luego de darse cuenta de que le gustaba la presencia del religioso por ser “muy letrado”, sor Jerónima vio aquello como una

tentación del Demonio al haberle mandado a un hombre a su vida cuando claramente se consideraba fiel esposa de Jesús. Finalmente, el sacerdote terminó yéndose de Toledo, noticia que sor Jerónima recibió con pesadumbre pero que luego agradeció a Dios por interpretar aquello como un milagro para alejarla de las tentaciones carnales. Luego de eso, sor Jerónima narra que: “fui al coro desde allí y, puesta de rodillas, le prometí al nuestro Señor nunca más verle, aunque volviese a ser allí morador, ni a otro alguno en mi vida, como por la misericordia y gracia de Nuestro Señor lo cumplí” (Quesada, 1713: 80-82).

Además de querer irrumpir directamente en el voto de castidad que cabalmente seguía la religiosa, el Demonio en ambas hagiografías es una entidad que, para lograr su cometido, tiene la capacidad de “mover” a las religiosas y a “todo el convento” en contra de sor Jerónima de la Asunción. Así, el enemigo le hizo “guerra” a través de sus compañeras para que rompiera su voto de silencio (núm. 7.4). En otro suceso expuesto por ambos hagiógrafos sin variación significativa (núms. 7.5a, 7.5b), el Demonio incitaba a las religiosas a traerla “siempre acosada” para que intentara curarse sus enfermedades, las cuales sor Jerónima no consideraba como padecimientos graves sino embustes del Demonio mediante los que le “representaba” achaques en su cuerpo que, para ella, no existían. “Incitadas del enemigo común”, las religiosas del mismo modo criticaban sus rigurosos ejercicios y la llegaron a acusar con las autoridades por exagerada (núms. 7.6a y 7.6b). Mientras Quesada informa que sus compañeras la acusaron con la abadesa toledana, en Letona las religiosas acudieron con el fraile Francisco de Tolosa. Este hombre, en una confesión que sor Jerónima de la Asunción tuvo con él, la invitó a continuar sus penitencias a pesar de las enfermedades, dado que los grandes santos de la orden, san Francisco y santa Clara, habían enfermado y sor Jerónima deseaba ponerse a la par de ellos.

Antes de ocurrida la fundación del convento manileño, cuando apenas estaban tomando forma los planes, sor Jerónima de nueva cuenta se vio acosada por sus compañeras del convento toledano “movidas por la envidia del Demonio” quienes, afirma Quesada, le dijeron muchas “injurias y oprobios”, pues no les gustaba la idea que sor Jerónima fuese la fundadora dado que había otras candidatas dentro del convento con mayor experiencia que ella. En este pasaje (núm. 7.7), el hagiógrafo incluso compara sus problemas con los que tuvo santa Teresa a lo largo de sus fundaciones: “Tantas y tan grandes fueron las persecuciones que por esta causa tuvo, y tantas las malas palabras que oyó, que solía decir

la venerable madre, había excedido a las que en ocasión semejante de la fundación padeció santa Teresa de Jesús” (Quesada, 1713: 122-123).

Otro tipo de gente movida por el Demonio en contra de sor Jerónima de la Asunción fue la que desató sus persecuciones y hostigamientos en el Convento de la Purísima Concepción de Monjas Descalzas de Manila. El primero de los cuatro casos de este tipo es narrado por ambos hagiógrafos (núms. 7.8a, 7.8b); en esta ocasión, el Demonio “halló puerta abierta” para afligir a sor Jerónima mediante personas que recomendaban no aceptar tantas mujeres, pues les quitaba a los hombres sus posibles esposas; además, que aquellas jóvenes que aceptara fueran las que pudiesen aportar económicamente al convento con terrenos u otro tipo de dotes, yendo en contra de los designios de la fundadora por mantener el voto de pobreza. Aunque en Letona no se menciona que estas presiones en contra de sor Jerónima sean a causa del Demonio, en Quesada sí se explicita que todo es obra del enemigo.

Aunado a ello, el Demonio aprovechaba para “fomentar” la discordia entre las autoridades manileñas al saber que sor Jerónima aceptaba mujeres mestizas, lo cual también estaba mal visto (núm. 7.9): “de aquí tomó nueva ocasión el Demonio para armarle otra persecución, sembrando en muchos entendimientos cizaña, persuadiéndolos que era caso de menos valer se recibiesen mestizas donde había mujeres tan principales” (Quesada, 1713: 380).

Se sabe que tras los pleitos de sor Jerónima con las autoridades manileñas fue relegada de abadesa a maestra de novicias, cargo que dejó años después para retomar su puesto como abadesa tras el apoyo del nuevo gobernador Juan Niño de Tabora. En este contexto, muchas cartas de desaprobación le llegaron a la fundadora; una de ellas parecía ser del Demonio, pues contenía “muchas palabras desacomedidas”, aunque estaba firmada por una supuesta Dorotea del Río que, aparentemente, nadie en la ciudad conocía (núm. 7.10). El suceso narrado en tercera persona por su hagiógrafo fray Ginés de Quesada también reflexiona sobre la naturaleza del Demonio, al ser una entidad “de buen entendimiento”; aunque “bien pudo ser que al Demonio se le permitiese acomodarse con un mal talento y que se conviniese con un necio para derramar la ponzoña de su malicia, permitiendo así Dios para dar el Demonio nuevo género de tormento” (Quesada, 1713: 397).

En el segmento dedicado a Jesucristo se expusieron los pasajes donde sor Jerónima manifestaba tener dolores propios de sus experiencias con Dios Hijo; sin embargo, estos no

fueron los únicos dolores que experimentó por obra sobrenatural, pues el Demonio también le infundía malestares que ella define como “fríos y fuegos” del infierno, relacionados a martirios propios del sentido del tacto. Este tipo de dolores infernales eran interpretados como regalo de Dios: “pues así lo quiere mi Señor”. Además, los consideraba un camino que siguen todos los santos y por el cual ella debía también transitar, nuevamente poniéndose al nivel de una santa: “por el mismo camino de padecer tengo yo que caminar”. En los pasajes de dolores infernales aparece la voz del Demonio por primera vez dentro del texto de Quesada, quien es el único que refiere estos padecimientos (núms. 7.11, 7.12); la voz demoníaca surge solo para interpelar y amenazar a sor Jerónima con no darle descanso de sus perturbaciones: “y el Demonio me aprieta con terribles tormentos y me dice: ya no has de tener descanso ni por un instante” (Quesada, 1713: 578-579).

Aunque a veces tenía la asistencia del arcángel Miguel en sus “luchas interiores” con los Demonios, en otro pasaje mencionado por ambos hagiógrafos se explica que sor Jerónima usaba las palabras de san Francisco para alejarlos (núms. 7.13a, 7.13b) como muestra de su valentía para enfrentar a los Demonios que la acosaban dentro del convento toledano.

Con lo anterior se deja claro que la mayor arma de sor Jerónima de la Asunción para alejar los demonios era la oración; sin embargo, el enemigo también era capaz de provocar accidentes que ni orando se evitaban. En dos ocasiones ocurrieron accidentes que el Demonio provocó. El primero de ellos durante el recorrido dentro de España rumbo al puerto de Sevilla, en el que las mulas se desbocaron y provocaron que una religiosa se golpeará en una costilla y que sor Jerónima quedara mal herida de la cabeza (núm. 7.14). En la segunda ocasión, también en el viaje dentro de España, las monjas van comentando que santa Teresa durante su labor fundacional de conventos había caído de una mula y milagrosamente había sido salvada por san José; luego de mencionar esto, parecía que “el Demonio se había revestido de mulas” para que uno de los coches en los que viajaban tomara carrera apresurada y volcase con un fraile en su interior (núm. 7.15):

Y levántose tan grande torbellino y polvareda que por ningún caso se veía el coche. Luego fue al de las religiosas el vicario de Santa Isabel y les dijo: hagan cuenta que hoy ha nacido su comisario fray Josef, porque cayó del coche y de milagro no está hecho pedazos, y no es posible sino que fue enredo del Demonio porque iba el coche que volaba, y fue la caída en el mismo lugar que cayó santa Teresa (Quesada, 1713: 328).

El anterior pasaje es la única ocasión en que el Demonio parece tomar forma de animal a lo largo de las hagiografías de sor Jerónima. De igual modo, otra de las representaciones del Demonio dentro de la tradición hagiográfica es “como un humano de piel morena” (Von Wobeser, 2016b: 57): color que se asocia al mal y al infierno. De este modo, incluso, santa Teresa refiere en su *Vida* haber presenciado al Demonio: “que el Señor entendiese como era el Demonio, porque vi junto a mí a un negrillo muy abominable” (Teresa de Jesús, 2012: 331). Aunque sor Jerónima de la Asunción nunca llega a presenciar al Demonio en forma corpórea, es digno de mención un evento ocurrido en el Océano Pacífico en el cual una esclava negra de nombre María, navegando junto a la comitiva de monjas rumbo a Manila, parece ver a un “negro” que se la quería llevar al infierno (núm. 7.16). Asustada, la esclava María es bendecida por las religiosas con unas cuentas milagrosas de santa Juana de la Cruz que llevaban consigo desde España:

Dijo que cuando le pusieron la cuenta se apartó de ella un negro que la quería llevar al infierno porque por la aflicción que le había causado la falta de aquellas niñerías le decía que ya no tenía otro remedio sino echarse al mar, lo cual ella había intentado como desesperada. Consolola la venerable madre, porque hizo luego que se la llevasen allá, y quedó con mucha quietud y consuelo (Quesada, 1713: 547).

Otro suceso donde sor Jerónima no actúa directamente, pero que merece mención por ser un caso único dentro del texto de Quesada, es una pelea que sor Inés de San José tuvo con el Demonio en el convento manileño (núm. 7.17). Quesada expone este suceso como una “gran pelea” ocurrida en “espacio de tres horas”, en la que hacía movimientos con los brazos como esgrimiendo o formando una cruz con la mano derecha; además, el hagiógrafo aprovecha para referir el estado en que se encontraba sor Inés en la batalla: “Estaba tan desfigurada que parecía haber estado muchos días en la sepultura, y tenía traspillados los dientes con tan temerario crujir que parecía se le hacían pedazos y el ruido que con ellos hacía era grande que se oía en otras piezas del convento y causaba grande temor” (Quesada, 1713: 413-414).

Aunque no es referido en el texto de Quesada como una posesión demoníaca, sí es una invasión interior de los Demonios que para Godínez entraría en la categoría de posesión. Sin embargo, a sor Inés de San Joseph no se le hizo un exorcismo, pues sus virtudes como religiosa y alumna de sor Jerónima la ayudaron en la batalla contra los Demonios a los que tampoco se les representa de alguna forma tangible en este evento. En realidad, el Demonio

que tienta a sor Jerónima a lo largo de los textos también es un ser incorpóreo, astuto, con capacidades para mover a las religiosas compañeras de sor Jerónima; capaz de ocasionar accidentes y proferir ofensas. Es una entidad que, además, busca impedir las acciones fundacionales de sor Jerónima y a la que se le acusa de las persecuciones que vivió en Manila. Por tanto, el Demonio actúa en las hagiografías como el enemigo principal de sor Jerónima de la Asunción y su vida virtuosa; aunque muchas veces actúa bajo el dominio de Dios. Ante ello, las tentaciones que el Demonio infunde en sor Jerónima tienen el propósito de ejercitar sus virtudes, perfeccionarla como religiosa y purificar su alma. Miguel Godínez ya escribía que vencer a los Demonios era complicado pero al lograrlo se llegaba a un estado de gracia divina. Esta gracia divina ofrecía otro tipo de privilegios como liberar almas de las penas del Purgatorio.

Encuentros con ánimas del Purgatorio

Jacques Le Goff afirma que en el siglo XIII se produjo la creación del Purgatorio en la concepción católica occidental como “una posibilidad de un perdón de los pecados después de la muerte” (Le Goff, 1989: 57). Por su lado, Ana Luisa Haindl Ugarte (2016: 54) considera que la creencia en un lugar intermedio para las almas, cuyo fin es purificar los pecados y evitar una condena eterna, es mucho más antigua y hay pistas de ello en el segundo libro de los Macabeos (2 M, 12:43), en el que Judas manda efectuar un sacrificio a favor de los muertos en batalla Haindl Ugarte (2016) rastrea con detenimiento los pasajes del Nuevo Testamento, en los que la idea de un lugar intermedio para las almas parece entreverse; por ejemplo, la primera carta de san Pablo a los Corintios en la cual se menciona que cualquier hombre que haya cometido errores quedará salvado luego de pasar por un castigo: “más aquel, cuya obra quede abrasada, sufrirá el daño. Él, no obstante, quedará a salvo pero como quien pasa a través del fuego” (1 Co, 3:15). En el Apocalipsis, por ejemplo, el fuego ya tiene una función purificadora: “pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el lago que atrae con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (21:8).

Santos como san Gregorio Magno y san Agustín promovieron, más tarde, la importancia de la oración en favor de los difuntos y la expiación de sus culpas: “La idea del Purgatorio en la tradición cristiana va surgiendo progresivamente, a partir de las tradiciones populares.

En estas tendrá gran importancia la labor del abad Odilón de Cluny, responsable del establecimiento de la fiesta de los Fieles Difuntos, a principios del siglo XI” (Haindl Ugarte, 2016: 58).

La celebración de los Fieles Difuntos, para Haindl Ugarte (2016: 59), es de suma importancia en el establecimiento de un concepto más definido del Purgatorio, consumado para siglo XIII cuando el Papa Inocencio VI envió una carta a las autoridades de la Iglesia de Chipre, en 1254, en la que estableció un espacio lleno de fuego donde las almas expían sus culpas antes de alcanzar la gloria; sin embargo, “la Iglesia define el Purgatorio como un estado del alma y no como un lugar físico a donde esta va a enmendarse” (Haindl Ugarte, 2016: 66). La idea se esparció entre los fieles mientras la Iglesia comenzaba a vender indulgencias con el propósito de acortar la estadía de las almas en el Purgatorio. Ante ello, Le Goff piensa que “la Iglesia consigue desbordar su poder, su *dominium*, más allá de la muerte” (1989: 104). Fue hasta el Concilio de Trento cuando la creencia del Purgatorio se estableció formalmente en la Iglesia. Dante fue uno de los autores que reprodujo este espacio en la *Divina Comedia*, aunque él lo concibe “como una verdadera escalera al Cielo, donde se enmiendan los pecados capitales” (Haindl Ugarte, 2016: 66). Le Goff considera que la descripción del purgatorio de Dante, como una representación ideal del espacio, influyó sobre todo la iconografía en torno a dicho lugar.

En el Purgatorio, por lo tanto, se creía que el fuego creaba un regocijo en las almas, “al sentirse cada vez más próximas a Dios” (Haindl Ugarte, 2016: 69). A partir del siglo XVII la idea del Purgatorio fue propagada, según Von Wobeser, mediante sermones, catequesis y pinturas, donde las almas del Purgatorio se presentaban desnudas y envueltas en fuego, “implorando que las ayudaran para salir del lugar y poder llegar al cielo” (2016b: 73). Ya en el siglo XV santa Catalina de Génova había elaborado un *Tratado del Purgatorio*, en el cual define las penas que sufren las almas como un “fuego interior” que difiere del fuego del infierno por ser atormentador. La diferencia sustancial entre el Purgatorio y el Infierno, para santa Catalina de Génova, radica en que las almas del Infierno no pueden salir de él hasta el día del juicio final, mientras que el Purgatorio supone una estadía temporal que podría reducirse con indulgencias u otros favores.

Von Wobeser considera que la aparición de almas purgantes en la cotidianidad estaba ligada a la creencia de que los vivos podían ayudar a las almas del Purgatorio “y que Dios permitía que algunas de ellas vinieran a la tierra para buscar a sus allegados y pedirles su

apoyo” (2016b: 71). Este apoyo iba desde rezos y donaciones monetarias a la Iglesia hasta misas, que eran las prácticas más comunes para socorrer a las almas. En Nueva España proliferaron las apariciones de ánimas a beatas, como Marina de San Miguel, para pedirles misas y bendiciones, aunque también apelaban a “la intercesión de los santos y de la virgen María para lograr su liberación” (Von Wobeser, 2016b: 74); así mismo, las instituciones eclesiásticas difundían la doctrina del Purgatorio narrando historias de aparecidos. A través de los sermones se divulgaba, incluso, la creencia de las penas que sufrían las ánimas en el Purgatorio apelando a la necesidad de las almas por liberarse de allí cuanto antes; Juan de Palafox y Mendoza, por ejemplo, decía que “el fuego que atormentaba a las almas en el Purgatorio era material” (Von Wobeser, 2016b: 75), por lo que algunas almas se aparecían envueltas en llamas o con rastros de quemaduras en la piel o los ropajes, propios de los martirios a los que eran sometidas. En otras apariciones las ánimas se presentaban como tangibles y cometían acciones físicas como tocar objetos y dejar sus huellas en las superficies.

Von Wobeser informa que las historias de aparecidos seguían la misma secuencia narrativa: un ánima se aparecía en la noche a alguno de sus deudos y le pedía sufragios; si no los hacían, el ánima volvía para insistir; si seguía siendo ignorada, el ánima podía cometer actos violentos como agresiones físicas o provocar accidentes graves (2016b). Ninguna de estas últimas acciones experimentó sor Jerónima de la Asunción en sus encuentros con las ánimas dado que todos fueron pacíficos.

La primera vez que se le apareció un ánima a sor Jerónima, ella se encontraba en el Convento de Santa Isabel de los Reyes, en Toledo; fue el ánima de una religiosa de nombre sor Jerónima de Rivadeneira, quien había muerto por una enfermedad y había sido asistida por sor Jerónima de la Asunción en sus últimos días de vida (núm. 8.1). El alma inicialmente se comunicó con otra religiosa llamada sor Eugenia de Rivera pidiéndole que sor Jerónima de la Asunción hiciera ayunos para salvarla del purgatorio; habiendo hecho los ayunos pertinentes sor Jerónima de la Asunción, el alma de su compañera se le aparece ahora a ella “con aspecto muy alegre” para informarle que se “iba a descansar”.

En otro suceso ocurrido en Toledo, el ánima de una religiosa llamada sor Francisca de la Asunción se le apareció primeramente “desgreñada y revuelta en el hábito de la religión” para pedirle a sor Jerónima que la encomendara a Dios y la librara de las “terribles penas que padecía” en el Purgatorio por algunas imperfecciones que tuvo en vida (núm. 8.2). Sor

Jerónima, como una religiosa compasiva de las almas del Purgatorio, hizo lo que el ánima le ordenó y luego esta se le apareció “muy alegre y resplandeciente”, “y también le dijo cómo iba a gozar de Dios” (Quesada, 1713: 249).

Sor Jerónima no solamente actúa como la religiosa que libera las almas del Purgatorio mediante sufragios, sino también como la mediadora entre las ánimas y los familiares de los fallecidos. En un acontecimiento de este tipo, el ánima de un clérigo llamado Palomares se le aparece a una religiosa cercana a sor Jerónima para que esta última les pidiera a los familiares del clérigo que le mandasen hacer misas para su liberación del Purgatorio (núm. 8.3). Al saber tal petición, sor Jerónima se siente una pariente más de este clérigo por haberla asistido en algunas ocasiones, lo que la lleva a poner de su propio dinero para ayudar con las misas que el ánima pidió. Luego de las misas solicitadas, a “la mañana siguiente se le apareció a la esposa del Señor, dándole las gracias del bien que le había hecho y diciéndole como ya se iba a descansar” (Quesada, 1713: 250-251).

En la ciudad de México, durante su estancia de dos años antes de partir a Manila, ocurrió otro caso semejante: el ánima de un clérigo se le apareció a una india llamada Inés, natural de Cartagena de Indias, que servía en el convento de las monjas descalzas de la ciudad de México, para pedirle misas y así librarse del Purgatorio (núm. 8.4). Inés se lo comunicó a las religiosas toledanas, entre las cuales estaba sor Jerónima, quien pidió limosnas para llevar a cabo las peticiones del ánima. Luego de cumplido el sufragio, el ánima se le apareció a Inés con “hermosura y belleza”, “llevaba unas hermosas alas” y le mandó agradecimientos a sor Jerónima por su ayuda y sus consideraciones.

Las apariciones de ánimas continuaron en Manila donde ahora se le presentaron directamente a sor Jerónima. En dicha ciudad se le apareció el ánima de fray Josef de Santa María, religioso que acompañó a la comitiva de monjas desde España y que murió tiempo después del arribo a Filipinas (núm. 8.5). Sor Jerónima veía el alma “alta del suelo”, levitando, lo cual es un caso único en sus encuentros con ánimas. Luego de los sufragios que hizo sor Jerónima en favor del alma de fray Joseph de Santa María, este se le apareció a otra persona de aquella ciudad: “A este mismo tiempo se le apareció aquella alma a una persona muy espiritual y le dijo: estoy muy agradecido al bien que me ha hecho la madre Jerónima, pero no esperaba yo menos de su gran caridad. Y en este punto vio esta persona que aquella dichosa alma subía al cielo y entraba en él con corona de mártir” (Quesada, 1713: 252-253).

El ánimo de doña Ana de Vera, quien patrocinó la fundación del convento manileño, también se le apareció a sor Jerónima de la Asunción (núm. 8.6). Sin muchos detalles del encuentro, Quesada informa que el alma de doña Ana de Vera estaba “muy triste” cuando se le presentó a sor Jerónima para pedirle oraciones. Lo mismo ocurrió con el padre fray Melchor de Murzaval (núm. 8.6), sacristán del convento manileño, quien se le “manifestó” a sor Jerónima con el mismo propósito que Ana de Vera: externar “la necesidad que tenía de sus oraciones” (Quesada, 1713: 256) para que pudiese encontrar la salvación.

Todos los anteriores encuentros con ánimas son registrados por el primer hagiógrafo de sor Jerónima, fray Ginés de Quesada. Por su parte, Bartolomé de Letona solo dedica unas cuantas líneas a referir las acciones liberadoras de sor Jerónima (núm. 8.7). En este pasaje, Letona no especifica los nombres de las ánimas que salvó sor Jerónima, mucho menos se desarrollan los detalles sobre cada una de las apariciones. En realidad, Bartolomé de Letona, como ocurrió en otros segmentos, evita los detalles, pues afirma: “en sus informaciones [sobre la vida de sor Jerónima] se nombran, en especial, muchas personas de España, Indias y Filipinas, de todos estados, que por sus oraciones fueron libres del Purgatorio, y muchos y muy especiales casos que por justos respectos se dejan” (Letona, 1662: 16v).

En todas las situaciones presentadas sor Jerónima actúa directamente como la responsable de liberar a las ánimas que se lo piden; que se le aparezcan a ella, o a individuos cercanos a sor Jerónima que luego le comunican los deseos de las almas, solo refuerza la intención de ambos hagiógrafos por retratarla y mostrarla como una perfecta religiosa que incluso con las ánimas del Purgatorio era caritativa y benevolente. La monja no escatimaba en sus ayunos y penitencias para salvarlas del sufrimiento propio del Purgatorio; tales prácticas también formaban parte de su vida mística que, incluso, le otorgaba otros favores como el don de la profecía.

Profecías de sor Jerónima de la Asunción

Una actividad que no involucra visiones o raptos, pero sí que se genera por inspiración divina, son las profecías o predicciones. El tomo V del *Diccionario de Autoridades* de 1737 define esta actividad como “la acción de predecir cosas futuras”. El teólogo Miguel Godínez consideraba a las profecías como gracias y regalos dados por Dios premiando una vida virtuosa. Para este teólogo, las profecías eran una actividad que surgía de la

contemplación divina y que se encontraban al mismo nivel que las revelaciones, los milagros y los éxtasis. El objetivo de todos estos dones, expone Godínez, es acercar el alma con Dios y llegar a conocimientos únicos mediante tales uniones.

Sor Jerónima de la Asunción, en la hagiografía de Letona, informa sobre su quehacer profético y asegura que: “me viene al pensamiento un ejemplo, cuento o suceso, que me parece es bueno para dicho delante de tal persona y lo digo; y cuando esto pasaba decían luego que les había leído el interior y que sabía los pensamientos” (Letona, 1662: 27v). En estas palabras, sor Jerónima parece definir las profecías como una lectura de la mente del individuo a quien se las hace; sin embargo, su labor profética va más allá de leer los pensamientos, puesto que advierte sobre acontecimientos futuros. Algunas veces se refiere a estos sucesos como “revelaciones”, aunque hace explícito que tal actividad “la da Dios así”, advirtiendo que es obra divina así como lo consideraba Miguel Godínez. En el texto de Quesada, sor Jerónima avisa que posee “favores del don de la profecía” (573), expresando que este tipo de información sobre el futuro “no merece pasarse en silencio” pues debe ser anunciada.

Las profecías que hizo sor Jerónima a lo largo de su vida involucran desde nacimientos y matrimonios, hasta accidentes, peligros y muertes, incluida la suya. Algunos sucesos siguen una estructura muy parecida entre sí: al inicio se explica quién es la persona a la que se le hace la profecía y se aborda algún conflicto personal que sufre el individuo; luego aparece la voz de sor Jerónima emitiendo la predicción, y suele concluirse el pasaje con una fórmula narrativa confirmando que el evento sucedió poco después. Sin embargo, no todos los episodios siguen esta estructura dado que en muchos de ellos la narración se simplifica para dar paso solo a la voz de sor Jerónima anunciando la profecía de manera concreta.

En Toledo su actividad profética inició cuando le predijo a una novicia, llamada Leonor de San Francisco, que sería monja profesa a pesar de los conflictos que la novicia tenía con sus familiares, quienes no quería solventar monetariamente el deseo de Leonor de ir al convento toledano, pues ellos querían que ingresase a otro (núms. 9.1a, 9.1b). Al final, la profecía de sor Jerónima se cumplió, porque “el sábado de aquella misma semana vino un cuñado suyo y aseguró la dote y haciendo aquel día la escritura en el cual hizo los votos, en que consiste la profesión, y el domingo a la mayor recibió el velo” (Quesada, 1713: 553). En Toledo también predijo que el rey Felipe III sería el encargado de “despachar” las

religiosas rumbo a la fundación del convento manileño; al mismo tiempo, le predijo una enfermedad para lo cual pidió oraciones a sus compañeras (núms. 9.3a, 9.3b).

La labor profética de sor Jerónima en Toledo no se limitó a los sucesos anteriores, pues también predijo muertes, como ocurrió con la de un clérigo que prestaría dinero para que un vendedor de lienzos pudiese solventar una deuda (núms. 9.8a, 9.8b). Cuando les informó a sus compañeras este deceso, ellas “quedaron todas muy admiradas y mucho más lo estuvieron después cuando vieron que dentro de pocos días enfermó gravemente el clérigo a los catorce ya estaba enterrado” (Quesada, 1713: 559-560).

Su última predicción en Toledo también fue sobre una muerte. En esta ocasión, una mandadera del convento le externó a sor Jerónima los deseos de que su nieta se casara con un hombre escribano; sin embargo, la religiosa le advirtió que no permitiera la boda, pues el hombre moriría ahorcado culpado de robo (núms. 9.9a, 9.9b). La mandadera ignoró la recomendación de sor Jerónima y prosiguió con los planes de boda: “en fin, hizose el casamiento, y por un hurto notable que hizo dentro de pocos meses le ahorcaron” (Letona, 1662: 53r).

Ni siquiera el arduo viaje hasta Filipinas, o las constantes enfermedades que padeció en el trayecto, mermaron el don profético de sor Jerónima. Durante el trayecto desde Acapulco hasta Manila, en medio de los peligros, la religiosa le vaticinó al capitán del navío que Dios les daría “calmas como en otras ocasiones, buenos vientos”, lo cual sucedió al poco tiempo siendo interpretadas aquellas palabras como una profecía inspirada por Dios (núms. 9.5a, 9.5b). “Así se vio por experiencia pues con aquellas calmas se libraron de dar en las manos de diez navíos holandeses y se descubrió el espíritu de profecía de la esposa del Señor” (Quesada, 1713: 560-561).

Ya instaladas las religiosas en Manila, y en medio de los problemas que suscitó la fundación, sor Jerónima les profetizó a sus compañeras que las persecuciones hacia ella terminarían “hasta que venga gobernador nuevo” (núm. 9.4). Su profecía fue tan específica que hasta informó que el gobernador vendría de Toledo, ciudad natal de Juan Niño de Tabora, quien, al poco tiempo de esta profecía llegó a las islas para tomar el gobierno: “le respondió la venerable madre: no es sino de Toledo y mirad que no digáis nada de esto. Habíasele sin duda revelado el Señor, y así sucedió todo como lo profetizó la bendita fundadora” (Quesada, 1713: 396-397).

Las profecías que hizo en Manila fueron muchas más que las de Toledo. La segunda que hizo, luego de profetizar la llegada del nuevo gobernador, fue la muerte de los hombres con los que Gabriel Díaz de Mendoza se embarcó a una expedición misionera hacia la costa de China (núm. 9.12). A pesar de que las personas manileñas decían que Gabriel Díaz había perecido igual que sus compañeros, sor Jerónima no estaba de acuerdo y profetizó su llegada a Manila sano y salvo, como ocurrió después de un tiempo: “y con el favor de Dios vendrá bueno, como algún tiempo después vino con entera salud” (Quesada, 1713: 561).

En el año de 1625 sor Jerónima profetizó que el maestro de campo, don Jerónimo de Silva, quien había ido a combatir a los holandeses que invadían algunas islas de Filipinas, regresaría de la batalla a salvo y con toda su armada intacta (núm. 9.13). El hecho sucedió tal y como lo mencionó sor Jerónima, pues ni siquiera hubo batalla que librar, puesto que los enemigos se habían retirado y Jerónimo de Silva regresó con todos sus hombres. En esta misma profecía, además, sor Jerónima adelantó la invasión de piratas nombrados “camucones” a Filipinas.

En otro suceso profético, sor Jerónima es la responsable de salvarles la vida a “cuatro o cinco hombres” que trabajaban en un pozo en el convento manileño (núms. 9.14a, 9.14b). En ese momento una gran piedra estaba a un lado del pozo y sor Jerónima con su “don de la profecía” les advirtió que se movieran a un lado porque la piedra caería: “Apenas lo hubieron hecho cuando sin haber dado antes muestras de ello, ni de sentimiento alguno, se quebró súbitamente la maroma, dando el castillejo y la piedra abajo, sin hacer daño alguno a los hombres que con presteza se habían retirado a la parte que la venerable madre les había mandado” (Quesada, 1713: 573).

Otra muerte profetizada por sor Jerónima, ahora en Manila, fue la de la hija recién nacida de Feliciano del Castillo, esposa del capitán Luis Vela, habitantes de la ciudad (núm. 9.7). A este mismo capitán Luis Vela le predijo, antes de un viaje que haría a Nueva España, sobre el mal tiempo que prevalecería y que podría ponerlo en riesgo (núm. 9.6).

Si en Toledo le predijo a una novicia su entrada al convento, en Manila le profetizó al licenciado Juan de Pereira su ingreso al sacerdocio (núms. 9.2a, 9.2b). En este acontecimiento encontrado en ambas hagiografías se cuenta que Juan de Pereira tenía muchos conflictos con el arzobispo manileño fray Miguel García Serrano, quien no lo aceptaba en el sacerdocio dada su profesión de médico. Sor Jerónima le aseveró que pronto habría de ordenarse, cuando hubiese un nuevo arzobispo, “y cumpliose la profecía de la

sierva del Señor, porque, habiendo muerto el arzobispo, le ordenó el obispo de la Nueva Segovia, don fray Fernando Guerrero, que el presente es arzobispo de Manila” (Quesada, 1713: 562-563).

El último tipo de experiencias proféticas que vivió sor Jerónima fueron las de su propia muerte. Tanto Quesada como Letona mencionan que el Señor le reveló a sor Jerónima de la Asunción, un 11 de septiembre de 1630, su muerte mediante una visión; en dicha experiencia, según lo relata la propia sor Jerónima en la hagiografía de Quesada (599), Dios le mostró su alma resplandeciente en los brazos de la Virgen, para luego ser puesta en un trono donde llegaron personas a adorarla, como una santa por su labor fundacional. Al tener conocimiento de su muerte, incrementó sus actividades misioneras en las comunidades filipinas a pesar de las advertencias de sus compañeras de que no lo hiciera, pues corría gran peligro por su avanzada edad y los riesgos propios de las salidas. Tal y como lo registra Letona, en el relato de otra visión que le fue dada mientras ella oraba (9.10), Dios le mostró “su cuerpo difunto puesto en un túmulo alto, honoríficamente colocado y venerado de gran multitud de gente” (Letona, 1662: 59r).

Segura de su muerte, se la comunicó a sus compañeras, las cuales no le creyeron. Sin embargo, el 21 de octubre de 1630, un día antes de su fallecer, una persona la llevó a comulgar cargada en brazos porque ya no podía levantarse de la cama (núm. 9.12); en ese punto, sor Jerónima manifestó que sería la última vez que estuviere recibiendo la comunión “con el fervor y humildad que acostumbraba, ahora más que nunca porque sabía que era la última comunión que había de recibir en esta vida” (Letona, 1662: 59r-59v). La noche antes de su muerte sor Jerónima de la Asunción se confesó con fray Ginés de Quesada, quien fue su guía espiritual los últimos años de vida y su posterior hagiógrafo. Antes del amanecer pidió a sus compañeras que le hicieran una cruz de ceniza en el suelo y la pusieran allí hasta que muriese; hecho ocurrido el martes 22 de octubre a las 4 de la mañana, según lo refiere el propio fray Ginés de Quesada en su hagiografía.

En todas las profecías aquí presentadas, sor Jerónima actúa como un vínculo entre las revelaciones divinas y las personas involucradas; es, en ese sentido, una mensajera del conocimiento que le infunde Dios a través del don de la profecía. De igual forma, su labor profética refuerza la fama de mística que tenía, al ser consideradas, las profecías, regalos propios de la vida contemplativa.

Visiones de otros personajes

Una diferencia sustancial en ambas hagiografías sobre la vida santa de sor Jerónima es la inserción de visiones de otros individuos (religiosas y frailes), pues únicamente en el escrito de fray Ginés de Quesada se encuentran estos episodios. La mayoría de estas visiones son de la religiosa sor María Ana de Jesús, compañera de sor Jerónima de la Asunción en Toledo y en el convento manileño; aunque también aparecen otros individuos como el fraile Tomás de Sevilla, sor Anna de la Concepción y algunas religiosas cuyos nombres no se hacen explícitos.

Las visiones encontradas en el texto de Quesada, experimentadas por sor Ana de Jesús, tienen como protagonista a sor Jerónima de la Asunción en diversas circunstancias: como misionera y como habitante del cielo junto a otras santas. En una de las visiones (núm. 10.1), por ejemplo, sor María Ana declara haber estado “elevada en el cielo con santa Catarina Mártir, y santa Inés, y otras santas mártires” (Quesada, 1713: 200), quienes reverenciaban a sor Jerónima de la Asunción, pues, en palabras de las santas: “esta criatura ha de ser medio para dar a Nuestro Señor más gloria que nosotras” (Quesada, 1713: 200). Sor María presenció “revelaciones” que Dios le daba sobre la próxima fundación del convento manileño en la que sor Jerónima sería la principal figura. En una visión se destaca la lucha entre la luz y la oscuridad, la luz siendo representación de la religión que sor Jerónima llevaría a Filipinas, mientras que la negrura, la herejía que prevalecía en las islas (núm. 10.2). Asimismo, en esta visión sobresale la mención a cuatro columnas que sustentan la religión en las islas: la Virgen María, san Miguel, san Francisco y sor Jerónima, a la par de los santos y como un pilar importante del catolicismo en Filipinas: “Así aquella nube negra fue hecha clarísima y más resplandeciente que mil soles, de la cual salían dos ríos de maravillosos resplandores y dieron en la madre Jerónima, y de ella se iban esparciendo por toda la ciudad, campos y redondeces, quedando clarísimas más que espejos” (Quesada, 1713: 305-306).

El tópico de sor Jerónima siendo un sol, cuyos rayos iluminaban oriente, se repite en otra visión experimentada por una mujer toledana de nombre Quiteria Martínez (núm. 10.10), quien le confiesa a sor Jerónima haberla visto “en el nacimiento del Sol que estabas dando tan grandes rayos de luz que llegaban al oriente” (Quesada, 1713: 288-289). En otra visión, sor Ana de la Concepción, compañera de sor Jerónima, declara haber visto una escalera saliendo del pecho de sor Jerónima por la cual subían almas que, gracias a sus actividades

religiosas en Filipinas, eran conducidas al cielo (núm. 10.11): “vi salir del pecho de la madre Jerónima una escala que llegaba al cielo y subían innumerables almas por ella” (Quesada, 1713: 309).

Una religiosa más, cuyo nombre no se menciona, afirma haber visto “un hermoso jardín de árboles de oro”, habitado por pajaritos que decían ser “magnificencia de Dios en Jerónima”; además, declara que Dios le puso a sor Jerónima las llagas de Cristo iguales a las de san Francisco, “aunque no se ven sus fuentes corrientes como en Francisco, porque a él se las dio en flores abiertas y a su esposa en capullos que abrirán en la gran China y Japón al rayo del sol de justicia” (Quesada, 1713: 453).

Es recurrente que en este tipo de revelaciones, en las que sor Jerónima es vista como una misionera, prevalezcan los elementos vegetales. Este tópico se repite en otra visión de sor María Ana de Jesús, en la cual ve a sor Jerónima siendo un árbol frondoso en medio de una tierra árida que representa a Manila (núm. 10.3). La falta de vegetación en este caso es la carencia de la religión católica que sor Jerónima esparcirá: “yo, admirada, pregunté al Señor qué quería decir árbol tan hermoso en tierra tan seca y Dijome su Majestad: este árbol es Jerónima que me ha de dar frutos de muchas maneras” (Quesada, 1713: 536).

Gracias a estas acciones misioneras, la divinidad tendría en buena estima a sor Jerónima, como lo declara sor María Ana en otra visión en la que Dios “le mostró” el alma de sor Jerónima en el interior de su corazón, como premio por criar nuevas “plantas” que, en realidad, hacen referencia a los fieles en Manila (núm. 10.4): “y mostrome el corazón donde te tenía allá dentro, en premio del servicio que le habías hecho criando para su Majestad aquellas nuevas plantas” (Quesada, 1713: 463). La misma acción, en la que Dios guarda a sor Jerónima dentro de sí mismo, sucede una vez más para sor María Ana pero ahora en el cielo donde habitan las almas bienaventuradas junto a Dios (núm. 10.5): “y apartando la vestidura encarnada del pecho me mostró abierta la llaga del costado y vi que estabas dentro de su divino corazón” (Quesada, 1713: 459).

Al igual que en la anterior visión, sor María Ana de Jesús en sus revelaciones puede “hallarse” en el cielo y presenciar no solamente cómo es que Dios tiene en buena estima a sor Jerónima de la Asunción, sino cómo ella convive con los habitantes celestes como una santa más. Según estas visiones, sor Jerónima participa en procesiones celestiales al lado de los santos de su orden, san Francisco y santa Clara (núm. 10.6): “Dijo que al modo que se hacía la procesión en la tierra, vio otra en el cielo, en la cual iban todos los

bienaventurados, [...] y que la madre Jerónima iba entre nuestro padre san Francisco y nuestra madre santa Clara, junto al estandarte de la orden” (Quesada, 1713: 292-293).

Sor Jerónima, como habitante del cielo, era vista por sor María Ana haciendo torneos y “juegos de cañas”, provocando la admiración de “los moradores celestiales” (núm. 10.7). También era reverenciada por los nueve coros de ángeles, “y lo mismo hacían los apóstoles, profetas, patriarcas, mártires, confesores, vírgenes y los demás santos” (Quesada, 1713: 496); es decir, venerada por todos los habitantes celestiales como si fuese su soberana: “y que todos la reverenciaban como a esposa del rey, y que ella convidaba y desafiaba a hacer sus fiestas, torneos y juegos, y que pasó con admiración de los ciudadanos del cielo” (Quesada, 1713: 496).

La imagen de sor Jerónima siendo soberana del cielo es repetida en una visión de sor Cristina de la Cruz (núm. 10.8), religiosa toledana, quien la ve como “reina coronada, y la madre de Dios la había aderezado de su mano para la fiesta de su gloriosa Asunción. ¡Qué bizarra iba! Parecía una gigante de virtud que hacía raya entre muchas” (Quesada, 1713: 496). Esta misma religiosa en otra revelación vio a sor Jerónima puesta en un “carro de fuego” (núm. 10.9), que “volaba al cielo donde entró triunfando y se desapareció en aquella infinita grandeza de Dios” (Quesada, 1713: 542).

Una visión más de sor Jerónima como majestad del cielo fue revelada a otra religiosa, cuyo nombre no aparece (núm. 10.13). En este suceso ya no eran los santos ni los ángeles que coronaban a sor Jerónima, ahora era la Santísima Trinidad quienes “la estaban adornando y enjorando con una vestidura muy preciosa, poniéndole corona imperial” (Quesada, 1713: 548). La Virgen le puso a sor Jerónima una banda como su hija predilecta y luego le dedicó unas palabras: “Hija mía, quiero honrarte con mi pura concepción y digote la verdad, que ninguna madre ha querido a hija como yo a ti y como a tal te sustento a mis dulces pechos. Cuando estabas en el vientre de tu madre yo te hablaba y desde entonces te he favorecido” (Quesada, 1713: 548). En la visión, luego del breve monólogo de la Virgen, apareció sor Jerónima sentada en el trono de Dios, desde donde “todos los bienaventurados que estaban alrededor le hacían grandes fiestas” (Quesada, 1713: 548).

Todas estas últimas visiones continúan reforzando el retrato de sor Jerónima como una santa, de nueva cuenta poniéndola a la par de figuras importantes para las clarisas como santa Clara y san Francisco, y colocándola como una religiosa con alta estima de la divinidad al punto de coronarla reina del cielo y ser reverenciada por todos los “ciudadanos

celestes”. Es curioso cómo todas estas visiones se encuentran únicamente en la hagiografía de Quesada y no hay episodios semejantes en Letona. Ante ello, es muy probable que tras el primer intento fallido de beatificación, la mención de estas visiones en el texto de Quesada pretenda argumentar con mayor fuerza que sor Jerónima de la Asunción merecía ser santa no solo por su vida mística y sus múltiples visiones con seres del imaginario religioso, sino porque en estas últimas revelaciones queda explícito el apoyo y la consideración que le tenía toda la corte celestial.

En general, todas las visiones que tuvo sor Jerónima a lo largo de su vida con seres del imaginario religioso reflejan la cercanía que tuvo con la divinidad, las mercedes que estas entidades le otorgaban como el don de la profecía, por ejemplo, y la oportunidad de encuentros con los santos de su orden religiosa. Sor Jerónima sabía que estas visiones las experimentaba por el modo intelectual; es decir, con sus sentidos interiores; por ello, no es gratuito que en algunas de sus narraciones declare “hallarse por el modo intelectual” o “ver intelectualmente”, especificando sus encuentros son obra divina y que no provienen de otra fuente. De este modo se libraba de posibles investigaciones de herejía, pues dejaba claro que Dios era el único que le infundía estas experiencias; esto aplica incluso para los encuentros con el Demonio, quien actuaba bajo dominio de Dios. Además, es importante mencionar que sus visiones no solo incluyen encuentros con seres, sino la reelaboración de escenas bíblicas en las que ella misma se ve involucrada como un personaje más del suceso.

Cárdenas (2013: 38) comenta que las visiones eran importantes para las religiosas que las experimentaban, pues mediante ellas podían salir de su mundo de clausura y algunas veces realizar acciones misioneras, como en el caso de sor Jerónima. En realidad, la exposición de este tipo de experiencias propias de la contemplación mística es recurrente en el género hagiográfico, sobre todo en las hagiografías que retratan la vida y obra de las religiosas quienes solían tomar de inspiración los escritos de la propia santa Teresa, como lo asegura Von Wobeser (2016a). Carranza (2014: 17) considera que los textos hagiográficos representaban sucesos inverosímiles y se mezclaban con las maravillas, aunque el lector no ponía en tela de juicio lo que leía, pues, al especificarse que todo era obra de Dios, la duda sobre su veracidad no existía, salvo en aquellos textos que dieran pistas de posibles herejías por parte de las religiosas. En tanto, la protagonista de la hagiografía es vista por Rice (2014) como una heroína épica que libra hazañas increíbles,

entre las que se encuentran las luchas con los demonios y sus tentaciones, así como los múltiples encuentros con seres del imaginario religioso.

La clasificación de estos encuentros, a partir de los seres que aparecen en las visiones e interactúan con las visionarias, es algo que propuso Von Wobeser (2016b) con las hagiografías novohispanas más difundidas entre los siglos XVII y XVIII. Esta investigadora llega a la conclusión de que la vida contemplativa es de suma importancia para estas visiones las cuales, al ser relatadas, podían tener influencia de las Sagradas Escrituras y de los textos que leían las religiosas, también se enriquecían por sus experiencias propias y su contexto inmediato. Lo anterior sucede en las visiones de sor Jerónima en las que se reelaboran pasajes bíblicos, del Apocalipsis —que resaltan su labor misionera en Asia— y de algunos Evangelios (núms. 1.2, 1.3, 2.1, 2.2, 2.7, 2.14-2.18); además, ciertos episodios donde se le pone a la par de otras santas o como habitante celestial (núms. 10.2, 10.6, 10.7). Esto es de suma importancia al tratarse de la primera mujer misionera en aquel continente, cuyo relato de sus visiones se alimenta, además, de una tradición mística femenina cuya máxima exponente es santa Teresa, pues también se retoman elementos presentes en los textos de esta santa como la relación marital con Jesús, los lazos madre-hija de la Virgen María con la monja, la presencia de ángeles protectores y mensajeros, así como las tentaciones propiciadas por el Diablo y el auxilio a las ánimas del Purgatorio.

Lo particular en las visiones de sor Jerónima es que en ciertas ocasiones se enriquecían con sus problemas en Filipinas, causados con las autoridades tras la fundación del convento manileño, y su labor misionera en tierras asiáticas. En ambas hagiografías de esta monja, en las que los hagiógrafos buscaban representarla como modelo para otras religiosas y elevarla a la categoría de santa, los autores sustentan retóricamente la fama de santidad que había adquirido sor Jerónima valiéndose de diversos tópicos de la tradición literaria mística femenina, en la narración de sus múltiples visiones con seres del imaginario religioso, y la mención a los milagros que hizo por su intercesión viva y muerta.

Capítulo III

Sor Jerónima de la Asunción, milagrosa

El *Diccionario de Autoridades* define al *milagro* como una “obra divina, superior a las fuerzas y facultad de todo orden natural” (1734); a partir de allí se puede sugerir que los milagros se entienden como acción de Dios, llevada a cabo a través de “algunas personas consideradas santas” (Rodríguez Becerra, 2017: 88). De hecho, Carranza expone que el milagro se aparta de otra clase de maravillas por dar certidumbre del poder de Dios sobre la Tierra: “los elementos fantásticos que aparecen en este tipo de relato se llegan a explicar en muchísimas ocasiones a través de la fe” (2014: 68). Entonces, el milagro es “un asunto de fe” (Carranza, 2014: 125), cuyos mecanismos narrativos pretenden convencer al público y confirmar sus creencias. Fray Diego de Yepes en una hagiografía que escribió sobre santa Teresa de Jesús declara que los milagros son el fruto de la aprobación de Dios hacia los santos: “el más ordinario testimonio y en que la Iglesia más se funda para certificarse de la santidad y virtudes de los santos son los milagros, que son como unos sellos de Dios con que sella por de fuera a los justos” (1606: 907).

Antonio Rubial también insiste en que la teología católica refiere al milagro como un hecho extraordinario perceptible mediante los sentidos; en este caso, un hombre por sí mismo no puede producirlos y necesita ayuda de Dios, dado que es la divinidad quien autoriza determinada acción milagrosa. Al mismo tiempo, “era requisito básico para considerar un hecho prodigioso como milagro el que su autor llevara una vida intachable y moralmente virtuosa” (Rubial, 2006: 195), de lo contrario la acción prodigiosa podía acunarse al Demonio.

A lo largo de la Edad Media el milagro se volvió un relato cotidiano y esperado por los fieles; en ese punto dejó de ser maravilloso para volverse repetitivo, controlado y reglamentado por la Iglesia, con tópicos que viajan de milagro en milagro y motivos similares entre diferentes santos. El concilio de Trento, además, exigió que los milagros

tuviesen “la aprobación del obispo, quien debía consultar con algunos teólogos para autorizar su credibilidad, según conviniera a la verdad y la piedad” (Rubial, 2006: 196).

Según Rodríguez Becerra, en los siglos XVI y XVIII eran fundamentales las recopilaciones de milagros narrados por los beneficiarios a frailes y clérigos, quienes los reunían en compilaciones; con estos milagros se le daba difusión a un determinado santo o santuario. Inclusive, la creencia de que ciertas imágenes religiosas tenían poderes sobrenaturales ayudaba a potenciar los cultos y, usualmente, desencadenaba una serie de milagros entre los fieles que, al mismo tiempo, atraía a más gente al lugar de culto. “Desde los siglos XII y XIII circularon por Europa colecciones de relatos de milagros y hallazgos milagrosos de imágenes marianas en las que se inspiraron Berceo y Alfonso X” (Rodríguez Becerra, 2017: 96), siendo quizá estas las obras de mayor difusión sobre los milagros de la Virgen María en la Península Hispánica, aunque no las únicas. En pliegos de cordel, los milagros también fueron ampliamente difundidos, según lo informa Carranza, quien tipifica una serie de milagros a partir de los motivos presentes en las narraciones (2014). Carranza analiza ciertos milagros de la Virgen María expuestos en los pliegos en los que la Virgen acude a salvar a los fieles y actúa como mediadora entre el cielo y la tierra. Esta misma autora considera que la palabra tiene un peso importante dentro de la estructura narrativa de los milagros, al grado de que existieran fórmulas narrativas cuyo objetivo era la invocación a ciertas divinidades con el propósito de obtener favores celestiales.

Rubial, por su lado, subraya que la actividad milagrosa presente en las hagiografías de los siglos XVI, XVII y XVIII convertía al protagonista en un individuo al alcance del público, que podía otorgar salud, bienes y otro tipo de favores, como si fuese una extensión de la divinidad en el mundo terrenal (2004b: 126); aunque según Von Wobeser, era complejo el comprobar la autenticidad de los milagros, lo que volvía difusa la frontera entre la herejía y la santidad, en algunos casos (2016a: 102). Estamos hablando de un contexto en el que los santos y sus milagros tenían un papel fundamental en la vida cotidiana; pues, según Rubial, los santos ayudaban a la cohesión social y al sentido de pertenencia hacia determinado territorio (2004b: 126). En las hagiografías, entonces, los milagros funcionan para elevar a un individuo a la categoría de santo mediante hechos concretos y comprobables; es decir, más allá de las visiones que eran experimentadas y relatadas por el propio hagiografiado, los milagros eran experimentados y narrados por personas externas que veneraban e invocaban, de algún modo, al personaje hagiográfico. En todo caso, los

milagros narrados por terceros comprueban la fama de santidad que el hagiografiado gozaba entre los fieles, como fue el caso de sor Jerónima de la Asunción sobre todo con la población manileña.

A lo largo de su vida y después de su muerte, según lo narran sus dos hagiógrafos, sor Jerónima realizó diferentes actos milagrosos en las ciudades en las que vivió, aunque en Manila tuvo una actividad milagrosa mucho más prolífica que en Toledo. En vida, sus milagros los hacía con intercesión de Dios mientras que, después de muerta, mediante sus propios dones como santa. La mayoría de todos sus milagros son curaciones de diversos padecimientos, aunque hay una minoría de otro tipo de milagros como el auxilio en problemas marítimos, por ejemplo. Unos cuantos son narrados por la propia Jerónima, y una gran parte son descritos por los hagiógrafos quienes parecieron conocer a las personas que recibieron los milagros, invocando a la madre Jerónima mediante la palabra, estando presentes, a veces, sus reliquias o imágenes.

Milagros de sor Jerónima de la Asunción en vida

Los milagros que se le adjudicaron a sor Jerónima de la Asunción mientras vivía fueron hechos por intercesión divina; es decir, sor Jerónima solamente fue el vehículo de Dios quien es el que finalmente obraba. Para lograr estas acciones, sor Jerónima solía encomendarse a Dios quien era “servido de oírlo” para la realización de los milagros. Es importante mencionar que la mayoría de sus milagros en vida están narrados en tercera persona, por los propios hagiógrafos, aunque hay algunos descritos por la propia sor Jerónima.

Las curaciones milagrosas son las acciones que se encuentran en mayor cantidad en las dos hagiografías de sor Jerónima de la Asunción; por su intercesión divina, las personas que acudían a ella se liberaban de padecimientos de diversos tipos. Las curaciones son, quizá, de las obras milagrosas más expuestas por las vírgenes en auxilio de sus fieles. Fray Diego de Yepes, por ejemplo, registra en su texto *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús, madre y fundadora de la nueva reformación de la orden de los descalzos y descalzas de nuestra señora del Carmen* (1606) múltiples curaciones que santa Teresa realizó en vida por intercesión de Dios. A lo largo de estos milagros sobresale la interacción física que santa Teresa tenía con los enfermos a quienes tocaba en el lugar del malestar. A una enferma de tabardillo, por ejemplo, santa Teresa la

visitó en su habitación y “la bienaventurada santa pusole la mano sobre el rostro” (Yepes, 1606: 910). En el texto de Yepes, por lo tanto, se remarca la importancia del contacto físico que tenía santa Teresa con los enfermos para sanarlos, así como la posterior invocación de santa Teresa hacia Dios.

Actos similares al anterior se encuentran en algunas de las curaciones que hizo sor Jerónima. De hecho, el primero de los milagros que hizo en su vida involucra este contacto físico con el enfermo. En esa ocasión (núm. 11.1) –cuenta en primera persona sor Jerónima– la reina visitó el Convento de Santa Isabel con “una mala disposición en el estómago y vientre” (Quesada, 1713: 26). La religiosa declara: “fui preguntarle adónde sentía la mala disposición y legarle la mano con la señal de la cruz” (Quesada, 1713: 26), acción que hizo que la reina sanara al poco tiempo. Como prueba de que Dios obró en esta curación, sobre la cabeza de la reina se le posó un pavo real que “vino volando desde unos peñascos que hay en la huerta, muy altos” (Quesada, 1713: 26).

Otra curación realizada solo con la bendición de sor Jerónima fue la que le hizo a un niño toledano que nació quebrado (núms. 11.5a, 11.5b), “y aunque se le hicieron muchos y muy costosos remedios medicinales, ninguno aprovechó” (Letona, 1662: 54v). Sor Jerónima al ver a este infante, “levantando los ojos al padre de las misericordias, rogó a su majestad por el niño y luego echó su bendición [...] y el niño quedó luego sano como si tal enfermedad no hubiera tenido” (Quesada, 1713: 577). A sus compañeras también llegaba a sanar en múltiples ocasiones con su bendición o dando un abrazo cuando se topaba con alguna de ellas enferma (núm. 11.7). En otra curación, a sor Jerónima le “reveló” Dios el padecimiento de Feliciano del Castillo, mujer toledana que tenía constantes achaques nocturnos (núm. 11.8). Cuando ya no solo Feliciano estaba enferma, sino también su esposo, Dios le comunicó a sor Jerónima el padecimiento de ambos “y lo dijo a todas las religiosas para que la encomendasen a Dios, y el peligro en que estaba, y que ya le había enviado allá a la gloriosa santa Clara para que la socorriese” (Quesada, 1713: 561). Después que Feliciano sanó, “vino a visitar a la venerable madre, y dándole cuenta de lo que aquella noche había padecido y el consuelo que (sin saber cómo) había tenido” (Quesada, 1713: 562).

Sin embargo, en ciertas ocasiones las bendiciones que hacía sor Jerónima se acompañaban de algunos objetos; por ejemplo, un rosario milagroso de santa Juana de la Cruz que llevó durante su viaje hasta Manila. Con este rosario sor Jerónima curó en

Veracruz a mujer llamada Margarita, esclava del capitán Alonso de la Mojica quien les dio asilo unos días a las religiosas toledanas a su llegada a Veracruz. El episodio expuesto por ambos hagiógrafos refiere que la esclava Margarita padecía de gota coral (núms. 11.2a, 11.2b).

La gota coral, o mal de corazón, es definido por Juan de Esteyneffer en su *Florilegio medicinal de todas las enfermedades* de 1712 como:

Un movimiento convulsivo, interpolado con lesión de la mente y de los sentidos. [...] Cuando actualmente da el mal, cae el enfermo inopinadamente, estirante los nervios y con varios movimientos del cuerpo cerrando las manos, voltean ferozmente los ojos, sin oír ni ver, echando espuma por la boca con ímpetu (Esteyneffer, 1712: 17).

La cura que propone Esteyneffer para este mal es “beber por treinta días del cocimiento de ébano, o palo santo, después de algunas purgas” (Esteyneffer, 1712: 19); además, avisa que la santa abogada para esta enfermedad es santa Gertrudis, a quien se le puede invocar para la cura. La esclava Margarita del capitán Mojica, habitante de Veracruz, no necesitó ninguna de las anteriores curas; en realidad, Letona declara que sor Jerónima “la echó su bendición tocándola con una cuenta de la madre Juana y luego sanó tan perfectamente que nunca más le volvió este mal” (1662: 16r-16v).

Otra enfermedad que sor Jerónima curó en vida fue la hidropesía. Según Esteyneffer este mal es de tres tipos:

1. *Ascitis*: cuando se hincha todo el vientre y hay un ruido de agua en el interior.
2. *Tympanitis*: el vientre se inflama pero no hay sensación acuosa, de hecho suena como un tambor por la proliferación de aire.
3. *Anasarca*: hinchazón de todo el cuerpo, calentura general y el calor del cutis como de difunto, aunque es menos riesgosa que los otros dos tipos.

“Originase la hidropesía ordinariamente de las obstrucciones del hígado y del bazo y de los tumores escirros que en ellos algunas veces se hallan” (Esteyneffer, 1712: 145). Esteyneffer avisa que cuando inicia cualquier tipo de hidropesía es más fácil y rápido su tratamiento, además recomienda que el paciente se encomiende a santa Liduvina, de origen neerlandés, quien padeció en vida esclerosis múltiple.

El caso que sor Jerónima de la Asunción curó fue el cuadro de hidropesía de una duquesa toledana (núms. 11.3a, 11.3b) quien ya había acudido a médicos “sin que la

hubiese aprovechado medicamento alguno” (Letona, 1662: 54v-54r). La duquesa, como síntoma de la enfermedad, se mostraba reacia a probar comida pero siempre con unas fuertes ganas de beber agua. Habiéndole manifestado su enfermedad a sor Jerónima, la religiosa le dijo que “todas las veces que dejase de beber, por amor de Dios, le rezaría una Ave María” (Quesada, 1713: 576); una vez cumplidas las oraciones “la duquesa muy en breve quedó perfectamente sana” (Letona, 1662: 54v-54r), corriendo el rumor entre otras mujeres que padecían la misma enfermedad y que hallaron la cura en las oraciones de sor Jerónima.

Una enfermedad de la que también se libraron muchas personas con ayuda de sor Jerónima fue “una peste general de lepra que hubo en Toledo” (Letona, 1662: 54r) (núm. 11.4). La lepra es descrita por Esteyneffer como un “cancro de todo el cuerpo o de cualquiera parte del cuerpo” (1712: 355), cuya característica era un color ennegrecido de la piel que también puede presentarse más gruesa y áspera de lo normal; además genera síntomas internos como dificultad para respirar y descomposición del estómago. Para Esteyneffer lo más importante era la prevención, aunque si un individuo ya tenía lepra lo que debía hacerse era purgarse –“también conviene tener a la mano otras medicinas como píldoras” (Esteyneffer, 1712: 356)–. Cuando el padecimiento era mayor, el autor recomendaba “bañarse en el agua de la mar o en ojos de agua de azufre, o de piedra de alumbre, untándose después en el cuerpo [...] mantequilla fresca” (1712: 356). También recomendaba encomendarse a Lázaro el Mendigo, personaje del Evangelio de Lucas (16: 19-31) cubierto de llagas que, al morir, fue a gozar de la gloria de Dios. Sor Jerónima de la Asunción, en cambio, utilizó un remedio singular para curar a innumerables personas en Toledo que padecían lepra: “un poco de agua que Jerónima cocía con unas yerbas ordinarias enviándola a los enfermos y a los hospitales, teniendo todos por milagrosa esta salud” (Letona, 1662: 54r).

Utilizando miel, sor Jerónima curó a otro niño toledano que no quería comer (núm. 11.6). La madre del infante había escuchado sobre las múltiples curaciones que la religiosa hacía en el Convento de Santa Isabel, así que llevó a su hijo al convento donde fue recibido por las religiosas y luego por sor Jerónima, quien lo cargó hasta las ermitas de la huerta donde invocó a la Virgen María para que auxiliara al niño; “hizo una breve oración y luego le fue poniendo de la miel en la boca al niño, y comenzó a paladear sin dificultad alguna y entregándosele a la madre” (Quesada, 1713: 577).

En todas las curaciones presentadas hasta el momento, sor Jerónima se valía de diversas herramientas y de su cercanía a la divinidad para auxiliar a los fieles. Sin embargo, no solamente ayudó a curar milagrosamente a las personas, también intervino en un accidente que pudo haber sido mortal (núm. 11.9). Ocurrió en Toledo donde un vicario fue atropellado en un puente por un carro, pero este no sufrió ningún daño “por haberle socorrido la madre Jerónima, a la cual había visto presente cuando él estaba en aquella aflicción” (Quesada, 1713: 559).

En Toledo también ayudó a dos mujeres a lograr embarazos. El primero de ellos fue el de la propia reina Margarita de Austria; este episodio narrado por ambos hagiógrafos tiene algunas diferencias (núms. 11.10a, 11.10b). En Quesada el embarazo no se le atribuye a una acción milagrosa por intercesión de sor Jerónima, aunque se expone que la reina era muy cercana a la religiosa y que solía visitar el Convento de Santa Isabel para conversar con sor Jerónima (núm. 11.10a). No ocurre lo mismo en el fragmento de Letona, quien sí le atribuye el milagroso embarazo a sor Jerónima (núm. 11.10b): “[La reina] manifestó su deseo a Jerónima [de embarazarse], a quien dijo con mucha fe y devoción que le pusiese sus manos en el vientre como lo hizo. [...] La fe y devoción de la reina a la madre Jerónima, y a sus méritos y oraciones, se logró admirablemente porque dentro de breves días se sintió preñada la reina” (1662: 27r-27v).

El segundo embarazo milagroso (núm. 11.11) también fue en Toledo con una señora quien le pidió encarecidamente a sor Jerónima “le suplicase a nuestro Señor que le diese hijos porque los deseaba mucho” (Quesada, 1713: 567). Sor Jerónima no tocó su vientre, como lo hizo con la reina, pero sí le expresó: “andad con Dios, amiga, y no vengáis acá hasta que traigas eso” (Quesada, 1713: 567). Pasados unos días, volvió la señora al convento toledano con otra mujer que también quería hijos para solicitar la ayuda de sor Jerónima. Después de un tiempo, Dios fue “servido de darles a ambas los hijos que deseaban por la fe con que los pedían” (Quesada, 1713: 568). En este caso, sor Jerónima actuó como mediadora entre las peticiones de los fieles y la divinidad, pues en ningún momento se declara que la religiosa tuviese el poder de infundir los embarazos, más bien, pidió a Dios que ayudase a las mujeres quien la escuchó de manera favorable.

Por otro lado, la labor de resucitación es, quizá, la acción milagrosa que más remarcan los documentos del siglo XVIII que impulsaron su proceso de beatificación. En vida, sor Jerónima resucitó a dos hombres que trabajaban en el convento toledano limpiando un pozo

de agua. El suceso es expuesto en ambas hagiografías sin diferencias en la acción principal de sor Jerónima, aunque Letona es mucho más reducido en detalles sobre las condiciones en las que trabajaban los individuos (núms. 11.12a, 11.11b). Ambos hagiógrafos coinciden en que uno de los hombres cayó al pozo con agua y su compañero, al verlo agonizando, se tiró intentando ayudarlo, sin embargo, los dos terminaron ahogándose. Al sacarlos, los presentes los juzgaron muertos, lo que provocó en sor Jerónima un profundo dolor:

Habiéndolos mandado entrar en una de las ermitas, se acogió ella a otra de Nuestra Señora de Guía y allí, con fervorosa oración y copiosas lágrimas, pedía a la Reina del cielo fuese servida de darle vida aquellos hombres y no permitir que muriesen sin confesión. [...] A esta hora, que fue cuando el ángel saludó a la Reina del cielo y tierra, fue servida la Madre de misericordia de oír las fervorosas oraciones de su sierva, y fueron los hombres entrando en calor haciendo algunos movimientos y hablando algunas palabras (Quesada, 1713: 569-571).

Las religiosas tomaron este suceso como milagroso e incrementaron su admiración por sor Jerónima de la Asunción, quien, dada su cercanía con la divinidad, conseguía todos esos favores. Este tipo de milagros también refiere Yepes (1606) haberlos hecho santa Teresa en vida, a quien sor Jerónima admiraba, aunque una diferencia sustancial es que santa Teresa utilizaba objetos como rosarios o cruces puestos en los cuerpos inertes que después recuperaban la vida; en tanto, el único instrumento de sor Jerónima para resucitar era la oración.

Otra acción milagrosa de sor Jerónima fue la obtención de agua para un pozo del convento toledano (núm. 11.13). En este suceso nuevamente la oración fue el principal instrumento para realizar los milagros: “Pusose de rodillas y por espacio de una hora hizo allí fervorosa oración pidiendo al Señor diese agua para sus esposas. Y apenas esta Moisés toledana hirió aquella peña con la vara de su oración, cuando brotó un hermosísimo y caudaloso manantial de agua dulce y regalada” (Letona, 1662: 55v).

En Toledo, sor Jerónima ayudó a un caballero de una “diabólica obstinación” con sus oraciones (11.14) y, finalmente, libró a otro caballero toledano para que no cometiese un “enorme pecado” (núm. 11.15). Este último hombre, antes de cometer un acto pecaminoso que no explicita Letona, se acordó de sor Jerónima de modo que el recuerdo de la religiosa le impidió continuar su acto. El tópico del pecador arrepentido también es recurrente en milagros de otro tipo de santas, como la propia Virgen de Guadalupe en una recopilación de milagros por fray Francisco de San Joseph (1730), en la cual se exhiben testimonios de

criminales y ladrones arrepentidos, por ejemplo, el de un ladrón que vio una imagen de la Virgen de Guadalupe al punto que lo conmovió y le generó “un conocimiento tan profundo de sus culpas, que no se atrevió segunda vez a mirarla. [...] Se levantó de la presencia de la Virgen para ir a buscar su alivio a los pies de un confesor” (San Joseph, 1730: 40).

Ante ello, podemos considerar que existen los mismos tópicos de milagros de otras Vírgenes en los de sor Jerónima, expuestos por sus hagiógrafos, quienes pretenden darle la categoría de santa. No obstante, los milagros registrados por sor Jerónima después de muerta superan en cantidad a los de su vida, realizados únicamente en Toledo.

Milagros *post mortem* de sor Jerónima de la Asunción

Según Rubial, es poco común en las hagiografías sobre religiosas que se narren milagros *post mortem*, dado que este tipo de acciones son más usuales en santos varones que en mujeres con aire de santidad (1999). No obstante, las hagiografías de sor Jerónima mencionan un gran número de milagros tras su muerte, ocurrida el 22 de octubre de 1630, experimentados por muchos habitantes de Manila y de otras poblaciones filipinas. Utilizando diversas reliquias o simplemente con la invocación a sor Jerónima, los creyentes de Filipinas buscaban el auxilio a diferentes problemas: desde curaciones, que son la mayoría de los milagros, hasta resucitaciones milagrosas y algunos milagros marítimos.

Milagros con las reliquias de sor Jerónima de la Asunción

La conservación de las reliquias de santos en conventos o iglesias durante los siglos XVII y XVIII tenía como objetivo promover las manifestaciones religiosas, movidas por “la necesidad de la población de poseer una tierra santificada” (Rubial, 1998: 16). La demanda de las reliquias respondía, para Rubial, a una necesidad de los fieles para conseguir “curaciones, milagros o protección contra los males del mundo” (1998: 18); de allí que, tras la muerte de algunas religiosas con aires de santidad, se buscara conservar el cuerpo intacto y reunir la mayor cantidad de pertenencias que usara en vida la difunta para volverlas objetos de culto y veneración para los fieles: rosarios, cruces, ropajes... “La reliquia detenía epidemias, traía las lluvias, curaba enfermedades, expulsaba demonios, protegía cosechas y animales” (Rubial, 1998: 18-19); en el caso de Nueva España, estas eran de suma importancia para los fieles, quienes encontraban en las reliquias verdaderos objetos milagrosos a los cuales acudir. Ante ello, las reliquias fueron signos de vinculación

heterogénea en la población novohispana dentro de un espacio cultural común. Para promover las reliquias de religiosas santas, se recurría a la exposición de milagros por medio de las reliquias en los textos hagiográficos.

En el caso de santa Teresa, por ejemplo, Yepes menciona que entre sus reliquias milagrosas se encontraban sus rosarios y cruces; su sangre, su carne, sus hábitos y vestidos; el olor emanado de su cuerpo difunto y hasta los paños que utilizó antes de su muerte para limpiarse el rostro. Con estas reliquias, santa Teresa lograba curar múltiples enfermedades de vientre, ojos, pecho; hemorragias, hinchazones, calenturas... y hasta con la carne de su cadáver se logró aplacar una tempestad marítima (1606: 930).

Según lo retrata Quesada, el cuerpo de sor Jerónima quedó incorrupto y su sepulcro se convirtió en un lugar de veneración: un sitio al que acudían los fieles para dedicarle novenas y al que llegaban procesiones de Manila y otras poblaciones filipinas. Sin embargo, su cuerpo inerte no fue el único que actuó como reliquia milagrosa en determinadas ocasiones, también lo hicieron sus rosarios, lienzos y hasta agua hervida en ropas que le pertenecieron a sor Jerónima. La mayoría de los milagros de sor Jerónima con sus reliquias eran curaciones de diversos padecimientos, entre ellos ciertas calenturas inexplicables que luego experimentaban las personas en Manila: desde indígenas recién convertidos a la religión, hasta peninsulares que vivían en las islas. En los milagros sobresale que los fieles invocaban a sor Jerónima y se encomendaban a ella mediante la palabra antes de utilizar las reliquias buscando la cura.

Al parecer, terribles calenturas inexplicables eran de los padecimientos más comunes en Filipinas en el siglo XVII, según lo que se rastrea en ambas hagiografías sobre sor Jerónima quien ayudó a varias personas a librarse de estos males. Por ejemplo, una “calentura tan fogosa que parecía le salía fuego del cuerpo, el dolor de cabeza terrible” (Quesada, 1713: 651) de un indio del pueblo de Apalit, a quien sor Jerónima curó con sus reliquias sahumadas y agua pasada por ellas (núm. 12.1); este mismo remedio se repitió con otra india de nombre Ana Belocan (núm. 12.3) que tenía fuertes calenturas. El hijo de una india del pueblo de Bucavi (núm. 12.5) se encontraba con “una enfermedad de recias calenturas y descomposición de vientre por tiempo de un mes” (Quesada, 1713: 647); sin embargo, al ponerle en el cuello unas reliquias de la madre Jerónima “instantáneamente habló el muchacho y se le quitó la calentura y comió y estuvo desde aquel punto sin accidente ninguno de enfermedad, bueno y sano” (Quesada, 1713: 647). De otras “recias calenturas y

fríos” también sanó sor Jerónima a una mujer de nombre Inés Sira, quien se encomendó a la religiosa antes de tocar sus reliquias (núm. 12.2). Un sangley cristiano de nombre Juan Sanco estuvo quince días con “fríos y calenturas y grande dolor de cuerpo” (Quesada, 1713: 634), se encomendó a la madre Jerónima y, habiendo obtenido una reliquia de ella, la echó en agua y luego la bebió sanando milagrosamente (núm. 12.4).

El tratado *Doctor a pie, medicina barata y lunario saludable contra las enfermedades que ocurrirán en las estaciones del año de 1732* escrito por Diego de Torres define la calentura como “una veheméntísima pelea con el líquido de la sangre, excitada por los azufres exaltados y puestos en movimiento” (1732: 19). La calentura es, en realidad, el síntoma de una enfermedad para Esteyneffer, quien además la divide en tres clases: simples, de putrefacción y de pestilencia (1712). Para curar una calentura es necesario conocer su origen, según este último autor; por lo tanto, si una calentura deviene de cólera, es preciso tratar la cólera, pero sugiere que en todo caso las sangrías “son muy convenientes en las calenturas” (1712: 249). Aunque Torres recomienda el uso de leves purgantes para ayudar a que los azufres de la sangre se reduzcan, “para este fin escogen los médicos la sal prunela, ojos de cangrejo, nitro depurado, el espíritu de nitro dulce, y otros cuya gracia dicen que es dar ventilación a los líquidos y dulcificar los azufres” (Torres, 1732: 19). En el caso de las calenturas que auxilió sor Jerónima en Manila, no se hace explícito el tipo de padecimientos que las originaron, ni siquiera se informa qué otros remedios habían usado los pacientes sin éxito; pero sí se remarca la importancia del paciente entrando en contacto físico con las reliquias y la invocación verbal a sor Jerónima.

Otros padecimientos comunes en las curaciones milagrosas con las reliquias de sor Jerónima fueron los males estomacales; de hecho, Quesada relata que hubo en 1630 un “género de peste en esta ciudad de Manila [...] de que han muerto casi de repente muchas personas” (Quesada, 1713: 641). De esta peste que provocaba “recios dolores de vientre y corrupción penosa y peligrosa” (Quesada, 1713: 641), además de adormecimiento corporal, libró sor Jerónima a una mujer de nombre Isabel Guillén (núm. 12.6), quien se encomendó a la religiosa “poniéndose sobre el vientre un escapulario que ella tenía y que había tocado al cuerpo de la venerable madre el día que la enterraron, instantáneamente se sintió libre de aquella peligrosa enfermedad con admiración suya” (Quesada, 1713: 642). El capitán Alonso Sánchez de Aranda, en un viaje marítimo hasta otra isla filipina de nombre Camarines, también enfermó de una gran descompostura del estómago que lo llevó a la

cama en una de las paradas que hicieron a lo largo de la travesía; preocupado, tomó una servilleta que en vida perteneció a sor Jerónima, “sintió en sí grande confianza en que la venerable madre le había de favorecer, [...] y dentro de medio cuarto de hora se sintió con grande aliento” (Quesada, 1713: 650). En realidad, a este padecimiento Esteyneffer lo llamaba cólera y sucedía por haber ingerido cosas insanas por la boca. Según este autor, “al principio de la enfermedad no conviene detener luego las evacuaciones, sino beber mucho caldo de gallina” (1712: 117), consumir conservas de membrillo, agua de cebada, cocimientos de verdolagas, llantén y lechugas con huevo y vinagre para detener los malestares. Además, Esteyneffer sugiere encomendarse a san Luis Beltrán para el auxilio de la enfermedad.

Otro caso de malestar estomacal fue el que sufrió un indio del pueblo de San Miguel llamado Alonso Pahico (núm. 12.8), “con terribles dolores sin reposar de día ni de noche, ni dejar reposar a los vecinos con las voces que la fuerza de los dolores le hacía dar” (Quesada, 1713: 650). El propio Alonso creía que se trataba de un padecimiento que en lengua española es llamado cólica y que los naturales filipinos nombraban *quisig*. Según Esteyneffer, se caracteriza por fuertes dolores en el colon, “ya en un lado del vientre, ya en el otro, y mudando de esta manera el lugar” (1712: 120), y para su cura se recomiendan tés de manzanilla, hierbabuena o malva, a pesar de que el paciente tuviese poca hambre. De hecho, el indio Alonso Pahico se negaba a probar alimento y acudió a los médicos quienes no pudieron hacer nada por él. Ante ello, se encomendó a sor Jerónima mediante unas reliquias que tenía, casi al instante “comió y durmió y estuvo bueno y, en hacimiento de gracias a la venerable madre Jerónima, fue a su convento de Santa Clara con su mujer e hijos a tener unas novenas” (Quesada, 1713: 651). Es importante remarcar que en el relato de este último milagro se atestiguan las prácticas devocionales de los fieles hacia sor Jerónima, como modo de agradecimiento tras un milagro cumplido. Además, es necesario destacar que el convento que fundó sor Jerónima se volvió el epicentro de su culto tras los milagros *post mortem*, como ocurrió con otra enferma del vientre quien visitó este espacio para hallar la cura a sus males (núm. 12.9); algunas religiosas la recibieron en la puerta reglar “y condoliéndose de su mal, y mucha flaqueza, le dio la madre María Magdalena unas reliquias de la venerable madre, y al punto que las tomó la enferma, se sintió aliviada y en muy pocos días cobró todas sus fuerzas” (Quesada, 1713: 651-652).

También ayudó a curar males de los ojos como las nubes (núm. 12.12), “que son como una neblina que cubre en todo, o en parte la niña que llaman del ojo; [...] algunas veces se parecen solamente como un humo, pero en creciendo se parecen al copo de nieve” (Esteyneffer, 1712: 49) y, de no ser tratado este padecimiento, crece hasta que provoca ceguera total. El remedio que recomienda Esteyneffer es echar en el ojo sangre de anguila recién sacada, o lavarlo con orines de muchachillo con un poco de miel. Un hombre llamado Vicente Vico que padecía esto, no tuvo que acudir a semejante remedio, pues “lavose el ojo de las nubes con agua en que echó las reliquias suyas, y dentro de tres días estuvo bueno de aquel ojo” (Quesada, 1713: 645). El último padecimiento ocular fue de un hijo de María Bilang que, al nacer, parecía tener los ojos enfermos, pues le salía mucha materia insana (núm. 12.13). “Echó su madre un pedacito del manto de la venerable madre Jerónima en agua y, con mucha confianza en la venerable madre, le lavó con ella los ojos y al punto los abrió” (Quesada, 1713: 647), quedando libre del padecimiento.

Otros males que curó sor Jerónima mediante sus reliquias fueron, en dos ocasiones, episodios de locura (núms. 12.10, 12.11). En el primero de los casos, Alonso Pacio “estuvo ocho meses loco, furioso”, pero al ver unas reliquias de sor Jerónima, “se hincó de rodillas y lloró y se le quitó el mal” (Quesada, 1713: 645). En el segundo, un indio del pueblo de Matal llamado Clemente Soay estuvo tan loco que rompía las cruces y los rosarios que se le presentaban. Ante ello, una mujer de nombre María Anna de la Concepción le puso en el cuello unas reliquias de sor Jerónima que lo sanaron. Aunque en ninguno de los dos eventos se define qué tipo de enfermedad tenían, es evidente que los pacientes se curaron al entrar en contacto con reliquias de sor Jerónima.

También libró a una mujer de una enfermedad dental, pues se puso en la boca agua pasada por las reliquias de sor Jerónima (núm. 12.14). Esta misma acción la hizo María Sanayén, que padecía enfermedad de cámaras, un padecimiento intestinal (núm. 12.15), quien también invocó a sor Jerónima.

Tocando las reliquias de sor Jerónima, un esclavo de Agustina del Rosario sanó de una enfermedad de la que habían muerto varias personas (núm. 12.16). De tabardillo, enfermedad de constantes calenturas y “manchas moradas [...] semejantes a las señales que dejan de sus picadas las pulgas” (Esteyneffer, 1712: 270), sor Jerónima libró a un criado de Martín Ruíz de Salazar, cuando le pusieron unas reliquias al cuello y se encomendó a la religiosa (núm. 12.17). De humor gálico, libró sor Jerónima a Julián de Mesinas a través de

sus reliquias (núm. 12.18). Este padecimiento es relacionado por Esteyneffer con la gonorrea, cuyos síntomas son la pérdida de cabello, manchas rojas o amarillas en el cuerpo, dolores en la cabeza y articulaciones, y llagas corporales sobre todo en las partes genitales. La cura que propone, y que coincide con lo relatado en el milagro de sor Jerónima (núm. 12.18), es la utilización de unguentos con manteca de cerdo y res, aceite de laurel, eneldo, manzanilla y ceniza de encino. Julián de Mesinas, “después de haber tomado unciones y hecho muchos remedios” (Quesada, 1713: 646), no quedó curado, entonces su esposa le dio unas reliquias de sor Jerónima, a las cuales se encomendó, y “a los ocho días no sentía impedimento ninguno, y a los quince estaban totalmente cerradas y sanas las llagas solo con tocarles las reliquias” (Quesada, 1713: 647).

Luego de haber tenido múltiples heridas tras una caída, se libró de la muerte un hijo de Mateo de Mendoza a quien le pusieron las reliquias de sor Jerónima sobre su cuerpo, “y luego volvió en sí el niño, habló, se sentó y conoció a los que allí estaban y desde aquel punto estuvo bueno” (Quesada, 1713: 648) (núm. 12.19). Con un pedazo del hábito de sor Jerónima, Petronila de Malat se liberó de un dolor del pecho que la apretaba tanto que le causaba paroxismos (núm. 12.20); al momento que tocó aquel pedazo de tela, e invocando a sor Jerónima, a Petronila se le quitó el dolor. Utilizando el agua hervida en un pedazo de hábito de sor Jerónima, Catalina Managuan se curó de diversas enfermedades (no se especifican cuales) que la acosaron durante meses; al beber aquella agua de inmediato se sintió con mejoría (núm. 12.21). El indígena Miguel Ilaya tenía la boca tan torcida que no se le entendía al hablar, pero se curó al probar también agua pasada por las reliquias de la religiosa (núm. 12.22). Con esta misma bebida, fue un indio llamado Ventura Gatopolintan librado de terribles fríos que tenía por todo el cuerpo (núm. 12.23).

Con sus reliquias no solamente sanaron personas de padecimientos mortales, pues en tres ocasiones sor Jerónima devolvió la vida a personas que aparentemente habían muerto. Víctima de una peste (núm. 12.24), una niña de nombre Agustina de Todos los Santos perdió la vida; “pusieronle al pecho unas reliquias de la venerable madre, y al punto abrió los ojos y se sintió buena” (Quesada, 1713: 649). En otro caso (núm. 12.25), tras unas terribles calenturas, la hija de una indígena llamada Catalina Salingano quedó como muerta; “sus padres, afligidos, la encomendaron en esta ocasión a la venerable madre y le echaron en la boca un poco de agua pasada por reliquia de la venerable madre” (Quesada, 1713: 651), con la que revivió. A un infante que nació muerto, las reliquias de la madre

Jerónima le devolvieron la vida en el pueblo de Malat, y “al punto que la tocaron las reliquias vivió la criatura” (Quesada, 1713: 639). Las resucitaciones milagrosas son también una acción recurrente dentro de los milagros de santas; prueba de ello son las múltiples resucitaciones que hicieron las reliquias de santa Teresa expuestas por Yepes (1606), así como de la propia Virgen María en milagros recuperados por fray Joseph de Jesús María (1601-1629?) y los realizados por la Virgen de Guadalupe referidos por fray Francisco de San Joseph (1730), por ejemplo.

El primero de los milagros con reliquias que refieren ambos hagiógrafos es un milagro marítimo en el que unos habitantes de la Pampanga iban en barcos a Manila para asistir a la fiesta del 28 de octubre de 1630 que se hacía en el convento que fundó sor Jerónima (núms. 12.27a, 12.27b). En la noche, los capitanes de los barcos aparentemente perdieron la ruta y, temerosos de perder el rumbo, “se les apareció una clarísima luz sobrenatural que los guió a un paraje abrigado, con que no perecieron en un evidente peligro que los amenazaba” (Letona, 1662: 69). Al amanecer, llegaron a Manila y dieron gracias a sor Jerónima por haberles alumbrado el viaje de tan singular modo. En la narración de este milagro es importante remarcar la descripción que hace Quesada sobre la fiesta religiosa del 28 de octubre, en la que le dedicaban novenas a sor Jerónima en su sepulcro, pues es el único de los hagiógrafos que permite dilucidar la importancia que las celebraciones religiosas tenían entre la población filipina del siglo XVII:

Acuden a esta fiesta de todas las partes e islas comarcanas a Manila, con notable devoción los naturales, y parece esos días la ciudad de Manila una feria general de todos los indios que, asentados por cofrades de la Cofradía de Nuestra Señora de la Concepción, acuden a celebrar su fiesta y visitar el convento fundado por la madre Jerónima y donde está su cuerpo de quien en vida y en muerte han los naturales recibido tantos beneficios (Quesada, 1713: 655).

Este episodio de Quesada también ofrece información sobre el culto que los indígenas le tenían a sor Jerónima, pues, como fue en el caso de algunas curaciones milagrosas, por su intercesión eran ayudados. Sin embargo, sor Jerónima no solo auxiliaba a los indígenas recién convertidos, sino también a los chinos que la invocaban y se encomendaban a ella. Estamos hablando de un territorio como el filipino que era habitado por un diverso número de grupos sociales (españoles, indígenas, holandeses, chinos...) y desde el cual, según Perujo (2007), se pretendía impulsar la evangelización hacia China y Japón. En este

sentido, la mención a personas de origen chino devotas a sor Jerónima informa sobre el culto que este grupo social le tenía y, quizá, la intención de extender la figura santa de sor Jerónima en el Asia continental.

En un suceso expuesto por ambos hagiógrafos, se informa el caso de un sangley que había sido condenado a la horca por asesinato. Antes de pagar su crimen, la madre Jerónima le dio vida espiritual, trayéndolo al catolicismo (núms. 12.28a, 12.28b), pues seguía fiel al “dios de su China” (Quesada, 1713: 653). En este punto las versiones de los hagiógrafos difieren un poco: por un lado, Quesada informa que el capitán Bernardino Lazcano se conmovió por el hecho y se encomendó a sor Jerónima para que el sangley se convirtiera al cristianismo antes de morir, de tal modo que le puso una reliquia suya al cuello, y el sangley se volvió devoto católico al momento; sin embargo, Letona informa que fue una religiosa de nombre María Magdalena la que envió unas reliquias de sor Jerónima a la cárcel donde lo tenían; cuando se las mostraron al hombre, el chino empezó a llorar y pidió ser bautizado. “Catequizáronle y al pie de la horca le bautizaron, y ahorcado quedosele su rostro extraordinariamente compuesto y hermoso, sin señal alguna de muerte violenta, con que suelen quedar otros ajusticiados” (Letona, 1662: 69).

En un evento milagroso más, el agua con que se remojó un pedazo del velo de la venerable Jerónima, ayudó a que la plaga de langostas abandonara los sembradíos de Andrés Duarte e Isabel de Olaya, cuando la regaron entre los cultivos (núms. 12.29a, 12.29b). Finalmente, con el contacto de una de sus reliquias, sor Jerónima libró a un individuo, cuyo nombre no se menciona, de unos fantasmas que lo acosaban (núm. 12.30).

En todos los casos presentados, el contacto físico con las reliquias se combina con la invocación y encomienda a sor Jerónima con el objetivo que auxilie los problemas no solamente de españoles devotos suyos, sino también de los indígenas y otros asiáticos recién convertidos. Es importante remarcar que, a diferencia de los milagros que hizo sor Jerónima de la Asunción en vida, en los cuales la religiosa era una intermediaria entre la divinidad y los fieles, en los realizados con sus reliquias los devotos ya no invocaban a ninguna otra entidad divina que no fuera la madre Jerónima. Ella, como habitante celestial, adquirió la capacidad de curar con sus propios medios con el uso de sus reliquias y también sin ellas, según lo describen otros sucesos milagrosos.

Milagros sin las reliquias de sor Jerónima de la Asunción

Muchos de los milagros de sor Jerónima en los que no participan sus reliquias son curaciones. En los siguientes casos, los fieles únicamente hacen la invocación a sor Jerónima por medio de la palabra; aunque, para que los milagros se realizaran, los devotos necesitaban ir al convento manileño, o al sepulcro de la monja, y hacer las peticiones desde allí. Por ejemplo, la esposa de Domingo Rodríguez, vecina de Manila, tenía a un hijo con recias calenturas al que llevaron hasta el sepulcro de la madre Jerónima, siendo curado al instante (núm. 12.31). También con encomendarse a sor Jerónima frente a su cadáver, sanó un relator que estaba enfermo del vientre (núm. 12.33). Un indígena del pueblo de Macabebe, llamado Alonso Bohong, sufría dolores de estómago pero se sintió mejor tras invocar a la madre Jerónima en una de las procesiones que los indígenas hacían hasta el sepulcro de la religiosa (núm. 12.32). Otra mujer de nombre Catalina Mihingan estuvo sin poder dar paso siete años, invocó a la madre Jerónima prometiéndole ir a su convento y dedicarle unas novenas, si le daba la potestad de caminar, lo cual ocurrió al poco tiempo (núm. 12.34). Este mismo padecimiento sufría un indígena de nombre Pedro Salansan, quien fue curado al encomendarse a sor Jerónima (núm. 12.35). Durante una procesión al Convento de Santa Clara, con una imagen de la Purísima Concepción, una indígena llamada Luisa de Yoso estaba siendo llevada en una hamaca, pues tampoco podía caminar; la mujer iba invocando en su ayuda a la venerable madre: “Se sintió con fuerzas, salió de la hamaca, subió los escalones de piedra que hay a la puerta de los almacenes donde habían llegado, fue por su pie a la iglesia de santa Clara, donde dio gracias a Dios, y a la Reina de los Ángeles y a la madre Jerónima” (Quesada, 1713: 643).

En otro hecho milagroso, una de las niñas que vivía en el convento manileño cayó enferma de ahíto (núm. 12.37), padecimiento que Esteyneffer define como la sensación de tener el estómago lleno. Luego de que los médicos le dieran a la niña pocas esperanzas de vivir, una de las religiosas acudió a la tumba de sor Jerónima para pedir por la salud de la niña; “después de hecha esta breve oración, volvió la que la había hecho a ver la enferma, a la cual halló con notable mejoría” (Quesada, 1713: 641).

Otros tres enfermos no necesitaron ir al sepulcro de la madre Jerónima a pedirle milagros, pues desde su casa invocaron el poder curativo de la monja. La primera de ellas fue una mujer de nombre María de Nongin, a quien se le atravesó una espina; se encomendó a la madre Jerónima y en seguida pudo sacarla con sus propios dedos (núm.

12.38). Una mujer estuvo enferma de un padecimiento que los indígenas llamaban *calamayo*, cuyos síntomas eran dolores de pecho y vientre con hemorragias (núm. 12.39). Tan segura estaba de su muerte que, incluso, sus familiares habían comprado velas para su entierro; sin embargo, un hermano suyo le puso la mano en el pecho e invocó a la madre Jerónima para que le diese salud a la mujer. El hombre le prometió a sor Jerónima ir a misa al convento manileño y ser cofrade, si curaba a su hermana, “al punto que hizo esta pequeña promesa el hermano, abrió la enferma los ojos, pidió agua y comió, no le vinieron más cámaras, se le quitó todo el mal que tenía con mucha presteza” (Quesada, 1713: 644). La última paciente fue una mujer de nombre Sebastiana Toanio que tenía siete años de dolores y diversos achaques, estos llegaron a su fin cuando se encomendó a sor Jerónima (núm. 12.40).

Ambos hagiógrafos mencionan el caso de una mujer resucitada sin la utilización de las reliquias (núms. 12.42a, 12.42b). Se trató de Catalina Esguerra, quien se encontraba en la iglesia de Dilao en una celebración del día de los inocentes, cuando el coro, repleto de gente, se derrumbó sobre ella, “perdió el sentido y habla y, a su parecer, la vida” (Quesada, 1713: 636); al sacarla de los escombros la vieron difunta, pero los testigos invocaron la ayuda de sor Jerónima y Catalina volvió en sí. Letona tiene una pequeña diferencia, pues informa que la propia Catalina, mientras estaba bajo los escombros, se encomendó a la madre Jerónima, aunque aparentemente murió después de hacer la invocación; al sacarla de los escombros revivió, y lo primero que dijo fue “Jerónima”. Solo Quesada informa sobre otros cuatro resucitados por intercesión divina de Jerónima sin la utilización de sus reliquias; el primero de ellos fue una infante que nació muerta y que sus familiares, luego de invocar a sor Jerónima, vieron que aquella criatura volvía a la vida instantáneamente (núm. 12.41); otro fue un infante nacido muerto, quien resucitó cuando sus familiares se encomendaron a sor Jerónima para que recibiera bautismo antes de morir (núm. 12.43): “Divulgose por todo el lugar el milagro y así por este como por otros muchos que ha hecho en él la madre Jerónima todos tienen notable devoción con ella y la llaman en sus necesidades, sintiéndose siempre muy favorecidos” (Quesada, 1713: 637-638). El último es un caso peculiar en el que una gallina, a la que un mal hombre le había torcido el pescuezo, revivió cuando una mujer invocó y levantó plegarias a sor Jerónima (núm. 12.44): “Dios por su intercesión cobró el milagro y la gallina cobró vida y saltó de la mesa buena y sana”

(Quesada, 1713: 640). Mientras tanto, Letona hace un resumen de estas últimas tres resucitaciones con la intención de abreviar su texto y no extenderse (núm. 12.45).

Un suceso milagroso en el mar es referido por ambos hagiógrafos sin diferencias importantes (núms. 12.46a, 12.46b). En el hecho, unos navegantes que iban de la India a Manila, con esclavos en los barcos, se quedaron sin agua dulce para su consumo cuando aún les faltaba un largo trayecto para llegar a tierra firme. Desesperados, Juan Martínez Vascongado, miembro de la tripulación, sacó una imagen de sor Jerónima y la puso en el palo de la mesana del barco, “exhortando a todos que se encomendasen a los méritos de aquella santa monja” (Letona, 1662: 69). Habiéndose encomendado a sor Jerónima, “de repente se congeló sobre el navío una nube espesa y llovió tanta agua en el navío solo que abundantemente socorrieron su necesidad para el resto de todo el viaje” (Letona, 1662: 69). Hasta este punto, es perceptible que en los casos presentados importa la verbalización de la petición, así como la invocación a sor Jerónima por parte de los fieles, para conseguir el hecho milagroso.

Apariciones de sor Jerónima para realizar milagros

Un grupo importante de ciertos milagros hechos por sor Jerónima son los ocurridos con sus apariciones. De hecho, para Alicia Barabas Reyna las apariciones son creadoras mucho más efectivas que otro tipo de manifestaciones “de sacralidad y dan origen a devociones y santuarios con amplia convocatoria” (2006: 229). Las apariciones son meramente visiones que experimentan personas muy devotas con propósitos específicos; “han sido muy frecuentes dentro del catolicismo, en especial las marianas” (Barabas Reyna, 2006: 229). En este sentido, Barabas Reyna considera que las apariciones de otras santas suelen seguir características de apariciones marianas: la virgen flotando, con un halo luminoso; haciendo señas para que el individuo se acerque y luego otorgar algún tipo de mensaje; “realizan también milagros y curaciones que contribuyen a atraer fieles peregrinos y crear nuevos cultos” (2006: 232). Ante ello, cualquier espacio es susceptible a experimentar este tipo de eventos de origen divino en los cuales se forma una conexión entre lo terrenal y lo celestial, sitios que, al mismo tiempo, pueden llegar a ser punto de referencia para los devotos. No se debe perder de vista que, sobre todo en Nueva España, las apariciones guadalupanas del siglo XVI fueron de suma importancia para el culto a la Virgen y la formación de un santuario propio con el paso de los años. Asimismo, “los santos aparecidos se convierten en

santos patronos y retoman el papel fundador y protector del territorio y del pueblo al que eligen” (Barabas Reyna, 2006: 231), por lo que ciertamente las apariciones buscan extender la fama de algún santo y crear espacios en su honor donde se le pueda rendir veneración.

Es probable que narrando las apariciones de sor Jerónima en sus hagiografías se buscara crear espacios de culto, al mismo tiempo que sus apariciones daban certeza a los fieles de que realmente estaban siendo auxiliados por la religiosa. Cinco son las apariciones de sor Jerónima en las que acude al llamado de sus devotos filipinos; cabe destacar que todas ellas son apariciones en las que continúa curando a las personas.

Primero se le apareció a un tal Felipe que padecía tabardillo; el hombre invocó a sor Jerónima de tal modo que “se le apareció visiblemente la madre Jerónima de suerte que la vio y conoció claramente, y estuvo con él como dos horas haciendo oficio de cuidadosa enfermera” (Quesada, 1713: 628), luego de lo cual mejoró notablemente (núm. 12.47). En otro acontecimiento narrado por ambos hagiógrafos (núms. 12.48a, 12.48b), sin diferencias sustanciales en el suceso, se cuenta que Catalina Muñoz estaba enferma de vientre y le pidió auxilio a sor Jerónima quien se le apareció “del medio cuerpo para arriba de la misma suerte que la veía a la reja en el convento de santa Clara, y atendió y vio que meneaba los ojos como si actualmente estuviera viva” (Quesada, 1713: 629); tras esta aparición Catalina sanó. De una calentura continua curó a una indígena quien en un sueño fue trasladada al convento manileño donde la atendió sor Jerónima como si fuese una enfermera (núm. 12.49): “Y la madre Jerónima le dijo: ven acá. Y le dio a besar una cruz y echó la bendición, y le dijo: anda con Dios. Conque volvió en sí la enferma del sueño que le había dado y se halló sin calentura, sana y buena y sin mal ninguno” (Quesada, 1713: 633).

A Elvira Montes De Oca sor Jerónima la curó de un mal de estómago; a Elvira se le presentó una noche “el cuerpo de la venerable madre Jerónima difunto como le había visto en la iglesia” (Quesada, 1713: 631), tomando aquello como un milagro que anunciaba el fin de sus males (núm. 12.50). Finalmente, a un sacerdote enfermo de un padecimiento que no se nombra (núm. 12.51) se le apareció tres veces la madre Jerónima “en su ordinario traje y estaba con él dos horas, de diez a doce, limpiándole con un paño el sudor y con otro la saliva” (Letona, 1662: 67r).

Tras lo anterior, sor Jerónima de la Asunción es expuesta como una santa que acude al llamado de sus fieles, sobre todo para curarlos, como si las enfermedades fueran las situaciones en las que mejor pudiera socorrer. De hecho, en el caso de la peste de lepra que

hubo en Manila en 1630 y de la que sor Jerónima aparentemente salvó a muchos de sus fieles, se puede inferir que las enfermedades debieron ser tan comunes en las islas durante el siglo XVII que los habitantes acudían al auxilio no solo de la medicina, sino también de su santa local: sor Jerónima. Los milagros de esta religiosa recuperan acciones presentes en otro tipo de milagros de vírgenes y santas, como santa Teresa y la propia Virgen María: curaciones, resucitaciones, milagros marítimos, conversión de herejes y delincuentes arrepentidos.

Con la narración de los milagros hechos en vida por sor Jerónima, los hagiógrafos intentaron dar testimonio de la cercanía que esta religiosa tenía con la divinidad, misma que le permitía interceder en favor de los fieles para alcanzar regalos divinos. Mientras que por el lado de sus milagros *post mortem*, que además sirvieron para impulsar sus procesos de beatificación, según lo atestiguan los documentos del siglo XVIII que privilegian las resucitaciones milagrosas, los hagiógrafos expusieron las habilidades curativas y auxiliaadoras de sor Jerónima como prueba de su santidad. Además, la mención a estos eventos milagrosos, y los fieles que los recibieron, permiten un acercamiento al culto que la monja tenía en Manila entre los españoles e indígenas, quienes le dedicaban novenas y procesiones hasta su sepulcro.

Conclusiones

En el siglo XVII las hagiografías tenían amplio alcance en la población hispánica, según Doris Bieñko (2014: 160); entre sus objetivos sobresalen el entretenimiento y la promoción de modelos de conducta, inspirando al lector a imitar al hagiografiado, reforzar su fe en los santos y la creencia en lo sobrenatural. En el caso de las religiosas venerables, los elementos sobrenaturales eran el eje que sustentaba su fama de santidad, como es el caso de sor Jerónima de la Asunción y los textos analizados sobre su vida y obra.

Es importante destacar la figura histórica de sor Jerónima de la Asunción como una mujer pionera en la evangelización de Filipinas y, en general, de Asia. A pesar de que los portugueses fueron los primeros europeos en colonizar el continente en 1509, sor Jerónima se convirtió en la fundadora del primer convento femenino en Asia: un espacio que buscaba recibir a mujeres de todos los estratos sociales. En una de sus visiones (núm. 1.3) sor Jerónima inclusive menciona que, aunque el territorio filipino estaba poblado por varones apostólicos, “era desierto de mujeres que en religión ofreciesen a Dios, en sacrificio, su voluntad” (Quesada, 1713: 284-285), por lo cual le pedía a Dios que le otorgase la fundación del convento manileño a ella y, de ese modo, fuese la primera mujer evangelizadora en aquellas tierras. De este convento, además, otras religiosas se expandieron a Macao en 1633 para fundar el segundo en todo el continente, “que puede servir de escala y disposición para pasar al Japón” (Letona, 1662: 57r), territorio aún más complicado, donde, según narra Letona (1662: 31v), había hasta 1640 al menos veintisiete frailes mártires que habían sido enviados a evangelizar. Así pues, el Convento de la Purísima Concepción de Santa Clara de Manila, fundado por sor Jerónima, no solo fue el epicentro de la conventualidad femenina en Asia, sino también del culto a dicha religiosa luego de su muerte. Ambas hagiografías permiten el acceso al contexto filipino del siglo

XVII en el que las enfermedades parecían estar a la orden del día. Tras las múltiples curaciones que hizo en vida y después de muerta, sor Jerónima empezó a ser considerada por la población como una santa; esto permitió que algunos de sus fieles fueran “a su Convento de Santa Clara [...] a tener unas novenas” en su honor (Quesada, 1713: 651). Al convento llegaban procesiones con “innumerable gente de los naturales, de las provincias y pueblos comarcanos de la ciudad de Manila” para venerarla (Quesada, 1713: 643). Incluso en la cita anterior es posible distinguir que sor Jerónima no solo era venerada por los españoles que vivían en las islas, sino también por algunos indígenas recién convertidos al catolicismo, pues al final del día ese fue uno de los objetivos de sor Jerónima: evangelizar en un territorio todavía dominado por los varones misioneros. También hay testimonios de chinos comerciantes, popularmente llamados sangleyes, que eran fieles de sor Jerónima o que fueron convertidos gracias a ella: “Acudió la venerable madre a dar la vida espiritual a un sangley infiel” (Quesada, 1713: 653). Ante ello, las dos hagiografías son un reflejo de la sociedad tan diversa que poblaba el archipiélago: españoles, indígenas, sangleyes (chinos), japoneses y hasta piratas holandeses que perturbaban la quietud del resto de habitantes.

Las labores evangelizadoras de sor Jerónima no se limitaban al interior de la ciudad de Manila, pues, según Letona, acudía “a todas las comunidades de día y de noche” (Letona, 1662: 59r) para predicar el Evangelio. Ante ello, no es gratuito que los hagiógrafos dediquen segmentos de sus textos a describir las adversidades de la geografía y la población originaria que habitaba el territorio filipino, misma a la que Letona considera que “no se sabe de cierto cuando ni de donde se hizo” (1662: 20v). Quesada informa que muchos de estos grupos ofrecían sacrificios al Demonio (1713: 259), por lo que era imperante que la religión les fuera llevada. En medio de estas adversidades, se llega a representar a sor Jerónima como una mujer que llevó luz a esos territorios, es decir, la religión (núms. 1.4, 1.5).

Al exponer el contexto tan difícil en los planes evangelizadores de la monja, los hagiógrafos buscaban que el público se sintiese mayormente admirado por su entereza, sobre todo cuando relatan las múltiples enfermedades que llegaba a padecer la religiosa y que vencía con oración y penitencias. Además, es probable que los autores quisieran exponer la necesidad de los católicos que vivían en Manila por tener una santa propia, que no solo funcionara como una intermediaria entre ellos y Dios, sino que los colocara a la par de las ciudades europeas que poseían reliquias de santos; al mismo tiempo, la figura santa

de sor Jerónima podría ayudar a la cohesión social, en un territorio tan diverso, dado que esta es una de las funciones que cumplían los santos según Rubial (2004b: 126).

La santidad de sor Jerónima está construida, por sus hagiógrafos, a partir de sus interacciones con múltiples seres del imaginario religioso. No solo cuando se narra que Dios la tiene como una de sus hijas predilectas: “Esta es mi hija querida en quien me estoy complaciendo” (Letona, 1662: 56v), sino también porque considera a Jesucristo su “esposo”, cuyas uniones místicas del alma de sor Jerónima con Él son reflejo del amor que le tiene a Jesucristo, y suelen ocurrir en espacios como los huertos o jardines, del mismo modo en que santa Teresa lo presentaba en sus textos: “quedase sola [el alma] con Él. ¿Qué ha de hacer sino amarle?” (Teresa de Jesús, 2015: 250), “¡Oh, qué amor tan fuerte! Alcanzome el corazón, y está dividido en dos partes y mi Señor dentro de él” (Quesada, 1713: 457).

Por otro lado, se expone a sor Jerónima como la madre de Dios, lo cual solo es propio de una Virgen: “Nació de mi alma el Niño Jesús por un modo inefable” (Quesada, 1713: 511). La Virgen María es otra entidad de suma importancia para la vida de sor Jerónima; en sus visiones muchas veces se refuerza la cercanía que la religiosa tenía con ella y su relación madre-hija; incluso se narra que en algunos encuentros la engendra en su vientre y le da a mamar de sus pechos, imagen que también fue expuesta por santa Gertrudis (1736) y otras religiosas como sor María de Jesús (1695), quienes habían experimentado la misma relación filial con la Virgen María que sor Jerónima relata.

Los ángeles, otras santas y santos funcionan como sus compañeros y aliados en su labor evangelizadora y durante sus viajes; por ejemplo, santa Juana de la Cruz a quien sor Jerónima considera su acompañante y a quien le reza en momentos difíciles del trayecto (núm. 5.15). Inclusive cuando sor Jerónima es acosada por las tentaciones del Demonio, ella misma las considera necesarias para su santidad, puesto que el vencer al Demonio es una batalla que todos los santos deben librar; por lo tanto, la monja en sus palabras expresa que “por el mismo camino de padecer [de otros santos] tengo yo que caminar” (Quesada, 1713: 578). Lo mismo cuando sufre distintas enfermedades y llagas, muy similares a las que padeció el santo fundador de su orden, san Francisco, a quien deseaba imitar en acciones, virtudes y padecimientos, pues hasta “se le imprimieron las llagas a nuestro seráfico padre” (Quesada, 1713: 444). Ni qué decir cuando las ánimas se le aparecen a la venerable Jerónima para pedirle que las libre del Purgatorio, que es otro hecho que

tradicionalmente en la literatura mística se asocia con las personas santas y que incluso santa Teresa llegó a practicar: “En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traerlas a más perfección, es muchas veces; y de sacar almas del Purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes” (Teresa de Jesús, 2015: 394).

Otro tipo de episodios que remarcan la santidad de sor Jerónima son las visiones experimentadas por personas cercanas a ella, de allí la importancia de añadirlas a este estudio, puesto que en muchas de estas visiones la religiosa actúa como una habitante celestial, conviviendo con otras vírgenes y santos. Así sucede en la visión de sor María Ana de Jesús (núm. 10.6), en la cual se aprecia una procesión celestial, en la que “iban todos los bienaventurados, [...] y que la madre Jerónima iba entre nuestro padre san Francisco y nuestra madre santa Clara” (Quesada, 1713: 293). Algo similar ocurre en una visión más de sor María (núm. 10.7), quien observa que en el cielo le hacen reverencia a sor Jerónima como una santa de gran relevancia para la cristiandad: “Los nueve coros de ángeles hacían venia a la venerable madre, y lo mismo hacían los apóstoles, profetas, patriarcas, mártires, confesores, vírgenes y los demás santos” (Quesada, 1713: 496).

Por igual, las menciones a las profecías que hizo sor Jerónima son otro elemento que construye retóricamente su santidad. Los dones de profecía, según Godínez (1682: 144), solo son propios de aquellos que llevan una vida santa, por lo que en la literatura mística son un tópico recurrente para demostrar el alto grado de cercanía con la divinidad; por ejemplo, santa Teresa también llegó a experimentar profecías, como el del provecho al crear su orden religiosa: “Estando una vez en oración con mucho recogimiento y suavidad, [...] dióseme a entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros” (Teresa de Jesús, 2015: 406). Ante ello, no es gratuito que el hagiógrafo Quesada (1713: 573) considere a las profecías como regalos de la oración y propios de una santa, y que describa en su texto todas las que enunció sor Jerónima en vida, desde nacimientos hasta muertes.

En la descripción de algunas visiones es evidente la influencia de la Sagrada Escritura. En ciertos pasajes se reelabora una escena bíblica en la que sor Jerónima toma un papel protagónico, como las que se relacionan con el Apocalipsis (núms. 1.2, 1.3): “Vime en la gloria de los cielos a la corriente de aquel río que sale de la silla del Cordero y en todo aquello que allí dice san Juan” (Quesada, 1713: 520); y aquellas que exponen a sor Jerónima como una misionera: “De mi cabeza salían relámpagos de claridad que daban por

todo el Japón y son rayos que van abrasando aquellas provincias en la luz de la verdad del Santo Evangelio y son señales del bautismo” (Quesada, 1713: 521). Caso similar sucede con la narración de las visiones sobre el nacimiento, bautismo y Pasión de Jesús, que retoman en gran medida los evangelios pero en los que sor Jerónima se involucra como un personaje más de la escena (núms. 2.2, 2.4, 2.11, 2.14-2.20): “estuve con mi Señor, fuile acompañando en todo aquel tropel hasta la columna y fue mucho lo que allí hubo en ver a Dios tan maltratado” (Quesada, 1713: 457); incluso llega a sentir los dolores de la Pasión como si ella los estuviese padeciendo.

Así, pues, es evidente que los hagiógrafos se valen de la tradición mística expuesta por santa Teresa de Jesús, y de otros textos de carácter hagiográfico como el de santa Gertrudis, para construir a una sor Jerónima con aires de santidad. También retoman pasajes de las Sagradas Escrituras, reelaborados con el papel protagónico de sor Jerónima, para remarcar la labor misionera y evangelizadora de la venerable religiosa en Filipinas, y para demostrarle al público su cercanía con la divinidad.

Sin embargo, estos episodios místicos no son los únicos elementos que demuestran la santidad de sor Jerónima, también lo hacen, y de manera mucho más eficaz, los múltiples milagros narrados en las hagiografías que, además, retoman elementos de la literatura devocional. En vida, según lo relatan las hagiografías, sor Jerónima hizo 17 milagros por su intercesión, mientras que 51 milagros *post mortem* que incluyen la utilización de sus reliquias, la invocación a la monja para librar problemas y la aparición de su ánima en auxilio de sus fieles. La mayoría de los milagros involucra la cura milagrosa a distintas enfermedades.

Es importante remarcar que, según Bieñko (2018: 238), la Santa Sede solo necesitaba comprobar dos milagros para que una religiosa fuese considerada santa; de hecho, la comprobación de cinco milagros *post mortem* fue lo que le otorgó a santa Rosa de Lima su beatificación en 1668. Ante ello, los milagros supuestamente hechos por sor Jerónima, expuestos en las hagiografías, superan en gran cantidad a los necesarios para considerarla beata; el punto es que la Santa Sede nunca pudo comprobar alguno, ni siquiera las resucitaciones milagrosas que tanto privilegiaban los documentos que abordan su beatificación:

Con un interrogatorio que ha de costar de veinte y ocho preguntas, y en virtud de dicho escrito, dicho ilustrísimo señor [fray Pedro de Arce] pasó a hacer las informaciones [de la vida de sor Jerónima], comprobados por ella muchos milagros y la resurrección de cinco muertos (Filipinas, 297, N.45: 6v).

Aunque los hagiógrafos expusieron 68 milagros en total, ninguno le dio a sor Jerónima el título de beata. Sin embargo, son perceptibles los motivos provenientes de la literatura devocional al momento de relatar los milagros de la venerable fundadora. Por ejemplo, es usual que en otros textos devocionales las santas realicen diversas resucitaciones o curaciones a sus fieles, testimonio de ello se halla en el texto de Diego de Yepes (1606) sobre los milagros de santa Teresa, cuyos fieles también llegaron a utilizar las reliquias de esta santa como medio para lograr milagros, igual que en el caso de algunas curaciones milagrosas por parte de sor Jerónima en los que sus reliquias otorgaron beneficios. Por otro lado, y con el objetivo de crear centros de culto, muchos de los milagros de otras vírgenes, por ejemplo, los de la propia Virgen de Guadalupe que describe fray Francisco de San Joseph (1730), se contextualizan en espacios que, a la postre, pueden considerarse santuarios por los fieles: epicentros de veneración y de diversas prácticas religiosas en torno a las santas. Quizá con este afán, los milagros de sor Jerónima mediante sus reliquias se relacionan ampliamente, en los relatos de los hagiógrafos, con el lugar de su sepultura al que acuden los fieles para orarle y al que organizan procesiones y fiestas. La narración de apariciones del ánima de sor Jerónima, para cumplir milagros, demuestran que incluso podía acudir a sus fieles si ellos la invocaban. Este tipo de apariciones milagrosas es otro tópico recurrente en la literatura devocional, como las de la Virgen de Guadalupe en 1531, que al exponerlas refuerzan en el público la devoción y la creencia en los milagros y en las santas. Sin embargo, en el caso de las apariciones milagrosas de sor Jerónima, estas ocurren para auxilio de algún fiel enfermo (núms. 12.47-12.51): “Y tres noches, una tras otra, se le apareció [a Felipe Baeza] la madre Jerónima en su ordinario traje, y estaba con él dos horas, de diez a doce, limpiándole con un paño el sudor” (Letona, 1662: 67r), lo que remarca dentro de los textos la capacidad curativa de la venerable. Otro tópico importante en los milagros de algunas vírgenes es librar a sus fieles de peligros o de accidentes. Sucesos similares se relatan en los textos de fray Joseph de Jesús María (1601-1629?: 53) y fray Francisco de San Joseph (1730: 97) sobre la Virgen María y la Virgen de Guadalupe, respectivamente. En cuatro milagros, se presenta a sor Jerónima socorriendo a sus fieles en

peligros marítimos, plagas y retiro de apariciones (núms. 12.27a, 12.27b, 12.29, 12.30, 12.46a, 12.46b). Lo anterior, con el afán de demostrar que sor Jerónima, ya muerta, gozaba de dones milagrosos propios de una santa.

Una vez expuestos los principales tópicos de los episodios místicos y milagrosos de sor Jerónima, es posible confirmar que ambas hagiografías se nutrieron de estas dos tradiciones literarias: la mística y la devocional. El género hagiográfico necesita de estas dos tradiciones para la conformación de una protagonista con aires de santidad. Los elementos sobrenaturales (místicos y milagrosos) no surgen de la nada, o de la invención de los propios hagiógrafos, más bien parten de estas dos tradiciones discursivas cuyos tópicos sirven, por un lado, para sustentar la fama de santidad de la protagonista y, por el otro, para impulsar sus procesos de beatificación. Mientras que las visiones con seres del imaginario religioso sustentan la vida mística, los milagros respaldan las capacidades prodigiosas para auxiliar a las personas: primero los milagros hechos en vida, donde la religiosa actúa como una conexión entre Dios y los fieles, y luego los milagros *post mortem* que atestiguan su santidad y cercanía a la divinidad.

A pesar de que ambos textos se enmarcan en el género de la hagiografía y que los pasajes sobrenaturales se alimentan de tópicos presentes en dos tradiciones, hay ciertas particularidades en ambas hagiografías que las diferencian entre sí. Fray Ginés de Quesada, por su lado, conoció de primera mano a sor Jerónima, dado que fue su confesor en Manila, lo que le permitió tener mayor acercamiento a su vida y a sus experiencias místicas y milagrosas. Se sabe que este texto estuvo sin imprimir hasta 1713, cuando fray Agustín de Madrid lo descubrió en una estancia en Filipinas, por lo que el objetivo de la impresión de esta hagiografía fue difundir la figura de sor Jerónima en el contexto de su segundo y último intento de beatificación, según los documentos conservados en el Archivo General de Indias. Es necesario remarcar la importancia de tales documentos para el presente estudio, de los que ninguna investigación previa se había ocupado, pues no solo atestiguan los intereses de las autoridades filipinas en aras de la beatificación de la venerable, sino que ayudan a entender el contexto en el que se imprimió la hagiografía de Quesada, dado que fue el propio Agustín de Madrid el encargado de retomar el caso en la primera década del siglo XVIII. Además, es digno de mención que la hagiografía de Quesada reúne una mayor cantidad de episodios místicos y milagrosos comparada con la de Letona.

Fray Bartolomé de Letona no conoció en vida a sor Jerónima, entonces tuvo que acceder a su vida y obra mediante el manuscrito de Quesada, que no estaba impreso en 1644 cuando Letona llegó a Filipinas, y las notas de otras religiosas. *Perfecta religiosa* de Letona fue publicada en 1662, antes de la impresión de la hagiografía de Quesada, y su lector ideal eran las clarisas poblanas, según Cárdenas (2013: 34), aunque la dedicatoria era para sor Dorotea de Austria, monja madrileña a quien se le envió un volumen de *Perfecta religiosa* como lo manifiesta el propio Letona (1662: 3r). Quizá por ello esta hagiografía se acompaña, en el mismo volumen, de un largo y minucioso texto que explica y fomenta las reglas de la Orden de Santa Clara, con un interés meramente didáctico para las monjas. Probablemente, por este motivo la vida de sor Jerónima queda más sintetizada en la obra de Letona, pues solo se mencionan aquellos detalles por demás admirables y se omiten muchos más; pues, una vez más, el propósito era meramente didáctico y sin afán de que la obra se extendiese por el público en general, como sí lo fue con el texto de Quesada que hasta tuvo una segunda edición madrileña en 1717, de la que no se conocen detalles más que su fecha de publicación. Ambas hagiografías, además, retratan las condiciones geográficas, sociales y climáticas de las Filipinas, en aras de mostrar que el escenario donde sor Jerónima cumplió labores evangelizadoras era difícil, lo que vuelve más admirables las acciones de la venerable fundadora.

En todo caso, se trata de dos hagiografías que no solamente exhiben la vida de sor Jerónima para que el lector la reconozca como ejemplo de virtud, sino que aportan información sobre temas místicos y teológicos con el pretexto de entretener; temas como la naturaleza de las visiones, los sentidos internos, el encuentro del alma con Dios, los tipos de oración, las tentaciones demoníacas, la existencia del Purgatorio o la vida eterna. Al mismo tiempo, los textos promueven que el público crea en la monja como una santa que podía curar enfermedades e, incluso, revivir muertos.

Otra investigación puede surgir una vez revisados y analizados los pasajes sobrenaturales del manuscrito que sor Ana de Cristo escribió sobre sor Jerónima, y que se encuentra en el archivo del Convento de Santa Isabel de los Reyes de Toledo, según lo informa Owens en un artículo de 2014. Lo anterior permitiría determinar si hay mención a los mismos eventos místicos y milagrosos de sor Jerónima, o difieren con los encontrados en las hagiografías de Quesada y Letona. Es importante recordar que el texto de sor Ana fue una de las principales fuentes que utilizaron ambos hagiógrafos para abordar la vida de

la venerable madre. Ante todo, estamos hablando de la perfecta religiosa sor Jerónima de la Asunción, quien fundó el primer convento femenino en todo Oriente, mismo que buscaba ser el epicentro de la vida conventual asiática y la punta de lanza para nuevas fundaciones; cuya vida adversa, pleitos con las autoridades filipinas, experiencias místicas, milagros, fama de santidad y procesos de beatificación, llegan hasta nuestro siglo gracias a los textos que aquí fueron estudiados.

Apéndice

Visiones de sor Jerónima

1. Encuentros con Dios Padre

Sor Jerónima trasladada al Apocalipsis y hecha trono de Dios

1.1 a

[Hecha trono de Dios]

En los maitines me arrebató el Señor y mi alma fue puesta en aquella gloria del Apocalipsis. Estaba hecha trono de Dios, y en él asentado el Cordero, y alrededor de aquellos veinte y cuatro ancianos¹¹ en toda admiración y los cuatro animales cantando: “*Santus, Santus, Santus*”¹². Y, asimismo, vi todo aquello que dice san Juan. Y estando yo atónita y admirada de verme en tanta alteza, y de considerar aquella majestad del Cordero, me dijeron los ancianos: “El alma del justo es silla de Dios” (Quesada, 1713: 520).

1.1 b

En los maitines del arcángel san Miguel se le comunicaba la inteligencia y representación imaginaria de los misterios del Apocalipsis que en aquella hora se leen, y le parecía que su alma estaba hecha trono de Dios como lo es cualquiera que está en gracia, y que se bañaba en la corriente de aquel río que sale de la silla del Cordero (Letona, 1662: 56v).

Sor Jerónima trasladada al Apocalipsis y como misionera

1.2

[Relámpagos de claridad]

Y en veinte y siete de julio de aquel mismo año, estando tan apretada aquella noche que [sor Jerónima] me pidió la extremaunción, fue también muy favorecida del Señor y, a otro día, recogándose un poco después de haber comulgado, dijo lo siguiente: “Oh ¡qué sueño, amigas, tan dulce y deleitoso tuve esta noche! Vime en la gloria de los cielos a la corriente de aquel río que sale de la silla del Cordero y en todo aquello que allí dice san Juan. Y esta fuente y río es el mismo Dios, y en aquella plenitud espaciosa hay una igualdad de marea que hace unas ondas así como el mar cuando está más sosegado. Grandes cosas vi allí y gentes, no eran muchas huestes, sino unas como mujeres y allí, hijas mías, os vi a vosotras. En Dios está todo, y he estado en aquella grande

¹¹ El Apocalipsis (4:4) menciona que al trono de Dios lo rodeaban veinticuatro ancianos con vestiduras blancas y coronas de oro en la cabeza; son estos a los que hace referencia sor Jerónima en su visión.

¹² “Santo, santo, santo”.

inmensidad de Dios; y allí el alma no tiene que ver con el cuerpo, ni cosa de la tierra, porque reina en Dios y en todas sus inmensidades por cuanto Dios vive en ella, y ella en Dios, si ya no es que en Dios es una cosa con él. De mi cabeza salían relámpagos de claridad que daban por todo el Japón y son rayos que van abrasando aquellas provincias en la luz de la verdad del Santo Evangelio y son señales del bautismo” (Quesada, 1713: 520-521).

1.3

[Volar a Manila]

Estando yo en Toledo –palabras son de la venerable madre– encomendando a Dios con todo el fervor que podía, si su majestad me daba la fundación de Manila, y pidiéndole que tuviese efecto si había de ser para mayor gloria suya, me vi de repente revestida del sol con la luna debajo de mis pies, coronada con doce estrellas mi cabeza, y dijeronseme aquellas palabras del Apocalipsis de san Juan: “A la mujer le fueron dadas dos alas de águila grande para volar a su lugar en el desierto¹³”, en que me acomodaban y aplicaban esta visión. Bien entendió la sierva del Señor que todo esto era decirle que había de volar al desierto de Manila a fundar, porque, aunque estaba poblado de muchos varones apostólicos, era desierto de mujeres que en religión ofreciesen a Dios en sacrificio su voluntad y la cándida azucena de la virginidad (Quesada, 1713: 284-285).

Sor Jerónima como misionera

1.4

[Baja un ministro del cielo]

La principal devoción de Jerónima era la del Santísimo Sacramento del altar, a quien, exterior e interiormente, veneraba con extraordinarias demostraciones de reverencia y amor, procurando su culto exterior por todos los modos posibles, buscando para su adorno y veneración riquísimas joyas y gran cantidad de dineros. Y el Señor premió esta su devoción con singulares favores que la hizo en este divinísimo sacramento. Algunas veces que no querían sus vicarios comulgarla, la enviaba el Señor un ministro del cielo que, de su mano, la regalaba con algún favor que supliese la falta de comunión sacramental. Jamás estaba Jerónima del coro cuando estaba descubierto el Santísimo, en cuya presencia estaba siempre de rodillas, donde se veía engolfada en ríos de divina claridad y anegada allí como la gota de agua que se pierde en el mar. Y le parecía que sus cabellos eran rayos de claridad que daban luz por los reinos de Japón, como significando que sus hijas del convento de Manila representadas en los caballeros, en tiempos venideros, harán de ayudar a la conversión de aquel imperio, fundado en él conventos de esposas del Señor. A que se dio algún principio tres años después de su muerte [de sor Jerónima], fundándose un monasterio de monjas descalzas en la ciudad de Macan, tierra firme de la gran China, que puede servir de escala y disposición para pasar al Japón (Letona, 1662: 56v-57r).

¹³ Apocalipsis (12:14).

1.5

[Conversiones de China y Japón]

Le fue dada la cabeza del predicador de las gentes y todo el cuerpo en el día de su admirable conversión del año de mil seiscientos y veinte y ocho. Así lo dijo la venerable madre a sus hijas, y que le habían apropiado todas sus epístolas en orden a la fundación que había hecho, en que le era dado a entender cuán agradable era a Nuestro Señor; y a los últimos de marzo dijo: “Yo no sé, amigas, qué quiera ser esto que el día de la conversión de san Pablo, como ya os dije, me dio el Señor aquella preciosa cabeza degollada¹⁴ en mis brazos, corriendo sangre, y algunas veces me halló con su cuerpo, y todo con gran resplandor y claridad, y estamos ya a los fines de marzo y no me la han quitado. Haceme dado a entender es para que pida a Dios mercedes por este precioso apóstol descabezado, así como cuando se me dio la cabeza de san Juan Bautista¹⁵, que me dijo el sagrado Evangelista que era para que pidiese por los merecimientos aquella santísima sangre, y así me da en gran creciente que le pida a Nuestro Señor por ambas cabezas las conversiones de China y Japón” (Quesada, 1713: 550).

Sor Jerónima trasladada al monte Tabor

1.6 a

[Esta es mi hija]

Los días de la Transfiguración era Jerónima llevada en espíritu al monte de este misterio, a que asistía muy favorecida del Eterno Padre que le decía: “Esta es mi hija querida en quien me estoy complaciendo” (Letona, 1662: 56v).

1.6 b

Estando yo en oración me cogió Nuestro Señor y puso en el monte Tabor, día de la Transfiguración, y así como dijo el Padre a Nuestro Señor Jesucristo: “Este es mi Hijo muy amado en quien mucho me agradé”, habló conmigo y dijo: “Esta es mi hija querida en la cual me he complacido” (Quesada, 1713: 514-515).

¹⁴ La cabeza de san Pablo, conocido como el predicador de las gentes.

¹⁵ Según los Evangelios de Mateo 14:1-12, Marcos 6:14-29 y Lucas 9:7-9, san Juan Bautista fue decapitado por Herodes Antipas.

Sor Jerónima en la Inmaculada Concepción

1.7

[Claridad de Dios]

Estando yo considerando el misterio soberano de la inmaculada concepción de Nuestra Señora la Virgen María, me pareció por el modo que siempre, intelectualmente, debe de ser, y un modo celestial, como me dijo la venerable María Anna de Jesús, que preguntándole yo cómo era este saber (lo que no veo ni nadie me dice sensiblemente), me respondió que es como en el cielo se entienden los bienaventurados. Pareciome, pues, por este modo, que me le declararon maravillosamente, y que la consideración que el alma tiene de la Inmaculada Concepción es de este modo. Representoseme el ser de Dios y su claridad infinita *ab aeterno*, y tenía en aquella inmensa claridad de la misma luz, que es Dios, una partecita que es la claridad de ese mismo Dios en sí misma de un tamaño pequeño como un real. Pongo esto así para darme a entender que como es la materia tal, y yo tan ignorante, no sé cómo me diga lo que acerca de este misterio se me representa (Quesada, 1713: 464).

Sor Jerónima ayudada por Dios Padre en problemas con la fundación

1.8

[El Señor consolándole]

Siempre la favoreció el Señor, y viendo que los prelados de la provincia no cesaban de molestarla, poniendo todo su cuidado en dar traza que las monjas se hubiesen de recibir trajesen sus dotes, las cuales se pusiesen en renta, pareciéndole a la venerable madre que con esto se contradecía y hacía repugnancia a la estrecha pobreza que siempre había pretendido en aquel convento, [...] y tratando de esto con todas las religiosas, tres días antes que muriese, dijo que el Señor le había aparecido consolándole en su aflicción, que esta era la mayor que se le podía ofrecer, y, dándole un amoroso abrazo, le había dicho: “No te dé pena todo eso, que aquí estoy y que lo remediaré” (Quesada, 1713: 369).

Otros encuentros

1.9

[Herejes]

Y estando yo de este modo y en esta petición, como Dios es el mismo que siempre ha sido y será, dice la venerable madre: “Me dijo su Majestad: –Pídeme también por Inglaterra y por los herejes holandeses y los demás. Y en esto se encendió en mayor fuego mi alma, viendo en Dios tantas sin luz de su Iglesia y a oscuras, sin la lumbre de la fe de su criador” (Quesada, 1713: 531).

1.10

[Rostro resplandeciente]

Muchas veces solía decir la venerable madre a sus hijas que Nuestro Señor le arrebatava el alma y que, cuando volvía al cuerpo, le hallaba como difunto, yerto y helado, y que sentía con tanto extremo el volver a él que no había tormentos, ni martirios, que tanto se sintiesen como esto sentía el alma. Y todo esto era de modo que no parecía haber estado arrobada en cuanto a la advertencia de lo que se ofrecía, porque cuando más metida estaba en esto, despachaba lo que se ofrecía, respondía a todo lo que se le preguntaba, satisfaciendo a todo, o advirtiendo las cosas forzosas aunque no se las preguntasen, y luego se quedaba tan recogida y quieta como si no fuera persona que viviese en este valle de lágrimas. Otras veces tenía en estos raptos tan claro y resplandeciente rostro que parecía despedir rayos de luz de él, y de mucho menos edad que la que tenía (Quesada, 1713: 160).

1.11

[Saetas en el pecho]

Habiendo padecido con extremo el día último de mayo de mil seiscientos y veinte y nueve, dijo a sus hijas lo siguiente: “Ay, amigas, desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana han hecho en este cuerpo lo que la voluntad de Dios ha sido. Muy malas noches os doy, que es lo que siento con extremo, pero habéis de saber que desde ayer a la madrugada, no sé cómo os diga esto, me vi a mí misma así como en vislumbre toda llena de saetas, y como corriendo sangre de la cabeza a los pies, y con grandísimo gozo de la voluntad de Dios le decía a su Majestad: –Pues si tú, Señor mío, gustas que yo esté delante de su divina presencia así, y que toda me asaeteén y corra esta sangre, ese mismo es mi gusto y deseo” (Quesada, 1713: 543-544).

1.12

[Dios le muestra a su padre, Pedro García Yáñez]

Esto pasaba en la vigilia de Santiago, por la mañana, y todo aquel día hasta las doce de la noche estuvo muy alerta hablando con Dios y la Virgen santísima, diciendo muchas ternuras y regalos, y por breve espacio se quedó suspensa, y cuando volvió dijo muy alegre: “Ahora en este instante me ha mostrado Dios a mi padre en el cielo, con grandísima gloria, vestido y coronado de emperador” (Quesada, 1713: 421).

1.13

[Visitada de Nuestro Señor]

Tuve, dice, grandísimas consideraciones y las tengo siempre de estar en el coro. [...] Entrábame en el coro y decía con Abraham: “Hallaré a mi Señor aunque soy polvo y ceniza”. Y estando cantando, me hallaba de improvisto tan de veras visitada de Nuestro Señor que de admiración se estremecía mi alma, viendo tan soberanas mercedes como Nuestro Señor me hacía, siendo tan indigna. Y con

esta propia nada que yo soy en todas las cosas de virtud y conociendo tan grande indignidad como hay de mi parte, decía: “Dios mío, ¿por qué? ¿Por qué, Dios mío, haces tan grandes bienes a quien ves que soy yo?”. Y respondiome su Majestad: “Porque quiero yo”. Este responderme y enseñarme no es con vista corporal (Quesada, 1713: 436).

2. Encuentros con Jesucristo

2.1

[Santa Encarnación]

“Y cuando fui llevada en espíritu a la casa de Loreto, donde fue la santa Encarnación, así se me descubrió aquel inefable misterio y aquel Dios que estaba en el vientre de su Madre, y hubo aquí grandes cosas en aquel abrazo de la Madre de Dios”. No fue esta la primera vez que la venerable madre recibió este favor, porque le había recibido en otra ocasión, y lo escribe junto con otro diciendo que su alma fue puesta en las manos de Dios, por estas palabras: “Otra vez me parecía estaba mi alma en las manos de Dios, y yo admirada quería no creerlo, aunque sentía ser verdad, y me fue dicho: —Las almas de los justos en las manos de Dios son” (Quesada, 1713: 520).

2.2

[Natividad]

Como a mis amigas, y queridas hijas, os digo para que os esforcéis mucho a servir de buena voluntad a un Dios tan bueno que un día de la Natividad del Señor me hallé en el portal de Belén, en la gloria de tan alto misterio y, estando muy junta al pesebre, nació de mi alma el Niño Jesús por un modo inefable. Admirada yo y sumida en mí, me fue dicho: “Esta merced no se ha concedido a otra criatura ninguna en la grandeza que a ti, después de su santísima Madre”. Y en aquel punto se halló el alma con el santo Niño en los brazos, y a los pechos, y atónita de tan gran favor decía: “¿Cómo, Señor, a mí que tan indigna soy, hacéis tan desmedidas mercedes?”. Y entonces dijo la santísima Virgen: “Cuando la Reina da un vestido suyo a una criada que quiere mucho, huélgase que le venga bien” (Quesada, 1713: 511-512).

Encuentros con el Niño Jesús

2.3

[Niño desnudo]

Estando un día en el coro, esta sierva de Dios vio una mujer tan pobre y desnuda que quebrantara los más duros corazones, la cual llevaba un niño muy hermoso en los brazos, tan pobre y desnudo como lo estaba su madre. Dolióle mucho aquella desnudez y pobreza, y especialmente la del niño, efecto ordinario de la ternura de su corazón, causado del fuego de la caridad, que se le derretía con su calor, como si fuera de cera. En ocasiones semejantes díjole desde la reja del coro a la pobre mujer que se fuese al torno y que le pusiese allí el niño, que le quería ver, a lo cual vino muy bien la madre, y la esposa del Señor con particular fuerza de espíritu llegó y, recibéndole en sus brazos, le apretaba entre ellos, regalándole y dándole amorosos besos, considerando en él al Niño Jesús, y no la engañaba su corazón cómo tan leal a su Dios. Como le veía tan desnudito, por una parte, lloraba aquella tan gran pobreza y desnudez, y, por otra, se holgaba considerando que aquella escogió su esposo como riquísimo tesoro, dejándole por mayorazgo de los que más amaba. Buscó entre las

religiosas algunas cosillas para vestir al niño y a la madre, y a una de sus hijas, que la venerable madre había criado, siendo maestra, le dijo sin que lo viesen las monjas que le descosiese las mangas de una túnica de estameña que traía debajo del hábito. Hizolo así la religiosa, y luego la venerable madre le cortó y cosió de ellas unas mantillas, y de una toca grande que tenía le hizo un pañalito y otro a modo de camilla, porque la prisa no daba lugar a más, y todo lo demás que recogió lo dio a la madre para que se vistiese. Y con esto estaba tan gozosa y alegre que decía a la religiosa que le había ayudado que no cabía de contenta, por ver que hubiesen sido de provecho las mangas y la toca para remediar aquella necesidad. Luego vino poco tiempo después la venerable María Ana de Jesús al convento a la cual, de ordinario, [...] manifestaba el Señor los favores que hacía a su sierva Jerónima. Y estando con ella en presencia de algunas religiosas, le dijo: “Bien te ha ido, Jerónima, con Nuestra Señora y el Niño Jesús, a quien entraste por el torno y le diste muchos besos y abrazos; y vestiste al hijo y a la madre” (Quesada, 1713: 235-236).

2.4

[El Niño en el pesebre]

Solía la gran Jerónima coger un Niño Jesús y con Él andaba por las mesas, pidiendo para el Hijo de Dios, que estaba desnudo en el pesebre, representaba las necesidades de su santísima Madre que estaba recién parida. Otras veces llevaba una imagen pequeña de la Virgen y decía que vistiesen a aquella Niña que tenía necesidad (Letona, 1662: 34r).

2.5

[El Niño en brazos de sor Jerónima]

Una vigilia de Navidad, yendo a prima con la misma tibieza y poca disposición que suelo, y estando oyendo la calenda, súbitamente (por el modo que siempre) me vi el alma aderezadísima y galana a lo divino, y que estaba junto a Nuestra Señora y que me dijo: “Tengo de darte el Niño”. Y en ese punto le tuve en mis indignos brazos, que la Virgen me le dio, y de esta manera quiso Nuestra Señora que le tuviese estando yo asentada de la manera que ponen a Nuestra Señora con su hijo en los brazos, en el nacimiento (Quesada, 1713: 501).

2.6

[Niño reluciente]

En el día de la Purificación, también hallándome en el templo, me dieron el Niño la sacratísima Madre y el santo Simeón, y un gran conocimiento y luz de cómo es verdadera lumbre que alumbra las gentes aquel divino Niño. Y tan grande fue esta luz que, cuando comulgo, digo, en viendo la forma: “Tú eres verdadera lumbre que alumbra a las gentes. Y con esta luz llegó a recibir a su Majestad, pidiéndole me alumbre para que nunca yo esté ni por instante alguno en las tinieblas de disgustarle, que sería para mí más que mil infiernos” (Quesada, 1713: 501).

2.7

[Niño siendo adorado]

En estas fiestas de Pascua del año de mil seiscientos y veinte y ocho, por el modo que siempre, me dio la sacratísima Virgen María al Niño Jesús recién nacido, y estando con él encogida y confusa, viéndome con tan divino tesoro en las manos, quería la sacratísima Virgen María que en tal poder le viesen y adorasen las naciones, y en esto veía muchedumbre infinita de gentes extrañas y conocidas que le adoraban (Quesada, 1713: 502).

2.8 a

[Sor Jerónima iba transportada en la procesión]

Cuando en el Convento de Santa Clara de Sevilla se hizo la procesión por el claustro, el día del Corpus, que la venerable madre Jerónima revestida con una muceta llevó un Niño Jesús, como lo acostumbran aquellas siervas de Dios, hízole favor su Majestad a esta fiel esposa de que por maravilloso modo le llevase sacramentado, como se dirá en otra parte. En este día y ocasión fueron muy crecidas las mercedes y, al recibir el Niño Jesús, se le puso el rostro a la venerable madre transparente y con tan particular hermosura que parecía despedir de él rayos de luz. Iba en la procesión tan transportada que no asentaba los pies en el suelo, andando a un lado y al otro, al modo que el viento suele mover una paja. Fue cosa tan digna de admiración que todas las monjas repararon en ello y acabada la procesión, cuando le fueron a quitar al Niño Jesús de las manos, le tenía tan fuertemente asido que no se le pudieron sacar de ellas por mucho espacio (Quesada, 1713: 161).

2.8 b

El día del santísimo año de 1620 se halló la madre Jerónima en nuestra madre Santa Clara de Sevilla, donde por el claustro las religiosas hicieron una procesión con el Niño Jesús que llevaba la madre Jerónima en sus manos. Y apenas le recibió cuando se le puso su rostro transparente y con tanta hermosura que parecía despedir de él rayos de luz. Iba en la procesión tan transportada que casi no asentaba los pies en el suelo, andaba a un lado y a otro, al modo que el viento suele mover una pluma, de que fue testigo toda aquella santa y grave comunidad. Estaba el claustro riquísimamente colgado y adornado con suntuosos altares, y delante del Niño Jesús iba bailando una niña, y nada de esto vio la madre Jerónima y, habiéndose acabado la procesión, tenía tan fuertemente asido el Niño Jesús que no se lo pudieron sacar en mucho espacio (Letona, 1662: 19v).

2.9

[Vino el Niño Jesús]

Habiendo padecido grandísimas penalidades y tormentos aquella noche, dijo después: “Pues visteis lo que anoche padecí, sabed también que vino el Niño Jesús y de largo a largo se me tendió en los brazos, y esta fue la causa de aquellos efectos” (Quesada, 1713: 506).

2.10

[El Niño Jesús al cuello de sor Jerónima]

El día octavo de san Juan Bautista, del año de mil seiscientos y veinte y nueve, fue puesta la sierva de Dios en grandísimo conflicto de dolores y tormentos, y como estos eran a veces efectos de grandes mercedes, y a veces disposición para otras mayores, en premio de la paciencia con que padecía y deseaba padecer mucho más por su amado Esposo, crecieron estas al paso de aquellos y le hizo el Señor entre otras muchas mercedes las tres referidas, las cuales contó la venerable madre a sus hijas de esta suerte, saliendo como de madre con tan grande avenida: “Válgame Dios, amigas, ¿tantos favores juntos? Tengo el Niño Jesús al cuello con grandísima hermosura, y está mamando a mis pechos ahora en este punto reclinado como los demás niños al pecho de sus madres, y junto con esto estoy hecha sepulcro de él mismo como cuando le descendieron de la cruz, y está de largo a largo tendido en el alma con toda su potestad y está también en la custodia delante del pecho sacramentado” (Quesada, 1713: 512).

2.11

[Día de reyes]

En el día de los reyes fue lo mismo, y así, cuando los reyes le adoraron y ofrecieron sus ofrendas, estaba yo atajadísima y tan confundida en tal ocasión como se puede entender, viéndome nada y la facilidad que tengo en ofender a tan buen Dios, si por su misericordia no me defiende, y que los pobres brazos míos tenían al Niño Jesús, como tengo dicho, estando yo asentada, y los reyes le adoraban como a rey universal de cielo y tierra (Quesada, 1713: 501).

2.12

[El Niño Jesús celoso]

Oh, amigas, aquí está el gran Bautista que se manifestó a mi alma desde las vísperas de su fiesta y no me ha dejado. A las vísperas estuvo grande y, comenzándose los maitines, estuvo como niño colgándose de mi cuello, echome los brazos y así me lo tengo haciéndome las caricias que suele y también le tengo grande que me ha puesto debajo de su piel. La noche siguiente dijo: “Habéis de saber que ya estoy mejor de estos aprietos”. Vino el Niño Jesús muy benigno y colgoseme al cuello, apartándose el niño Juan, porque como el Niño Dios es poderoso y supremo Señor, hizo lugar (Quesada, 1713: 531).

2.13

[El Niño Jesús sentado en dinero]

Pidiéndole a su Majestad que moviese los corazones de algunas personas poderosas para que por falta de dinero no dejase de fundarse el convento, le sucedió lo siguiente. “Estando en esta petición –dice la venerable madre–, vi intelectualmente al Niño Jesús asentado en una caja de madera

cuadrada, llena de reales de a ocho, y estaba el santo Niño desnudo con solo un velo y vueltas las espaldas a mí. Yo comencé a decirle: –Vida mía y Señor mío, volvedme el rostro. Hizolo su Majestad con su liberalidad infinita y con grande presteza me echó los brazos al cuello y así me le veo siempre de cara” (Quesada, 1713: 299).

Encuentros con Jesús adulto

2.14

[Bautizo de Jesús]

En un día del Bautismo me hallé en el Jordán, intelectualmente. Estaba yo de rodillas, vuelto el rostro a Nuestro Señor entre su divina majestad y san Juan que le bautizaba. No vi qué fue lo que salió del pecho de Nuestro Señor y dio en el mío, que me hizo toda estremecer tanto que no sé significarlo. Un padre, que había a la sazón en nuestra orden y vivía en Toledo, el cual se llamaba fray Diego de la Fuente, me dijo se había helado por voluntad de Nuestro Señor presente cuando esto pasó, y que eran tres gotas de sangre las que del divino pecho salieron y dieron en el mío que me causaron aquel estremecimiento tan grande, y que significaba algunos trabajos que Nuestro Señor quería que yo pasase (Quesada, 1713: 532-533).

2.15

[Procesión de ramos]

Las semanas santas, y otros algunos días de misterios particulares del año, solía frecuentemente Jerónima, en visión imaginaria, acompañar al Señor en la procesión de ramos, en la cena, lavatorio e institución de la sagrada eucaristía del Jueves Santo; en la oración del huerto, en el prendimiento, en todas las estaciones del Viernes Santo; en los azotes, en la coronación de espinas, y en el viaje del Calvario donde le parecía ser crucificada con el Señor, con extraordinarias circunstancias que por justos respectos se dejan de referir (Letona, 1662: 56r).

2.16

[Entrada a Jerusalén]

Yo –dijo [sor Jerónima]–, fui llevada en espíritu con el Señor al Efrén; cuando se retiró allí, me hallé en aquella procesión de los ramos entrada de Jerusalén como si en aquel tiempo fuera; y luego me hallé en el prendimiento, y cuando fue llevado de pontífice a pontífice y en todo lo demás últimamente. Luego el Viernes Santo fui con el Señor crucificado y allí estaba con Él en la cruz. Y al tiempo que expiró y salió aquella benditísima alma, entró la mía y la sentí, y conocí, y allí fue hecho y obrado en mí todo lo que Dios fue servido (Quesada, 1713: 439-440).

Visiones con la crucifixión de Jesús

2.17

[Jesús en la columna]

Habiendo acabado de comulgar, le preguntaron sus hijas qué apresuras habían sido las de aquella noche y respondió: “Ya, hermanas, por poco no salió el alma, porque como era jueves y a la hora del prendimiento estuve con mi Señor, fui acompañando en todo aquel tropel hasta la columna y fue mucho lo que allí hubo en ver a Dios tan maltratado, y al atarle las manos llamé para socorrer con algo la naturaleza. Ay, amigas, ¿Dios en columna de tanta deshonra? Aquel que viste los cielos y la tierra de hermosura verle desnudo, ¿qué corazón no se quebrantará?”. Con esto estuvo aquel viernes como elevada, sin hablar; tenía los ojos cerrados y de cuando en cuando los abría un poco, y como enclavadas las manos daba lastimosos gemidos y amorosos suspiros diciendo: “Oh, qué amor tan fuerte. Alcánzome el corazón, y está dividido en dos partes y mi Señor dentro de él tendido de largo a largo, y mi alma está hecha sepulcro” (Quesada, 1713: 457).

2.18

[Sor Jerónima al pie de la cruz]

Un viernes –dice [sor Jerónima]–, estando en espíritu al pie de la cruz, en el Calvario, cuando Nuestro Señor crucificado estaba aún vivo, me pareció muy imprevisto que estaba yo caída al pie de la cruz entre Nuestra Señora y mi señor san Juan Evangelista, que estaban en pie. Y como yo estaba sobre mi faz orando, arrojada en aquel suelo, volvía la cabeza a Nuestra Señora y le pedía misericordia y gracia para todas las esposas tuyas que somos, y serán hasta el último día en estas fundaciones y en todos los reinos, porque fuésemos tales como su majestad quiere que seamos. Pareciome que Nuestra Señora tomaba mi alma en sus brazos y me llegaba a sí con mucha benevolencia y clemencia y oía mis peticiones (Quesada, 1713: 535).

Sepulcro de Jesús

2.19

[Sepulcro de Jesús]

Entrome yo con Él en este trance, y algunas veces en este modo de oración le he sentido en aquella angustia reclinar su cabeza sobre mi hombro, como tomándole para descanso. Esta noche, pues, hice lo mismo y estando así en tan grandes dolores, que parecía queriaseme acabar la vida y salirse el alma, no me dejó parar allí y llevome al pie de la cruz donde estando clavado me dijo: “Has de ser mi sepulcro”. Y en un instante me le dieron muerto, y echado dentro de mí, y halleme sepulcro de Nuestro Señor (Quesada, 1713: 457).

2.20

[Divino difunto]

El Viernes Santo en esta cuaresma estando –dice [sor Jerónima]– cantando en tinieblas, me hallé espiritualmente en el monte Calvario y hablando Nuestra Señora al alma me dijo: “Tú has de ser sepulcro de mi Hijo”. Y en ese punto le sentí en mi alma cómo le pusieron cuando le sepultaron. Y ya he dicho que estas mercedes no me impedían el hacer cosa alguna, en que estuviere ocupada por obediencia. Pues como yo había estado en tal tibieza y sequedad antes de esto, me hallé en tal ocasión tan de veras que luego el alma se halló con tan divino difunto (Quesada, 1713: 455).

2.21

[Entró Jesús en ella]

Otro día de Viernes Santo –dice la venerable madre en lo que escribió de su mano y esto le sucedió en Toledo–, estando yo considerando a las tres de la tarde cómo Nuestro Señor había expirado, sentí aquella sacratísima Alma suya, por el mismo modo que tengo dicho me hace Nuestro Señor las demás mercedes, que había entrado en la mía, y enriquecidola con tan infinitos tesoros, comunicándose en ella, que no hay lenguaje cómo significarlos ni declarar el conocimiento que tuve de mí, e indignidad a quien tan gran Dios se acomodaba, dándome tan grandes e inmensos tesoros (Quesada, 1713: 440).

Dolores de Cristo en sor Jerónima

2.22

[Sor Jerónima herida de la lanza]

Sentí, hijas mías, esta noche la lanza que hirió a nuestro amantísimo Esposo Jesús, estando en la cruz, y aquel dolor que su Majestad no sintió por estar ya muerto me ha dado a mí. Amigas, que os diré de cuál me tiene aquel fuego de la sangre de nuestro señor Jesucristo que venía en la punta de la lanza. Lanzola por mi costado y penetró hasta el corazón de que me estoy abrasando, y ha sido gran cosa no haber dado grandes voces (Quesada, 1713: 447-448).

2.23

[Clavos traspasados]

Estando pues yo en ella, [en la procesión], un Domingo de Ramos y procurando ir en la procesión de aquel día, acompañando a Nuestro Señor y suplicándole me admitiese en su compañía y que yo muriese con él, me hallé muy transformada en los dolores de su Majestad espiritualmente, y tanto que me parecía que de los pies y manos me arrastraban, llevando los clavos traspasados por ellos sin dolor corporal alguno, y esto mismo me parece siempre, y que el corazón también le tengo herido sin dolor (Quesada, 1713: 439).

2.24

[Dolores celestiales]

En otras ocasiones parece que el divino Cordero retocaba con su sangre el corazón de su purísima esposa Jerónima, con que vivía tan consumida y flaca, que parecía un retrato de la muerte, y le parecía que aun las médulas de sus huesos las tenía secas, especialmente los viernes eran más intensos estos dolores y solía estar más desfigurada. En estas ocasiones se ponía a orar en cruz, y parecía verdaderamente un Cristo crucificado, y quien tenía dicha de verla así causaba grandísima devoción, porque, clavados sus ojos en un santo crucifijo, se quedaba tan arrebatada en Dios que parecía haber expirado. Tres horas solía estar así, dando algunos suspiros tan tiernos que parecía arrancarse el alma. Los viernes santos eran todos estos dolores y sentimientos redoblados y mayores sobre todo encarecimiento. Bien que estos dolores eran celestiales, mezclados con divinos y suavísimos regalos, que juntamente gozaba su alma por un modo superiorísimo a todo humano lenguaje (Letona, 1662: 58r).

2.25

[Crucificada]

Cuando le ponían el hábito, consideraba que le ponían en la cruz del Señor, deseando ser crucificada con él; en la cuerda se le representaba la soga y cadenas con que fue atado y llevado al Calvario, las tocas, la corona de espinas que llevaba en su cabeza. Viéndose Jerónima en estas insignias, no cabía de consolada con estas consideraciones que le duraron toda su vida (Letona, 1662: 6r-6v).

2.26

[Desmenuzando su cuerpo con dolores]

Muchas veces sintió Jerónima los dolores excesivos de la corona de espinas con incomparables tormentos que sentía en su cabeza, y aun en todo el cuerpo, porque le parecía que la estaban desmenuzando desde la cabeza a los pies, como si la fueran apartando la carne de los huesos con garfios de hierro y sacándola las entrañas a pedazos. También sintió Jerónima, muchas veces, dolores del descoyuntamiento que padeció el Señor cuando le entendieron en la cruz, porque solía tener descoyuntados los huesos de los hombros, y como apartados unos de otros. Muchos años tuvo Jerónima sobre el hombro derecho una llaga en representación, y memoria de la que hizo al Señor en el suyo el peso de la Cruz. De esta llaga manaban de ordinario sangre y agua, y nunca la quería curar, antes ponía sobre ella, y las demás llagas, los silicios que en su lugar quedan referidos (Letona, 1662: 57v).

2.27

[Dolores de las ligaduras]

Un viernes le dio a sentir los dolores de las crueles ligaduras de sus manos cuando fue atado [Jesús] a la columna, en que Jerónima padeció incomparables tormentos de que ternísimamente la oían quejar algunas voces. Y en sus manos se le veían algunas señales de este tormento, teniendo sus dedos tan hinchados que parecía querer reventar la sangre por entre las uñas y las yemas; el rostro tenía moreteado y las manos tan pálidas que parecían de cuerpo de difunto (Letona, 1662: 57v).

2.28

[Dolores de las ataduras]

Por el mismo tiempo que generalmente comenzó a sentir los dolores de la Pasión, le regaló el Señor con el de las crueles ligaduras de las manos, cuando fue amarrado en la columna, pero el principio de los mayores rigores de este sentimiento fue un viernes al amanecer a tres de agosto del año de mil seiscientos y veinte nueve. [...] ¡Oh, qué terribles han sido los dolores de las ataduras de las manos a la columna! Y descubriendo las manos, las tenía con grandes señales de lo que padecía en ellas, porque tenía los dedos tan hinchados que al parecer querían reventar la sangre por entre las yemas de ellos y las uñas. Y así, el rostro como las manos, las tenía a veces muy moreteadas y a veces tan pálidas que parecían de cuerpo de difunto (Quesada, 1713: 449-450).

Otros dolores

2.29

[Tormentos del otro mundo]

Fuera de estos dolores de la sagrada Pasión, padecía Jerónima otros extraordinarios de enfermedades gravísimas y calenturas muy ardientes, unos fríos intolerables que todos mezclados parecían tormentos del otro mundo que, como dijo el santo Job, los atormentados continuamente se mudan del fuego a la nieve. [...] Muchas veces le parecía que su cuerpo estaba colgado de crueles garfios de hierro, y era tan valiente y esforzado el espíritu de Jerónima que no apetecía descanso ni alivio, antes apetecía más dolores por ver que ese era el gusto de su Esposo que se estaba recreando en verla padecer, y batallar, por lo bien y mucho que por aquí medraba (Letona, 1662: 58r-58v).

Resurrección de Jesucristo

2.30

[Resurrección]

Un Sábado Santo me dijo una monja que se llamaba Isabel de la Puente, muy sierva de Dios: “Madre Jerónima, por amor de Dios, me cumpla un deseo, y es que las dos vamos a la huerta esta

noche a esperar la resurrección de Nuestro Señor”. Su majestad lo quiso, sin duda, porque yo no admitía compañía en tales ocasiones, más ella era una mujer de edad y me pidió esto con mucha gana, y así fuimos a las siete de la tarde, cuando ya son acabadas las cosas que de comunidad se ofrecen hacer. Y estuvimos de rodilla siete horas, sin menearnos de un lugar, hasta las dos, que a esta hora es cuando aquella noche se dicen los maitines. Pusimonos encima de unos peñascos que allí había, donde estaba una cruz fijada en ellos, y, considerando yo que estaba a la puerta de la llaga del costado, suplicaba a Nuestro Señor que me entrase dentro y por su misericordia me lo concedió. Mi compañera estaba en la misma petición y sola una palabra me habló en todo este tiempo (Quesada, 1713: 458).

El cuerpo físico de sor Jerónima durante los encuentros con Jesús

2.31 a

[El rostro como un ángel]

Y estando diciendo: “Que me quemó, amigas, porque no es este fuego como los demás”, tenía el rostro como un ángel, todo inflamado, que al parecer despedía rayos de luz; y señaló con la mano que le mirasen el pie derecho y vieron que tenía la señal del clavo redonda, hecha un esmalte en contorno, a modo de dibujo encarnado y como una rosa, y mirándole también el izquierdo, vieron la misma señal aunque no tan encarnada (Quesada, 1713: 448).

2.31 b

Muchas veces llegaba a suspender sus operaciones vitales, pero era de modo que no la privaba de la advertencia de todo lo que se ofrecía, respondiendo, satisfaciendo o advirtiendo todo lo necesario. Y luego se quedaba tan recogida como si fuera un ángel. En estos raptos suaves, despedía de su rostro muy claros resplandores de luz, reduciéndose su aspecto al parecer de mucho menos edad que tenía: unas veces más, otras, menos. Advirtieronlo muchas veces sus hijas y, diciéndoselo una vez, respondió con aquel verso de David: “Mi corazón y mi cuerpo se han recreado en Dios vivo, gozando de sus favores, cuya grandeza con sola su comunicación hizo resplandecer el rostro de Moisés. Todo es burla, amigas, sino es Dios que hace cosa consigo a la criatura”. Estos éxtasis, de perfecta unión, los últimos años solía durarla muchos meses continuos y solía entonces decir lo que san Pablo: “Vivo yo, pero no vivo yo; sino vive en mí Cristo”. Otras veces decía con el mismo apóstol que no sabía si cuando recibía estos favores estaba su alma unida al cuerpo o desasida de él, que Dios solo lo sabía (Letona, 1662: 19v).

3. Encuentros con el Espíritu Santo

3.1

[Hermosa paloma]

El Espíritu Santo, en sus festividades, en forma de hermosa paloma se ponía sobre su cabeza de Jerónima llenándola del fuego de su divino amor (Letona, 1662: 56v).

3.2

[Entierro de la madre de sor Jerónima]

Cuando estábamos haciendo el oficio del entierro, [dice sor Jerónima], estuvo una paloma blanquísima y muy grande sobre el tejado de la iglesia, en la parte donde estaba y correspondía a la sepultura. Y holgabanse las monjas de verla y procuraban con cebo cómo podían cogerla, y la paloma, según dijeron, que yo no la vi, no se movió de aquel lugar hasta que el cuerpo fue enterrado. Dijeron que era demostración que el Espíritu Santo había hecho, como tan infinito en bondad y benevolencia por la gran devoción con que mi madre celebraba cada año la fiesta del Espíritu Santo. [...] Trasládose su cuerpo después de algunos años y hallóse entero, honrando así el Señor a su sierva que le había servido fielmente (Quesada, 1713: 29-30).

3.3

[Espíritu Santo apremiando]

Para manifestar cuán agradable le era esta habitación¹⁶, quiso el Espíritu Santo, una Pascua suya, habitar por maravilloso modo en esta gustosa morada, apareciéndosele a la venerable madre y favoreciéndola en forma de una hermosísima paloma, premiando a su sierva los ayunos, disciplinas y penitencias con que se disponía para recibirle espiritualmente en esta fiesta, la cual escribe la venerable madre como se sigue: [...] “Aquella noche, pues, que dio del Espíritu Santo cuando acababa la disciplina, sentí la divina paloma encima de mi cabeza, y que toda me embebía en sí y me cubría con tan inmensos efectos de amor que me convertía en sí misma; yo con mis acostumbradas sospechas dije: —Las tres y media son. Y ha de ver que me dice María Ana, y la ciega Ana de la Concepción, que también me decía puntualmente en todas las ocasiones lo que pasaba en mi alma. Quedé yo tan endiosada, como se puede entender, y admirada de tan inmensa bondad de Dios que así se manifiesta en hacer mercedes a quien no las merece. Vino María Ana y Dijome: —Bien te ha ido, Jerónima, esta Pascua. ¡Oh, qué belleza de paloma y qué variedad de plumas y grandeza de divino fuego!” (Quesada, 1713: 516).

¹⁶ Se refiere a sor Jerónima como morada y habitación del Espíritu Santo.

4. Encuentros con la virgen María

4.1

[Nacimiento de la Virgen María]

En el año de mil seiscientos y veinte ocho, un martes veinte y nueve, padecido mucho, dijo a sus hijas cómo estando en contemplación de los grandes merecimientos de santa Ana, de quien era devotísima, y considerando cómo en tal día parió a la Llena de Gracia, se le había comunicado la Madre de Dios como niña hermosísima, del modo que nació, cuya hermosura, decía, no cabía en merecimiento humano (Quesada, 1713: 509).

La virgen María actuando como madre de sor Jerónima

4.2 a

[La Virgen en un corredor]

“Desde tan pequeña, que aún no me había quitado mi madre el pecho, cruzaba yo las manecillas y mirando al cielo hablaba con Nuestra Señora, allá en mi lenguaje, pereciéndome por ella. No la veía yo, mas acá me daba la piadosa madre como le hablase, y esto me pasaba en aquella edad, desde que se me manifestó andando yo por un corredorcillo de casa. Y cuando yo era niña, y después cuando ya era mayorcilla, ni rezaba Ave María, ni podía rezarla, sino que me lo hallaba dicho; y todo era amar y desear glorificar a la soberana Reina. [...] Andando yo por un corredor de mi casa, no sé qué se me dio en conocimiento de la Virgen, intelectual y cosa del Cielo debió de ser, porque se me iba en andar los ojos fijos y clavados en el cielo, abrazándome en el amor de la Virgen Santísima, y digo otra vez que aún no me habían quitado el pecho”, esto dijo la venerable madre a sus hijas (Quesada, 1713: 57).

4.2 b

Jerónima descubrió temprano indicios del grande y alto edificio de santidad, que en su alma quería edificar el divino artífice, pues, habiéndosele acelerado el uso de la razón, aun antes que supiera pronunciar palabras, las hablaba con Dios y con la Virgen. Siendo aún de pecho, cruzaba sus manecillas y miraba frecuente y devotamente al cielo, por habersele manifestado entonces la Reina de los ángeles, ofreciéndosele por madre y mereciendo de sus sacratísimos brazos y labios cariñosos, y favores de hija, a que ella correspondía con rezar el Ave María con lengua balbuciente, pero con gran devoción a esta gran Señora, que desde entonces se le estampó en su corazón para siempre (Letona, 1662: 54r).

4.3

[Sor Jerónima reengendrada en el vientre de la Virgen]

Un día de San Juan Bautista¹⁷, comendándose en el coro a oficiar la misa y diciendo las cantoras el introito “*De ventre matris meae*”¹⁸, me hallé por el modo que suelo en casa de Zacarías¹⁹. Y estando asentada Nuestra Señora en un asiento, no muy alto, tenía al niño san Juan en el brazo derecho, desnudo, al parecer, estaba el niño y como en pie. Estaba allí el sagrado san Juan Evangelista, y por el lado izquierdo de Nuestra Señora llegó el sagrado apóstol [san Juan] y puso mi cabeza, estando yo de rodillas, sobre el vientre santísimo de la Madre de Dios donde estaba el verbo encarnado. Y en un imprevisto me pareció que su Majestad me reengendraba de suerte, puesta mi cabeza sobre aquel divino vientre, que podía yo llamar el vientre de mi madre y que me era dicho que dijese por mí el introito²⁰ de aquel día diciendo: “Del vientre de mi madre me llamó el Señor por mi nombre, y me puso como cuchillo agudo, con su mano me defendió y me puso como saeta escogida”²¹ (Quesada, 1713: 527).

4.4

[Hija de la Virgen]

[Sor Jerónima dijo a sus compañeras:] “Y hoy fuime con la consideración al Calvario, halleme en él y oí aquella palabra: “*Ecce mater tua*”²². Que como al glorioso san Juan Evangelista le dijo el Señor, señalando a la Virgen santísima: “Mira, que esta es tu madre”, así me lo decía a mí, y entendí ser allí recibida por hija de la Madre de Dios y que ella era mi madre. Y de esta merced se han renovado todas las demás, y todo mi cuerpo está abierto, pies, manos y costado; y las canillas de las piernas están de par en par y estoy como empalada con una estaca que desde el suelo me penetra hasta el cerebro, que solo esto bastara para morir mil veces, y con un hacha de partir leña vienen apriesa y me parten por unas y otras partes, y de esto me procede el no poder andar estos días (Quesada, 1713: 467).

4.5

[El alma de sor Jerónima tomada por la Virgen]

Acaeciome un viernes, estando en aquí Manila, dice sor Jerónima]: [...] “Intelectualmente me hallé el alma, que Nuestra Señora la tenía, como yo consideraba que fue de esta suerte. Estaba yo junto a mi señor san Juan Evangelista, renovando también la memoria de la Pasión y mirando a Nuestro

¹⁷ 24 de junio.

¹⁸ “Del vientre de mi madre”.

¹⁹ Padre de san Juan Bautista

²⁰ “*Introito*. Lo mismo que entrada o principio de otra cosa, y así suelen llamarse introitos a las antífonas que se dicen antes de los salmos, pero singularmente se llama introito el principio de la misa y lo que se dice en ella para entrar al altar” (*Autoridades*).

²¹ Isaías (49:1).

²² “He aquí tu madre”.

Señor, que le tenía Nuestra Señora en sus brazos, estando asentada, considerando la sacratísima Madre las llagas de aquel sagrado cuerpo. [...] Nuestra Señora, que miraba la llaga del sacratísimo costado del cuerpo de su amado, teniéndole en los brazos, me pareció que puso mi alma entre sí y su sacratísimo hijo. Y mirando yo aquel corazón divino, acordoseme que estaba yo dentro por su misericordia” (Quesada, 1713: 466).

La Virgen lactando a sor Jerónima

4.6

[Leche suavísima]

Y el día de la Visitación de este mismo año, estando con ansias mortales que le causaban los dolores, dijo a sus hijas: “Amigas, como esta noche me viese tan apretada, llamé a mi Señora del Populo²³, la [del Convento de] Santa Isabel, y vino luego con grandísima gloria y hermosura. Trújome el niño y jugaba conmigo, dándome la manecita en la cabeza, como suele, y cogióme la Santísima Reina por el brazo derecho, porque el otro lado estaba el niño, y la muy benigna madre puso mi boca a su pecho, y yo mamaba lindamente de aquella leche suavísima, que no hay licor a que comparar aquel dulzor; y el Santísimo Niño no hacía sino reírse conmigo, y a deshora me volvió que no parecí. Y cada vez lo hace así cuando viene su Santísima Madre, y esto es cada día si yo la llamo y quiero mamar, porque a tanto como esto han llegado las misericordias de la Virgen” (Quesada, 1713: 504-505).

4.7

[Divinos pechos]

Cuando sola la fe me regía, [dice sor Jerónima], que estaba mi alma con mucha sequedad aquellos años, que he dicho antes de ahora, cuando ayunaba no comiendo, sino los martes y el jueves, y algunas semanas el jueves solamente, como me veía tan flaca y descaecida, decíale a Nuestra Señora: “Madre de Dios, vos me recread y esforzad con la leche de vuestros sagrados pechos”. Y después algunas horas me sentía con disposición y esfuerzo para ir adelante. Y muchas veces por el modo intelectual que tengo dicho, me hallo, estando Nuestra Señora asentada y yo de rodillas, al lado derecho, que me da su divino pecho; y el Niño Jesús que tiene llegado a sí, mamando el pecho izquierdo, extiende la mano y llegando a mi rostro me desaparece en sí mismo, y conociendo yo por la misericordia de Dios, y mediante la divina gracia, que la merced que Nuestra Señora me hace cuando me da su divina leche es disponerme para las [sequedades] que se han de seguir. [...] Y ahora no solo me favorece con tan grande favor como es darme su divina leche muchas veces, sino que por su intercesión soy transformada por el Divino Niño, dándome tantas dádivas en correspondencia de aquellos indignos e imperfectos servicios (Quesada, 1713: 503).

²³ Advocación mariana.

4.8

[Santísimo pecho]

Muchas veces me acontece, escribe la venerable madre, que la Reina de los ángeles me da su santísimo pecho derecho y, estando yo a mi parecer de rodillas, llegando a recibir esta soberana merced, el Niño Jesús (que tiene la Sacratísima Madre en el brazo izquierdo), llega su mano a mi rostro por debajo de la barba con gran benevolencia y me traga, y no sé cómo me deja toda en sí que en sí mismo me desaparece. También me pone mi Creador como criatura y como el ama que cría. Toma el Niño en los brazos para darle de mamar, así le tengo yo; y puesto en los [pechos] míos, indignos, está de modo que es el pecho del corazón que siempre mama (Quesada, 1713: 508).

La Virgen compañera y consejera de sor Jerónima

4.9

[Apadrinada por la Virgen]

Llegose el día de la profesión tan deseado de Jerónima que fue a 17 de agosto del año de 1571. [...] Hincose de rodillas ante la prelada y sintió en su espíritu que la Reina de los ángeles personalmente la asistía y apadrinaba juntando sus manos, con las de Cristo, en las de la prelada (Letona, 1662: 7v).

4.10

[Consejo de la Virgen]

El primer favor, y como introducción y fundamento de todos los demás, que Jerónima recibió de la liberalidad divina fue un humildísimo reconocimiento con que muy superiormente la ilustró un día de la Magdalena, en que habiendo Jerónima pedido a la Virgen una buena consideración para no malograr los divinos favores, oyó en su interior esta comparación: “Si en una esportilla se depositan joyas de mucho valor, las joyas son del dueño que las deposita y no de la esportilla donde las deposita”. Siempre Jerónima se tuvo por vilísima esportilla, como a cada paso la confiesa ingenuamente en todos sus escritos, y toda su vida lo mostró en dichos y hechos (Letona, 1662: 55v).

4.11

[La Virgen anuncia el viaje a Oriente]

[Sor Jerónima] tenía particular devoción a la Virgen, Nuestra Señora, y todos los días le rezaba sus devociones, y un día después de haberlas cumplido, quedándose en un sueño leve, se le apareció la Reina del cielo con su precioso Hijo en los brazos, y esta sierva le habló de esta suerte: “Señora mía, y Madre de Dios, suplico a vuestra majestad me haga mercedes”. Y la piadosa Madre de misericordia se las prometió diciendo: “Que me place, hija, y muy presto vendré por ti”. Ella con

aquel alborozo le pidió señal del cumplimiento de aquella palabra, y la Reina del cielo le hizo unas letras de “Japón” en los dedos, con que desapareció (Quesada, 1713: 419).

4.12 a

[Sor Jerónima como sepulcro de la Virgen]

[Dice sor Jerónima]: Estando yo una vez en la contemplación de esta fiesta [de la Asunción de la Virgen], me sepultaron el cuerpo de la purísima Virgen María, Madre de Dios, en mi alma. Y todos los tres días estuve en grandes júbilos de alegría diciendo: “*Surge, prospera amica mea, columba mea, immaculata mea*²⁴”, y otras canciones que yo me concertaba. Hacíale muchas danzas y decíale muchos cánticos celestiales y, al tercero día, se levantó con grande refulgencia y gloria como Madre de Dios y Reina de Cielo y Tierra. Y subía con grande majestad y acompañamiento de ángeles que la llevaban con cánticos y músicas los serafines, y todos los cortesanos del cielo le decían maravillosos motetes. Yo también iba entre ellos diciendo: “Reina mía, quien por vos diera mil vueltas en las parrillas de san Laurencio y padeciera otros martirios que todos cuantos han padecido los santos, quisiera yo pasar ahora por vuestro servicio”. Entre todos iba danzando hasta tanto que en tales ejercicios entró mi Señora en el cielo con gran solemnidad, y en verdad que no me quedé yo acá. Oh, amigas, ¡qué hubo allá dentro que ver!, con todos salí a danzar en las fiestas que de la entrada de la Madre de Dios resultaban, y de allí fue subida mi alma al abismo de todos los bienes, y después quedé muy enferma porque aquellos martirios que allí deseé, padecí (Quesada, 1713: 499).

4.12 b

Un día de la Asunción, que era su fiesta y misterio de su principal devoción [de sor Jerónima], entendió por noticias superiores que la Virgen Santísima no murió de enfermedad corporal, sino de una muy suave y muy regalada enfermedad espiritual de amor, con todas las circunstancias que refieren algunos de los santos padres. Y que los tres días que su sacratísimo y virginal cuerpo estuvo en el sepulcro del valle de Josafat, resplandecía como el sol. Algunas veces, en visión imaginaria, se le representaba este misterio de la asunción y acompañaba a la Virgen en espíritu, festejando su triunfo, en compañía de los ángeles y de todos los cortesanos del cielo (Letona, 1662: 55v-56r).

Figura de la Virgen moviéndose

4.13

[Las palmas despegadas en una imagen de la Concepción]

Trajeron la imagen [de la Purísima Concepción] a la venerable madre [sor Jerónima] después de acabada para disponer la pedrería, [...] y con grande fervor dijo, hablando con la Virgen Santísima: “Oh, Reina del cielo, Madre de Dios y mía, ¿manos tan liberales y lindas han de estar juntas y apretadas?”. Fue cosa maravillosa que, apenas hubo dicho esto cuando, por ser ya noche, encerraron

²⁴ “Levántate, mi rápida amiga, paloma mía, inmaculada mía”.

a la santa imagen en un aposento, y a la mañana cuando vinieron a verla se vieron despegadas suficientemente las palmas con admiración de todos, lo cual se tomó por fe y testimonio y la fama se divulgó a otras provincias y conventos (Quesada, 1713: 490).

5. Encuentros con otras vírgenes y santos

Encuentros con santa Clara de Asís

5.1

[Tocas no consentidas por santa Clara]

En una ocasión que una religiosa del convento de santa Isabel había puesto unas tocas²⁵ a secar sobre una tabla, con mucha curiosidad, contaba la venerable madre que se le había aparecido nuestra madre santa Clara y, dándole un abrazo al pasar por un corredor angosto de la enfermería, le dijo que cómo se consentían aquellas tocas de aquella suerte que ella no las consintiera. Fue con esta embajada la fiel hija y discípula de nuestra madre santa Clara, y habiendo preguntado cuyas eran aquellas tocas, y respondido una religiosa que suyas, le dijo: “Verdaderamente parecen corporales, según están curiosas y es cosa cierta que santa Clara no las tuviera de aquella suerte”. Enfadose la monja de esta advertencia y respondiolo llena de cólera: “Pues, ¿qué quería que hiciese? ¿Había yo de andar como ella, hecha sportilla de basura?”. Dijole a este modo otras muchas palabras de sentimiento y desestimación, todo lo cual corrió por el convento y, en particular, el nombre de la sportilla de la basura (Quesada, 1713: 136-137).

5.2

[Caricias de santa Clara]

En otra ocasión dijo la venerable madre hablando con sus hijas: “Mirad, amigas, son tantas las mercedes que Dios me hace en el oficio divino que con dificultad las puede creer si no es quien las recibe. Y, particularmente, son estos recibos en maitines donde nuestra madre santa Clara también me hace mil favores y caricias, y con un singular extremo de amor la siento a mi lado y me ayuda a decir a dos coros, y oigo su voz más claramente que la mía” (Quesada, 1713: 539).

5.3

[Sor Jerónima abrazada por santa Clara]

Estando en maitines, una noche de la fiesta de la gloriosa virgen santa Clara²⁶, era tan grande el ímpetu de espíritu que le sobrevino a la fervorosa Jerónima que reventó por los ojos en copiosísimas lágrimas. [...] Así estuvo todo el tiempo que duraron los maitines, y dijo a algunas religiosas, movida de sus importunos ruegos: “Fuime, amigas, con la consideración a Asís; puseme a los pies de nuestra madre santa Clara, pidiéndole la bendición, y que como verdadera madre me dejase sus virtudes, y la piadosa madre con grande amor extendió los brazos y me dio un amoroso abrazo del cual favor me resultaron aquellos efectos, y fue tanto el gozo que, no cabiendo en el corazón, salía resuelto en lágrimas por los ojos” (Quesada, 1713: 537-538).

²⁵ Adorno hecho de tela delgada para cubrir la cabeza.

²⁶ La fiesta de santa Clara tradicionalmente se celebra el 11 de agosto.

5.4

[Santa Clara dándole un báculo de obispo]

Una noche de nuestra madre santa Clara, dice [sor Jerónima]: “Estando yo, a mi parecer, a sus pies, besándoselos y suplicándole me hiciese verdadera hija suya, se asentó nuestra madre y me tomó por el brazo derecho, pasándome por el lado delante de sí, y me dio un báculo como de obispo, poniéndomele en la mano derecha y mirándome con muchas veras, me dijo que le tuviese. Yo quedé admirada, pensando en qué significaba el darme el báculo y decirme con tantas veras que le tuviese e imaginando qué podría significar este tan apretado mandato, y preguntándole a un padre espiritual, me ha dicho que era por la venida a estos reinos para fundar su primera regla” (Quesada, 1713: 286).

Encuentros con san Francisco de Asís

5.5 a

[Piojos de san Francisco en sor Jerónima]

Una vez leyó [sor Jerónima] de nuestro padre san Francisco cómo había tenido muchos piojos y, la venerable madre, con aquel vehemente deseo que tenía de padecer, tuvo tanta envidia de ver que no tenía ella la fruta de los santos y trabajos de los pobres que llegó a pensar no la quería Nuestro Señor mucho, pues le faltaba aquel ejercicio de amigos de Dios, y se lo pedía a su Majestad con mucha instancia. Mas presto fue oída su petición y tuvo tantos que, estando una vez en el coro la misa, sacó cinco de un lance y, pareciéndole que estando allí ni era decente el matarlos y menos el arrojarlos, los volvió para sí diciendo: “Cinco más, o menos, estáos allá y comed despacio, porque si os arrojara por ahí se pegarían a otras [monjas] y no será bueno hacer mal a nadie” (Quesada, 1713: 582).

5.5 b

Cuando leía las vidas de los santos, no tenía envidia de los favores y premios que de Dios habían recibido, sino de los dolores que por su amor habían padecido. Pidió a Dios que la regalase con una enfermedad grave que nuestro padre san Francisco, y el rey Felipe II, padecieron de unos animalillos inmundos, y se la dio el Señor con abundancia. También pidió los gusanos y dolores de Job, y se los concedió. Unos y otros se encarnizaban tanto en su cuerpo que la hacían estremecer, pero no quería matarlos ni echarlos de sí, y si alguna vez sacaba algunos con la mano los volvía a meter en su seno diciendo: “Cinco más, o menos, poco importan. Estáos allá y comed despacio” (Letona, 1662: 58v).

5.6 a

[Llagas de san Francisco en sor Jerónima]

Dijo la venerable madre que había sido por Dios servida de que se hallase en el monte Alvernia aquella noche; [...] y refiriendo cierta ocasión este prodigio a algunas de sus hijas, lo significó de estas palabras: “Oh, amigas, y qué agradable es nuestro padre san Francisco. Habiéndome encomendado mucho a él en la fiesta de las llagas²⁷, fue cosa maravillosa los afectos que Dios levantó en mi alma. Aguardando la hora, andaba con todo aquel tropel del monte Alvernia abrasada en unas llamaradas que no me podía valer, ni me cabía el corazón en el cuerpo, deseando la venida del serafín”. [...] Oyó el seráfico patriarca a su hija, entre las once y doce de la noche le concedió lo que con tanto afecto pedía, y cuando se le imprimieron las llagas a nuestro seráfico padre, habían primero penetrado las manos, pies y costados de su verdadera hija, como que pasaban por ella para recibirlas [luego] el glorioso santo. No sintió por entonces dolor alguno, sino unos tan excesivos ardores en los lugares de las llagas, que parecía querían reventar arroyos de sangre por ellas, de la cual tuvo tanta abundancia aquellos días que, fuera de la que le sacaron con las seis sangrías, echó mucha cantidad por la boca, narices y espaldas (Quesada, 1713: 444-445).

5.6 b

La Cuaresma de san Miguel, en que nuestro padre san Francisco recibió las llagas, ayunaba Jerónima todos los años con gran ternura y devoción, ocupándola, como su padre seráfico, en vivísimas meditaciones de la Pasión de su esposo, y cuando llegaba la fiesta de las Llagas, se le avivaban los deseos de transformarse toda en la Pasión de Cristo y de Francisco. Y, deseando sentir sus dolores, pedía con instancia que la hiciesen participante de ellos, y parece que la oyeron porque el día de las llagas del año de 1604, entre once y doce de la noche, estando en oración se halló en espíritu en el monte Alvernia y sintió sus pies, manos y costado vehementísimo dolor que le duro algunos años, en que le parecía que su corazón ardía en vivas llamas de divino amor (Letona, 1662: 57v-58r).

5.7

[Sor Jerónima en el tránsito de san Francisco]

[Dice sor Jerónima:] “Estando así esta noche cantando en los maitines de nuestro seráfico padre, arrebató Dios mi alma en la manera que suele en otras mercedes, y vime en el tránsito de nuestro padre san Francisco, y en el modo como pasó no sé cómo os lo diga: el santo estaba en una camita, pobrísima cosa,²⁸ y yo iba por los pies hasta la cabeza; estaba acostado y, sentándose, trabó de mí con su mano; llegome a sí y abrazome, y yo le besé la llaga del costado. Pusose el santo en pie y,

²⁷ Según Tomás de Celano (2007), fraile del siglo XIII que escribió *Prima vita*, una biografía de san Francisco de Asís, este santo recibió cinco estigmas en el monte Alvernia, semejantes a las heridas que tuvo Jesús en su pasión: una herida en cada extremidad a causa de los clavos, y una en el costado provocada por una lanza.

²⁸ Tomás de Celano (2007) informa que san Francisco de Asís presintió su muerte días antes, por lo que pidió ser trasladado a la iglesia de Santa María de la Porciúncula en la que murió días después, rodeado de frailes, a quienes había pedido le leyesen el Evangelio de san Juan.

con gran familiaridad y amor, recibíme al Señor como otra vez, el cual estaba en la cruz como cuando padeció, y su Majestad me lanzó en su corazón” (Quesada, 1713: 462-463).

Encuentros con san Juan Bautista

5.8

[Cabeza de san Juan Bautista]

Un día de la degollación del sagrado san Juan Bautista²⁹ me hallé en la cárcel,³⁰ que el sagrado san Juan Evangelista me llevó, y me pareció que los dos santos se habían mirado el uno al otro. Con el deseo que yo tenía de acompañar al glorioso Bautista me pareció que, hallándome en la degollación, me dieron la sagrada cabeza y la hallé entre mis manos con la degolladura arriba y los cabellos abajo, y esto me aconteció dos años en el mismo día, y tenía el santo el rostro hacia la parte de afuera. Al tercero, y cuarto año, me la dieron vuelto a mí el rostro, como que estaba yo teniéndole entre ambas manos y de la degolladura a la mano diestra (Quesada, 1713: 531).

5.9

[Sor Jerónima degollada]

A otro año deseando yo ser degollada con él [con san Juan Bautista], me pareció, no sé cómo, que el verdugo me degolló cuando hubo degollado al santo. Y no sabré decir cómo fui degollada y me vi, Dios lo sabe, y sentí dentro de mi alma el cuerpo con la cabeza del glorioso Bautista (Quesada, 1713: 532).

5.10

[Arroyos de sangre]

Y dijo [sor Jerónima] que cuando el glorioso Bautista estaba de rodillas aguardando el golpe del cruel verdugo y que, después de degollado, le puso el santo apóstol [san Juan] la cabeza de su amado primo en las manos y que entonces le dijo: “Pide lo que quieras a Dios por esta cabeza de mi primo, que todo te lo concederá su majestad”. Y que deseosa de certificarse más de todo, lo comunicó a la venerable María Ana, a la cual respondió el Señor lo mismo. Dijo también la venerable madre que, cuando recibió aquella sagrada cabeza, salían muy apriesa grandes arroyos de sangre a borbollones como si en aquel mismo punto se la acabaran de cortar, y concluyó diciendo: “Cuando al tercero y cuarto año me dieron la cabeza, que tenía a mi vuelto el rostro, me miró con tanto afecto como si fuera de cuerpo vivo, y con los ojos parece que me habló tan eficazmente que por muchos días me dejó toda penetrada y muy en la memoria de su vista” (Quesada, 1713: 532).

²⁹ 29 de agosto.

³⁰ Los Evangelios de Mateo (14:3) y Marcos (6:14) informan que Herodes retuvo en la cárcel a san Juan Bautista, tras la petición de su esposa Herodías, antes de decapitarlo.

5.11

[Licor celestial]

En veinte y seis de julio, [...] estando en el mismo padecer [de múltiples enfermedades], se quedó [sor Jerónima] como transportada y que parecía le faltaba la respiración, aunque movía los labios como el niño que está a los pechos de su madre. Al principio creyeron las religiosas que fallecía, porque era muy grande su flaqueza, pero volviendo la venerable madre de aquel raptó y preguntándole sus hijas lo que había pasado, porque parecía que había estado mamando, les respondió: “Verdad es que mamaba unas espigas de un licor celestial, el cual estaba al modo de las espigas de trigo antes de cuajar el grano. Y viéndome el glorioso san Juan Bautista, que me tiene debajo de su piel como niña pequeña, cómo yo estaba tan necesitada, me dio estas espigas diciéndome: —Pues estás tan enferma y pequeñita que te quiero recrear con este licor celestial” (Quesada, 1713: 505-506).

5.12

[Retablo de san Juan Bautista]

Determinaron las religiosas hacer en este mismo convento [de Santa Isabel de los Reyes] un retablo de san Juan Bautista, y encargaron el cuidado y solicitud de él a la venerable madre Jerónima: lo uno porque de otras ocasiones semejantes conocía a los maestros, y lo otro por este medio poniendo ella el caudal de sus oraciones. [...] Encargose de este cuidado la venerable madre, poniendo el principal en encomendar a Dios aquella obra, valiéndose de la intercesión del glorioso san Juan Bautista. Sintió luego en sí una vehemente inclinación a ponerlo por obra, y decía la venerable madre que el divino precursor³¹ la incitaba a ello con una fuerza muy superior, dándole a entender dónde se había de poner el retablo y que allí había otra imagen del mismo santo. Pareciale a la venerable madre, según ella decía, un grande desatino y vana imaginación suya, y así lo dijo a algunas religiosas. Acabose el retablo, que salió perfectísimamente acabado con mucha brevedad, y cuando le fueron a poner donde la venerable madre decía, al poner los clavos, saltaron con los golpes unos grandes pedazos de yeso delgados, y se descubrió una pintura de san Juan Bautista muy antigua, con que se vio claramente la revelación que el Señor hizo a su sierva (Quesada, 1713: 533).

Encuentros con san Juan Evangelista

5.13

[Comulgada por san Juan Evangelista]

No se hace Dios sordo para oír las justas peticiones de sus amigos, y así oyó las de su sierva y, como la misma venerable madre sor Jerónima dijo, dióle su Majestad de lo que le había pedido, porque el glorioso apóstol de cuya intercesión se había valido la comulgó estos dos días. Vino después la venerable María Anna de Jesús, a quien el Señor había revelado la merced que había

³¹ San Juan Bautista.

hecho a su sierva, y le dijo: “¡Jerónima! ¿Qué ha sido esto? Que dos veces he visto que te ha comulgado san Juan Evangelista ¿Hazlo pedido al Señor?” (Quesada, 1713: 477).

5.14

[Visita de san Andrés y san Juan Evangelista a Manila]

Un día de san Andrés, pocos años después que la venerable madre llegó a estas islas, dijo a algunas de sus hijas que había tenido una gustosa visita de los dos gloriosos apóstoles san Andrés y san Juan: “Y venían los dos, dijo, muy bizarros a hacerme mercedes que fueron entrarme en Dios, muy allá dentro. Y no sé decir más de que me mostraron lo que no sabía, como si estuviesen en un aposento muchas joyas y riquezas encerradas, y abriesen la puerta para que las gozase la vista; y así pusieron mi alma en aquel piélagos de infinitas riquezas” (Quesada, 1713: 533-534)

Encuentro con santa Juana de la Cruz

5.15

[Abrazo de santa Juana de la Cruz]

Cuando la venerable madre, con sus compañeras, estuvo en la Veracruz nueva, regalábala el Señor con unas calenturas que la apretaron mucho, pero no por eso dejaba de ir todos los días a nuestro convento a oír misa y comulgar. Y en el último de los tres [días] que allí estuvo, la favoreció la gloriosa santa Juana, dándole un amoroso abrazo, como la venerable madre lo dijo a una de sus hijas en secreto [...]: “Sabed que estando con unas amorosas quejas y dulces coloquios con la santa Juana de la Cruz, pidiéndole su favor e intercesión para esta obra que vamos a hacer, que muchas veces me ha parecido nos acompaña en este viaje, sentí a mi lado entrando por la iglesia de nuestro padre san Francisco a la santa Juana, al modo de una persona con otra hablando con mucho gusto. Y junto a la grada del altar mayor, estando oyendo misa y pidiéndole yo a la gloriosa santa me alcanzase de Dios el buen suceso de esta fundación, me dio un abrazo muy grande y allí pasaron otras cosas que no sabré decir” (Quesada, 1713: 545).

6. Encuentros con ángeles y arcángeles

Apariciones de ángeles

6.1

[Ángel dando la regla de santa Clara]

Siendo Jerónima de edad de seis años, leyó en nuestras crónicas la primera regla de nuestra madre santa Clara. Quedosele tan impresa en su corazón que, juntando las niñas del barrio, procuraba imitar la vida monástica que enseñaba aquella regla, tratando el modo con que todas habían de ser monjas descalzas. Con este deseo entró en Santa Isabel, donde siendo sacristana halló en un rincón de la sacristía un pergamino grande, y escrita en él la dicha primera regla que tuvo por divino hallazgo, y que quizá algún ángel se la deparó porque luego se le desapareció sin saber cómo ni a dónde (Letona, 1662: 43r).

6.2

[Ángel encendiendo un candil]

Siendo María Anna de Jesús mozuela, cuando el mundo no la conocía aún, sino su confesor solamente, yo [sor Jerónima] y la Montoya, que la tenía en su casa, le di parte de estos mis deseos para que me ayudase con Dios. Hacialo con gran cuidado, como verdadera amiga, aunque le parecía un imposible. Andando en estos pensamientos, y estando una noche en sus ejercicios, apagose el candil y dijo hablando con Dios: “Señor, si aquel candil ahora se encendiera, creyera yo se cumplirían los deseos de Jerónima”. Y apenas lo hubo dicho, cuando vino un ángel y le encendió. Esto me contó algunas veces con mil gracias, y que entrando el día le decía la Montoya: “María Ana, ¿qué haces ahí? ¿Por qué no apagas este candil?” Y que nunca tuvo ánimo de apagarle considerando la maravilla de haberle encendido el ángel (Quesada, 1713: 287-288).

6.3

[Procesión de ángeles]

Dijome María Ana el día que llevaron la imagen de Nuestra Señora en procesión desde nuestra casa al Convento de San Juan de los Reyes, donde había de ser colocada, que vio venir del cielo gran número de ángeles, serafines y cortesanos del cielo que acompañaban a la santa imagen. También dijo: “Jerónima, yo te vi entre toda la universidad y las ordenes, que ibas al lado de la Madre de Dios tan bizarra que hacías raya entre todos los cortesanos celestiales, porque estos harapos mal aliñados, llenos de lámparas y de manchas, los vi llenos de rubíes y topacios, todos muy resplandecientes y todo tu vestido con ricas piedras sembrado de las manillas y collar, ¿quién podrá decir su belleza?” (Quesada, 1713: 491-492).

Apariciones de arcángeles

6.4

[Arcángel Miguel dando paz a sor Jerónima]

Y otra vez estaba yo muy apretada, interiormente de sequedades y aflicciones espirituales, y padecía exteriores apreturas de discordias y otras cosas, porque el enemigo antiguo trazó que las monjas, haciéndolo ella con buena intención, me apretasen. Yo callaba y sufría, y una vez yendo al gallinero a cosas que había de dar del oficio, sentí por el mismo modo dicho que el glorioso arcángel san Miguel me libraba el ala de todas aquellas tribulaciones y me ponía en una paz celestial, porque nuestro adversario junta tropel de trabajos espirituales y corporales para anegar una alma si pudiese, cuando Dios le da licencia como hizo con Job (Quesada, 1713: 523).

6.5

[Arcángel Miguel luchando contra demonios]

Fueron increíbles los dolores que padeció [sor Jerónima] porque con extremo le apretaron todos y todas sus enfermedades, y decía que le parecía estaba su cuerpo colgado en crueles garfios de hierro, y estaba tan helada que no bastaban remedios con hacerle muchos para entrarla en calor y dijo: “Toda mi vida ha sido guerra y pelea, y con Lucifer ha sido el pelear, y en la misma batalla estoy hoy día a brazo partido, y a ratos tan molida como si saliera de una rueda de molino y queda el cuerpo como harina. Más en estas guerras siempre siente el alma el auxilio del glorioso san Miguel como allá en Toledo que, siendo muy mozuela, en una batalla interior que me traía todo el infierno en lucha, armándome grandes lazos, llegó el santo arcángel Miguel y se me dio a conocer clarísimamente y desbarató aquella máquina y tropel de trabajos, dejando el alma dispuesta para padecer por Dios y ganosa de emprender grandes cosas” (Quesada, 1713: 580-581).

7. Encuentros con el Demonio

Tentaciones del Demonio

7.1 a

[El Demonio representándole manjares]

Estaba tan fuerte y valerosa que siempre se hallaba el Demonio muy advertido a sus cautelosos acometimientos y de todo punto incontrastable, porque si se acometía por el hambre, causada de sus continuos ayunos, representándole manjares, regalos, que le sucedió no pocas veces trayéndole el suave olor de ellos al olfato, [sor Jerónima] hallaba la respuesta de Cristo Nuestro Bien en la mano, porque le estaba acompañando en el retiro y desierto, y le decía: “No vive el hombre de solo pan, ni otros manjares regalados, sino en toda palabra que procede de la boca de Dios”. Y con esto se hallaba libre, remediando su hambre con un poco de salvado que se le hacía para las gallinas (Quesada, 1713: 91).

7.1 b

[Sor Jerónima] estaba tan fuerte y valerosa que siempre la hallaba el Demonio muy advertida. Si la acometía por hambre, trayéndola tal vez los olores de los manjares, respondía que estaba en el desierto acompañando a Cristo, cuyo sustento no era solo pan, sino la palabra que procede de la boca de Dios. Y mediaba su hambre con un poco de salvado del que hacía para las gallinas. Si en sus graves enfermedades la persuadía que aflojase en los silicios y disciplinas, doblaba estas penitencias tratando a su cuerpo con increíble aborrecimiento. Y cuando algo se le antojaba, luego se castigaba porque otra vez no se atreviese a llegar el antojo (Letona, 1662: 9v-10r).

7.2 a

[El Demonio en la imaginación de sor Jerónima]

El Demonio le traía a la imaginación [a sor Jerónima] que se mirase que con tantas penitencias y tan mala vida se ponía en peligro de perderla, y que era desesperación andar tan desnuda con tales fríos, comiendo y durmiendo poco o nada. Se quitaba entonces los zapatos y se iba a la huerta, dando saltos de contento por la nieve, y allí se ocupaba en grandes ejercicios (Quesada, 1713: 92).

7.2 b

Si el Demonio la acometía con decirle que mirase que con tantas penitencias se ponía a riesgo de abreviar su vida, se echaba desnuda en la nieve como nuestro padre san Francisco (Letona, 1662: 10r).

[El Demonio intentando derrocar su castidad]

Al Demonio no le faltan trazas y astucia para saquear el alma, y despojarla de las virtudes y la gracia. [...] Dijeron [las monjas], [dice sor Jerónima], por vía de caridad, que sería bueno hacer me hablase con una persona religiosa, muy letrado, sin que yo supiese el concierto. Estando en la reja, librando, vino a ver una de aquellas mis tías a aquel religioso y comenzó a tratar conmigo y trabar alguna plática. [...] Él volvió otras veces y, todas las que habían decretado que me haría provecho divertirme, me amonestaron le hablase, porque era persona de gran verdad y no era razón no ir a la reja. [...] Y vino algunas veces sin que lo supiese la prelada, porque el visitarme era más a menudo. Cuando me iba a confesar, pensaba que aquella confesión no podía ser buena, por haber librado sin licencia, y que la ocasión se quedaba de hacer otro día otro tanto, y que no era bueno. Más luego llegaba la capa que el Enemigo le tenía puesta para que yo no lo dejase, y decía en mi pensamiento, examinándome a mi parecer, que yo no le quería ni se me daba nada de él, que con esto no importaba que fuese ni viniese. Perseveré algún tiempo con este engaño sin saber lo que en mí pasaba. [...] Cuando estaba en el coro y en presencia de Nuestro Señor, me avergonzaba por quien había gastado el tiempo en impertinencias, bien podía estar confusa en tal presencia. Finalmente yo vivía atormentada, sin satisfacción ni gusto en todo este atolladero. [...] Quiso Nuestro Señor, bendito sea siempre, que llegase el tiempo de desengañarme y fue de esta manera: fui acaso al locutorio a hablar a una mandadera para que me diese respuesta de un recado que había de traer y yo había menester, y Dijome: “¿No sabe, Señora, como fulano se ha ido a otra parte por morador tantas leguas de aquí? Topele cuando se iba, y mandomele dijese se quedase con Dios”. Sentí tanto esta ida que luego me fui de allí, admirada de ver lo que me pasaba de su ausencia, y dije a Nuestro Señor: “Dios mío, bien sabes tú que yo no sabía qué quería esta persona, de suerte que se me diese nada de que se fuese o no se fuese”. Fuime al coro desde allí y, puesta de rodillas, le prometí al Nuestro Señor nunca más verle aunque volviese a ser allí morador, ni a otro alguno en mi vida, como por la misericordia y gracia de Nuestro Señor lo cumplí. Veníanme grandes deseos de verle y pesares de haberle siempre hablado disgustadamente, y yo tomaba muy ásperas disciplinas y tan grandes que no podía tenerme algunas veces. Lloraba y decía a Nuestro Señor: “Dios mío, yo no sabía esto, perdóname y seas bendito para siempre, que me has sufrido y dado muestras de quererme como si no tuvieras otra criatura sino a mí, con quien tener gusto. Ayúdame a ir contra mí y tomar venganza de mí, que así te he dejado, vida, y solo bien mío” (Quesada, 1713: 80-82).

El Demonio moviendo a las religiosas en contra de sor Jerónima

[El Demonio haciendo guerra]

Desde aquella hora no hablé más a mis tías ni a monja alguna de aquel convento, palabra que pudiese excusar, y no fuese forzada a hablarla por el oficio en que la obediencia me ocupase. Comenzó el Enemigo a hacerme guerra y mover todo el convento contra mí, diciendo que era falta de juicio (Quesada, 1713: 86).

7.5 a

[Sor Jerónima acosada por las religiosas]

Veces hubo que algunas religiosas, movidas de caridad, viendo enferma a la sierva del Señor, le decían [a sor Jerónima]: “¿Es posible que tan cruel ha de ser consigo que, habiendo tenido tan gran calentura, no tomara siquiera un poco de agua y azúcar?” A lo cual respondía: “No, amigas, porque se cura un extremo sino con otro, y no se quisiera el Demonio más de ver que me andaba tras de mis necesidades para traerme siempre acosada con ellas, porque es muy gran doctor y a cada paso procura darnos a entender que tenemos necesidad representándonos esta enfermedad y el otro achaque. Lo que importa es, cuando trae estas enfermedades, decirse una persona a sí misma que no va nada en ello, pues los santos ermitaños pasaban mucho más sin tener quién los regalase ni curase” (Quesada, 1713: 91-92).

7.5 b

Si las religiosas, movidas de compasión de sus enfermedades, la aconsejaban que tomase algún regalo, respondía: “No, amigas, porque no se quisiera más el Demonio que verme andar tras de mis necesidades para acosarme con ellas. Lo que importa es responderle que los ermitaños pasaban mucho más, sin tener quien los regalase ni curase” (Letona, 1662: 10r).

7.6 a

[Sor Jerónima acusada por sus compañeras]

Como me habían visto tan falta de salud las monjas, tomaban grande pesadumbre si me veían alguna vez hacer alguna cosa de preparación espiritual, y así siempre me acusaban a la madre abadesa, diciéndole que me mandase no hiciese cosa alguna de aquellos ejercicios. Ella jamás a mí me lo decía, y las monjas me decían que era voluntad de la madre abadesa no hiciese aquellas cosas. Iba yo al confesor y contabale lo que las monjas me decían. El padre era un gran santo, llamábase el padre Cubillo, que donde se nombre se acordarán que fue su vida de gran ejemplo, y decíame que el Demonio les movía para que me contradijesen (Quesada, 1713: 117).

7.6 b

Algunas religiosas de su Convento de Santa Isabel, o incitadas del Enemigo común, o movidas de compasión, intentaron por diversas vías embarazarla sus penitencias y no pararon hasta acusarla ante el reverendo padre fray Francisco de Tolosa, general de toda nuestra orden, el cual la visitó y pidió cuenta individual de su espíritu y ejercicios, de que luego le informó por extenso. El general era hombre doctísimo y de grande espíritu, y de mucha oración. [...] Edificose mucho el general de los ejercicios espirituales y penitencias de Jerónima, y la mandó proseguir con ellas y que hiciese todas las que el Señor la inspirase. Replicole el vicario diciendo: “Padre reverendísimo, dicen las monjas que enfermará la Madre Jerónima”. A que respondió el general que no importaba eso, que sí habían enfermado nuestro padre san Francisco y nuestra madre santa Clara, y que en la religión entraban a ser santas las monjas (Letona, 1662: 24v).

7.7

[Religiosas en contra de que sor Jerónima fuese la fundadora]

Porque otras muchas y más antiguas [religiosas] del convento mismo, movidas por la envidia del Demonio, y porque Dios así lo permitió, le dijeron muchas injurias y oprobios sobre haber querido salir a la fundación de mayor perfección que la que había en aquel convento, diciéndosele había querido anteponer a muchas religiosas, más ancianas y muy santas, que en él había. Tantas y tan grandes fueron las persecuciones que por esta causa tuvo, y tantas las malas palabras que oyó que solían decir [que] la venerable madre había excedido a las que, en ocasión semejante de la fundación, padeció santa Teresa de Jesús (Quesada, 1713: 122-123).

El Demonio moviendo a las autoridades filipinas en contra de sor Jerónima

7.8 a

[Persecución del Demonio]

Ya dejamos dicho cómo tres doncellas, muy principales, fueron las primeras que, renunciando al mundo, quisieron negar su voluntad y sujetarla a la de su celestial Esposo, las cuales abrieron el camino para que otras muchas las siguiesen, comenzando a trillar y [a]llanar la vereda de la perfección hasta entonces inculta en estas islas. De aquellas tres celestiales exploradoras de esta nueva tierra de promisión, había una en especial que sobre ser muy calificada tenía buen dote, y por ambos respectos fuera un buen casamiento, y aun se hacía muy aventajada por ser la persona dotada de mucha virtud y recogimiento. Y como siempre sobran pretendientes para estas comodidades, y veían perdidas sus buenas esperanzas por haberse acogido al Sagrado, el sujeto en quien las tenían puestas, y las demás doncellas que siguieron a las primeras, con que también se les malograban sus pretensiones, así de los que para sus hijos y personas de su obligación, halló el Demonio puerta abierta para afligir de nuevo a la venerable fundadora, permitiéndolo el Señor así para ejercitar a su sierva. De este principio se originó el procurar, los que en esto podían ser interesados, que no pudiesen recibirse más monjas que en cierto número bien limitado por las razones que en otra parte quedan tocadas y, en suma, todas ellas se reducían a que, siendo nueva la población de estas islas, había necesidad de gente. [...] Andaban estas pláticas muy válidas entre las personas que podían apoyarlas, y ya se las habían representado a la venerable madre con que recibió grandísima pena y la tuvo por gran persecución del Demonio como queda dicho (Quesada, 1713: 376-377).

7.8 b

Otra persecución bien grande de la ciudad padeció la madre Jerónima en esta su fundación, diciéndola que no recibiese a la religión las doncellas más principales, más hermosas y nobles (como las iba recibiendo) porque no quedarían mujeres de calidad con quien casarse los hombres de porte. El mismo gobernador la habló en esta materia, en que admirable y eficazmente satisfizo la madre Jerónima (Letona, 1662: 45v).

[El Demonio persuadiendo a las autoridades]

[Sor Jerónima] admitió alguna o algunas [monjas] que tenían algo de la tierra, que otros llaman mestizas, porque en ellas conocía la venerable fundadora buen espíritu, recogimiento y virtud, que era la mejor nobleza y mayores dotes que buscaba. De aquí tomó nueva ocasión el Demonio para armarle otra persecución, sembrando en muchos entendimientos cizaña, persuadiéndolos que era caso de menos valer se recibiesen mestizas donde había mujeres tan principales (Quesada, 1713: 380).

[Supuesta carta del Demonio]

En estos tiempos, entre otras cartas arrojadas, le enviaron una a la venerable madre con firma fingida de doña Dorotea del Río, en la cual decía el autor de ella, sin estilo ni agudeza (que por eso la dejo de poner aquí), muchas palabras descomedidas: que [sor Jerónima] era una ambiciosa, que con presentes y cohechos había alcanzado que los preladados la volviesen a hacer abadesa. [...] Como algunos vieron esta carta tan ajena de verdad, así por lo que importaba a la venerable madre como porque tal doña Dorotea no hay en esta ciudad, dijeron que no era posible, sino que era el Demonio que es padre de mentiras. Pero no faltó quien dijese que le hacía agravio al Demonio en atribuirle carta tan necia y de tan mal estilo porque, aunque fue harto necio en su caída, no lo era en lo natural del entendimiento. Bien pudo ser que al Demonio se le permitiese acomodarse con un mal talento, y que se conviniese con un necio para derramar la ponzoña de su malicia, permitiendo así Dios para dar al Demonio nuevo género de tormento (Quesada, 1713: 397).

Dolores provocados por el Demonio

[El Demonio le aprieta con terribles tormentos]

Llegabase a esto el haber dado Dios licencia al Demonio para que no cesase de atormentarla [a sor Jerónima]. [...] Fue tanto lo que de esto padeció que lo declaró con esta ponderación de palabras a sus hijas: “Oh, amigas, toda estoy como un erizo encogida, porque no ha habido género de martirio que esta noche no haya pasado por mí. Y el Demonio me aprieta con terribles tormentos y me dice: —Ya no has de tener descanso ni por un instante. Mas yo le respondo que ni quiero otra cosa sino padecer, si Dios gusta verme así, y con esto me retuerce el Enemigo todos los nervios. Bien podéis creer, hijas, que Dios le ha dado lugar al Demonio para que me atormente, porque esta manera de fríos y fuegos que padezco son apenas de infierno, que no tienen aire de otra cosa, mas con todo ello estoy muy contenta, pues lo quiere así mi Señor. Y mirad qué tan maldito es este enemigo que me acometió diciéndome: —Ya que no quieres descanso, apetécele siquiera. Mas luego le conocí y llegó el consolador de mi alma, y con aquella fe de su Iglesia decía yo: —Por aquí caminaron los

santos y por el mismo camino de padecer tengo yo que caminar, pues así lo quiere Dios”. Con que quedaba consolada y grandemente reconfortada (Quesada, 1713: 578-579).

7.12

[Recísima batalla]

El último día de mayo, habiendo padecido los mismos dolores y tormentos, y habiendo dicho que eran poderosos los demonios que la afligían y atormentaban, por ser también con extremo poderoso el ángel de su guarda que la defendía y amparaba, declarando que lo era el glorioso arcángel san Miguel, concluyó [sor Jerónima] diciendo: “Veis aquí, hijas, la noche que he llevado de tantas horas de padecer, sin un credo de reposo ni alivio, con tan grandes dolores que no me parece, sino que toda estoy penetrada con saetas, y de parte del Demonio he padecido recísima batalla diciéndome: —Aquí has de padecer y no has de tener descanso. Y también él debe de dar dolores por su parte. Más yo, mirando al cielo, digo a Dios: —No busco, Señor mío, sino que se haga en mí tu gusto. Y si de aquí al día del juicio me quieres así, muy gustosa estoy. Con esto todo el infierno descarga tormentos en mí, aunque me veis callando, porque aun cuando os hablo estoy crujiendo los dientes y padeciendo apreturas y más apreturas, y me dice el Demonio: —Aquí has de perecer, y te tengo que cercar por todas las vías, pues no quieres apeteecer descanso” (Quesada, 1713: 579).

Oración contra el Demonio

7.13 a

[Invocación de san Francisco contra el Demonio]

Y viendo la sierva del Señor cuán porfiado andaba el enemigo, y conociendo su rabioso deseo, le despreciaba, confiando en Dios que no le había de faltar, ni desampararla, con que quedaba su espíritu tan fuerte que sin temor alguno desafiaba a todo el infierno junto. Admirábanse las religiosas, con su natural flaqueza y temor, de ver que una mujer flaca como ella fuese intrépida, que sin temor alguno anduviese todas las noches sola en un convento tan grande y que la misma suerte estuviese en la huerta. Pero como tenía a Dios consigo, desechaba todo temor y, como mujer fuerte, decía en aquella soledad con increíble valor las palabras de nuestro padre san Francisco cuando desafiaba a los príncipes de las tinieblas, de esta suerte: “Los demonios, de parte de Dios, os mando que vengáis todos y me hagáis todo el mal que su Majestad os permitiere. Y con esto quedaban tan corridos y avergonzados —decía la venerable madre— que no se atrevían a hacerme ya más guerra”. Y como si no hubiera en el infierno, ni en la tierra, quien se la pudiese hacer, estaba libre de todo temor por la misericordia de Dios, que es la que da las fuerzas (Quesada, 1713: 92).

7.13 b

Llegó el tiempo de perder totalmente el miedo al Demonio y a desearle como su seráfico padre diciendo: “Demonios, de parte de Dios os mando que vengáis todos y me hagáis todo el mal que el Señor os permitiere”. Con que todos quedaban tan avergonzados y corridos que no se atrevían ya a hacerla más guerra, aunque como importunas moscas no dejaban de porfiar, pero sin fruto (Letona, 1662: 10r).

Accidentes provocados por el Demonio

7.14

[Coche volcado]

Permitió Dios que el Demonio hiciese de las suyas. [...] Sucedió, pues, que caminando por tierra muy llana con los coches, sin haber tropezado alguno, se volcase el que sería de celda de recogimiento a la bendita Virgen, y estuvo de esta suerte hasta que el otro que venía atrás llegó. A una [monja] se le desconcertó una costilla, y la venerable madre [sor Jerónima] quedó mal herida de la cabeza (Quesada, 1713: 126).

7.15

[El Demonio revestido en las mulas]

Iba el padre fraile Joseph³² falto de salud, y muchos años y trabajos de tantos y tan largos caminos lo tenían muy quebrantado, así fue necesario subir en un coche que iba un poco adelante del que iban las religiosas. Iba tratando una de ellas como había leído en un libro que santa Teresa, quien había caído en un camino, andando en sus fundaciones, y que el glorioso san Joseph la libró milagrosamente; esto se acababa de decir cuando el coche, que iba adelante, tomó tan gran carrera que no solo parece que llevaba caballos desbocados, pero que el Demonio se había revestido en las mulas. Desamparolas el mozo, que le salió la vida, y levantose tan grande torbellino y polvareda que por ningún caso se veía el coche. Luego fue al [coche] de las religiosas el vicario de Santa Isabel y les dijo: “Hagan cuenta que hoy ha nacido su comisario fray Joseph, porque cayó del coche y de milagro no está hecho pedazos, y no es posible sino que fue enredo del Demonio porque iba el coche que volaba, y fue la caída en el mismo lugar que cayó santa Teresa” (Quesada, 1713: 328).

³² Joseph de Santa María, uno de los frailes que las acompañó en el viaje desde Toledo hasta Manila.

El Demonio negro

7.16

[Demonio en el mar]

En la navegación del mar del sur³³ venía una esclava negra llamada María, a la cual habían hurtado unas sartas de cuentas y algunos pocos reales, y por esta pequeña causa estaba tan afligida que, desesperada, se arrojó al mar. Quiso su buena suerte que se embarazase con las faldas y se detuviese algún tanto, con que pudo advertir el caso un hombre que se halló cerca y, estando ya caído todo el cuerpo fuera de la nao, pudo asirla del extremo de la saya y, volviéndola arriba, la hizo su amo amarrar y castigarla. A las voces que daba la esclava, porfiando todavía en que se había de arrojar al mar, envió la venerable madre a una religiosa de nuestra orden para que le echase su bendición y la tocase con la cuenta de santa Juana³⁴ que le dio. Y la esposa del Señor quedó en oración, encomendando aquella pobre mujer a la bienaventurada Virgen, derramando muchas lágrimas. Fue admirable el efecto de estas diligencias porque, así como le tocó la cuenta, cayó amortecida a sus pies, temblando y cubierta de un sudor frío, y de allí a un breve espacio que volvió en sí dijo que cuando le pusieron la cuenta, se apartó de ella un negro que la quería llevar al infierno, porque [...] le decía que ya no tenía otro remedio sino echarse al mar, lo cual ella había intentado como desesperada. Consolola la venerable madre, porque hizo luego que se la llevasen allá, y quedó con mucha quietud y consuelo, libre de aquella tentación la miserable esclava, dando gracias a nuestro Señor por el beneficio recibido (Quesada, 1713: 547).

Lucha contra el Demonio

7.17

[Pelea con el demonio por tres horas]

[Sor Inés de san Joseph] tuvo una gran pelea con el Demonio por espacio de tres horas, y parece que unas veces luchaba con él a brazo partido, dando vueltas a un lado y a otro, con un doloroso gemido; y otras veces andaba esgrimiendo con los brazos haciendo con la mano derecha la cruz y con la izquierda haciendo higas al Demonio. Estaba tan desfigurada que parecía haber estado muchos días en la sepultura, y tenía traspillados los dientes con tan temerario crujir que parecía se le hacían pedazos, y el ruido que con ellos hacía era grande que se oía en otras piezas del convento y causaba grande temor. Al fin de esta pasada lucha, como defendiéndose del mal dragón, se arrojó la sierva de Dios en los brazos de una religiosa que había sido su maestra y prelada, buscando en ella algún amparo, como le procuró buscar la acosada avecilla seguida del voraz alcotán. Allí se estuvo recogida un poco, y todas las religiosas la encomendaban a Dios con mucho fervor y lágrimas, cuando a poco tiempo (como quien sale de una terrible pesadilla) volvió en sí, y trocándose la tristeza y furia en alegría y paz celestial, mudado el color mortal del rostro en blanco y encarnado,

³³ Nombre por el que se conocía al Océano Pacífico.

³⁴ Las religiosas llevaban consigo unos rosarios milagrosos de santa Juana de la Cruz que adquirieron en Madrid.

que la hacían por extremo hermosa, rompió el silencio diciendo: “Aquí está la Madre de Dios, y tanta cosa...”. Con esta alegría, que ya parecía empezaba a gozar de la gloria, dio vuelta a los ojos a todo el aposento, mirando a una y otra parte, hasta que entre las demás religiosas encontró la que había rogado que, cuando viniese nuestra Señora de la Cruz a verla, le hiciese una seña. Hizolo con la cabeza, señalando a lo alto, y muchas veces repetía diciendo: “Ea, que está aquí la Madre de Dios, nuestra madre santa Clara, y tanta cosa, tanta cosa...” (Quesada, 1713: 413-414).

8. Encuentros con ánimas del Purgatorio

8.1

[Ánima de sor Jerónima de Rivedeneira]

Sucedió que en el Convento de Santa Isabel de Toledo murió una religiosa llamada doña Jerónima de Rivadeneira, a la cual había servido la venerable madre en su enfermedad y, habiendo fallecido un martes, luego el viernes en la noche, padeciendo penas grandes del Purgatorio, se le apareció a una sierva de Dios llamada Eugenia de Rivera, hermana de la tercera orden de nuestro padre san Francisco. [...] El sábado por la mañana, se vino esta sierva de Dios a ver con la venerable madre Jerónima de la Asunción, refiriéndole el caso le dijo: “Jerónima, dice aquella monja que curaste que le ayunes hoy a pan y agua, que con eso se irá a descansar”. [...] Con todo eso aceptó el partido de muy buena gana y, habiendo hecho aquel ayuno con grandísimo fervor y espíritu, se le apareció la religiosa con aspecto muy alegre en ocasión que la venerable madre estaba en el coro, y le dio las gracias del beneficio mediante aquel ayuno, y sus oraciones que había recibido, diciéndole que se iba a descansar (Quesada, 1713: 248).

8.2

[Ánima de sor Francisca de la Asunción]

Habiendo en el mismo convento muerto otra religiosa llamada Francisca de la Asunción, se le apareció desgreñada y revuelta en el hábito de la religión a la venerable madre, y le pidió la encomendase a Dios muy de veras, porque con eso iría a gozar de su divina Majestad y sería libre de las terribles penas que padecía por algunos descuidos que había tenido en el cumplimiento de la regla y otras obligaciones de la religión. Y respondióle la sierva del Señor: “Yo te prometo de no descansar hasta que su Majestad te haya dado el descanso eterno”. Y así lo cumplió porque empezó a hacer rigurosas disciplinas; y con particular estudio las hacía en el coro unas, y otras en el refectorio, y en otras oficinas y lugares donde consideraba. [...] Todo esto continuó por algunos días hasta que la misma monja se le apareció muy alegre y resplandeciente y, dándole un abrazo, le dijo: “Jerónima, amiga de veras; Jerónima, amiga de veras”. Y también le dijo cómo iba a gozar de Dios (Quesada, 1713: 249).

8.3

[Ánima del sacerdote Palomares]

En la ciudad de Toledo murió un clérigo, sacerdote de loable vida y buenas costumbres, llamado Palomares, cuya alma se apareció a una de las siervas de Dios que comunicaban con la venerable madre Jerónima; y, declarándole el alma cómo estaba detenida en el Purgatorio, le pidió que solicitase con sus parientes le dijese cantidad de misas para las cuales había dejado bastante hacienda, porque tenía buen caudal. Comunicó este caso aquella sierva de Dios con la venerable madre Jerónima, pidiéndole que por su parte hablase a los parientes de aquel clérigo, a lo cual respondió: “Si por cierto andaos ahora a buscar parientes, buena parienta tiene en mí, que le debo

mucho y me hizo gran caridad mientras vivió”. Luego [sor Jerónima] buscó mucha cantidad de dinero y lo repartió para que se le dijese las misas que aquella alma había pedido y, la mañana siguiente, se le apareció a la esposa del Señor, dándole las gracias del bien que le había hecho y diciéndole cómo ya se iba a descansar (Quesada, 1713: 250-251).

8.4

[Ánima de un clérigo de Cartagena de Indias]

En el Convento de la Visitación, que llaman de las descalzas, en la ciudad de México, había una india llamada Inés, natural de Cartagena de las Indias, que servía en él de donada, tenida de todas las monjas por persona de mucha virtud. [...] A esta sierva de Dios se le aparecían muchas veces algunas ánimas que padecían en el Purgatorio. [...] En ocasión que la venerable madre Jerónima estaba en este convento, se le apareció a la humilde Inés el alma de un clérigo que había muerto en Cartagena de las Indias y había sido su padrino, y manifestole su necesidad que tenía de que le dijese algunas misas. Dijo esto en presencia de todas las religiosas, entre las cuales estaba la venerable madre, y como esta caritativa esposa del Señor no había menester más de saber semejantes necesidades para darse por obligada a remediarlas, luego al punto, con todo el recato posible, pidió a algunos bienhechores la limosna para aquellas misas, y las hizo decir con brevedad mayor que pudo, pues se dijeron todas el día siguiente. Este mismo día se le volvió a aparecer el alma alegre y hermosa a la humilde Inés y, agradeciéndole a ella su cuidado, le encargó que de su parte diese las gracias a la madre Jerónima. Aunque había visto otras almas subir al cielo, ninguna había sido con tanta hermosura y belleza como aquella porque llevaba unas hermosas alas (Quesada, 1713: 251).

8.5

[Ánima de fray Joseph de Santa María]

Algunos años después que la venerable madre vino a esta ciudad de Manila, murió en ella el padre fray Joseph de Santa María, religioso de nuestra orden. [...] Con todo, causó mucho dolor su muerte, y quien mayor le tuvo fue la venerable madre porque, como a persona que había sido tanta parte en la fundación tan deseada de la esposa del Señor, le amaba tiernamente y mostró la fineza mayor de su casto amor en hacer grandes penitencias, pidiendo a Dios la salvación de su padre espiritual. Fue el Señor servido que aquella alma se le apareciese a la venerable madre y que, por algún tiempo, la trajese delante de sí. Y decía la sierva de Dios que la veía continuamente alta del suelo, como tres varas, con aspecto grave y severo, aunque con muestras de alegría sin hablarle palabra, y que le veía hacer caricias y acatamiento como si en compañía de la venerable madre hubiera algunas personas, aunque ella no veía que hubiese alguna. Todo esto era poner mayor fuego de deseos en su voluntad, excitados de su caridad grande para hacer grandes rigores y ejercicios, pidiendo a Dios, por sí y por otras personas con fervorosa y continua oración, fuese su Majestad servido de darle el eterno descanso a aquella alma. Así perseveró hasta que ya no la vio más por entonces; y quedó su alma con tanta quietud que no tuvo más gana de hacer oración por ella. [...] A este mismo tiempo se le apareció aquella alma a una persona muy espiritual y le dijo: “Estoy muy agradecido al bien que me ha hecho la madre Jerónima, pero no esperaba yo menos de su gran

caridad”. Y en este punto vio esta persona que aquella dichosa alma subía al cielo y entraba en él con corona de mártir (Quesada, 1713: 252-253).

8.6

[Ánimas de Anna de Vera y Melchor de Murzaval]

En la misma ciudad murió dona Anna de Vera, patrona que fue del convento de las monjas (para el cual dio sus casas y otras cosas), cuya alma se le apareció a la venerable madre con aspecto muy triste y, como de justicia, le pedía sus oraciones diciéndole: “Mis casas te he dado y estás en ellas, encomiéndame a Dios”. Y lo mismo le sucedió con el alma del padre fray Melchor de Murzaval, del orden del glorioso padre san Agustín y sacristán del convento de Manila que, habiendo muerto en él, se le apareció a la sierva de Dios manifestándole la necesidad que tenía de sus oraciones; y la venerable madre le ayudó con ellas y con otras muchas penitencias (Quesada, 1713: 256).

8.7

[Penitencias de sor Jerónima para ayudar a las ánimas]

Como la madre Jerónima sabía que las santas ánimas que en el Purgatorio padecen terribles e incomparables penas y tormentos, y están canonizadas y confirmadas en gracia, las amaba con extremo y las ayudaba con extraordinarias oraciones, misas, disciplinas, silicios y ayunos de pan y agua, y otros ejercicios innumerables. Por todas las religiosas que morían en su convento, hacía rigurosas disciplinas en el coro, en el refectorio y en otros lugares públicos, donde consideraba habrían cometido algunos defectos. Hizo Jerónima un concierto con el Señor de que ella ayunaría cada semana cuatro días a pan y agua, porque su divina Majestad le concediese un ánima del Purgatorio por cada ayuno; después supo, de la insigne Mariana de Jesús, que por cada ayuno la concedía al Señor muchas ánimas. En sus informaciones se nombran, en especial, muchas personas de España, Indias y Filipinas, de todos estados, que por sus oraciones fueron libres del Purgatorio, y muchos y muy especiales casos que por justos respectos se dejan (Letona, 1662: 16v).

9. Profecías de sor Jerónima de la Asunción

Profecías sobre profesiones

9.1 a

[Leonor de San Francisco toma el hábito]

Siendo maestra la venerable madre en el Convento de Santa Isabel de Toledo, tomó el hábito en él la misma religiosa a quien sucedió lo referido y, habiendo cumplido el año de su noviciado, la detuvieron otros once meses sin darla la profesión. [...] La que había de enterar esta religiosa dependía de hermanos y parientes, los cuales no le querían dar nada de su hacienda por obligarla a que fuese monja en el corral de Almaguer, su patria, con otras hermanas suyas. Hallábase la novicia por esta causa, con razón, muy afligida y desconsolada, y estando un día más apretada que nunca de considerar aquella sazón, entró la venerable madre en el noviciado, que venía de hacer oración, y antes de llegar a la novicia la empezó a consolar diciéndole: “Hija Leonor, ea, buen ánimo, no tienes que acongojarte ni de recibir pena, que antes del domingo has de estar profesada”. Y aunque la novicia por entonces dudó mucho el cumplimiento de esto, porque sabía las dificultades que había, luego la vio verificado porque, el sábado de aquella misma semana, vino un cuñado suyo y aseguró la dote y, haciendo aquel día la escritura en el cual hizo los votos en que consiste la profesión, el domingo a la [misa] mayor recibió el velo. Y testifica esta religiosa que si no fue por revelación, no pudo de otra suerte saber la aflicción interior y combate de pensamientos que padecía, a que le satisfizo en sus santos consejos y amorosas palabras (Quesada, 1713: 553).

9.1 b

La madre Leonor de San Francisco fue su novicia [de sor Jerónima] y, pasado su año, se dilató su profesión otros once meses por culpa de deudos suyos que querían que fuese monja en el corral de Almaguer, su patria; por obligarla a eso no querían entregar su dote. Hallábase por eso la novicia interiormente muy afligida y desconsolada. Y un día en que estaba más afligida que nunca, viniendo Jerónima de la oración, entró en su noviciado y viendo a Leonor de lejos la consoló diciendo: “No te aflijas, Leonor, que antes del domingo has de profesar”. Y fue así, que el sábado de aquella semana vino inopinadamente un deudo suyo y aseguró la dote con que luego profesó [la novicia] (Letona, 1662: 52r-52v).

9.2 a

[Juan Pereyra entra al sacerdocio]

El licenciado Juan Pereyra, médico que curaba a las monjas, deseaba ser sacerdote y lo comunicó con la venerable madre, la cual le afirmó lo había de ser, asegurándole esto mucho antes que lo fuese. Intentó el pretendiente ordenarse, pero por entonces le salió vana su pretensión porque el arzobispo, que a la sazón lo era don fray Miguel García Serrano, le despidió, quitándole de todo punto las esperanzas de ordenarse por ser bigamo y médico, y tener otros impedimentos. Dio cuenta de su desconsuelo a la venerable madre, la cual con mucha certeza le aseguró que se había de

ordenar, conque quedó algo consolado. [...] Mas la venerable madre todavía afirmaba que vería cumplidos sus deseos, aunque no le había de ordenar el arzobispo, y cumpliase la profecía de la sierva del Señor porque, habiendo muerto el arzobispo, le ordenó el obispo de la Nueva Segovia, don fray Fernando Guerrero, que al presente es arzobispo de Manila (Quesada, 1713: 562-563).

9.2 b

El licenciado Juan de Pereyra, médico de las monjas de Manila, deseaba ser sacerdote. Comunicolo con la madre Jerónima y ella le aseguró que lo sería. Presentose al arzobispo, el cual le despidió por verle bígamo y médico. Dio cuenta de esto a madre Jerónima y le persistió diciendo que había de ser sacerdote, pero que no le había de ordenar aquel arzobispo sino su sucesor, y así sucedió (Letona, 1632: 53r).

Predicción sobre la fundación del convento manileño

9.3 a

[Felipe III despachará a las religiosas]

Cuando la majestad católica de Felipe III estuvo enfermo en Casarrubios³⁵, entró una mañana la venerable madre antes de amanecer en el dormitorio de las monjas, muy alborotada, diciéndoles que se levantasen y fuesen a hacer oración por su majestad, que estaba su vida en muy grande riesgo, y tanta instancia hizo que, aunque las religiosas sintieron mucho aquella inquietud, hubieron de dejar las camas y acudir todas al coro. Y diciéndole después a la sierva del Señor que para qué había causado aquel alboroto, pudiendo agrandar a que las monjas se levantasen, respondió: “Porque está en grandísimo peligro de vida un tan gran monarca, y es justo pedírselo a Dios, y porque el rey, nuestro señor Felipe tercero, ha de despachar las religiosas para hacer la fundación en Manila”. Así las despachó algunos años después, lo cual reveló el Señor a su sierva en esta ocasión, manifestándole también su enfermedad y el peligro en que estaba, pues, siendo aún tan de madrugada, no lo pudo saber de otro modo (Quesada, 1713: 559).

9.3 b

Cuando la majestad católica del señor rey Felipe III, de vuelta de Portugal el año de 1619, estuvo casi a la muerte en Casarrubios, a la misma hora que le agravó el mal, que fue un día muy de mañana, al amanecer, y a esa misma hora se fue al dormitorio [sor Jerónima], muy alborotada, y dijo a las monjas que se levantasen todas y se fuesen al coro a encomendar a Dios la vida de un gran monarca, que era muy importante y estaba en gran riesgo, y tanta instancia hizo que obligó a toda la comunidad a levantarse antes de tiempo. Y preguntándola después algunas de sus familiares que para qué había hecho aquel alboroto, al parecer intempestivo, respondió que porque el rey estaba muy de riesgo y que convenía que viniese para despachar unas monjas a la fundación de Manila, que él las había de enviar y no otro (Letona, 1662: 52v).

³⁵ Localidad de Toledo.

Llegada del nuevo gobernador

9.4

[Predicción del nuevo gobernador de las islas]

Les dijo la venerable madre [a sus compañeras]: “Dejadlos³⁶, hijas, hagan nuestros padres cuanto fueren servidos, que esto no ha de tener remedio hasta que venga gobernador nuevo que mediaría todas estas cosas”. A lo cual, como dijese una religiosa, que si fuese alguno de aquellos caballeros conocidos de Madrid, sería de mucha importancia. Le respondió la venerable madre: “No es sino de Toledo, y mirad que no digáis nada de esto”. Habíase, sin duda, revelado el Señor; y así sucedió todo como lo profetizó la bendita fundadora, porque, ya en este tiempo, venía navegando el gobernador don Juan Niño de Tabora, natural de Toledo, y con su venida se dio buen medio a todo (Quesada, 1713: 396-397).

Predicciones sobre buen o mal tiempo en el mar

9.5 a

[Calmas en el mar]

Pasando las islas de los ladrones, padecieron [las religiosas] once días de calma, y las diligencias que hacía la venerable madre para el buen acierto del viaje, así con oraciones, como echando cuentas de santa Juana, con que parece se aumentaban más las calmas; y, como habiéndole el general significado el trabajo y peligro en que estaban, le respondió la sierva de Dios la grande merced de su Majestad de darles, entonces, calmas como en otras ocasiones, buenos vientos. [...] Así se vio por experiencia, pues, con aquellas calmas se libraron de dar en las manos de diez navíos holandeses, y se descubrió el espíritu de profecía de la esposa del Señor (Quesada, 1713: 560-561).

9.5 b

A los fines de esta navegación [de Acapulco a Manila], cien leguas antes de Filipinas, les sobrevinieron grandes calmas en que la madre Jerónima les decía que era por su bien. Tuvo por milagrosa esta detención de calmas porque en el ínterin el enemigo holandés, que en los puertos de Filipinas aguardaba a nuestros navíos para cogerlos, viendo qué tanto se tardaban, desesperó y desamparó las islas. Todos atribuyeron esta detención a las oraciones y méritos de la madre Jerónima que, a lo que pareció, tuvo alguna noticia superior del riesgo que nuestros navíos corrían sino se detenían (Letona, 1662: 41v-42r).

³⁶ Se refiere a las personas que la quitaron del puesto de abadesa del convento manileño.

9.6

[Recios temporales en el mar]

En el año de mil seiscientos y veinte y nueve sucedió también otro caso maravilloso que, habiendo de ir a la Nueva España el capitán Luis Vela, le entregó la venerable madre unos pliegos y otros papeles para allá, diciéndole: “A lo menos su nao no arribará, sino que llegará al puerto”. Comprobose con el suceso esta profecía porque, arribando aquel año la Almiranta, por recios temporales no pudo hacer viaje (Quesada, 1713: 562).

Predicción de muertes

9.7

[Muerte de la hija de Feliciano del Castillo]

Doña Feliciano del Castillo, mujer del capitán Luis Vela, vecinos de Manila, dijo a la venerable madre cómo estaba muy afligida y con mucha falta de salud, causada de una apostema que se le hacía en el vientre; a lo cual la sierva del Señor, sin haber sabido otra cosa, ni tenido más relación del caso, respondió que no era enfermedad ni apostema lo que tenía, sino que estaba preñada de una clarita. Así se verificó algunos meses después que antes de tiempo parió una niña, la cual vivió algunas horas y recibió agua del bautismo; la pusieron por nombre Clara y luego fue a gozar de Dios, dejando verificada la profecía de la venerable madre (Quesada, 1713: 561).

9.8 a

[Muerte de un clérigo]

Otro caso maravilloso sucedió en el Convento de Santa Isabel de Toledo donde, estando una religiosa comprando un poco de lienzo, pidió al lencero se le fiase por quince días, que en ese tiempo le habían de traer un poco de dinero y no tenía entonces con qué pagarle. El lencero le respondió que sí le fiaría como hubiese una persona que se obligase a pagarlo cumplido el plazo, y hallándose presente un clérigo, sacerdote muy virtuoso llamado Diego de la Mar, se ofreció a la fianza, saliendo a pagar aquel dinero si la religiosa no le pagase al plazo señalado. Estaba presente la venerable madre Jerónima a todo esto y, volviéndose a las religiosas, dijo que cómo hacía aquel clérigo fianza por quince días, si no los había de vivir. Quedaron todas muy admiradas, y mucho más lo estuvieron después, cuando vieron que dentro de pocos días enfermó gravemente el clérigo y a los catorce ya estaba enterrado (Quesada, 1713: 559-560).

9.8 b

En Santa Isabel de Toledo estaba una religiosa comprando lienzo. Hallose allí un clérigo, deudo suyo, que dijo al mercader que si dentro de quince días no le pagase su lienzo aquella religiosa, él se obligaba a pagárselo. Esta fianza la hizo en presencia de la madre Jerónima la cual, volviéndose a las religiosas, dijo: “¿Cómo este hombre hace fianza de quince días si no los ha de vivir?” Quedaronse todas muy admiradas, y mucho más cuando supieron haber muerto de allí a doce días,

habiéndole primero avisado la madre Jerónima de que su mal era mortal y sin remedio. Siempre sus profecías eran en orden al bien espiritual de sus prójimos (Letona, 1662: 52v-53r).

9.9 a

[Muerte de un ladrón]

Otro [caso] no menos singular le acaeció [a sor Jerónima] en el mismo convento [de Toledo]. Una de las andaderas, llamada Bautista, llegó a la venerable madre a darle cuenta de que quería casar a una nieta suya, a lo cual respondió a la sierva de Dios que la dejase y no la casase, pues era aún niña. Hacía instancia la mujer en que la había de casar porque le parecía muy buena la comodidad, y refiriendo las prendas del desposado dijo que era muy buen mozo, grande escribano, y que por la pluma subiría como espuma. “¿A dónde queréis que suba?”, le dijo la venerable madre, “subirá a la horca a donde suben los ladrones”. Nada de esto bastó con la mujer para que dejase de efectuar luego el casamiento; y dentro de pocos días hizo hurto el desposado, por el cual y otras cosas semejantes le ahorcaron, habiéndose cumplido lo que había dicho tanto antes la venerable madre, sin haber visto ni conocido al mozo, porque el señor le había revelado este suceso como otros muchos (Quesada, 1713: 560).

9.9 b

Una de las mandaderas de santa Isabel comunicó a la madre Jerónima que quería casar una nieta suya con un hombre que allí nombró; aunque Jerónima no lo conocía, aconsejó a la mandadera que no casase con él a su nieta. Instó en que la había de casar, diciendo que era muy hábil, y persona que como espuma había de subir por la pluma. Replicola Jerónima y dijo: “¿A dónde subir? Subirá a la horca a donde suben los ladrones”. En fin, hizose el casamiento y, por un hurto notable que hizo, dentro de pocos meses le ahorcaron (Letona, 1662: 53r).

Predicciones sobre su propia muerte

9.10

[Le mostró Dios su cuerpo difunto]

Rogábanle [a sor Jerónima] que mirase su extrema necesidad y que no se fatigase en acudir a todas las comunidades de día y de noche, a lo que respondía que, por el mismo caso que le faltaba poco que vivir, había de acudir con más puntualidad a todas las comunidades. [...] Estas sospechas, que la madre Jerónima concibió de su cercana muerte, se las aclaró más el Señor en la oración, mostrándole su cuerpo difunto puesto en un túmulo alto, honoríficamente colocado, y venerado por gran multitud de gente, en que se vería muy presto, con que aplicó todo su cuidado en encomendar a Dios su convento (Letona, 1662: 59r).

9.11

[Su última comunión]

El lunes veinte y uno de octubre [sor Jerónima] bajó a la craticula a comulgar en ajenos brazos; y dijo a quien la llevaba que aquella sería la última vez que llegase a la craticula. Recibió al Señor con el fervor y humildad que acostumbraba, ahora más que nunca, porque sabía que era la última comunión que había de recibir en esta vida (Letona, 1662: 59r-59v).

Otras

9.12

[Gabriel Díaz de Mendoza llega a Manila]

Hacia viaje de estas islas a la hermosa costa de la gran China, en el año de mil seiscientos y veinte y ocho, el capitán Gabriel Díaz de Mendoza, síndico de las monjas. Y, despidiéndose de la venerable madre, le pidió encarecidamente le encomendase a Dios. Prometió hacerlo, pero descontenta del viaje dijo a las religiosas que le parecía sin pies ni cabeza, y que no había para hacerle; y así se verificó porque, después de haber padecido grandes tormentos, pasados muchos peligros y conocidos riesgos, se volvió [Gabriel Díaz de Mendoza] sin haber conseguido cosa alguna del efecto que se pretendía. Cuando había padecido estos naufragios, vino nueva a esta ciudad cómo el capitán Gabriel Díaz y sus compañeros eran muertos, y así los afirmaron unos chinos que venían de la gran China; pero cuando esto le dijeron a la venerable madre, respondió: “No es verdadera esa nueva, ni que haya muerto el capitán, aunque ha estado en grande peligro y con el favor de Dios vendrá bueno”, como algún tiempo después vino con entera salud (Quesada, 1713: 561).

9.13

[Invasión de piratas]

Cuando el enemigo holandés anduvo infestando estas islas el año de mil seiscientos y veinte y cinco, salió el maestre de campo don Jerónimo de Silva contra él con muy buena armada. La venerable madre todos estos días hacía grandes penitencias, vigiliass y oraciones por el buen suceso de los católicos. Y como las religiosas estuviesen con recelo de que, si llegaban a las manos, era forzoso que muriese mucha gente principal de los vecinos, y esto les causase, aún antes que pudiese suceder, mucha lástima, les dijo [sor Jerónima]: “No hay que temer, hijas, que el maestre de campo volverá vivo, aunque no con victoria, y ninguno de los vecinos que van en la armada morirá porque Dios lo remediará. Mas si en esta ciudad no hay enmienda en tantas ofensas de Dios, aunque su Majestad la librará de estos holandeses, no le faltarán camucones³⁷”. Todo esto se vio después como lo había dicho la venerable fundadora que el maestre de campo volvió sin haber tenido victoria, porque aunque dio vista al enemigo, no llegó la armada a pelear, y el holandés se fue de las islas; pero luego sucedió el venir los camucones y hacer en ellas muchos daños (Quesada, 1713: 563).

³⁷ Piratas.

9.14 a

[Predice la caída de una roca]

No merece pasarse en silencio otro caso milagroso que sucedió; aunque más pertenece a los favores del don de la profecía, quise dejarle para este lugar por poner junta toda esta materia. Fue el caso que, sacando otra vez el castillejo con más carga que él, ni la maroma podían sufrir por ser demasíadamente grande la piedra y, estando ya cerca de la boca del pozo, dijo la venerable madre a los cuatro o cinco hombres que en el profundo estaban trabajando que, con mucha prisa, se juntasen todos a tal lado. A penas lo hubieron hecho cuando, sin haber dado antes muestras de ello ni de sentimiento alguno, se quebró súbitamente la maroma, dando el castillejo y la piedra abajo, sin hacer daño alguno a los hombres que con presteza se habían retirado a la parte que la venerable madre les había mandado (Quesada, 1713: 573).

9.14 b

Habiendo subido otra vez una piedra grande casi hasta la boca del pozo, se asomó a él la madre Jerónima y a voces dijo a toda prisa a los que trabajaban abajo que luego se apartasen a un lado. Y apenas lo hubieron hecho cuando la maroma, estando al parecer sana, súbitamente se quebró y cayeron abajo la piedra y el castillejo sin hacer daño a los que trabajaban por haberse apartado a un lado por el aviso profético de Jerónima, a quien el señor reveló allí aquel riesgo (Letona, 1662: 54r).

10. Visiones de otros personajes

Visiones de sor María Ana de Jesús

10.1

[Sor Jerónima en manos de Dios]

[Dice sor Jerónima]: “Dijome la venerable María Ana que, estando elevada en el cielo con santa Catarina Mártir y santa Inés y otras santas mártires (que no se me acuerdan los nombres, sino de estas dos), pasaba yo y las santas me hacían mucha cortesía, y que, habiéndoles preguntado por qué habían hecho tal demostración, le habían respondido: —Porque esta criatura ha de ser medio para dar a Nuestro Señor más gloria que nosotras. Y otra vez, también estando elevada, le mostró Nuestro Señor las almas que a la sazón en este mundo le servían en perfección, y que todas estaban en presencia de su Majestad, postradas a sus divinos pies, y que tenía una el Señor en su divina mano y le dijo María Anna: —Señor mío, ¿por qué haces tal diferencia con esta que tienes en tu mano, estando todas las demás postradas a tus divinos pies en tu presencia? Y que Nuestro Señor le dijo: —Esta es Jerónima que solo quiere mi gloria; y las demás, aunque me son agradables y sirven en perfección, quieren para sí, mas esta solo para mí quiere” (Quesada, 1713: 200).

10.2

[Sor Jerónima como columna de la religión en Manila]

Tuvo una maravillosa revelación en Toledo la venerable sor María Anna de Jesús, la cual refirió a la venerable madre de esta suerte: “Llevome el Señor a un campo grande y en medio estaba una ciudad toda negra y llena de grande obscuridad. Estándola mirando, vi que del medio de ella se levantó un globo muy grande de obscuridad y llamas negras, y muchos humos, y a deshora vi que comenzaba a clarear, a la manera que se va poco a poco descubriendo el sol cuando una nube muy densa le tiene cubierto. Así aquella nube negra fue hecha clarísima y más resplandeciente que mil soles, de la cual salían dos ríos de maravillosos resplandores y dieron en la madre Jerónima, y de ella se iban esparciendo por toda la ciudad, campos y redondeces, quedando clarísimas más que espejos. Pareció en medio de esta máquina la Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, con grande majestad y poderío, y puso a sí misma por columna de aquella misma ciudad, y a san Miguel por otra; la tercera fue nuestro padre san Francisco, y por cuarta columna puso a la madre Jerónima. Y estando así la Madre de Dios y las otras tres columnas sustentando aquella ciudad en los suyos, parecía que la madre Jerónima estaba como afligida y muy congojada, dando a entender que el peso era grande, y la Reina del cielo llegó a ella y le dijo: —No te aflijas, que yo te ayudaré” (Quesada, 1713: 305-306).

10.3

[Sor Jerónima como árbol]

[Dice sor María Ana de Jesús]: “Estando yo en oración, me llevó el Señor a unos campos areniscos; y en medio de ellos estaba un árbol de maravillosa grandeza y hermosura, cuyas flores eran de varios colores. Yo, admirada, pregunté al Señor qué quería decir árbol tan hermoso en tierra tan seca, y Dijome su Majestad: —Este árbol es Jerónima, que me ha de dar frutos de muchas maneras. Nuestro padre san Francisco que estaba junto al árbol me dijo: —Sabrás que Nuestro Señor me tiene concedidas tantas almas como arenas tiene el mar, y dirás a Jerónima que, pues es mi hija legítima, se disponga para ayudármelas a ganar” (Quesada, 1713: 536).

10.4

[Sor Jerónima en el corazón de Dios]

María Ana de Jesús vino a verme como solía; y las maravillas de Dios son de manera que quiso tratar su Majestad con ella, a mi parecer, en esta ocasión, [...] la cual me dijo: “Jerónima, diciendo yo a Nuestro Señor que fuera del noviciado estabas desacomodada, me dijo: —Aquí la he yo aposentado. Y mostrome el corazón donde te tenía, allá dentro, en premio del servicio que le habías hecho, criando para su Majestad aquellas nuevas plantas³⁸” (Quesada, 1713: 463).

10.5

[Sor Jerónima en una llaga de Dios]

Vino a verme María Ana y me dijo: “Jerónima, halleme en el cielo con todas las almas que viven en el mundo a la sazón perfectamente, y estaba el Señor dándoles grandes favores, mas no te veía allí y por esta causa dije a su Majestad: —Señor mío, ¿qué es de Jerónima? ¿Cómo no está con estas que te están agradando, y tú haciéndoles tan soberanos favores? Respondió Nuestro Señor diciendo: — No la tengo yo donde se ve con las demás, está más adentro. Y, apartando la vestidura encarnada del pecho, me mostró abierta la llaga del costado y vi que estabas dentro de su divino corazón” (Quesada, 1713: 459).

10.6

[Sor Jerónima en procesión celestial]

Fue electo en ministro general de toda la orden el reverendísimo padre fray Arcángelo de Mesina, varón de grande virtud. [...] Fue el domingo de Pentecostés la procesión con el general nuevamente electo (como es costumbre en nuestra orden) hasta la catedral; y para decir que sería solemnísima, basta saber que la honraron los católicos reyes de España y tantas personas reales. [...] Y porque a solas los hombres no festejasen elección hecha por tan al gusto de Dios, la celebraron también todos

³⁸ Metáfora de los indígenas evangelizados en Filipinas.

los cortesanos del cielo. Manifestó el Señor a su sierva María Anna de Jesús esta fiesta, la cual, obligada por la obediencia y mandato del general, la refirió de esta suerte: dijo que al modo que se hacía la procesión en la tierra vio otra en el cielo, en la cual iban todos los bienaventurados, y el general al lado de nuestro padre san Francisco, a quién todos los santos de la orden hacían gran fiesta; y que la madre Jerónima iba entre nuestro padre san Francisco y nuestra madre santa Clara, junto al estandarte de la orden (Quesada, 1713: 292-293).

10.7

[Sor Jerónima como habitante celestial]

Declaró su Majestad a la venerable María Anna de Jesús y a Anna de la Concepción, estando estas siervas suyas en fervorosa oración y siendo arrebatados sus espíritus en un día de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora, y cada una de ellas de por sí dijo después a la venerable madre cómo la había visto en el cielo, en un castillo de fuego claro y resplandeciente, que celebrando esta grandiosa fiesta hacía torneos y juegos de cañas, y que iba por los cielos causando admiración a todos los moradores celestiales, y que los excedía en su modo, y que ellos admirados decían: “¿Quién es esta que se levanta de la tierra? ¿Qué tan terrible es su ejército?³⁹”. Y por todas partes le hacen venia los escuadrones y ejércitos soberanos. [...] Otra vez vio la venerable María Anna lo mismo, que los nueve coros de ángeles hacían venia a la venerable madre, y lo mismo hacían los apóstoles, profetas, patriarcas, mártires, confesores, vírgenes y los demás santos; y que todos la reverenciaban como a esposa del rey, y que ella convidaba y desafiaba a hacer sus fiestas, torneos y juegos, y que pasó con admiración de los ciudadanos del cielo y llegó sin parar hasta el altísimo Dios (Quesada, 1713: 496).

Visiones de Cristina de la Cruz

10.8

[Sor Jerónima coronada]

Así lo manifestó [Dios] a su sierva Cristina de la Cruz, la cual hablando después con algunas religiosas dijo: “Bien le va a la madre Jerónima, que el día de la Asunción de Nuestra Señora la vi ir por esos cielos como reina coronada, y la madre de Dios la había aderezado de su mano para la fiesta de su gloriosa Asunción. ¡Qué bizarra iba! Parecía una giganta de virtud que hacía raya entre muchas” (Quesada, 1713: 496).

³⁹ Alusión al Cantar de los Cantares (8:5): “¿Quién es esta que sube del desierto apoyada en su amado?”.

10.9

[Sor Jerónima en un carro de fuego]

Estaba en oración una noche de san Lorenzo esta sierva de Dios [Cristina de la Cruz], y vio en espíritu a la venerable madre Jerónima que, puesta en un carro de fuego, volaba al Cielo donde entró triunfando, y se desapareció en aquella infinita grandeza de Dios (Quesada, 1713: 542).

10.10

[Sor Jerónima como Sol]

Había en Toledo una persona muy espiritual y fervorosa llamada Quiteria Martínez, que era hermana de una religiosa del Convento de Santa Isabel, la cual se llamaba Ascensión. [...] Le dijo: “Jerónima, el Señor fue servido de que me fueses manifestada en un modo admirable y, estando yo en la oración, te vi en el nacimiento del Sol, que estabas dando tan grandes rayos de luz que llegaban al Oriente, y no me dieron ni me dijeron más” (Quesada, 1713: 288-289).

Visión de sor Ana de la Concepción

10.11

[Sor Jerónima con una escalera en el pecho]

A esta sierva, Anna de la Concepción, comunicó el Señor grandes cosas de esta fundación: [...] una fue muy singular, la cual refirió la misma Anna de la Concepción a la esposa del Señor de esta suerte: “Estando en oración, con el fervor y espíritu que el Señor era servido de comunicarme, vi salir del pecho de la madre Jerónima una escala que llegaba al cielo, y subían innumerables almas por ella. En la parte donde tocaba la escala en el cielo vi que estaba Dios y su Madre Santísima para recibir las almas que subían, y así era muy vistosa y maravillosa esta escala” (Quesada, 1713: 309).

Visiones de otras religiosas cuyo nombre no se menciona

10.12

[Sor Jerónima con llagas]

Reveló el Señor a una sierva suya, a quien mostró su Majestad un hermoso jardín de árboles de oro y, en las hojas de ellos, mucha variedad de pajaritos que cantaban diciendo: “Somos magnificencia de Dios en Jerónima, esposa suya”. Pusole sus cinco llagas [a sor Jerónima], aunque no se ven sus fuentes corrientes como en Francisco, porque a él se las dio en flores abiertas, y a su esposa en capullos que abrirán en la gran China y Japón, al rayo del sol de justicia, y su olor se esparcirá debajo del estandarte de Francisco y Clara (Quesada, 1713: 453).

[Sor Jerónima como majestad]

Revelole su Majestad a una gran sierva suya cómo la venerable madre Jerónima estaba cercada de la inefable gloria de la Santísima Trinidad, y que el Padre y el Hijo, y el Espíritu Santo la estaban adornando y enjoyando con una vestidura muy preciosa, poniéndole corona imperial. Vio también que la Virgen Sacratísima se quitó una banda que traía al cuello, y en ella una encomienda, y que todo junto lo echó al de su sierva Jerónima diciendo: “Hija mía, quiero honrarte con mi pura concepción, y digote la verdad que ninguna madre ha querido a hija como yo a ti, y como a tal te sustento a mis dulces pechos. Cuando estabas en el vientre de tu madre, yo te hablaba, y desde entonces te he favorecido en gloria de la Santísima Trinidad, en cuyos rayos hallarés mi concepción como de madre de Dios”. En efecto, apareció la humilde Jerónima en el poderoso trono de Nuestro Señor Jesucristo, asentada entre el Hijo y su santísima Madre, y con ella estaba un religioso de Toledo de la orden de nuestro padre san Francisco (que por ser vivo no se nombra), el cual tenía una rica librea azul. La venerable madre Jerónima tenía en el suyo la custodia, y todos los bienaventurados que estaban alrededor del trono le hacían grandes fiestas, señalándose mucho nuestro padre san Francisco, san Miguel, san Juan Bautista y el Evangelista (Quesada, 1713: 548).

Milagros de sor Jerónima

11. Milagros de sor Jerónima de la Asunción en vida

Sor Jerónima curando

11.1

[Curando el estómago]

Hubo una gracia que me pasó con la reina, que no quiero dejar de decirla, y fue que le sentí que quisiera que yo la santiguara, porque me decía: “Madre, siento mucho una mala disposición en el estómago y vientre”. Yo hice la cuenta en mi pensamiento, que si la reina me decía que la santiguase más, había de sentirlo yo, y así tomé este modo y fui preguntarle adónde sentía la mala disposición y legarle la mano con la señal de la cruz, con modos de compasión que yo tenía de su mal. Consideré por un efecto que vi en la reina cómo Nuestro Señor da a las personas reales extraordinarios ánimos. Y fue la causa que, estando su majestad de la reina hablando conmigo, vino volando desde unos peñascos que hay en la huerta, muy altos, un pavo real que había en casa y se le puso sobre la cabeza, y no hizo más movimiento ni demostración, que si no se pusiera ni le hubiera acaecido cosa alguna (Quesada, 1713: 26).

11.2 a

[Curando gota coral]

Obró el Señor muchas maravillas, y estando esta su esposa [sor Jerónima] en el puerto de la Veracruz, aposentada con sus compañeras en casa del capitán Alonso de la Mojica, dio milagrosamente salud a una esclava suya llamada Margarita, la cual padecía tan fuerte dolor del corazón, o gota coral, que no la podían tener cuatro hombres. Apretole esta enfermedad estando allí la venerable madre, y con solo echarla su bendición y tocarle la cuenta [de santa Juana], volvió en sí. Y como su ama, doña Juliana, lo escribió después, nunca más le volvió la enfermedad a la esclava, ordenándolo así el Señor, para pagar con este beneficio a aquellos piadosos caballeros el hospedaje que hicieron a sus esposas, y satisfaciendo a la esclava el amor y caridad con que las sirvió los pocos días que allí estuvieron (Quesada, 1713: 546).

11.2 b

A la muy santa y admirable madre Juana de la Cruz, y a sus prodigiosas cuentas, tuvo siempre Jerónima ternísimo afecto, con que singularmente veneraba sus grandes virtudes, portentos y maravillas. En todo su viaje de Toledo a Manila se cree haberla acompañado, y estando muy enferma en la Veracruz, parece haberla confortado con un amoroso abrazo que le dio, estando comulgando en nuestro convento, ofreciéndola su intercesión para el buen suceso de la fundación que iba a hacer. Estaba hospedada en casa del capitán Alonso de Mujica, y una esclava suya, que servía allí a las religiosas, había muchos años que padecía terrible gota coral, dándole ese mal

muchas veces allí en presencia de la madre Jerónima, la cual la echó su bendición, tocándola con una cuenta de la madre Juana, y luego sanó tan perfectamente que nunca más le volvió este mal. La misma madre Jerónima parece haber sanado milagrosamente en el Mar del Sur con otra cuenta de estas, con las cuales obró por el camino otras muchas maravillas, que por abreviar se callan (Letona, 1662: 16r-16v).

11.3 a

[Curando hidropesía]

En Toledo fue [sor Jerónima] a visitar la una gran señora que se veía muy afligida de una enfermedad, postrada la gana del comer y tan viva la del beber agua que no la podían ir a la mano, haciéndole esto notable daño. Manifestóle a la venerable madre su necesidad, la cual le salió a un partido, diciéndole que todas las veces que dejase de beber por amor de Dios le rezaría una Ave María. Aceptólo, poniéndolo en ejecución la señora con la fe que tenía en las oraciones de la sierva del Señor, y quedó buena con tanta brevedad que, teniéndolo por cosa milagrosa, dio la receta de la medicina a las otras muchas señoras que con la misma fe venían a pedir la medicina de las avemarías a la venerable madre, con que muchas cobraron salud (Quesada, 1713: 576-577).

11.3 b

La duquesa del infantado, amiga muy especial de la madre Jerónima, estaba con hidropesía confirmada, que la medicina llama hidropesía *facta*, sin que la hubiese aprovechado medicamento alguno de los muchos que a tan gran señora se harían. Consultó su mal con Jerónima, la cual muy a su costa ordenó una receta eficaz, y fue que la misma Jerónima prometió de abstenerse de beber muchos días, y que siempre que tuviese sed se la ofreciera a Dios y la rezaría una Ave María. Hizolo así Jerónima, con que la duquesa muy en breve quedó perfectamente sana. A otras muchas personas dio esta receta, con que cobraron entera salud en este gravísimo achaque (Letona, 1662: 54v-54r).

11.4

[Curando lepra]

En una peste general de lepra que hubo en Toledo, sanaron innumerables personas con un poco de agua que Jerónima cocía con unas yerbas ordinarias, enviándola a los enfermos y a los hospitales, teniendo todos por milagrosa esta salud (Letona, 1662: 54r).

11.5 a

[Curando fracturas]

Estando en el convento de Toledo, le llevaron un niño que estaba quebrado, al cual, aunque se le habían hecho muchos remedios, ninguno había aprovechado, y la afligida madre, buscando verdadero y más eficaz, se valió de las oraciones de la esposa del Señor por ser su santidad tan

conocida. Llevo el niño y, habiéndole manifestado su necesidad, pidiole con muchas lágrimas (derramadas con mucha fe y devoción) que le encomendase a Dios aquel hijo y, compadeciéndose de ella y de él, le echase su bendición. La caritativa esposa del Señor, que de suyo era tan compasiva, doliose de la aflicción de ambos y con mucho fervor acudió a sus ruegos y, levantando los ojos al Padre de las misericordias, rogó a su Majestad por el niño y luego echó su bendición. Fue Dios servido de oírlo y el niño quedó luego sano como si tal enfermedad no hubiera tenido, lo cual contaba después la mujer, diciendo que aquel milagro había obrado la venerable madre Jerónima con su hijo (Quesada, 1713: 577).

11.5 b

Un niño, hijo de un caballero de Toledo, nació quebrado y, aunque se le hicieron muchos y muy costosos remedios medicinales, ninguno aprovechó. Y sanó de repente con sola la bendición y oraciones de la madre Jerónima. A otro niño que estaba ya desahuciado de la vida por todos los médicos de Toledo, le alcanzó salud repentina la oración de Jerónima. Otras muchas maravillas obró en su vida, así en Toledo como en Manila, y en otras ciudades y reinos por donde anduvo, que por abreviar se dejan referir (Letona, 1662: 54v).

11.6

[Curando niño que no quería comer]

Otra mujer se vio tan afligida una vez con un niño que tenía del pecho, el cual estaba tan enfermo que no había remedio para poderle hacer mamar ni paladear cosa alguna, que desahuciada de su vida se fue a pedir el remedio a la venerable madre Jerónima. Llegó al torno del Convento de Santa Isabel y, manifestando la causa de su ida y aflicción, pidió a las torneras le llevasen aquel niño a la sierva de Dios, las cuales lo hicieron. Recibió la venerable madre el niño y, llevando consigo un poco de miel, se fue a las ermitas de la huerta y, entrándose a la de Nuestra Señora, le dijo a la Reina del cielo: “Madre de Dios y Señora mía, tomad allá este muchacho que yo no sé qué se dicen las que me le han traído”. Hizo una breve oración y luego le fue poniendo de la miel en la boca al niño, y comenzó a paladear sin dificultad alguna y, entregándoselo a la madre, recibió luego el pecho y estuvo muy bueno, con grande admiración de todos los que lo vieron y supieron, alabando a Nuestro Señor por las misericordias que tan literalmente usaba por los merecimientos y oraciones de su sierva (Quesada, 1713: 577-578).

11.7

[Curando otros achaques]

A algunas [religiosas] que se sentían molestadas de achaques solía venirles al pensamiento que sanarían si la madre Jerónima las echase su bendición o las enviase un bocado del pan que ella comía, o las diese un abrazo. Y como quien leía y entendía los corazones socorría luego con estos remedios manuales, echando a una bendición, a la otra enviando un bocado de pan de su ración, a la otra dando un abrazo cuando la topaba, que aunque era muy enemiga de extremos y cariños pueriles, porque con ser muy atable tenía justamente gran severidad y entereza, vencida de la

caridad acudía con puntualidad a la devoción oculta de las religiosas y a estos remedios caseros, con que luego quedaba cada cual con entera salud. Innumerables casos de este género la sucedieron en Toledo, Sevilla, Cádiz, México y Manila (Letona, 1662: 52v).

11.8

[Curando una penosa enfermedad]

Pero entre otras le envió Dios [a sor Jerónima] una ocasión para ejercitaste en esta virtud, que fue admirable prueba de su mansedumbre y paciencia; lo fue el acudir a la cura de una enferma en una prolija y penosa enfermedad, a la cual asistió con mucho amor y puntualidad. Y con ser grande la que tenía, para no hacer falta en el remedio de su necesidad, nunca oyó palabra de agradecimiento de la enferma, antes muchas que para otra de no tanta virtud fueran de mucho enfado (Quesada, 1713: 121-122).

11.9

[Curando a un matrimonio]

[Feliciana del Castillo] en otra ocasión andaba con algunos achaques, y una noche, de repente, le apretó con tanto extremo una enfermedad que llegó a estar de mucho peligro y muy fatigada, en ocasión que también su marido estaba tan enfermo que no se podían socorrer el uno al otro, siendo a tiempo que tampoco podían dar noticia de su aflicción a la venerable madre, para que los socorriese con sus oraciones. Pero a esta misma hora lo reveló el Señor a su sierva y lo dijo a todas las religiosas para que la encomendasen a Dios y el peligro en que estaba, y que ya le había enviado allá a la gloriosa santa Clara para que la socorriese. Después que la enferma estuvo con salud, vino a visitar a la venerable madre y, dándole cuenta de lo que aquella noche había padecido y el consuelo que (sin saber cómo) había tenido, le respondió: “Ya, amiga, te envié allá a nuestra madre santa Clara que es muy socorrida en todas las necesidades”. Y conoció aquella señora haber sido a la misma hora que ella en su aflicción había llamado a la venerable madre (Quesada, 1713: 561-562).

Sor Jerónima ayudando a librar accidentes

11.10

[Atropellado]

Luego que llegó a Toledo este religioso⁴⁰, dio las gracias a la venerable madre y dijo que en el puente segoviano le había atropellado un coche y pasado por encima de él los caballos y ruedas, pero que no le había lastimado ni hecho daño alguno por haberle socorrido la madre Jerónima, a la cual había visto presente cuando él estaba en aquella aflicción, y que así le daba las gracias públicamente por el beneficio que le había hecho, librando de aquel peligro (Quesada, 1713: 559).

⁴⁰ El padre vicario, cuyo nombre no se hace explícito.

11.11

[La roca se detuvo en el aire]

Con asistencia continua personal de la madre Jerónima se trabajaba en el otro pozo con mucha gente, y con pocos efectos porque se trabajaba en peña viva. Por lo cual, en vez de agradecimiento o ya continuamente hartas palabras de enfado, tratándola de temática y porfiada y con otros apodos más sensibles, algunas maravillas sucedieron en esta obra. Sacaban la piedra en un castillejo de madera, de que tiraban con una maroma, y, subiendo una vez una piedra muy grande sola, cuando ya estaba arriba, el oficial inadvertido, sin sacar la piedra, quedando todo en el aire en medio de la boca del pozo, sin estribar en parte alguna, reparó en el disparate de la madre Jerónima y luego levantó su corazón a Dios con que milagrosamente se detuvo todo en el aire, y, si hubiera caído, matara a los oficiales que trabajaban abajo en el plan; y ellos mismos publicaron esta maravilla con harta pesadumbre y sentimiento de la humildísima Jerónima (Letona, 1662: 54r).

Sor Jerónima ayudando en nacimientos

11.12 a

[Embarazo de la reina]

Acaeció que la reina quiso llevarse la imagen del Niño Jesús consigo (porque le pareció muy devota y lo es), de hecho se la llevó y Dijome cuando la tomó: —Llevola, madre Jerónima, porque me dé hijos. Saliose luego a la huerta y sentose por hablar conmigo muy despacio, no dando lugar a que las músicas le cantasen ni le impidiesen la plática y, tratando todo lo que decía del amar a Dios, que esta era su conversación, me pidió muchas veras la encomendase a Dios, y también al rey porque nunca su majestad católica ofendiese a la divina. [...] Llevaba consigo una criada que quería ser monja y dijole allí delante de todas que dónde quería serlo, y ella respondió que donde su majestad mandase y dijo: —Aquí quiero yo. Y luego entró. De esta sierva de Dios supimos cómo la reina traía puesto un silicio porque era ella la secretaria de estos. Estuvose allí su majestad hasta anochecido y después fue Nuestro Señor servido de darles tales y tantos hijos como gozamos los dichosos vasallos de tan virtuosos y católicos reyes (Quesada, 1713: 566-567).

11.12 b

Un día que la santa reina de España, Margarita, fue a visitar el Convento de Santa Isabel, estuvo toda la tarde sola con la madre Jerónima, consolándose ambas mucho en el Señor, porque era la reina mujer perfectísima de grande espíritu y de mucha oración. Pero sintió Jerónima en extremo que la reina hiciese caso de ella y decía: “No es una persona rica por tener opinión de que lo es”. Y de la madre Jerónima, doña Catalina lo supo, estuvo toda aquella noche llorando y diciendo a Dios: “No permitas, Señor, que Jerónima se desvanezca por cosa alguna”. Y yéndola a visitar por la mañana, la primera palabra que le dijo fue: “Jerónima, ni eres nada, ni vales nada, y si la reina te conociera, no hiciera caso de ti”. Holgose Jerónima de que su madre estuviese en lo mismo que ella. En esta ocasión le sucedió a Jerónima con la serenísima reina un caso singular: iba ya para seis años que estaba Margarita casada con la católica majestad del rey Felipe III, sin haber tenido en ellos hijo

varón, que lo deseaba la santa reina para bien de la cristiandad. Manifestó su deseo a Jerónima, a quien dijo con mucha fe y devoción que le pusiese sus manos en el vientre, como lo hizo. Y luego le encargó con mucha instancia que pidiese a Dios la diese hijos y que fuesen buenos. La fe y devoción de la reina a la madre Jerónima y a sus méritos y oraciones se logró admirablemente, porque dentro de breves días se sintió preñada la reina, y su vientre real como tocado y bendito de las manos santas de la madre Jerónima, cuya humildad era tan grande que con haber sido común esta opinión y voz en España, entonces, siempre lo procuró ocultar, sintiendo mucho que hubiese quien hiciese caso de ella y que la tuviesen por santa (Letona, 1662: 27r-27v).

11.13

[Embarazo de dos mujeres toledanas]

[Sor Jerónima dice:] “Una señora, otra vez en Toledo, me pidió muy encarecidamente le suplicase a Nuestro Señor que le diese hijos porque los deseaba mucho, y yo le dije acaso cuando se iba: — Andad con Dios, amiga, y no vengáis acá hasta que traigas eso que decir. Pasado algún tiempo volvió la señora y me dijo: —Madre, ya vengo como mandó que Dios ha sido servido de oír sus oraciones. Venía con esta señora otra, a quien había ya contado el suceso, la cual tampoco tenía hijos y los deseaba, y con la misma fe que la primera me dijo: —Madre, mándeme a mí lo que le mandó a mi compañera y encomiéndeme a Dios. Y yo le dije entonces: —Andad también vos, amiga, y no volváis sin hijos. Sucedióle lo mismo que la primera, y fue con Dios servido de darles a ambas los hijos que deseaban, por la fe con que los pedían, y ellas creían que era por otra cosa (Quesada, 1713: 567-568).

Sor Jerónima resucitando difuntos

11.14 a

[Resucita a tres hombres ahogados]

Ya la venerable madre había ensanchado la huerta, poblándola de muchas plantas, y hecho tres ermitas muy devotas con el fin que se ha dicho y también para retirarse a orar a ellas. Había para regar la huerta solo un pocillo que se recogía agua llovediza y sobre ser pequeño estaba tan lleno de cieno que cabía muy poca agua. Mandó la venerable madre a dos hortelanos a que había para el servicio de la huerta que limpiasen el pozo para remediar aquel inconveniente, y adelantándose el uno de ellos cumplir lo que se le había mandado (o turbado con el mal olor o por otra desgracia), queriendo entrar en el pozo, cayó en él, quedando sumergido en el cieno y descubriéndose de él muy poco. Echóle menos la sierva del Señor y, preguntando por él a su compañero, respondió que había ido hacia el pozo, fue este hortelano a buscar al otro y, como le hallase caído en el pozo y a su parecer estaba ahogado, porque no daba muestras de estar vivo, dio voces a la venerable madre, diciéndole la desgracia y diciendo, y haciendo, fue a entrar para sacarle; sin poderse valer, le sucedió lo mismo que a su compañero. Vióse afligida la esposa del Señor y llamó a las monjas con toda la prisa posible para ver si podían socorrerlos. Mas como todos los medios que ponían saliesen vanos, hubieron llamar alguna gente, y se buscaron cuatro ganapanes en que forzosamente se hubo de gastar más tiempo del que la necesidad pedía. Entró al fin uno de los cuatro, teniéndole los otros

tres fuertemente amarrado con una soga, y con otras que llevaba ató a los que habían caído, y cuando a este tercero le sacaron, salió como fuera de sí y amortecido con el mal olor. Sacaron a los otros dos luego, y salieron tales que los que se hallaron presentes juzgaron estar muertos, y como tales los tendieron en el suelo, procurando limpiarlos y hacer algunos remedios, aunque creían eran superfluos porque ninguna muestra ni señal daban de tener vida. Lo cual causó tan grande dolor a la venerable madre que, habiéndolos mandado entrar en una de las ermitas, se acogió ella a otra de Nuestra Señora de Guía, y allí con fervorosa oración y copiosas lágrimas pedía a la Reina del cielo fuese servida de darle aquellos hombres y no permitir que muriesen sin confesión. Esta petición perseveró con tan grandes gemidos y suspiros que enternecía a todas las religiosas que la oían, y todas lloraban de verla en tan grande aflicción sin cesar un punto de pedir a Nuestra Señora la vida de aquellos hombres desde vísperas, que sucedió la desgracia, hasta la oración. A esta hora, que fue cuando el ángel saludó a la Reina del cielo y tierra, fue servida la madre de misericordia de oír las fervorosas oraciones de su sierva, y fueron los hombres entrando en calor, haciendo algunos movimientos y hablando algunas palabras. Y como todo junto sucediese tan súbita e impensadamente, porque estaban yertos e insensibles, todas las monjas lo tuvieron por milagro, atribuyendo a las oraciones de la venerable madre, la cual, cuando después en otras ocasiones se trataba de este caso, confesaba haber estado muertos aquellos hombres y que Nuestra Señora de Guía (que era muy devota y la había puesto la sierva de Dios en una de aquellas ermitas donde hizo oración), se los había dado y restituido a la vida, por lo cual daba muchas gracias a Nuestro Señor y a su santísima madre, por haberla librado de aquella aflicción, y entonces también las dieron todas las monjas a su divina majestad por el beneficio recibido (Quesada, 1713: 569-571).

11.14 b

Para mientras durase la obra quiso que sirviese el pozo antiguo y encargó a dos oficiales que le limpiasen y, al querer entrar en él, el uno tras el otro se cayeron dentro en el cieno y agua que tenía y a lo que parecía se ahogaron. Sacándolos se afligió Jerónima de ver aquella desdicha que imperaba a culpa suya, fuese a una de sus ermitas y allí estuvo en fervorosa oración cuatro horas ante una imagen de la Virgen. Al cabo de ellas, volvieron en sí aquellos hombres que dijeron haber resucitado (Letona, 1662: 54r).

Sor Jerónima ayudando a aparecer agua

11.15

[Agua en un pozo]

Habiéndose trabajado más de dos años en el pozo y habiéndole ahondado más de catorce estados, no se vía señal alguna de agua ni esperanzas de hallarla; con que Jerónima padecía muchos baldones diciéndola que por su porfía era tema y locura. Aflijase de que los oficiales desesperasen de hallar agua, encomendolo a Dios con más veras su oración, penitencias y ejercicios fueron doblados; y movida de impulso superior, hizo salir a los oficiales del pozo, y ella bajó a su plan en aquel artificio del castillejo y de la maroma. Pusose de rodillas y por espacio de una hora hizo allí

fervorosa oración, pidiendo al Señor diese agua para sus esposas. Y apenas esta Moisés⁴¹ toledana hirió aquella peña con la vara de su oración, cuando brotó un hermosísimo y caudaloso manantial de agua dulce y regalada, con que se llenó el pozo tan presto que apenas le dio lugar a ella para salir arriba. Los oficiales que vieron y advirtieron todo el caso dieron voces: “¡Milagro, milagro!”, con que bajaron allá todas las monjas y lo vieron por sus ojos. Divulgose por todo Toledo el milagro del agua de santa Isabel, con que eran innumerables los que la pedían para medicina de sus enfermedades por las milagrosas curas que hacía, y por la devoción grande con que todas las personas principales querían beber de ella. De esta continuación se seguían muchas inquietudes y algunos inconvenientes graves, por lo cual rogó Jerónima al Señor que aquella agua muy dulce se convirtiese en salobre, y así amaneció de repente una mañana con que quedó el agua, y lo está hoy, algo salobre pero muy provechosa para fertilizar la huerta, la cual hoy es de las más fértiles de Toledo, habiendo sido hasta entonces la más estéril de aquella ciudad. Para asistir a la obra, puso Jerónima sobre la boca del pozo, a un lado, una puerta vieja, sobre la cual solía continuamente estar y, al quererla quitar, cuando se acabó la obra, hallaron que estaba tan podrida que por cualquiera parte que la cogían entre las manos se deshacía, como si fuera de tierra, y conocieron que milagrosamente había sustentado el cuerpo de Jerónima, que por tan espiritual y penitente gozaba privilegios de espíritu como el cuerpo de nuestro padre san Francisco de quien dijo su hijo, el doctor seráfico, que a un difunto gozaba y goza, ahora, de sueros de puro espíritu, estando en pie y casi en el aire. Y si no fuera por este milagro, se hubiera muchas veces hundido la puerta y caído Jerónima en el pozo (Letona, 1662: 55v).

Sor Jerónima alejando demonios

11.16

[Diabólica obstinación]

Libró Jerónima a un caballero toledano, deudo suyo, diversas veces de innumerables peligros corporales y espirituales, y finalmente de una diabólica obstinación en que, cercano a su muerte, perseveró muchos días sin querer tratar de su salvación, y conocidamente parece que se condenara si el gran celo de Jerónima no hubiera empeñado e interpuesto con Dios toda la autoridad de su valimiento y privanza, que gozaba en el palacio y recámara de su divina Majestad, con que murió este caballero arrepentido y dispuesto, dejando señales y esperanzas de su salvación (Letona, 1662: 36r).

⁴¹ En el Éxodo (17:17), Moisés golpea una piedra de la que sale agua para saciar al pueblo de Israel en su viaje por el desierto.

Sor Jerónima ayudando a vencer el pecado

11.17

[Pecador arrepentido]

Un caballero toledano determinó hacer una noche un enorme pecado y, al salir de su casa, para eso se acordó que en aquella hora estaría la madre Jerónima en el coro de Santa Isabel ocupada en santísimos ejercicios y fervorosa oración, y fue tan grande y poderosa esta memoria que le retrajo de su intento. Supo Jerónima y, habiendo dado gracias al Señor por haber atajado su ofensa por ese camino, tuvo muchos días que llorar amargamente por ver que había quien la tuviese por buena. Y decía: “Bendito seáis, Dios mío, que ya que no te sirvo como debo por tan vil instrumento como yo, has querido evitar tu ofensa, sea todo para mayor gloria tuya” (Letona, 1662: 27r).

12. Milagros *post mortem* de sor Jerónima de la Asunción

Milagros con las reliquias de sor Jerónima

Curaciones de calenturas

12.1

[Fuego en el cuerpo de Juan Manaba]

Otro indio del pueblo de Apalit en la Panpanga, que se decía Juan Manaba, tuvo una enfermedad de calentura tan fogosa que parecía le salía fuego del cuerpo, el dolor de cabeza, terrible. Tal era el accidente que, al séptimo día, teniendo por cierto sería el de su muerte, le aparejaron la mortaja. No pudo comer en todos los días de su enfermedad, y así por la dificultad de tragarle, como por el peligro de volverle a echar si le tragase, no le dieron el Santísimo Sacramento. Estuvo seis días más que cada momento pensaban expiraba, en esta ocasión le encomendaron a la venerable madre Jerónima y le sahumaron con reliquias de la bendita madre, y echaron en la boca un poco de agua pasada por ellas. Solo esto sintió el enfermo, tragole y se sintió al punto con aliento y comió, y estuvo mejorando a priesa desde aquel punto, bueno del todo en pocos días (Quesada, 1713: 651).

12.2

[Calenturas y fríos de Inés Sira]

Doña Inés Sira del pueblo de Lilio, en la provincia de la Laguna de Bay, estuvo dos meses enferma de recias calenturas y fríos que parecía se le quebraban los huesos, de que se vio muy rendida y totalmente sin ganas de comer y, a su parecer y de los que la vieron, en el artículo de la muerte. Encomendose a la madre Jerónima, Pusose unas reliquias de la bendita madre con que sintió al punto alivio de su enfermedad. Pidió a don Bartolomé Carael, su marido, la trajese a visitar la iglesia de Santa Clara de Manila, promesa que hizo en hacimiento de gracias a la venerable madre, y al segundo día se halló buena y sana de toda su enfermedad, y cumplió su promesa (Quesada, 1713: 652).

12.3

[Calenturas de cinco semanas de Ana Belocan]

Prevenida la mortaja, y a las puertas de la muerte, estaba una india que se decía Ana Belocan de una grave enfermedad de calenturas que le duraron cinco semanas. Sahumáronla con reliquias de la venerable madre, invocándola de corazón, y al punto habló y comió, y en muy breve tiempo estuvo del todo buena (Quesada, 1713: 652).

12.4

[Calenturas de quince días de Juan Sanco]

Acabará este capítulo con el favor que hizo la venerable madre a un sangley cristiano llamado Juan Sanco de sanarle instantáneamente de una grave enfermedad. Estuvo este hombre más de quince días con fríos y calenturas y grande dolor de cuerpo, no le era posible comer ni alzar los brazos, ni levantarse de la cama, sino era con ayuda y grandísimo trabajo. No había medicina, por muchas que se le hicieron, que aprovechase cosa alguna. Viose a peligro de muerte y, desconfiado de remedios humanos, confió en los divinos; encomendose muy de veras a la Madre de misericordia, la soberana Reina de los ángeles, y a la madre Jerónima de la Asunción. Envió al convento de santa Clara por alguna reliquia de la sierva de Dios; enviaronsele, echola en una escudilla de agua y, puesta su confianza en la Virgen Santísima y en su sierva la madre Jerónima, que había de recibir con salud aquella agua en que había echado su reliquia, se la bebió. Vida y salud le dio el agua. Sudó copiosamente y, limpiado del sudor, se levantó al punto de la cama sin ayuda de nadie, se sentó en una silla y pidió de comer y no le volvió más la enfermedad (Quesada, 1713: 634-635).

12.5

[Calenturas y descomposición de vientre de María Panguisnaguan]

María Panguisnaguan, india del pueblo de Bucavi, tenía un hijo de edad de seis años muy apretado con una enfermedad de recias calenturas y descomposición de vientre por tiempo de un mes; y a los quince días últimos, sin poder comer ni beber, ni hablar, ya tenían su muerte por cierta y muy cercana, cuando llegó otra india del mismo pueblo llamada María Ori con unas reliquias de la venerable madre Jerónima, y dijo a la madre del niño le echase aquellas reliquias al cuello, invocando a la bendita madre con gran confianza de que le favorecería. Hizolo la madre, y luego instantáneamente habló el muchacho y se le quitó la calentura, y comió y estuvo desde aquel punto sin accidente ninguno de enfermedad, bueno y sano (Quesada, 1713: 647).

Curaciones del estómago y vientre

12.6

[Peste de Isabel Guillén]

En la ciudad de Manila aconteció que, estando Isabel Guillén, mujer de Bartolomé de Espinoza, comiendo de un pollo, se le atravesó un huesecillo en la garganta que les turbó la comida, y a ella le puso en condición la vida. Por más remedios que hicieron, ella, procurando comer cortezones de pan, ni se tragó la espina ni se sacó fuera, y la paciente se iba ahogando a mucha pieza faltándole la respiración. Acordose de la venerable madre, encomendose a ella, prometiéndole rezar un tercio del rosario y otras devociones, ocasión en que tomó un gajo de naranja de China que son mucho menores y blandas que las ordinarias de España. A vueltas de él, tragó el hueso y es cierto. [...] En otra ocasión, se vio esta misma persona con una repentina enfermedad de recios dolores de vientre, y corrupción penosa y peligrosa, amorteciéndosele las piernas: género de peste que hubo en esta

ciudad de Manila el año de mil seiscientos y treinta, y el precedente, de que han muerto casi de repente muchas personas. Ya muy fatigada y, al cabo, encomendose a la venerable madre Jerónima, y poniéndose sobre el vientre un escapulario que ella tenía y que había tocado al cuerpo de la venerable madre el día que la enterraron, instantáneamente se sintió libre de aquella peligrosa enfermedad, con admiración suya y de todos los que estaban presentes; y juntamente se sintió sana de unas llagas interiores que antes había tenido en los pulmones, de que había padecido grandemente, y dio gracias a Dios por tantos favores (Quesada, 1713: 641-642).

12.7

[Descompostura de estómago de Alonso Sánchez]

El capitán Alonso Sánchez de Aranda, vecino de la ciudad de Manila, iba en una ocasión a la jurisdicción de Camarines a cierto negocio de importancia, jornada que, viviendo la venerable madre, había consultado con ella y dichole la hiciese. Diole en el camino, en un pueblo que se llama Mauban, jurisdicción de Taiabas, una muy gran descompostura de estómago y vientre de que se sintió muy apretado e hizo cama; y desconfió de poder hacer su camino porque, por más remedos que se le hicieron por orden de una hermana suya, que estaba en aquel lugar, que era encomendera de él, no sintió mejoría alguna, antes la flaqueza y desgana de comer iban en aumento. Con grande aflicción del enfermo, ya trataba de que hiciese por él la jornada y negocio el capitán Juan de Herrera, que al presente estaba en aquel pueblo. En esta ocasión se acordó que tenía una servilleta que le habían dado las religiosas de santa Clara, diciéndole era de la madre Jerónima y que ella se la solía poner en sus achaques. Pidió la servilleta, tomola en su mano, encomendose de corazón a la venerable madre, haciéndole cargo de que cuando vivía le había dicho que en todo caso hiciese esta jornada. Sintió en sí grande confianza en que la venerable madre le había de favorecer. Pusose la servilleta en el estómago y dentro de medio cuarto de hora se sintió con grande aliento. Durmió por tiempo de tres horas y despertando se sintió bueno, se levantó y prosiguió su viaje (Quesada, 1713: 650).

12.8

[Cólica de Alonso Pahico]

Cinco semanas estuvo un indio principal, que fue gobernador del pueblo de San Miguel, llamado don Alonso Pahico, con terribles dolores sin reposar de día ni de noche, ni dejar reposar a los vecinos con las voces que la fuerza de los dolores le hacía dar, a que se juntaba un mal que en lengua española se llama cólica, y la de la tierra *quisig*. A la última semana ni pudo comer ni beber cosa alguna. Curaronle médicos, y era en vano su cura porque el enfermo antes estaba peor que con mejoría. Trajeronle unas reliquias de la venerable madre Jerónima que él envió a pedir al Convento de Santa Clara, en confianza de que había de sanar por medio de la venerable madre. Encomendose a ella y al punto se quitaron los dolores, comió y durmió, y estuvo bueno, y en hacimiento de gracias a la venerable madre Jerónima fue a su Convento de Santa Clara con su mujer e hijos a tener unas novenas (Quesada, 1713: 650-651).

12.9

[Ana María con dolor de vientre y jaqueca]

Cuatro años enteros de gran descomposición de vientre y dolor de jaqueca, en la mitad de la cabeza, que ni lo uno ni lo otro tuvo remedio por más remedios que se hicieron, padeció una india del pueblo de Tondo llamada Ana María sin poderse menear de una cama; y para que en las cuaresmas recibiese el Señor, la llevaban en un catre a la iglesia. Su madre, que se decía doña Inés Tampilan y su marido Francisco Talimbao, no hallando en tanto tiempo remedio que siquiera aliviase a la enferma, buscándole en la madre Jerónima después de cuatro años de enfermedad la hicieron llevar en el catre al Convento de Santa Clara. Pusieron el catre con la enferma en la portería, salieron algunas religiosas a la puerta reglar y, condoliéndose de su mal y mucha flaqueza, le dio la madre María Magdalena unas reliquias de la venerable madre, y al punto que las tomó la enferma, se sintió aliviada y en muy pocos días cobró todas sus fuerzas (Quesada, 1713: 651-652).

Curaciones de locura

12.10

[Alonso Pacio estaba loco, furioso]

En el pueblo de Calompite, jurisdicción de Bulacan, a un hombre llamado Alonso Pacio que estuvo ocho meses loco, furioso, enseñándole unas reliquias de la venerable madre Jerónima, en medio de su mayor furia, diciéndole de quién eran, se hincó de rodillas y lloró y se le quitó el mal, de suerte que no le ha vuelto más, de que muchos estuvieron presentes se maravillaron y los que le conocieron maravillados glorifican a Dios en su sierva Jerónima (Quesada, 1713: 645).

12.11

[Clemente Soay hacía pedazos cruces y rosarios]

A otro indio principal del pueblo de Malata, llamado don Clemente Soay, loco, furioso, que en tres semanas no durmió ni casi comió, y que hacía pedazos cruces, rosarios y cuanto le ponían delante, y que decía no tenía pecado y que así no se había de confesar. Una mujer llamada María Anna de la Concepción, diputada de la cofradía que está fundada en el Convento de Santa Clara, le echó al cuello una bolsica que tenía con reliquias de la madre Jerónima y, al punto, sosegó, comió y estuvo bueno del todo, y al día siguiente se confesó y dio gracias de tal beneficio (Quesada, 1713: 645).

Curaciones de los ojos

12.12

[Nubes en un ojo de Vicente Vico]

Un hombre llamado Vicente Vico, del pueblo de Binondo, estuvo seis meses con cinco nubes en un ojo, y a los tres últimos sin poder ver cosa alguna, sino totalmente ciego, porque del otro ojo lo estaba desde niño ocasionado de unas viruelas. En esta ocasión era de edad de sesenta y tres años. Por más curas que le hicieron no tuvo remedio. Encomendose a la venerable madre Jerónima, lavose el ojo de las nubes con agua en que echó las reliquias suyas, y dentro de tres días estuvo bueno de aquel ojo; y si hubiera reparado en lavarse también el otro quizá alcanzara la vista de entrambos; contentose con la de aquel y no debió de convenir más (Quesada, 1713: 645).

12.13

[Ojos podridos de un niño de María Bilang]

A un niño de María Bilang, del pueblo de Tondo, el cual desde que nació no abrió en veinte días los ojos, y parecía los debía de tener podridos según la materia que salía de ellos, no le aprovechando los medicamentos ningunos, echó su madre un pedacito del manto de la venerable madre Jerónima en agua, y con mucha confianza en la venerable madre le lavó con ella los ojos y al punto los abrió. Vieron los que estaban presentes que tenía una nube en el uno y, tratando de buscar medicinas para quitársela, les pareció sería mejor la intercesión de la madre Jerónima y el agua de su reliquia. Y así, pidiéndola hiciese cumplido el beneficio, volvieron a lavar con el agua los ojos del niño, y al punto vieron todos cómo se le quitó la nube y le quedaron los ojos muy buenos y claros, y alabaron a la majestad de Dios en su sierva (Quesada, 1713: 647-648).

Otras curaciones

12.14

[Enfermedad en los dientes de Isabel Pangisnavanan]

Estando en el pueblo de Agonoy, a la muerte, una mujer sacramentada y oleada, traspillados los dientes, estaba allí a la ocasión una mujer principal del pueblo de México, en la provincia de la Pampanga, llamada doña Isabel Pangisnavanan, que iba de Manila y llevaba algunas reliquias de la venerable madre Jerónima, la cual, puesta su confianza en la venerable madre, como pudo echó a la enferma en la boca un poco de agua que pasó por las reliquias. Al punto volvió en sí la enferma; dijeronle se encomendase a la venerable madre Jerónima, Hizolo conque por la posta fue mejorando, y dentro de muy pocos días estuvo del todo buena y sana, teniéndolo todos por milagro y dando gracias a su hacedor, y a quien con su intercesión hizo tanto favor a su nueva devota (Quesada, 1713: 643).

12.15

[Enfermedad de cámaras de María Sanayén]

María Sanayén sanó de enfermedad de cámaras, que la tenía apretada, solo con beber un poco de agua pasada por un poco de lienzo de la venerable madre e invocándola. Y dándole de allí a ocho días otra enfermedad, que tuvo por cinco semanas baldada de pies a cabeza la mitad del cuerpo, y acordándose del lienzo, le mojó en agua y mojó en ella el lado baldado, invocando a la venerable madre con su corazón; y a dos veces que lo hizo estuvo buena y sana. Y antes de esto pretendió sahumarse con el pedacito de lienzo: le echó en el fuego y el pedacito cayó fuera, cosa que tuvo por milagro (Quesada, 1713: 644).

12.16

[Enfermedad gravísima de un esclavo]

A un esclavo de Agustina del Rosario, vecina de Manila, sanó la venerable madre de una enfermedad gravísima de que en la misma casa habían muerto cuatro personas; y el esclavo no estaba para más, con que le tocaron unas reliquias de la venerable madre y pidieron su favor con que, sin acepción de personas, acude a todos (Quesada, 1713: 644).

12.17

[Enfermedad de tabardillo de un criado]

Desahuciado estaba de un tabardillo, y sin esperanza de un remedio humano, un criado de Martín Ruíz de Salazar, contador y oficial real de estas islas, cuando doña Isabel Maldonado de Salazar, mujer del dicho contador, le encomendaron a la venerable madre Jerónima (cuyas devotas eran) y le pusieron al cuello unas reliquias de la venerable madre, diciéndole se encomendase a ella. Hizolo de todo corazón el enfermo y al punto se le quitó la calentura con los demás accidentes que tenía, y se sintió bueno y sano (Quesada, 1713: 646).

12.18

[Enfermedad de humor gálico de Julián de Mesinas]

Julián de Mesinas, vecino del puerto de Cabite y alguacil mayor de aquella jurisdicción, estuvo por tiempo de dos años enfermo de humor gálico y con muchas llagas; y después de haber tomado unciones y hecho muchos remedios, no aprovechó, y estando de suerte que no podía levantarse de la cama, con terribles dolores, le dio su mujer doña Lorenza de Herrera y Escobedo unas reliquias de la venerable madre Jerónima, y exhortó a que confiase en ella y le pidiese salud. El enfermo lo hizo con tanta fe que, haciendo con las reliquias la señal de la cruz y tocando con ellas a las llagas, se le aplacaron los dolores y sintió grande alivio. Durmió casi toda la noche, habiendo muchas otras que no había podido pegar los ojos por los grandes dolores, y a la mañana se levantó por su pie. A los ocho días no sentía impedimento ninguno, y a los quince estaban totalmente cerradas y sanas las

llagas solo con tocarles las reliquias, y él del todo bueno, hasta medio año después de este suceso, que le dio una recia calentura con frío, y le apretó de suerte que, al segundo día, tenía llena de fuego la boca y con notable sequía por más agua que bebiese y sin gana de comer. Al tercer día, que trataban de jaroparle para purgarle, se acordó de la venerable madre Jerónima, y pidiéndole una reliquia suya a su mujer, la echó en agua que bebió, invocando a la venerable madre, y al punto se le quitó la sed que padecía, e instantáneamente le dejó la calentura, y estuvo del todo sano y bueno, y dio gracias por el beneficio (Quesada, 1713: 646-647).

12.19

[Caída de un niño de Mateo de Mendoza]

Otro niño de Mateo de Mendoza, vecino del pueblo de Dilao, cayó, siendo de tres años de edad, de un corredor tres estados en alto, dando con la sien derecha en el bordo de una banca que estaba debajo, de donde le levantaron casi muerto; los dientes apretados, los ojos en blanco, el rostro denegrido, brotando sangre por las narices y oído derecho, sin sentido alguno ni esperanza de su vida. Una hermana del niño, llamada doña Inés Inaguan, tenía unas reliquias de la venerable madre Jerónima. Pusoselas en el lado de la caída y luego volvió en sí el niño, habló, se sentó y conoció a los que allí estaban y desde aquel punto estuvo bueno (Quesada, 1713: 648).

12.20

[Dolor de vientre y pecho de Petronila]

En un sobreparto le vino a Petronila de Malat un dolor recisimo al vientre y pecho, que la apretaba tanto que causaba parasismos y muchas veces la parecía estaba a las puertas de la muerte. No le aprovechó remedio alguno, aunque hicieron muchos. Fuelo total al encomendarse, en medio de su aflicción, a la venerable madre Jerónima y ponerle una reliquia del hábito de la venerable madre al pecho, pues, al punto que eso se hizo, se le quitó instantáneamente el dolor, comió y se levantó y estuvo buena (Quesada, 1713: 649).

12.21

[Varias enfermedades de Catalina Manaugan]

Una india del pueblo de Lubao, que se decía Catalina Manaugan, estuvo por espacio de cuatro meses con muchas y varias enfermedades, al cabo de las cuales llegó a estar desahuciada. Dieronle el santo óleo y, estando muy cerca de expirar, le dieron a beber un poco de agua con cenizas de un pedacito del hábito de la madre Jerónima y le dijeron, al dársela, se encomendase a la bendita madre. Hizolo, bebiola y al punto se sintió con mucha mejoría y cobró, dentro de poco, entera salud (Quesada, 1713: 649).

12.22

[Boca torcida de Miguel Ilaya]

Miguel Ilaya, indio del pueblo de Curayan, estaba baldado de todo el cuerpo y la boca torcida, que no se entendía lo que hablaba, enfermedad que le duró cinco meses sin hallar remedio y sin levantarse de una cama en todos ellos. Sanó con beber agua pasada por las reliquias de la venerable madre Jerónima, y lavándose con ella el cuerpo; desde luego que lo hizo comenzó a sentirse mejor, y la continuación del remedio lo fue de la mejoría hasta estar bueno del todo (Quesada, 1713: 652).

12.23

[Frío terrible de Ventura Gatopolintan]

Una gravísima enfermedad de frío terrible dio a un indio llamado Ventura Gatopolintan del pueblo de San Miguel, de la cual enfermedad resultaba entrársele dentro del cuerpo sus partes naturales, lo cual procuraban impedir los médicos con violencia de ataduras. El paciente estaba afligidísimo, y por extraordinarias curas que le hicieron no tenía remedio. Una parienta suya, llamada Doña María Gallinato, le dio unas reliquias de la venerable madre Jerónima, y bebiendo agua pasada por ellas, y poniéndoselas al pecho, se le quitó al punto la enfermedad y volvió toda a su natural ser (Quesada, 1713: 652).

Resucitados con las reliquias de sor Jerónima

12.24

[Tuvieron por muerta a Agustina de Todos los Santos]

Una niña llamada Augustina de Todos los Santos, hija de Cecilia Quinasi, del pueblo de Metubi, estuvo con terribles calenturas y mal de peste, que en ocho días la apretó de suerte que llegó a estar helada, según juzgaron todos los que la vieron, y la tuvieron por muerta y por tal la lloraron. Invocaron con veras a la venerable madre; madre y hermana de la niña pusieronle al pecho unas reliquias de la venerable madre, y al punto abrió los ojos y se sintió buena. Se levantó de la cama y anduvo por la casa con admiración de los presentes que, admirados del suceso, daban gracias a Dios por la salud milagrosa de la niña y a la venerable madre, por cuya intercesión se había obrado (Quesada, 1713: 648-649).

12.25

[Quedó como muerta la hija de Catalina Salingano]

En el pueblo de Caputatan, doctrina del de Macabebe, Catalina Salingano, india, tenía una hija con recias calenturas de que en cuatro días ni comió ni bebió cosa alguna. Al último quedó como muerta, y por tal la tuvieron, al no sentir en el pecho de la enferma, sobre el corazón, un poco de calor. Estuvo así hasta el día siguiente a medio día. Sus padres, afligidos, la encomendaron en esta

ocasión a la venerable madre y le echaron en la boca un poco de agua pasada por reliquia de la venerable madre; tragola y luego volvió en sí, y comió, y se le quitó la calentura y estuvo buena, y dieron sus padres gracias a su majestad y a la venerable madre por tal beneficio (Quesada, 1713: 651).

12.26

[Infante de Martina Pita nacido muerto]

Estando de parto en el pueblo de Malat, que está en la playa de la Baya de Manila, una india llamada Martina Pita echó la criatura de pies hasta llegar a los brazos, y estuvo así colgada más de dos horas. La madre, con terribles dolores y gran riesgo de la vida, invocaba ansiosamente a la Reina de los ángeles y a la venerable madre Jerónima de la Asunción que la favoreciesen. Pidió le pusiesen unas reliquias que había de la venerable madre; pusieronlas en el vientre y al punto acabó de echar la criatura, la cual salió muerta y fría, y como tal no cuidaron de ella, cuidando solo de la madre que parecía estar muy al cabo. Mejoró la madre y, después de cosa de hora y media, mirando por la criatura muerta, determinaron ponerle las reliquias de la venerable madre que habían dado salud a la madre y pedirle diese vida a la hija. No tardó la venerable madre en acudirles, pues al punto que la tocaron las reliquias, vivió la criatura (Quesada, 1713: 638-639).

Milagro marítimo

12.27 a

[Una luz sobrenatural en el mar]

Otro caso diré en que socorrió también la venerable madre en la mar a otras personas que la invocaron. Iban desde el pueblo de México, que es en la Pampanga, doña Isabel Pangisnaban y otra mucha gente en dos embarcaciones, por el mes de octubre, para tener unas novenas en la iglesia Santa Clara de la ciudad de Manila y asistir a la fiesta que, en veinte y uno y veinte dos del dicho mes, se hace en el Convento a Nuestra Señora de la Concepción. Acuden a esta fiesta de todas las partes e islas comarcanas a Manila, con notable devoción, los naturales. Y parece esos días la ciudad de Manila una feria general de todos los indios que, asentados por cofrades de la Cofradía de nuestra Señora de la Concepción, acuden a celebrar su fiesta y visitar el convento fundado por la madre Jerónima y donde está su cuerpo, de quien en vida y en muerte han los naturales recibido tantos beneficios. A eso venían en dos embarcaciones los que hemos referido cuando, en una tenebrosa noche por poder llegar el día siguiente que era sábado a oír misa en Santa Clara, se atrevieron, por estar baja, a entrar en el mar y no se quedaron, como hicieron otras embarcaciones, en la barra de un río que se llama Borbor. Entrados a la mar buen trecho, la oscuridad de la noche y muestras de recio tiempo causaron miedo en los navegantes y temores de perderse. Sacó doña Isabel unas reliquias de la venerable madre Jerónima, besolas y pusolas sobre sus ojos. Encomendose a ella con confianza que, en jornada que hacían viniendo a su convento, no les había de faltar su ayuda. Siguiéronla los demás en llamar a la venerable madre y luego les apareció una luz, que ni era luna ni estrella, la cual vieron todos los de las embarcaciones claramente en el aire por la proa, y que les fue guiando; y, siendo por la mar la navegación, les parecía iban las embarcaciones por

entre árboles y, a la claridad de esta luz, llegaron a otra barra de un río que se dice Binangbang, donde se entraron y dieron fondo y, al punto, desapareció la luz. Llegados después a Manila, fueron luego al Convento de Santa Clara a dar gracias a la venerable madre. Asistieron todos a la fiesta y tuvo doña Isabel unas novenas con que, favorecidos de la venerable madre, se volvieron alegres a sus casas (Quesada, 1713: 655-656).

12.27 b

A unos pampangos⁴² principales del pueblo de México, que iban por mar a visitar el sepulcro de la madre Jerónima, en una noche tenebrosa y tempestuosa se les apareció una clarísima luz sobrenatural que los guio a un paraje abrigado, conque no perecieron en un evidente peligro que los amenazaba (Letona, 1662: 69).

Hombre arrepentido

12.28 a

[Un sangley condenado a morir]

Acudió la venerable madre a dar la vida espiritual a un sangley infiel, quien estando, por una muerte que había hecho, condenado a ahorcar, tenía el Demonio obstinado en no querer recibir nuestra santa fe católica. Persuadíanle a que la recibiese muchas personas religiosas y devotas, así en lengua china las que la sabían cómo en lengua española, de que entendía algo; y siempre estuvo terco, diciendo que, si lo perdonaban, lo libraban de la muerte a que estaba condenado, sería cristiano, pero que si le habían de ahorcar, por ningún caso lo quería ser, sino que quería morir infiel e ir a ver al dios de su China. Sentían muchos pechos cristianos ver perder aquella alma. Tenía mucha devoción con la venerable madre el capitán Bernardino Lazcano, el cual estaba presente, y era de lo que más procuraba la conversión de este sangley. Parecióle sería el camino derecho para que tuviese efecto encomendarle a la venerable madre y ponerle una reliquia suya, y propuso esto con tanta confianza que dijo que se haría que el sangley fuese cristiano, aunque no quisiese. Escribió a una religiosa de Santa Clara, llamada la madre María Magdalena, el caso, pidiéndole le enviase alguna reliquia de la venerable madre. Envíole un cordón que era de la venerable madre, diciéndole ciñese con él al sangley y que con eso se haría cristiano. Recibióle el dicho capitán Bernardino Lazcano, y con mucha fe se hincó delante de una imagen de Nuestra Señora, que estaba en la cárcel, y pidió a Dios y a la Virgen santísima que, por méritos de su sierva Jerónima de la Asunción, diese luz de fe a aquel sangley para que pidiese el agua del Santo Bautismo y se salvase. Pusole el cordón de la venerable madre, cosa maravillosa, al mismo punto se comenzó el sangley a bañar en lágrimas, diciendo que quería ser cristiano, aunque luego le ahorcasen. Llamaron a un religioso de la Orden de Santo Domingo, que era ministro de las Chinas y vicario de Binondoc, llamado don fray Juan Bautista de Morales, el cual catequizó y enseñó los misterios de nuestra santa fe católica; [...] y al día siguiente le acompañó y le bautizó al pie de la horca, estando siempre el sangley con grandes veras, y ternura, de corazón pidiéndolo; el cual pidió a los que estaban presentes allí, al pie de la horca, que le encomendasen a Dios del modo que supo en lengua española, y la hablan los

⁴² Los pampangos eran indígenas asentados al noroeste de Manila.

sangleyes. Y al punto le ahorcaron y no quedó su rostro nada feo, sino hermoso y compuesto, que parece quiso Dios mostrar en eso le era agradable su alma, y que era hermosa en la gracia bautismal (Quesada, 1713: 653-654).

12.28 b

A un chino sangley, infiel, por una muerte que hizo condenó la justicia ahorcar. Muchos días estuvieron persuadiéndole algunos eclesiásticos, muy espirituales, a que muriese cristiano. Teniale el Demonio tan obstinado que no hicieron efecto alguno todas sus razones y amonestaciones. La muy venerable María Magdalena, que tuvo noticia de este caso, envió a la cárcel donde estaba [el sangley] un cordón de la venerable madre Jerónima, rogando a un español que ciñese con él al chino infiel, obstinado, y en el mismo punto que se lo pusieron, empezaron a ser dos fuentes de lágrimas sus ojos, y luego pidió que le bautizasen. Catequizaronle y al pie de la horca le bautizaron, y ahorcado quedosele su rostro extraordinariamente compuesto y hermoso, sin señal alguna de muerte violenta con que suelen quedar otros ajusticiados (Letona, 1662: 68-69).

Plagas

12.29 a

[Langostas en sembradíos de Andrés Duarte]

Tenían Andrés Duarte e Isabel de Olaya, su mujer, y unas hermanas suyas, tres sementeras⁴³ en tierras entre el río de Santa Ana y Paranque, donde había pegadas a ellas otras muchas por ser muy gran sabana, en las cuales sobrevino un tan gran número de langostas pequeñas [...] que fueron talando y comiendo todas las sementeras circunvecinas sin ser posible remediarlo. Y viendo Andrés Duarte y su gente que había de suceder lo mismo por sus tierras, porque estaba ya la langosta en las sementeras inmediatas a las suyas, pidieron a la venerable madre Jerónima les favoreciese y librase sus sementeras de tal plaga. Y teniendo un pedazo del velo de la venerable madre Jerónima, le metieron en un cántaro de agua, con la cual rociaron las dichas sementeras; cosa maravillosa, vino la langosta, como hemos dicho, talando y destruyendo hasta que llegaron a las tres sementeras y, aunque con la gran multitud de langosta, algunos pedazos de ella entraban por lados de ellas, se volvían a salir sin hacer daño alguno y quedaron solas ellas totalmente libres, quedando todas las demás taladas y destruidas, favor de la venerable madre que quiso acudir a la necesidad de sus devotos (Quesada, 1713: 656).

12.29 b

De la plaga de langosta libró la madre Jerónima a unas sementeras, y una huerta de mucho interés de unos tagalos devotos suyos, habiéndose asolado con esa plaga todas las circunvecinas que estaban inmediatas a ellas (Letona, 1662: 69).

⁴³ Tierras sembradas.

Retiro de fantasmas

12.30

[Hombre perseguido de fantasmas]

Otro hombre, perseguido de fantasmas, fue libre de ellos con una reliquia de la madre Jerónima. [...] Otros innumerables prodigios ha obrado en Filipinas la madre Jerónima, invocada con devoción y fe. Y todo el tiempo que su cuerpo estuvo abajo en la iglesia, todo el año había novenas de muchas personas que las prometían en graves necesidades en que las socorría la madre Jerónima milagrosamente (Letona, 1662: 69).

Milagros sin las reliquias de sor Jerónima de la Asunción

Curaciones milagrosas

12.31

[Recias calenturas de Miguel Rodríguez]

Un niño llamado Miguel, hijo de Domingo Rodríguez, vecino de Manila, estuvo con una enfermedad de recias calenturas por ocho días y a los cuatro últimos sin poder comer cosa alguna. Estaba afligida la madre viéndole, a su parecer, a la muerte, cuando le dijo el niño que no tenía más de cinco años de edad que le llevase a la madre Jerónima, que luego estaría bueno. Tardaban en llevarle e instó que le llevasen. En fin, le llevó su madre al convento donde estaba a la sazón a la puerta, reglas de un religioso de nuestro glorioso padre san Francisco llamado fray Juan Pobre, que, viendo al niño tan enfermo y flaco, dijo: “Este niño ya va su camino”. Llevole una religiosa al sepulcro de la venerable madre y, al punto que llegó, dijo el niño: “Madre, si he de ser bueno, dame salud”. Ofreciole la religiosa a la venerable madre, volviole a la suya, que aguardaba llorando a la puerta, a quien dijo el niño que no llorase, que ya estaba bueno, como es verdad que lo estuvo de allí adelante (Quesada, 1713: 648).

12.32

[Dolor de estómago y vientre de Alonso Bohong]

Un hombre del mismo lugar de Macabebe, principal indio del pueblo llamado don Alonso Bohong, hombre muy viejo, estando muy malo de dolor de estómago y vientre, que volvía a trocar todo lo que comía, clamó a la venerable madre Jerónima a quien tenía mucha devoción, deseoso de hallarse en la procesión que hemos dicho a que acude innumerable gente de los naturales de las provincias y pueblos comarcanos de la ciudad de Manila. Se terminó de venir a ella, aunque estaba tan mal, encomendose a la venerable madre, sintióse luego mejor, comió bien sin lanzar lo que comía, fue a Manila, asistió en la procesión, dio gracias a Dios y a la venerable madre y volvió bueno a su casa (Quesada, 1713: 643).

12.33

[Descomposición de vientre de Juan de Sandoval]

El día que estuvo el cuerpo de la venerable madre Jerónima de la Asunción en la iglesia, fue a verle y venerarle Juan de Sandoval, relator de la Real Audiencia de la ciudad de Manila, el cual padecía una enfermedad de descomposición de vientre que le traía muy afligido; y la noche antecedente se había visto muy apretado, y siempre con mucha flaqueza y descaecimiento. Encomendose de todo corazón a la bendita difunta, sintióse al punto aliviado y con aliento; volvió a su casa y comió con buena gana, la cual había tenido postrada. Volvió a la tarde a la iglesia, besó la mano al cuerpo difunto y dio gracias a la venerable madre (Quesada, 1713: 645-646).

12.34

[Catalina Mihingan estuvo siete años sin dar paso]

Una mujer del pueblo de Balacan, llamada Catalina Mihingan, de una enfermedad estuvo siete años sin poder dar un paso por su pie; y, para confesar y comulgar las cuaresmas, la llevaban en una hamaca a la iglesia. Oyendo, después de siete años de enfermedad, las maravillas que obraba Dios por intercesión de la madre Jerónima, se encomendó a ella; prometió ir a su convento, tener novenas en su iglesia, y el mismo día que lo prometió pudo andar por sus pies y, estando presto, buena del todo, fue a cumplir su promesa (Quesada, 1713: 644-645).

12.35

[Pedro Salansan estuvo ocho meses impedido de pies y manos]

Un indio principal, llamado don Pedro Salansan de Pandadacam, estuvo por espacio de ocho meses impedido de pies y manos, enfermo en una cama; y a veces le apretaba tanto el mal que se bañaba de sudor frío y se le embarraba el cuerpo, y le ponía en angustias de muerte, y por más diligencias que hicieron, ni por cuatro médicos que le curaron, no consiguió mejoría alguna. Viéndose incurable por remedios humanos, acudió a la madre Jerónima; propuso con ansias su necesidad, y luego al punto se sintió bueno y dentro de tres días fue a Manila al Convento de Santa Clara, por sus pies, buen y sano, publicando esta y otras maravillas que había obrado Dios por la intercesión de su sierva (Quesada, 1713: 647).

12.36

[Luisa Yoso imposibilitada a caminar]

Una principal Pampanga, natural del pueblo de Macabebe, llamada doña Luisa Yoso, estuvo por espacio de tres años en una cama, sin poderse levantar de ella, de una grave enfermedad. Temblábale todo el cuerpo con un sudor muy helado y frío. Curáronla diferentes médicos y siempre iba empeorando, de suerte que le dieron la extremaunción. Desconfió del remedio humano y acudió a pedir solo el divino por intercesión de la venerable madre Jerónima, de quien había oído decir los muchos milagros que por toda esta tierra obraba. Y llegándose presto el día en que se hace una procesión con la imagen de Nuestra Señora de la Concepción, desde el convento de nuestro seráfico padre san Francisco al de santa Clara, que es a veinte y dos de octubre, la enferma pidió a su marido la llevase a Manila como se pudiese, que tenía gran confianza en la venerable madre que la había de sanar. Rehusábalo su marido y todos sus deudos, teniendo por cierto moriría en el camino, pero ella instó tanto que se determinaron a darle ese gusto, porque la pena de no lo hacer le pareció la ayudaría a acabar más presto. Metiéronla en una hamaca, echada en un colchón, cubierta con pabellón, porque no le hiciese mal el aire. Llegaron a Manila y, viéndose embarazados todos en cómo la llevarían a la iglesia, que no quisieran fuera en hamaca y silla, no la tenían. Ella, que venía invocando en su ayuda a la venerable madre, se sintió con fuerzas, salió de la hamaca, subió los escalones de piedra que hay a la puerta de los almacenes donde habían llegado; fue por su pie a la iglesia de Santa Clara, donde dio gracias a Dios y a la Reina de los ángeles y a la madre Jerónima.

De allí fue al convento de nuestro padre San Francisco, acompañando las imágenes y estandartes que en aquel día se llevaron de Santa Clara a San Francisco; [...] y todo lo anduvo como si no hubiera tenido enfermedad alguna, buena y sana, maravillados todos de ver andar por su pie, y buena y sana. [...] Dieron todos gracias a la divina majestad, que por la intercesión de su sierva había obrado tal maravilla, y llevaron a su pueblo buena y sana (Quesada, 1713: 642-643).

12.37

[Una niña enferma de ahíto]

Cayó enferma en el mismo Convento de Santa Clara, que fundó la venerable madre y donde está su cuerpo, una niña de las que en él se criaban de edad de doce años. Agravóse la enfermedad en gran manera, a causa de no haber entendido el médico que el achaque procedía de ahíto, muy ordinario en las de aquella edad, y haberla sangrado. Sobrevinóle enfermedad de pasmo, desahuciáronla los médicos. Recibió el viático y ordenaron que, si la enfermedad causase ciertas señales que declaró a las religiosas, se le diese la extremaunción. Y como las monjas viesan las señales que habían prevenido el médico, trataron de que se le diese el santo oleo, porque, al parecer, iba la enfermedad acabando muy apriesa. Y como esto viese una sierva de Dios, muy querida de la venerable madre cuando vivía, fuese muy lastimada a su sepulcro y postrada le pidió con fervorosa oración, y grande fe, que intercediese con Nuestro Señor por la salud de aquella niña. Después de hecha esta breve oración, volvió la que la había hecho a ver la enferma, a la cual halló con notable mejoría; y luego se fue continuando tan apriesa que casi repentinamente se halló buena y sana, y con tan buen color, como si no hubiera tenido enfermedad alguna; y se levantó luego sin tener convalecencia, dando muchas gracias a Dios, y alabándole en su sierva Jerónima por cuyos méritos e intercesión había su Majestad obrado aquella grande maravilla (Quesada, 1713: 641).

12.38

[María de Nongin con una espina atravesada]

Otra mujer en el pueblo de Binondoc, llamada María de Nongin, que se le atravesó estando cenando una espina que la ahogaba, y no hubo remedio con que en toda una noche se la pudiesen sacar. Al encomendarse a la venerable madre, la sacó sin dificultad ella misma con sus dedos, y echó cantidad de sangre de la herida que le había hecho, teniéndolo todos por milagroso suceso (Quesada, 1713: 642).

12.39

[Francisca Sadia con calamayo]

En el puerto de Cabiete estuvo una mujer, llamada Francisca Sadia, con terribles dolores de pecho y vientre, y cámaras de sangre, y la llegaron a apretar de suerte estos males que estuvo siete días sin sentido, sin comer ni beber, y se hinchó el cuerpo de una hinchazón que llaman los naturales *calamayo*, que es de muerte. Y la enferma lo estaba de suerte que habían ya comprado candelas para el entierro y manta para amortajarla. En esta ocasión un hermano suyo, llamado don Juan Quingan,

trayéndole la mano sobre el pecho, le ofreció a la madre Jerónima de la Asunción que le diese salud y la traería a que oyese misa en su Convento de Santa Clara, y se asentaría por cofrade en la Cofradía de Nuestra Señora de la Concepción. Al punto que hizo esta pequeña promesa el hermano, abrió la enferma los ojos, pidió agua y comió, no le vinieron más cámaras, se le quitó todo el mal que tenía; con mucha presteza, fue a Manila a dar gracias en la iglesia del convento que fundó la venerable madre y cumplir su promesa (Quesada, 1713: 644).

12.40

[Dolores y achaques de Sebastiana Toanio]

Siete años estuvo otra india del pueblo de Bonondoc, llamada Sebastiana Toanio, muy enferma, con muchos dolores y achaques; y mucho más fatigada el último año al fin del cual, oyendo las muchas maravillas que obraba la divina Majestad por intercesión de la madre Jerónima, a quien ella había conocido en vida y recibido de ella buenas obras, se encomendó a la venerable madre y al punto se la quitaron los dolores y achaques, y quedó totalmente buena, dando gracias a Dios y a la venerable madre (Quesada, 1713: 647).

Resucitados

12.41

[Hija de Luisa Tanaguit resucitada tras nacer muerta]

En el pueblo de la Malate, habiendo parido una india llamada Luisa Tanaguit una niña, al cuarto día de su nacimiento enfermó la criatura y no hubo remedio de que mamase; y al séptimo día la vieron agonizar y morir. Los padres y abuela, que estuvieron presentes, vieron su criatura muerta, angustiáronse grandemente y, acordándose de los milagros que la madre Jerónima de la Asunción obraba por toda la tierra, invocando a la bendita madre, determinaron enviar candelas al Convento de Santa Clara y hacer decir dos misas. Cosa milagrosa, hecha su promesa al punto que invocaron a la venerable madre, que la diese vida, instantáneamente vivió la criatura, tomó el pecho y mamó buena del todo, y lo continuó de allí adelante sin accidente ninguno. Los padres, maravillados del caso, dieron gracias a la divina majestad y a su sierva por tan gran beneficio, y cumplieron su promesa (Quesada, 1713: 638).

12.42 a

[Catalina Esguerra resucitada tras morir en derrumbe]

Sucedió el caso a doña Catalina Esguerra, mujer del capitán Vasco Gutiérrez, personas que comunicaron mucho en vida a la venerable madre Jerónima de la Asunción, y fueron muy aficionados y devotos. [...] Estaba doña Catalina Esguerra un Día de los Santos Inocentes en la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria, del pueblo de Dilao, donde había mucho concurso de gente por ocasión de representarse una comedia. Dieron voces que se caía el coro, debajo del cual, y cerca de la puerta de la iglesia, estaba la dicha doña Catalina, la cual, oyéndolo, se levantó y fue a la

puerta para salir de la iglesia, donde cargó tanta gente, con las ansias de librarse del peligro de ruina. que cayó sobre el umbral de la puerta doña Catalina y, sobre ella, multitud de gente. Dijo, al caer, llamando a la madre Jerónima: “Madre abadesa, ahora es tiempo de socorrerme”. Perdió el sentido y habla y, a su parecer, la vida. Parecióle, en tiempo que así estuvo, que estaba en un prado muy ameno y con grande alegría de su corazón, con tres mujeres vestidas de blanco que la favorecían, cuyos rostros no vio. Tardaron más de media hora en sacarla de debajo de toda la gente y descubrir donde estaba. Cuando la hallaron, la juzgaron por muerta, como con juramento lo afirman en sus dichos; hallaron el rostro acardenalado y denegrido, la lengua de fuera, sin palpar el corazón, poco ni mucho. Lleváronla de allí a otra parte, teniéndola por difunta y [al] cabo de rato, llamando por dos o tres veces a la madre Jerónima, volvió en sí. Lleváronla a su casa, ya sentía excesivos dolores y terrible aflicción. Pidió a su marido enviase unas candelas a Santa Clara, hizose así, y, al tiempo que se encendieron, se sintió la enferma muy aliviada, y estuvo dentro de poco tiempo buena del todo. Todo lo cual conoció ser favores de la venerable madre (Quesada, 1713: 636-637).

12.42 b

Cinco muertos, que los primeros días después de su tránsito resucitó la intercesión de la madre Jerónima, están autenticados en sus informaciones. Entre ellos está, en primer lugar, doña Catalina de Esguerra, gran bienhechora y muy familiar de la madre Jerónima, que, cuando la había menester, solía llamarla mentalmente y venía a verla al monasterio. Hallóse esta noble matrona en un gran concurso de nuestra iglesia de Dilao, extramuros de Manila; y estando en lo mejor de la fiesta, oyó decir que se caía el coro, con que a toda prisa acometió a salir por la puerta, y fue tanta la gente que cargó al salir que, en el mismo umbral, la atropellaron y la ahogaron. Luego que se sintió atropellar, se encomendó muy de veras a su amiga Jerónima. Habiéndose desbalagado la gente después de media hora y, hallándola difunta, la llevaron sus deudos y criados a una casa cercana; y después de gran rato abrió de repente sus ojos, y la boca nombrando a Jerónima. En su deposición declaró lo que a su alma, a su parecer, separada del cuerpo, le sucedió (Letona, 1662: 67-68).

12.43

[Hijo de una india resucitado tras nacer muerto]

En el pueblo de Malar, con terribles dolores y recio parto, parió una india a un niño muerto que, antes que saliese del vientre, dijo la partera lo estaba, y después de salido lo vieron todos. La partera le alzó por un pie y dijo: “¿Venle muerto?”. Estaba todo el cuerpo moreteado y sin muestra ninguna de vida, y el poco calor que sacó del vientre de la madre le iba perdiendo, y se iba totalmente enfriando. Había hecho la madre Jerónima en este pueblo muchos milagros, y todos tenían con ella grande devoción. Sintieronle gravemente los padres, como buenos cristianos, aunque no muy antiguos, no tanto la falta del hijo, sino que hubiese muerto sin bautismo. Invocaron con la fe y devoción que le tenían así los padres, como todos los indios e indias que estaban presentes, a la madre Jerónima, de quien en aquel lugar habían recibido, y recibían, cada día muchos favores, pidiéndola alcanzase la vida de aquel niño para que recibiese el agua del santo bautismo. [...] Todos quedaron maravillados del suceso, viendo viva la criatura. Divulgose por todo el lugar el milagro, y

así por este, como por otros muchos que ha hecho en él la madre Jerónima, todos tienen notable devoción con ella y la llaman en sus necesidades, sintiéndose siempre muy favorecidos (Quesada, 1713: 637-638).

12.44

[Una gallina resucitada]

Tenía una mujer llamada Clara González una gallina de casta sian, que son las mejores que hay en las islas, y habiendo salido fuera de casa la Clara Gonzales, quedó en guarda de ella una esclava suya de casta malabar. La gallina voló en esta ocasión a un entresuelo, donde vivían unos soldados, y como algunos de los que profesan el Señor son amigos de gallinas ajenas, a uno de los [soldados] del entresuelo le pareció bien esta y, pareciéndole no lo veía la moza, la cogió; y luego la moza, a él con el hurto en las manos, dio voces la esclava. Enfadóse el soldado, y con grande rabia cogió la gallina por la cabeza y la torció muy bien el pescuezo, y se la arrojó a la esclava, la cual la alzó del suelo y, hallándola muerta, se la volvió a tirar al soldado, afligida y llorando, diciendo que la estimaba su señora en más de diez gallinas. Encendido en cólera el soldado, como si estuviera de su parte la razón y lo pidiera el caso, volvió a coger la gallina y ejecutar su rabia en cuerpo muerto, torció más la cabeza a la gallina que casi se la arrancó del todo, y llena de sangre se la volvió a arrojar a la esclava; llevóla a casa, Púsose sobre una mesa. Al llanto que hacía, llegaron muchas vecinas y entre ellas la madre de su señora, que era una principal natural de estas islas llamada María de Guzmán; vieron a la gallina muerta y ensangrentada encima de la mesa, a la esclava llorosa y con pena de la que había de recibir su señora y con temor del castigo que le daría. A corazones pequeños poca ocasión les basta para grandes penas. Recibióla grande la María de Guzmán por la gallina muerta, y por la que había de recibir su hija, comenzó a invocar a la madre Jerónima las amparase y socorriese en aquella aflicción, para ellas grande; siguióla la esclava en las plegarias. La madre Jerónima las oyó, Dios por su intercesión cobró el milagro y la gallina cobró vida y saltó de la mesa buena y sana (Quesada, 1713: 639-640).

12.45

[Dos niños y una gallina resucitados]

Dos niños que en el Pueblo de Maloat nacieron muertos, resucitaron por intercesión de la madre Jerónima; otro en Malate; otra niña en Agono. Y lo que más admirable parece en esta materia, y muy raras veces sucedió, por intercesión de la madre Jerónima resucitó una gallina con raras circunstancias que por abreviar se dejan, y también otras maravillas que de este género sucedieron aquellos días en Filipinas por las reliquias y por la intercesión de esta admirable mujer (Letona, 1662: 68).

Milagro marítimo

12.46 a

[Falta de agua en el navío]

A diez de mayo del año de mil seiscientos y treinta y dos, salió un navío de portugueses del puerto de la ciudad de Goa para Manila, con algunas mercancías y cantidad de esclavos que vendrían en el navío, como quinientas personas; y habiendo partido de la ciudad de Malaca, que está en el camino, y habiendo así en ella, como en una isla que se llama Pololabor, echó el agua que pudieron para su viaje. Tuvieron después tan grandes calmas y necesidad de agua que se trató, entre algunas personas, que si durasen algo más las calmas, echasen a la mar la esclavonia que traían para que se escapen los españoles y no pudiesen de sed, por irles faltando el agua y haberles quedado muy poca para tanta gente como traían. Y, viéndose en esta aflicción un mancebo que venía en el navío llamado Juan Martínez, vizcaíno de nación, traía consigo (que lo llevó de Manila) un retrato de la venerable madre Jerónima de la Asunción, pintada en un lienzo de medio cuerpo para arriba; y sacándola, pidió al piloto que la pusiese en el árbol de la mesana y que no la quitase de allí, que él tenía esperanza en Dios que por la intercesión de la venerable madre les había de dar viento y agua, con que pudiesen llegar a Manila y no pereciese la gente. Pusose en el árbol el retrato, invocaron a la venerable madre y, al segundo día, estándola llamando en su ayuda, pidiéndola remediase la necesidad tan grande a las ocho o nueve de la mañana, se congeló una nube encima del navío y, bajando una manga de ella por delante de la proa a tomar agua del mar, se vino lloviendo sobre el navío en tanta abundancia que del agua que cayó dentro hincharon todas cuantas vasijas traían. Y después de haberlas llenado todas, no teniendo donde echar más agua, el mismo capitán del navío, que lo era el capitán Sebastián de Fuentes, echó por sus manos en el tanque del navío seis calderones de agua y todos estaban maravillados del milagroso suceso, y ver que solo en el navío, y muy poco trecho cerca de él, llovía, y no en otra parte. Tuvieron agua sobrada hasta Manila, aunque se detuvieron muchos días en la navegación por algunas calmas y vientos contrarios (Quesada, 1713: 654-655).

12.46 b

A unos navegantes que venían de Goa a Manila les faltó agua de su matalotaje por unas largas calmas extraordinarias que tuvieron en el viaje; y trataron de echar al agua, donde pudiese, un gran número de esclavos que traían, para que los españoles que allí venían no les faltase agua. Juan Martínez Vascongado, que venía allí, traía una imagen de la madre Jerónima y con gran fe la puso en el árbol de la mesana, exhortando a todos que se encomendasen a los méritos de aquella santa monja. Y habiendo hecho, estando en el cielo sereno y toda la región limpia de nubes, de repente se congeló sobre el navío una nube espesa, y llovió tanta agua en el navío que abundantemente socorrieron su necesidad para el resto de todo el viaje (Letona, 1662: 69).

Apariciones del ánimo de sor Jerónima de la Asunción para curar

12.47

[Felipe librado de enfermedad de tabardillo]

Dióle, pues, a don Felipe una grave enfermedad de calenturas de tabardillo con vómitos y otros accidentes que, poniéndole en peligro la vida, como a quien estaba ya en el camino cercano de la muerte, le dieron el viático que tiene por efecto o preservar de la muerte temporal que insta, o llevar la vida eterna de la gloria, según conviene. [...] Fue su Majestad servido que el efecto en esta ocasión fuese preservativo de la temporal muerte, y causase entrambas vidas en el enfermo; mas quiso dar a entender era todo por merecimientos de su sierva Jerónima de la Asunción, pues, a la primera noche después de haber recibido este divino pan de vida, se le apareció visiblemente la madre Jerónima, de suerte que la vio y conoció claramente, y estuvo con él como dos horas, haciendo oficio de cuidadosa enfermera, componiéndole la ropa, y con dos paños que tenía a la cabecera, vio uno grueso y otro más delgado: con el grueso le limpiaba la boca y la saliva, y con el delgado el sudor del rostro. No le habló palabra y aunque, o no pudo, o no se atrevió a hablarla, no le causó miedo. Antes, mientras estaba con él la venerable madre, estaba muy sosegado y se podía volver sobre el lado izquierdo, lo cual hacía, ni podía hacer, mientras ni estaba con él la venerable madre, la cual desapareció en tocando a maitines que quizás quiso invisible asistir en ellos con sus hijas (Quesada, 1713: 628-629).

12.48 a

[Enfermedad de tabardete de Catalina Muñoz]

Con más circunstancias de maravilla fue otro suceso que aconteció a otra devota de la venerable madre, la cual había varias veces tratado y conversado con ella, pedidola sus oraciones con grande confianza de que, si le concedía su ayuda para con su Majestad, tendría un gran seguro del remedio de sus necesidades. Prometió la sierva de Dios [sor Jerónima] lo que pedía, y que tendría cuidado de pedir a su Majestad el remedio de sus necesidades; exhortóla a gran confianza en el Señor y animó en las que se le ofreciesen al cuidado en la crianza de sus hijos, que tenía cuatro, con una que estaba en el convento debajo del amparo y enseñanza de la sierva del Señor, que al presente es ya profesa. [...] Murió la sierva de Dios y de allí a algunos meses le dio a esta devota de la venerable madre, la cual se llamaba Catalina Muñoz, viuda de Ambrosio del Corral, una muy grave enfermedad de tabardete en el vientre con tal corrupción que llegó a estar tan incomportable que sus criadas, y aun sus hijas, no pudieron sufrir el mal olor; la desamparaban y, estando ya a las puertas de la muerte, dispuesta con el cumplimiento de las obligaciones de buena cristiana, acordóse en medio de aflicción tan grande de lo que le había pasado con la sierva de Dios, Jerónima de la Asunción, y de la palabra que le había dado favorecerla después de muerta. Y, como no hay cosa más ejecutiva que una gran necesidad, pidió con ansias de su corazón a la bendita madre la ejecución de su promesa y cumplimiento de su palabra en la necesidad presente, en que tan afligida se veía sola y sin remedio. No lo hubo bien pedido cuando se quedó como traspuesta y vio a la sierva del Señor, Jerónima de la Asunción, del medio cuerpo para arriba, de la misma suerte que la veía a la reja en el Convento de Santa Clara; y atendió y vio que meneaba los ojos como si actualmente estuviera viva. Estuvo así,

viéndola un buen rato, sin que ni la madre Jerónima ni la enferma hablasen palabra; y, en desapareciéndose la venerable madre, volvió en sí la enferma como de un sueño, y con tan diferente disposición como si no hubiera pasado mal ninguno por ella, pidió de comer y estuvo buena. [...] Dos meses después de este milagroso suceso, le dio a esta persona [Catalina Muñoz] un dolor en la espalda, a quien se juntaban otros muchos que no los sabe significar. Apretáronla fuertemente, afligida de ellos volvió ansiosamente a llamar a la madre Jerónima la ayudase; no tardó, pues fue casi tan presto vista como llamada. Vióla, [...] pues no estaba traspuesta, y como en sueño como la primera vez, sino totalmente despierta, y la vio clarísimamente y con toda distinción. Duró algo menos que la primera vez esta visión, desaparecióse y quedó del todo aliviada la enferma, por seis días en que solo sentía flaqueza. [...] Sobrevinole, después de los seis días, un grande dolor en la pierna izquierda de que se le encogió más de un jeme. Volvió a invocar a la dicha madre, volvióla a ver al punto que la invocó, clarísimamente; estuvo algo menos que la segunda vez y, desaparecerse la bendita madre y hallar su pierna, la enferma, buena y sana, sin dolor, vuelta a su ser fue todo uno (Quesada, 1713: 629-630).

12.48 b

Catalina Muñoz, viuda de Manila, muy familiar amiga de la madre Jerónima, tuvo en un año cuatro enfermedades graves, mortales, sucesivas una tras otra; y de todas cuatro la sanó sobrenaturalmente, apareciéndosele⁴⁴ todas cuatro veces visiblemente. Y según las circunstancias de todas sus enfermedades, parecía que se le repetían y multiplicaban solo para manifestación de los méritos y gloria de Jerónima, como para la de Cristo, Nuestro Señor (Letona, 1662: 67r).

12.49

[Calentura continua de una india]

Aconteció a una mujer india, natural del pueblo de Sinisia, en la provincia de Balayan, que vivía extramuros de la ciudad de Manila, la cual estaba con una grave enfermedad de calentura continua y vómitos, y otros achaques, de que estuvo dada la extremaunción, y muchos días sin poder comer bocado que le parase en el estómago, porque luego lo volvía con grandes arcadas y ansias. Todos los que la veían tenían por cierto estaba muy cercana a la muerte, sin poder haber en la naturaleza remedio. [...] Esta mujer había conocido a la venerable madre Jerónima de la Asunción, y por la devoción que tenía a su Convento de Santa Clara, le dio gana de un poco de conserva del convento y con este deseo se adormeció algo. Y se vio dentro del Convento de Santa Clara, donde le apareció una religiosa que conoció claramente ser la sierva de Dios Jerónima de la Asunción, la cual preguntó a la enferma que qué quería, dijo que salud, y que la encomendase a Dios que se la diese y sanase de aquella enfermedad; y la madre Jerónima le dijo: “Ven acá”. Y le dio a besar una cruz y echó la bendición, y le dijo: “Anda con Dios”; con que volvió en sí la enferma del sueño que le había dado y se halló sin calentura, sana y buena, y sin mal ninguno. Comió luego bien y estuvo, dentro de poco, con fuerzas y cumplida salud, dando gracias a Dios y a la madre Jerónima del favor tan grande (Quesada, 1713: 632-633).

⁴⁴ Sor Jerónima.

12.50

[Mal de vientre de Elvira Montes]

El día que enterraron su venerable cuerpo, mientras estaba en la iglesia, descubierto, llegó con devoción a besar sus manos una mujer llamada doña Elvira Montes De Oca, las cuales sintió estaban muy tratables y húmedas y que la mojaron los labios. Había pasado nueve meses que padecía un mal de vientre que se le puso muy crecido, con que pasaba grande dolor y ahogamiento que algunas veces no podía echar la respiración; algunas personas, al principio, entendieron era preñado, pero el haber pasado los nueve meses, y los accidentes terribles, las tenía suspensas y dudosas y con temor de mal suceso. Encomendose la paciente a la sierva de Dios Jerónima, y en llegando a su casa, echó grandísima cantidad de sangre que duró cuatro días, y al cabo de ellos quedó buena. Quiso su Majestad se conociese era por méritos de su sierva y así, a la primera noche, estando despierta, se le representó el cuerpo de la venerable madre Jerónima, difunto, como le había visto en la iglesia (Quesada, 1713: 631).

12.51

[Enfermedad de un sacerdote]

También sanó milagrosamente⁴⁵ a don Felipe de Baeza, que yo conozco y ahora es sacerdote, el cual estaba sacramentado. Y tres noches, una tras otra, se le apareció la madre Jerónima en su ordinario traje, y estaba con él dos horas, de diez a doce, limpiándole con un paño el sudor y con otro la saliva y, dando las doce, desaparecía porque debía de ir a asistir invisible a los maitines de sus hijas. Y en su juramento declaró⁴⁶ en las informaciones que, aunque no hablaba la madre Jerónima, nunca tuvo pavor de verla, estando con ella con el mismo sosiego de corazón que si estuviera con otra persona viva de su casa (Letona, 1662: 67r).

⁴⁵ Sor Jerónima.

⁴⁶ Felipe Baeza.

Fuentes

- Archivo General de Indias (AGI) (1630), *Carta del Cabildo secular de Manila sobre varios asuntos*. Filipinas, 27, N. 144.
- AGI (1633), *Petición del Cabildo secular de Manila sobre beatificación de sor Jerónima*. Filipinas, 27, N. 180.
- AGI (1634), *Orden sobre canonización de sor Jerónima de la Asunción*. Filipinas, 340, L. 3, F. 471v-472r.
- AGI (1634), *Petición de amparar la causa de sor Jerónima de la Asunción*. Filipinas, 340, L. 3, F. 472r-472v.
- AGI (1636), *Carta del convento de Santa Clara sobre agravios del gobernador Hurtado de Corcuera*. Filipinas, 85, N. 86.
- AGI (1639), *Petición de monjas de Santa Clara de medicinas y beatificación*. Filipinas, 5, N. 494.
- AGI (1640), *Orden sobre canonización de Jerónima de la Asunción*. Filipinas, 340, L. 5, F. 52v-53r.
- AGI (1640), *Petición sobre canonización de Jerónima de la Asunción*. Filipinas, 340, L. 5, F. 54r. 17
- AGI (1640), *Carta al Papa sobre canonización de Jerónima de la Asunción*. Filipinas, 340, L. 5, F. 52r.
- AGI (1710), *Carta de Francisco de la Cuesta sobre beatificación de Jerónima de la Asunción*. Filipinas, 290, N. 29.
- AGI (1714), *Consulta sobre beatificación de Jerónima de la Asunción*. Filipinas, 94, N. 62.
- AGI (1716), *Consulta sobre beatificación de Jerónima de la Asunción*. Filipinas, 94, N. 76.
- AGI (1719), *Petición del franciscano Agustín de Madrid de beatificación de Jerónima de la Asunción*. Filipinas, 297, N. 45.
- AGI (1722), *Petición del franciscano Agustín de Madrid sobre 4.000 pesos del convento de Santa Clara*. Filipinas, 297, N. 65.
- AGI (1722), *Orden de pagar al convento de Santa Clara de Manila*. Filipinas, 342, L. 9, F. 127v-129v.

- AGI (1722), *Orden de pagar limosna a convento de Santa Clara de Manila*. Filipinas, 342, L. 9, F. 115r-117r.
- AGI (1723), *Orden de pagar lo que se debiere al Convento de Santa Clara*. Filipinas, 333, L. 12, F. 308r-310r.
- AGI (1725), *Petición del franciscano Agustín de Madrid de duplicados de cédula*. Filipinas, 297, N. 84.
- AGI (1732), *Consulta sobre beatificación de Jerónima de la Asunción*. Filipinas, 95, N. 83.
- AGI (1740), *Petición de Francisco de los Santos de licencia para usar poderes*. Filipinas, 298, N. 34.

Bibliografía

- ALARCÓN SÁNCHEZ, Silvia Guadalupe (2006). “Lo sobrenatural y la literatura hagiográfica. Textos religiosos del siglo XVII”. Tesis de doctorado. Universidad Nacional Autónoma de México.
- ARFUCH, Leonor (2007). *El espacio biográfico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ARTAZA MONTERO, Manuel Ma. de (2011). “Filipinas: imperio, independencia y *path dependence*”. *SEMATA Ciencias Sociales e Humanidades* 23: 267-292.
- ASÍS, Santa Clara de (2011). *Escritos completos de Santa Clara de Asís*. Recuperado de http://biblio3.url.edu.gt/Libros/es_com.pdf
- ASTORGANO ABAJO, Antonio (1999). “La venta de los libros prohibidos de la Biblioteca Mayansiana (1801)”. En Antonio Mestre (coord.), *Actas del Congreso Internacional sobre Gregorio Mayans*. Valencia: Ayuntamiento de Oliva. Pp. 625-666.
- AYALA CALDERÓN, Javier (2005). “El diablo en la Nueva España. Visiones y representaciones del diablo en documentos novohispanos de los siglos XVI y XVII. El diablo y el espacio”. *Memoria* 18: 36-45.
- BARABAS REYNA, Alicia M. (2006). “Los santuarios de vírgenes y santos aparecidos en Oaxaca”. *Cuicuilco* 13: 225-258.
- BECERRA, Jerónimo (1657). *Estudio discurso filosófica anatomía y teatro del ingenioso de los órganos y sentidos interiores y exteriores del hombre*. México: Agustín de Santiestevan y Francisco Rodríguez Lupercio.
- BIENKO DE PERALTA, Doris (2018). “El *impasse* de una beatificación. El proceso de sor María de Jesús Tomellín (1597–1637), monja concepcionista poblana”. En Benedetta Albani, Otto Danwerth y Thomas Duve (eds.), *Normatividades e instituciones eclesíásticas en la Nueva España, siglos XVI-XIX*. Frankfurt: Max Planck Institute for European Legal History. Pp. 233-255.
- _____ (2014). “Voces del claustro. Dos autobiografías de monjas novohispanas del siglo XVII”. *Relaciones* 139: 157-194.
- _____ (2009). “Las visiones del Más Allá y la intermediación simbólica de las monjas novohispanas en el siglo XVII”. En Gisela von Wobeser y Enriqueta Vila Vila

- (eds.), *Muerte y vida en el más allá. España y América*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Pp. 203-222.
- _____ (2004a). “Un camino de abrojos y espinas: mística, demonios y melancolía”. En Roger Bartra (comp.), *Transgresión y melancolía en el México colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Pp. 91-114.
- _____ (2004b). “Juan de Jesús María y Miguel Godínez: dos propuestas del discernimiento de los espíritus”. En Alicia Mayer y Ernesto de la Torre Villar (eds.), *Religión, poder y autoridad en la Nueva España*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Pp. 125-142.
- BILINKOFF, Jodi (1989). *The Avila of Saint Teresa. Religious Reform in a Sixteenth Century City*. Ítaca: Cornell University Press.
- CABALLÉ MASFORROLL, Anna (2012). “¿Cómo se escribe una biografía?”. *Rúbrica Contemporánea* 1: 39-45.
- CALLEJA, Diego (1700). *Talentos logrados en el buen uso de los cinco sentidos*. Madrid: Juan García Infanzón.
- CÁRDENAS, Francisco (2013). “Locura y maravilla en la vida conventual. Un caso: Jerónima de la Asunción”. En Margarita Peña (coord.), *De monjas, crónicas, burlas y amores*. México: ADABI. Pp. 27-42.
- CARRANZA VERA, Claudia (2014). *De la realidad a la maravilla. Motivos y recursos de lo sobrenatural en Relaciones de Sucesos hispánicas (s. XVII)*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis.
- CORTÉS HERNÁNDEZ, Santiago (2002). “Composición de vidas de monjas novohispanas. Análisis de un corpus biográfico del siglo XVIII”. Tesis de licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México.
- ECO, Umberto (2007). *Historia de la fealdad*. Barcelona: Lumen.
- ELIZALDE, María Dolores y HUETZ DE LEMPS, Xavier (2015). “Un singular modelo colonizador: el papel de las órdenes religiosas en la administración española de Filipinas, siglos XVI al XIX”. *Illes Imperis* 17: 185-220.
- ESTEYNEFFER, Juan de (1712). *Florilegio medicinal de todas las enfermedades sacado de varios y clásicos autores para bien de los pobres, y de los que tienen fama de médicos, en particular para las provincias remotas, en donde administran los*

- reverendos padres misioneros de la Compañía de Jesús*. México: Herederos de Juan Joseph Guillena Carrascoso.
- FIGUEROA PÉREZ, Susana (2006). “Carta edificante de Salvadora de los Santos: la incorporación de la mujer indígena a la tradición hagiográfica novohispana”. Tesis de licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México.
- FORASTIERI, Ana Laura (2014). “La visión como intertexto bíblico en Santa Gertrudis”. *Teoliterária* 8: 225-238.
- _____. (2013). “Santa Gertrudis Magna: una mística teóloga”. *Teoliterária* 6: 141-185.
- FRANCO, Francisco (2006). “La hagiografía y el mito en los relatos sobre un Muerto Milagroso: Gregorio de La Rivera”. *Boletín Antropológico* 68: 397-430.
- FUENTES, Miguel (2013). “Notas de psicología católica (VII). Los sentidos internos”. *Blog del Padre Miguel Ángel*. Recuperado de <http://miguel Fuentes.teologoresponde.org/2013/01/19/notas-de-psicologia-catolica-vii-los-sentidos-internos/>
- GARCÍA-ABÁSULO, Antonio (2011). “Filipinas. Una frontera más allá de la frontera”. En Marta María Manchado López y Miguel Luque Talaván (eds.), *Fronteras del mundo hispánico*. Córdoba: Servicio de Publicaciones de la Universidad. Pp. 76-88.
- GARCÍA DE ENTERRÍA, María Cruz (1998). “Magos y santos en la literatura popular (superstición y devoción en el Siglo de las Luces)”. En Javier Huerta Calvo y Emilio Palacios Fernández (dirs.), *Al margen de la Ilustración. Cultura popular, arte y literatura en la España del siglo XVIII*. Ámsterdam: Rodopi. Pp. 53-76.
- GÉNOVA, Santa Catalina de (2005). *Tratado del Purgatorio*. Recuperado de <http://www.gratisdate.org/archivos/pdf/13.pdf>
- GERTRUDIS DE HELFTA, Santa (1999). *Mensaje de la misericordia divina (El heraldo del amor divino)*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- GODÍNEZ, Miguel (1682). *Práctica de la Theología Mystica*. Sevilla: Juan Vejarano.
- GONZÁLEZ HERNANDO, Irene (2009). “Los ángeles”. *Revista Digital de Iconografía Medieval* 1: 1-9.
- GONZÁLEZ ZYMLA, Herbert. (2013). “Sor Jerónima de la Asunción y la Inmaculada Concepción de Santa Isabel de los Reyes en Toledo”. En Ana Gil Carazo (coord.), *Copia e invención. Modelos, réplicas, series y citas en la escultura europea*. Valladolid: Museo Nacional de Escultura. Pp. 269-281.

- HAINDL UGARTE, Ana Luisa (2016). “La idea del Purgatorio en la Edad Media: organización y definición de una tradición”. *Revista de Historia* 23: 53-72.
- HERNÁNDEZ VILLALBA, Afhit (2011). “Misticismo y poesía: elementos retóricos que conforman la estética mística”. *Revista del Colegio de San Luis* 2: 12-34.
- JESÚS ÁGREDA, María de (1695). *Mystica ciudad de Dios, milagros de su omnipotencia y abismo de la gracia, historia divina y vida de la virgen madre de Dios, Reyna y Señora nuestra María Santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia*. Valencia: Juan de Barza.
- JESÚS MARÍA, Joseph de (1601-1629?). *Intercesión milagrosa de la virgen María nuestra señora*. Recuperado de <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000071017&page=1>
- JESÚS MARÍA, Juan de (1624). *Epistolario espiritual para personas de diferentes estados*. México: Convento de San Joseph.
- JONES, R. O. (2000). *Historia de la literatura española*. Barcelona: Ariel.
- LABARGA GARCÍA, Fermín (1999). “La devoción de las Cinco Llagas y a la Sangre de Cristo en las cofradías riojanas de la Vera Cruz”. *Zainak* 18: 381-392.
- LAVRIN, Asunción (2016). *Las esposas de Cristo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LEE, Hermione (2009). *Biography. A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- LE GOFF, Jacques (1989). *El Nacimiento del Purgatorio*. Madrid: Taurus.
- LETONA, Bartolomé (1662). *Perfecta religiosa*. Puebla: Viuda de Juan de Borja.
- MORGA, Antonio de (2007). *Sucesos de las Islas Filipinas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MOJARRO, Jorge (2018). “A través de las crónicas hispanofilipinas: un abanico de tipos femeninos”. En Ana Ruiz Gutiérrez (ed.), *Lo que fue de ellas. Mujeres protagonistas en la ruta transpacífica del Galeón de Manila. Siglos XVI-XIX*. Granada: Alhulia. Pp. 35-62.
- MADRID, Agustín de (1713). *Dedicatoria*. En Ginés de Quesada (aut.), *Ejemplo de todas las virtudes y vida milagrosa de la venerable madre Jerónima de la Asunción, abadesa, y fundadora del Convento de la Concepción de la Virgen Nuestra Señora de Monjas Descalzas de Nuestra Madre Santa Clara, de la ciudad de Manila*. México: Viuda de Ribera. Pp. 2r-4v.

- MANCHADO LÓPEZ, Marta María (2018). “Jerónima Yañez de la Fuente”. Recuperado de <http://dbe.rah.es/biografias/52205/jeronima-yanez-de-la-fuente>
- MANTECÓN MOVELLÁN, Tomás Antonio (2018). “De Manila al continente asiático riesgos y experiencias de las misiones católicas en el siglo XVII”. *Revue électronique d'études hispaniques médiévales*. Recuperado de <https://journals.openedition.org/e-spania/28028>
- OWENS, Sarah (2017). *Nuns Navigating the Spanish Empire*. Albuquerque: University of New Mexico.
- _____ (2014). “El legado del rosario milagroso en los escritos de viaje de sor Ana de Cristo hacia Filipinas”. *Boletín de monumentos históricos* 30: 22-35.
- PALAFIX Y MENDOZA, Juan de (1652). *Varón de deseos en que se declaran las tres vías de la vida espiritual: purgativa, iluminativa y unitiva*. Madrid: Imprenta Real.
- PAZ TORRES, Margarita (2020). “Sobre mujeres, demonios y visionarias: la construcción de la santidad en torno a un manuscrito inquisitorial (1677-1681)”. Tesis de doctorado. Universidad de Alcalá.
- PERUJO, Francisca (2009). “Estudio preliminar”. En Antonio de Morga (aut.), *Sucesos de las Islas Filipinas*. México: Fondo de Cultura Económica. Pp. XVII-XLVIII.
- QUESADA, Ginés de (1713). *Ejemplo de todas las virtudes y vida milagrosa de la venerable madre Jerónima de la Asunción, abadesa, y fundadora del Convento de la Concepción de la Virgen Nuestra Señora de Monjas Descalzas de Nuestra Madre Santa Clara, de la ciudad de Manila*. México: Viuda de Ribera.
- RICE, Robin Ann (2019). “Recogimientos femeninos en la Nueva España y su papel como cárceles para mujeres marginadas”. *Edad de Oro* 38: 235-248.
- _____ (2014). “Hacia una poética de las hagiografías novohispanas. El caso de la “vida” de Catarina de San Juan de Alonso Ramos”. *Perífrasis* 5: 125-139.
- _____ (2010). “De la india a la puebla de los ángeles: lo ‘extraño’ y lo ‘extranjero’ en prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la Vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan del padre Alonso Ramos (1689-1692)”. En Vibha Maurya y Mariela Insúa (eds.), *Actas del I Congreso Ibero-asiático de Hispanistas Siglo de Oro e Hispanismo general*. Pamplona: Universidad de Navarra. Pp. 563-577.

- RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador (2017). “Milagros y libros de milagros en los santuarios marianos andaluces”. *Alcanate* 10: 87-106.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Dulce Azucena (2018). “San Francisco de Asís de Real de Catorce: Peregrino, nocturno, y corpóreo”. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-62862018000100060#B15
- RODRÍGUEZ PEINADO, Laura (2013). “La Virgen de la Leche”. *Revista Digital de Iconografía Medieval* 9: 1-11.
- RUANO, Pedro (1999). *La V.M. Sor Jerónima de la Asunción: fundadora del Monasterio de Santa Clara de Manila y primera mujer misionera en Filipinas*. Madrid: Ruano.
- RUBIAL GARCÍA, Antonio (2008). “La hagiografía. Su evolución histórica y su recepción historiográfica actual”. En Doris Bieñko Peralta y Berenise Bravo Rubio (coords.), *De sendas, brechas y atajos: contexto y crítica de las fuentes eclesiásticas, siglos XVI-XVIII*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia. Pp. 15-33.
- _____ (2006). *Profetisas y solitarios. Espacios y mensajes de una religión dirigida por ermitaños y beatas laicos en las ciudades de Nueva España*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2004a). “¿Herejes en el claustro? Monjas ante la inquisición novohispana del siglo XVIII”. *Estudios de Historia Novohispana* 31: 19-38.
- _____ (2004b). “Santos para pensar. Enfoques y materiales para el estudio de la hagiografía novohispana”. *Prolija Memoria* 1: 121-146.
- _____ (2002). “Las santitas del barrio. ‘Beatas’ laicas y religiosidad cotidiana en la ciudad de México en el siglo XVII”. *Anuario de estudios americanos* 59, 1: 13-17.
- _____ (1999). *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1998). “Cuerpos milagrosos. Creación y culto de las reliquias novohispanas”. *Estudios de Historia Novohispana* 18: 13-30.
- RUBIAL GARCÍA, Antonio y BIEÑKO DE PERALTA, Doris (2011). “Los cinco sentidos en la experiencia mística femenina novohispana”. En A. Rubial y D. Bieñko (coords.), *Cuerpo y religión en el México Barroco*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia. Pp. 145-178.

- SAN JOSEPH, Francisco de (1730). *Milagros nuevos, obras de la omnipotencia conseguidas en este siglo por intercesión de María santísima madre de Dios a ruegos de sus devotos en su milagrosísima imagen de nuestra señora santa María de Guadalupe*. Salamanca: Antonio Joseph Villagordo.
- SÁNCHEZ, Cayetano (1994). “La orden de santa Clara en Filipinas y China. La madre Jerónima de la Asunción y su fundación del monasterio de Santa Clara de Manila. Incidencias y consecuencias”. *Verdad y vida* 52: 379-400.
- SCHMUCKI, Octaviano (1987). “Las enfermedades de san Francisco durante los últimos años de su vida”. *Selecciones de Franciscanismo* 48: 403-436.
- TERESA DE JESÚS, Santa (2019). *Camino de la perfección*. Recuperado de <https://albalearning.com/audiolibros/steresa/cp-13.html>.
- ____ (2012). *Las Moradas. Libro de su vida*. México: Porrúa.
- TORRES, Diego de (1732). *Doctor a pie, medicina barata y lunario saludable contra las enfermedades que ocurrirán en las estaciones del año de 1732*. Salamanca: Santa Cruz.
- VON WOBESER, Gisela (2017). “Estudio introductorio”. En Gisela von Wobeser (coord.), *Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*. Tomo I. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Pp. 23-72.
- ____ (2016a). “Santa Teresa de Jesús como modelo de vida para las místicas novohispanas. La obra de Alonso Ramos sobre Catarina de San Juan”. *Hipogrifo* 42: 101-112.
- ____ (2016b). *Apariciones de seres celestiales y demoníacos en la Nueva España*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- VON WOBESER, Gisela y VILLAVICENCIO, Abraham (2011). “La música celestial en el imaginario novohispano”. *Historias* 78: 73-84.
- YEPES, Diego de (1606). *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús, madre y fundadora de la nueva reformación de la orden de los descalzos y descalzas de nuestra señora del Carmen*. Zaragoza: Angelo Tananno.